



EL DEBATE SOVIÉTICO SOBRE LA LEY DEL VALOR



EDICIONES
DOSCUADROS



El neyman Nikolai Vlasov y su esposa, sentados en su coche delante de la tienda de su propiedad en Sadovaya 28, Leningrado. Principio de los años 20. (La palabra que se repite en los carteles entre las ventanas: ДЕШЕВО – ¡BARATO!)

**EL DEBATE SOVIÉTICO SOBRE LA LEY DEL
VALOR**

VV.AA.

Traducción de
MIGUEL BILBATUA.

Correcciones y notas
DOS CUADRADOS.

ISBN: 978-84-244-1003-2

Portada: 2Cuadrados

Diseño interior y maquetación: 2Cuadrados

Primera edición en castellano, 1974

Impreso en Madrid, Estado español

Primera edición: 200 unidades

Julio de 2022

ÍNDICE

INFORME SOBRE LA NUEVA POLÍTICA ECONÓMICA SOVIÉTICA Y LAS PERSPECTIVAS DE LA REVOLUCIÓN LEÓN TROTSKY	1
LAS CATEGORÍAS ECONÓMICAS DEL CAPITALISMO EN EL PERÍODO DE TRANSICIÓN N. BUJARIN	53
LAS PERSPECTIVAS DE LA NUEVA POLÍTICA ECO- NÓMICA E. PREOBRAZHENSKY	71
LAS CUESTIONES ECONÓMICAS AL ORDEN DEL DÍA L. KÁMENEV	93
¿HACIA EL CAPITALISMO O HACIA EL SOCIALISMO? L. TROTSKY	109
EL PARTIDO Y EL BLOQUE DE LA OPOSICIÓN N. BUJARIN	179
LA UTILIDAD DEL ESTUDIO TEÓRICO DE LA ECO- NOMÍA SOVIÉTICA E. PREOBRAZHENSKY	225
DE LA ECONOMÍA SOVIÉTICA: El valor, el beneficio y el precio de producción en la URSS LAPIDUS Y OSTROVITIANOV	249

INFORME SOBRE LA NUEVA POLÍTICA ECONÓMICA SOVIÉTICA Y LAS PERSPECTIVAS DE LA REVOLUCIÓN¹

LEÓN TROTSKY

El período de la guerra civil

La tarea principal de todo partido revolucionario es la conquista del poder. Si empleamos la terminología filosófica del idealismo, la tarea de la II Internacional era considerada simplemente como una «idea reguladora»², es decir; que mantenía escasa relación con la práctica.

Sólo en estos últimos años hemos aprendido, a escala internacional, a convertir la conquista del poder político en una meta revolucionaria práctica. La revolución rusa ayudó a ello en gran medida. Que, en Rusia, pueda darse una fecha (25 de octubre - 7 de noviembre de 1917³) en la cual el partido comunista, a la cabeza de la clase obrera, arrancó el poder de las manos de la burguesía, prueba que la conquista del poder no es una «idea reguladora» para los partidarios de la revolución, sino una tarea práctica.

El 7 de noviembre de 1917, nuestro partido ha tomado el poder. Muy pronto se comprendió que esto no significaba el final de la guerra civil. La guerra civil no se extendió ampliamente en nuestro país hasta después de la Revolución de Octubre. No se trata simplemente de un hecho de interés político, sino del origen de una lección para el proletariado de Occidente.

¹ Informe pronunciado el 14/11/1922 ante el IV Congreso de la Internacional Comunista.

² Concepto que tiene su origen en Kant y que significa, a grandes rasgos, una idea sobre la cuál reflexionar, sin que se pueda extraer de ello un conocimiento científico u objetivo [N. de la E.]

³ La Revolución de Octubre tuvo lugar el 25 de octubre según el calendario juliano, vigente en la rusia zarista, que correspondía al 7 de noviembre según el calendario gregoriano, vigente en gran parte del mundo occidental [N. de la E.]

¿Por qué los acontecimientos siguieron este curso? Se busca la respuesta en el atraso cultural y político de un país que acababa de rechazar la barbarie zarista. La nobleza y la gran burguesía habían adquirido una relativa experiencia política, gracias a las dumas municipales, a los *Zemstvos*⁴, a la Duma estatal, etc. La pequeña burguesía tenía escasa experiencia política, y la gran masa de la población, los campesinos, menos aún. Por ello las reservas principales de la contrarrevolución (los *kulaks*, campesinos acomodados, y, a un nivel diferente, el campesinado medio) provenían de este medio.

Únicamente tras entender lo que perdía al verse desposeída del poder político, y tras haber puesto en marcha sus núcleos contrarrevolucionarios, la burguesía consiguió poner bajo sus órdenes a capas del campesinado y de la pequeña burguesía. Entregó, por necesidad, los cargos dirigentes a los elementos más reaccionarios; es decir, a los funcionarios de origen noble. El resultado ha sido un desarrollo intensivo de la guerra civil tras la revolución de Octubre. La facilidad con que conquistamos el poder el 7 de noviembre de 1917 fue expiada por los innumerables sacrificios de la guerra civil.

En los países en los que el capitalismo es más antiguo, y la cultura está más desarrollada, la situación será, sin duda, profundamente diferente. En estos países, las masas populares entrarán en la Revolución con una formación política más avanzada. Ciertamente, la orientación de la pequeña burguesía y de los grupos individualistas en el proletariado continuará oscilando vivamente, y cambiando sus posiciones, pero, a pesar de todo, estos cambios se producirán de un modo mucho menos sistemático que en nuestro país. El presente se desprenderá, mucho más directamente, del pasado.

La burguesía de Occidente prepara su contragolpe por adelantado. Sabe, más o menos, de qué elementos dependerá este contragolpe e instruye por adelantado a sus cuadros contrarrevoluciona-

⁴ Zemstvo es el nombre que recibían las instituciones de gobierno local, regidas por la nobleza, introducidas por las reformas liberales del zar Alejandro II en 1864.

rios. Somos testigos de ello en Alemania, y quizás, si no totalmente, en Francia. Lo vemos igualmente, en sus formas más acabadas, en Italia, donde, a continuación de una revolución incompleta, tuvo lugar una contrarrevolución completa que empleó con éxito algunos métodos y prácticas de la revolución.

¿Qué significa todo ello? Sencillamente que será imposible sorprender a la burguesía europea como lo hicimos con la rusa. En efecto, tal burguesía es más inteligente y previsora. No existe tiempo perdido. Todo cuanto puede ser utilizado contra nosotros ha sido ya movilizado. El proletariado revolucionario encontrará, por consiguiente, en su marcha hacia el poder, no solamente a las vanguardias del combate de la contrarrevolución, sino también a sus fuerzas de reserva. Solamente aniquilándolas, destruyendo y desmoralizando a las fuerzas enemigas, el proletariado será capaz de tomar el poder del Estado.

Por consiguiente, la burguesía de vanguardia, tras su derrocamiento por el proletariado, no podrá disponer ya de las reservas poderosas de donde sacaba sus fuerzas con el fin de prolongar la guerra civil. En otras palabras, tras la conquista del poder el proletariado europeo tendrá, muy probablemente, un margen muy superior para un trabajo creativo en los campos económico y cultural que el que hemos tenido en Rusia tras el derrocamiento de la burguesía. Cuanto más difícil y agotadora sea la lucha por el poder, más difícil será enfrentar al poder proletario tras su victoria. Esta proposición debe ser analizada y concretada en lo que respecta a cada país, teniendo en cuenta su estructura social y la sucesión de las etapas del proceso revolucionario.

Es evidente que, cuanto mayor sea el número de países en los que el proletariado desaloje a la burguesía, más breves serán los sufrimientos del proceso revolucionario en los demás países, y menos inclinada a reiniciar la lucha por el poder se encontrará la burguesía de vanguardia, sobre todo si el proletariado muestra su firmeza. Y esto es, por otra parte, lo que hará el proletariado. De este modo podrá utilizar plenamente el ejemplo y la experiencia del proletariado ruso.

Hemos cometido errores en muchos campos, incluido, cierta-

mente, el político. Pero no hemos dado a la clase obrera europea un mal ejemplo de falta de resolución, de debilidad, y, cuando ha sido necesario ser implacables, de cobardía en la lucha revolucionaria. Esta naturaleza implacable es el más elevado humanitarismo revolucionario, porque, asegurando el éxito, reduce el arduo camino de las crisis.

Nuestra guerra civil no tuvo únicamente un carácter militar (aunque también lo tuvo, a pesar de la opinión de estimados pacifistas, incluido aquellos que, por error, aún andan perdidos en nuestras filas comunistas). La guerra civil no tuvo simplemente un carácter militar, sino algo más. Tuvo también, e incluso, sobre todo, un carácter político.

En la guerra, la lucha se desarrolló por las reservas políticas, principalmente por los campesinos. El campesinado dudó entre el bloque terrateniente-burgués, la «democracia», que servía a este bloque, y el proletariado revolucionario. En el momento decisivo, cuando debía realizarse la elección, optó por el proletariado, apoyándole, no con votos democráticos, sino suministrándole caballos, alimentos y la fuerza de las armas, lo que decidió la victoria a nuestro favor.

El campesinado jugó un papel gigantesco en la revolución rusa. Y lo mismo ocurre en otros países; en Francia, por ejemplo, donde sigue constituyendo la mitad de la población. Sin embargo, los camaradas que aseguran que el campesinado es capaz de jugar un papel independiente y dirigente en la revolución, en paridad con el proletariado, se equivocan. Si ganamos la guerra civil no fue debido única o primordialmente a causa de la correcta estrategia militar. Fue, más bien, debido a lo correcto de nuestra estrategia política sobre la que se basaron invariablemente nuestras operaciones militares durante la guerra civil.

No olvidemos que la tarea principal del proletariado era atraer a su lado al campesinado. A pesar de todo, no hemos hecho como el Partido Socialista Revolucionario, el cual, es bien sabido, atrajo a los campesinos con el espejismo de un papel democrático independiente, y les entregó a los terratenientes.

Sabíamos que eran una masa titubeante e incapaz de jugar un

papel independiente, y, aún menos, un papel de dirección revolucionaria. Llevando a cabo nuestras decisiones con resolución, hicimos que los campesinos comprendieran que no tenían más que una elección posible: la elección entre el proletariado revolucionario, por un lado, y los funcionarios, nobles de nacimiento y a la cabeza de la contrarrevolución, por el otro.

Si no hubiésemos actuado resueltamente, y si no hubiéramos destruido el engaño democrático, el campesinado hubiera permanecido sin rumbo, y habría continuado dudando entre los diferentes campos y las diversas sombras de la «democracia». En tal caso, verosímilmente, la revolución hubiera perecido.

Los partidos demócratas y los partidos socialdemócratas (sin duda alguna, una situación similar se producirá en Europa) fueron invariablemente los conductores de la contrarrevolución. Nuestra experiencia, desde este punto de vista, es concluyente.

Sabéis, camaradas, que hace algunos días nuestro Ejército Rojo ha ocupado Vladivostock. Esta ocupación liquida el último anillo de la gran cadena de frentes de la guerra civil durante la segunda mitad de este decenio.

A propósito de la ocupación de *Vladivostock* por el Ejército Rojo, *Miliukov*, el conocido dirigente del partido liberal ruso, ha escrito en su *Paris Jour* algunas líneas histórico-filosóficas que denominaría clásicas. Cito: «Esta triste historia», siempre ha habido una historia triste (risas) «comienza por una solemne proclamación unánime dentro del frente antibolchevique». Merkúlov, que era el jefe de la contrarrevolución en el Lejano Oriente, «reconoce que los no-socialistas», es decir, las Centurias Negras⁵ «debían en gran parte su victoria a los elementos demócratas. Pero el apoyo de la democracia», continúa Miliukov, «fue utilizado por Merkúlov como medio para derrocar a los bolcheviques. De este modo, fue tomado el poder por estos elementos que consideraban a los demócratas como bolcheviques disfrazados».

⁵ Movimiento político ultranacionalista, zarista y reaccionario, de carácter antisemita, con numerosos pogromos judíos y asesinatos de revolucionarios en su haber [N. de la E.]

Este párrafo, que acabo de calificar de clásico, puede parecer banal. En todo caso, no hace más que repetir lo que ha sido dicho por los marxistas. Pero debéis recordar que ha sido dicho por el liberal Miliukov, seis años después de la Revolución.

No hay que olvidar que lo que aquí realiza es el balance del papel político jugado por la democracia rusa, en gran escala, desde el golfo de Finlandia hasta las costas del Pacífico. Era lo que ocurría con Kolchak⁶, Denikin⁷ y Yudénich⁸, así como durante las ocupaciones inglesa, francesa y americana. Así era el reino de Petliura en Ucrania.

A lo largo de todas nuestras fronteras se repitió el mismo fenómeno. La democracia, los mencheviques y los socialistas-revolucionarios, empujaron al campesinado a los brazos de la reacción, ésta última tomó el poder, se desenmascaró completamente e hizo a un lado a los campesinos. Después, los bolcheviques vencieron.

El arrepentimiento reina entre los mencheviques. Pero dentro de poco tiempo (en la próxima tentativa) esta misma historia se repetirá en otros lugares de la guerra civil. Podemos estar seguros de que la socialdemocracia repetirá la traición, aunque se encuentre totalmente desacreditada en todos los lugares donde existe una lucha decisiva del proletariado por el poder.

La principal tarea del partido revolucionario [para los mencheviques], en todos los países, es ser implacable y después, el arrepentimiento. Sin embargo, este mecanismo extremadamente simple, se resuelve una vez se traslada al terreno de la guerra civil.

⁶ *Aleksandr Kolchak* (1873-1920): Almirante de la flota zarista, tras la Revolución de Octubre se autodeclaró jefe supremo de Rusia. Fue comandante del Ejército Blanco en Siberia e instauró una dictadura militar en la zona de los Urales, Siberia y el Lejano Oriente. Derrotado, fue capturado y fusilado por el Ejército Rojo

⁷ Antón I. Denikin (1872-1947): General de división zarista. Fue comandante del Ejército Blanco en el sur de Rusia. Sucesor de Kolchak, y nombrado por él mismo, huyó tras ser derrotado.

⁸ N. N. Yudénich (1875-1933): General zarista, más tarde comandante del Ejército Blanco. Huyó tras ser derrotado

Condiciones para la construcción socialista

Una vez conquistado el poder, el trabajo de construcción, sobre todo en el campo económico, se convierte en el trabajo clave, y también en el más difícil. Su solución depende de factores de muy variado orden y de diferente magnitud. En primer lugar, del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, y sobre todo de la relación recíproca entre la industria y la agricultura. En segundo lugar, de la cultura general y del nivel de organización de la clase obrera en el poder. Finalmente, de la situación política internacional y nacional: es decir, si la burguesía ha sido derrotada decisivamente, o si continúa resistiendo todavía; si hay intervenciones militares extranjeras en curso; si la inteligencia técnica se dedica al sabotaje, y así sucesivamente.

La importancia relativa de estos factores para la construcción del socialismo sigue este orden. El factor fundamental es el nivel de las fuerzas productivas; luego, el nivel cultural del proletariado; finalmente, la situación política y militar en la que se encuentra el proletariado tras la conquista del poder. Se trata de un orden rigurosamente lógico.

En la práctica, la clase obrera, al asumir el poder, se enfrenta inicialmente a las dificultades políticas. En nuestro país hemos tenido el Ejército Blanco, las intervenciones militares, etc. Luego, la vanguardia proletaria se ha enfrentado con el insuficiente nivel cultural de las hondas masas trabajadoras. Finalmente, la construcción económica se encuentra limitada por el nivel real de las fuerzas productivas.

Nuestro partido, una vez en el poder, debía casi siempre continuar sus trabajos bajo la presión de las necesidades de la guerra civil. La historia de la construcción económica durante los años de existencia de la Rusia soviética no puede ser comprendida únicamente desde un punto de vista económico. Debe ser comprendida inicialmente desde el punto de vista de las necesidades políticas y militares, y sólo después desde el punto de vista de las necesidades económicas.

Lo que es racional en la vida económica no siempre lo es en la

vida política. Si me veo amenazado por una invasión del Ejército Blanco, hago volar el puente. Desde un punto de vista económico es un absurdo, un acto de barbarie, pero desde el punto de vista político es una necesidad. Sería un tonto y un criminal si no volara el puente a tiempo. Estamos reconstruyendo nuestra economía bajo la presión de la necesidad de asegurar militarmente el poder de la clase obrera.

Hemos aprendido de la más elemental escuela marxista que es imposible pasar de un golpe desde el capitalismo a una sociedad socialista. Ninguno de nosotros ha interpretado tan mecánicamente las palabras de Engels acerca del paso del reino de la necesidad al reino de la libertad. Nadie cree que tras la toma del poder puede levantarse una sociedad en una noche. Engels quería indicar una época de transformaciones que, a escala histórica mundial significa, de algún modo, un «salto». Sin embargo, en un sentido práctico, no se trata de un salto, sino de todo un sistema de reformas o transformaciones y, a veces, promesas muy concretas.

Es evidente que la expropiación de la burguesía está justificada económicamente, ya que el Estado de los trabajadores es capaz de organizar la explotación de las empresas sobre nuevas bases. Las nacionalizaciones que efectuamos en 1917-18 contravenían completamente las condiciones que acabo de citar. Las capacidades organizativas del Estado obrero se encontraban muy lejos de la nacionalización total.

Es fácil demostrar y comprender que, si hubiéramos actuado más prudentemente a nivel económico, es decir; expropiando a la burguesía a un ritmo «racional» y gradual, habría sido una gran irracionalidad política y una locura por nuestra parte. De hecho, la cuestión se centraba en este punto: bajo la presión de la guerra civil, se imponían las nacionalizaciones. Otra política no nos habría permitido celebrar el quinto aniversario de la revolución, en Moscú, con los comunistas del mundo entero.

Debemos reconstituir mentalmente las particularidades de cómo ha tomado forma nuestra posición tras el 7 de noviembre de 1917. Si hubiéramos podido entrar en el ciclo del desarrollo socialista tras la victoria de la revolución en Europa, a nuestra burguesía le

habrían temblado las piernas y hubiera sido muy simple enfrentarse a ella. No se habría atrevido a levantar ni un dedo ante la toma del poder por el proletariado ruso. En ese caso, hubiéramos tomado tranquilamente el control sólo de las grandes empresas, permitiendo a las pequeñas y medianas empresas existir por un tiempo sobre bases capitalistas privadas. Más tarde reorganizaríamos las empresas medianas teniendo en cuenta estrictamente nuestras capacidades y necesidades organizativas y productivas.

Este orden hubiera estado incuestionablemente en armonía con la «racionalidad» económica, pero desafortunadamente las necesidades políticas no permitieron, esta vez, tomarlo en consideración.

De un modo general, debemos comprender que las revoluciones son, en sí mismas, la expresión manifiesta de que el mundo en absoluto se encuentra gobernado por la racionalidad económica. Es, todavía, tarea de la revolución socialista, instaurar el gobierno de la razón en el dominio de la vida económica y, por tanto, en todos los demás dominios de la vida social.

Cuando tomamos el poder, el capitalismo dominaba todo el mundo (continúa dominándolo en nuestros días). Nuestra burguesía se negaba a creer, en el caso que pudiera hacerlo, que el derrocamiento de Octubre era serio y duradero. Después de todo, la burguesía permanecía en el poder en Europa y en el resto del mundo. Pero en nuestro país, la atrasada Rusia, quien sobrevivió fue el proletariado.

La burguesía rusa, que nos odiaba, se negó a tomarnos en serio. Los primeros decretos del poder revolucionario fueron acogidos con risas despectivas. Se burlaron de ellos y no fueron cumplidos. Incluso los periodistas, con una gran desvergüenza, se negaron a tomar en serio las medidas revolucionarias básicas del gobierno obrero. La burguesía pensaba que era una broma trágica, un malentendido. ¿Cómo era posible, en estas condiciones, enseñar a la burguesía y a sus servidores a respetar el nuevo poder si no era confiscándole sus bienes? No había otro medio para ello. Cada fábrica, cada banco, cada pequeño comercio, cada despacho de abogados se transformó en una fortaleza contra nosotros. Proporcio-

naron a la contrarrevolución militar una base material y una red orgánica de comunicaciones. Los bancos en esta época mantuvieron a los saboteadores de un modo casi abierto, pagando a los funcionarios en huelga. Por esta razón exactamente no hemos considerado la cuestión desde el punto de vista de la «racionalidad económica» (como lo hicieran Kautsky, Otto Bauer, Martov y otros eunucos políticos), sino desde el punto de vista de las necesidades de la guerra revolucionaria. Era necesario aplastar al enemigo, privarle de sus fuentes de aprovisionamiento, independientemente de que ello pudiera hacer mella en la organización de la actividad económica.

Respecto a la construcción económica, en esta época estábamos obligados a concentrar todos nuestros esfuerzos en la tarea más elemental: dar un apoyo material, incluso en caso de casi inanición, al mantenimiento del Estado obrero, alimentando y vistiendo al Ejército rojo que defendía al Estado en los frentes; alimentando y vistiendo (lo cual era menos importante) a la parte de la clase obrera que permanecía en las ciudades. Esta primitiva economía de Estado, que resolvía estas tareas para bien o para mal, recibió posteriormente el nombre de «Comunismo de Guerra».

El Comunismo de Guerra

Tres preguntas son muy apropiadas para definir el Comunismo de Guerra: ¿cómo se consiguió el aprovisionamiento de alimentos? ¿Cómo fueron repartidos? ¿Cómo fue dirigida la producción de las industrias estatales?

El poder soviético no tenía un mercado libre para los cereales, sino un monopolio basado en el viejo aparato comercial. En poco tiempo, la guerra civil destruyó este aparato. Nada quedó para el Estado obrero, por lo que le era necesario improvisar rápidamente un aparato estatal que acaparara el grano de los campesinos y concentrara el suministro en sus propias manos.

Los recursos fueron distribuidos, en la práctica, sin tener en cuenta la productividad. No podía ser de otro modo. Para estable-

cer una relación entre trabajo y salario es necesario disponer de un aparato de administración económica más perfeccionado y mayores recursos de víveres. En esta época era preciso, fundamentalmente, impedir que los habitantes de las ciudades se murieran de hambre. Se consiguió gracias a raciones fijas de alimentos. La confiscación de los excedentes de grano de los campesinos y el reparto de raciones no eran medidas propias de una economía socialista, sino de una fortaleza asediada. Bajo ciertas condiciones, por ejemplo, la repentina erupción de la revolución en Occidente, la transición de un régimen de fortaleza asediada a un régimen socialista se hubiera visto facilitada, y pronto se hubiera extendido a otros niveles. Hablaremos de esto más adelante.

¿Cuál era la esencia del Comunismo de Guerra en relación con la industria? Toda economía puede crecer si existe cierta proporcionalidad entre sus diferentes sectores. Las distintas ramas de la industria se encuentran relacionadas cualitativa y cuantitativamente. Debe existir una relación entre las ramas de bienes de consumo y las de medios de producción. Así mismo, deben mantenerse las proporciones adecuadas dentro de cada una de estas ramas. En otras palabras, los medios materiales y la fuerza de trabajo viva de una nación y de toda la humanidad deben repartirse según una cierta relación entre la agricultura y la industria para permitir la existencia de la humanidad y su progreso.

¿Cómo se logra esto? Bajo el capitalismo se logra a través del mercado, la libre competencia, la ley de la oferta y la demanda, el mecanismo de los precios, la sucesión de períodos de prosperidad y de crisis. Llamamos a este método anárquico, ya que está ligado al despilfarro de una gran cantidad de recursos y de valor a través de crisis periódicas y conduce inevitablemente a guerras que pueden destruir la cultura humana. Sin embargo, este método anárquico capitalista establece, dentro de los límites de su acción histórica, una proporcionalidad relativa entre las distintas ramas de la economía, una correlación necesaria gracias a la cual la burguesía es capaz de existir sin asfixiarse hasta la muerte.

Nuestra economía de preguerra tenía su propia proporcionalidad interna establecida como resultado de la interacción de las

fuerzas capitalistas en el mercado. Luego llegó la guerra, y con ella una amplia remodelación de la correlación entre las diferentes ramas de la economía. La industria de guerra surgió como un hongo venenoso a expensas de la industria habitual. Después llegó la revolución y la guerra civil con su caos y sabotajes, minando sus fundamentos.

¿Y qué heredamos? Una economía que conservaba todavía restos de proporcionalidad entre varios sectores que habían existido bajo el capitalismo, que más tarde fueron deformados por la guerra imperialista y después completamente destrozados por la guerra civil. Esta es nuestra herencia.

¿Cuáles son los métodos utilizables para encontrar la vía del desarrollo económico? La vida económica socialista será dirigida de forma centralizada, del mismo modo que la proporcionalidad se obtendrá mediante un plan meticuloso que observará todas las proporciones y dará a cada sector una relativa autonomía a condición de que permanezcan bajo la dependencia de un control nacional e internacional.

Pero no se puede crear a priori la organización global de la economía, este método de contabilidad puramente socialista del que hablamos, a través de la reflexión o dentro de las paredes de una oficina. Sólo podrá nacer a través de la adaptación gradual a los recursos materiales que sea posible utilizar, a las posibilidades, y a las nuevas necesidades de la sociedad socialista.

Hay un largo camino por delante. ¿Cuándo habríamos podido comenzar? ¿En 1917 o 1918? El aparato capitalista (con sus comercios, bancos e intercambios) había sido destruido. La guerra civil se encontraba en su apogeo. Ni siquiera se podía hablar de llegar a un acuerdo en términos económicos con la burguesía, o incluso un sector de ella, en el sentido de concederle ciertos derechos económicos.

El aparato burgués había sido destruido tanto a escala nacional como en el interior de cada empresa individual. Se nos impuso entonces la siguiente tarea inmediata; crear un aparato de sustitución, incluso aunque fuera burdo y elemental, para extraer de esta caótica herencia industrial los víveres indispensables para el ejérci-

to en guerra y para la clase obrera. No era estrictamente una tarea económica, sino un trabajo de producción en tiempo de guerra.

Con la ayuda de los sindicatos, el Estado tomó posesión de las empresas industriales una a una, e instaló un aparato extremadamente complicado y poco centralizado que, a pesar de sus defectos, nos permitió conseguir víveres y equipar militarmente al ejército. La cantidad era insuficiente, pero sin embargo fue suficiente para que saliéramos victoriosos de la lucha.

La política de confiscación de los excedentes agrícolas condujo a una contracción y caída de la producción agrícola. La política de una dirección burocrática centralizada excluye la posibilidad de una verdadera dirección centralizada, de utilizar plenamente el equipo técnico junto con la fuerza de trabajo disponible. Pero esta política de Comunismo de Guerra nos fue impuesta por la situación de fortaleza asediada en la que vivíamos, una fortaleza con una economía desorganizada y recursos malgastados.

Podéis, sin duda, preguntaros si pensábamos realizar la transición del Comunismo de Guerra al socialismo sin dar giros económicos importantes, sin experimentar convulsiones, sin retroceder, es decir, efectuar la transición más o menos a lo largo de una curva sostenidamente ascendente. Sí, es cierto que en esta época pensábamos que el desarrollo de la revolución en Europa occidental tendría lugar pronto. Esto es innegable. Y si, el proletariado en Alemania, en Francia, en toda Europa, hubiera conquistado el poder en 1919, el desarrollo de la economía habría presentado una forma distinta.

En 1883, Marx escribía a Nicolás Danielson, uno de los teóricos del populismo ruso (*narodniki*⁹), que el proletariado tendría el poder antes de que fuera abolida la «*obshchina*¹⁰ rusa» (comuna agraria).

⁹ *Narodniki*, cuyo origen etimológico deriva del ruso «ir con el pueblo», es el nombre que recibieron los revolucionarios rusos entre las décadas de 1860 y 1870. Sus consignas eran, fundamentalmente, agrarias, por lo que se le consideraba una suerte de «socialismo agrario» [N. de la E.]

¹⁰ *Obshchina*, del ruso «comuna», también conocidas como *Mir*, «comunidad», eran comunidades campesinas que poseían y labraban la tierra en común.

ria), y que ésta podría llegar a ser el comienzo del desarrollo comunista en Rusia. Y Marx tenía razón. Mayor razón aún teníamos nosotros pensando que si la clase obrera europea hubiera conquistado el poder en 1919, habría llevado a remolque a nuestro atrasado país (en lo que se refiere a la economía y a la cultura), y, de este modo, nos habría ayudado sin duda alguna en cuanto a técnica y organización, y nos habría permitido, corrigiendo e incluso modificando en parte o totalmente nuestros métodos de Comunismo de Guerra, dirigirnos hacia una auténtica economía socialista. Lo admitimos, esas eran nuestras esperanzas.

Jamás hemos basado nuestra política en posibilidades y perspectivas revolucionarias. Por el contrario, como fuerza revolucionaria viva, nos hemos esforzado en extender y agotar estas posibilidades hasta el final. Únicamente los Scheidemann y los Ebert eran quienes, en víspera de la revolución, renegaban de ella y se prestaban a convertirse en ministros de Su Majestad Imperial. La revolución les coge por sorpresa, les ahoga. Se debaten débilmente y, más tarde, a la primera oportunidad, se transforman en instrumentos de la contrarrevolución.

En lo que concierne a los de la II Internacional y media, se esforzaron por distanciarse de la II Internacional. Proclamaron el comienzo de una época revolucionaria y reconocieron la dictadura del proletariado. Evidentemente, sólo se trataba de palabras vacías. Al primer síntoma de reflujo, toda esta basura humana volvió al redil de Scheidemann. Pero el simple hecho de que se formara esta II Internacional y media prueba que las perspectivas revolucionarias de la Internacional Comunista, y de nuestro partido en particular, en absoluto eran una «utopía». No solamente desde el punto de vista de la tendencia general del desarrollo histórico, sino también desde el punto de vista de su ritmo actual.

Después de la guerra, el proletariado careció de un partido revolucionario. La socialdemocracia salvó al capitalismo; es decir, retrasó la hora de su muerte en algunos años, o, más concretamente, prolongó su agonía, porque la vida bajo el capitalismo no es más que una larga agonía. En todo caso, este hecho creó condiciones poco favorables a la República soviética y a su desarrollo económi-

co. La Rusia obrera y campesina quedó atrapada en el bloqueo económico. No recibimos de Occidente una asistencia técnica organizada, sino intervenciones militares. Por todo ello, pareció evidente que militarmente saldríamos vencedores, pero que económicamente estaríamos durante muchos años aún obligados a continuar dependiendo de nuestros propios recursos y de nuestras propias fuerzas.

La Nueva Política Económica (NEP)

Una vez fuera del Comunismo de Guerra, es decir, de las medidas de urgencia encaminadas a sostener la vida económica de la fortaleza asediada, se hizo necesario pasar a un sistema de medidas que asegurara una expansión gradual de las fuerzas productivas del país, incluso sin la colaboración de una Europa socialista.

La victoria militar, que hubiera sido imposible sin el Comunismo de Guerra, nos permitió pasar de las medidas dictadas por la necesidad económica a medidas dictadas por la conveniencia económica. Este es el origen de la «Nueva Política Económica». A menudo ha sido denominada como una retirada, y, nosotros también, con buenas razones para ello, lo llamamos así. Pero con el fin de estimar exactamente lo que implica esta retirada, y con el fin de comprender que tiene escasas semejanzas con una «capitulación», es necesario, para empezar, tener una imagen clara de nuestra situación económica presente y de las tendencias de su desarrollo.

En marzo de 1917, el zarismo fue derrocado. En octubre de 1917, la clase obrera tomó el poder. Prácticamente, toda la tierra, nacionalizada por el Estado, pasó a las manos de los campesinos. Los campesinos cultivaban esta tierra, viéndose obligados, en la actualidad, a pagar al Estado un impuesto fijo en especie, que constituye el fondo de la construcción socialista. Todos los ferrocarriles, todas las empresas industriales, se convirtieron en propiedad del Estado, y, salvo raras excepciones, el Estado las hace funcionar en beneficio propio. El sistema crediticio se encuentra en manos del Estado. El comercio exterior es un monopolio del Estado. Toda persona capaz

de evaluar moderadamente y sin prejuicios el resultado de los últimos cinco años de existencia del Estado obrero debería decir: sí, evidentemente, para un país atrasado, existe un importante desarrollo socialista.

Su principal particularidad se encuentra, sin embargo, en el hecho de no haber sido llevado a cabo según un movimiento ascendente regular, sino en zig-zag. Primero tuvimos el «Comunismo», más tarde se abrieron las puertas a las relaciones de mercado. La prensa burguesa declaró que se trataba de la renuncia al comunismo, y, por consiguiente, el comienzo de una capitulación hacia el capitalismo. Es evidente que los socialdemócratas interpretan este tema, lo elaboran y lo comentan.

Difícilmente puede dejar de reconocerse que incluso algunos de nuestros amigos dudaron: ¿no se trata ciertamente de una capitulación enmascarada ante el capitalismo? ¿No existe un peligro real de que éste pueda, apoyándose en el libre comercio, nuevamente instaurado, comenzar su desarrollo, y, de este modo, triunfar sobre el socialismo?

Para responder a esta cuestión es totalmente necesario disipar un malentendido básico. Es falso afirmar que el desarrollo económico soviético pase del comunismo al capitalismo. No existe comunismo. Incluso no ha existido socialismo, y no hubiéramos podido tenerlo. Hemos nacionalizado la economía burguesa desorganizada y, durante el período crítico de la lucha a vida o muerte, hemos establecido un régimen de «Comunismo» en la distribución de los bienes de consumo.

Al haber vencido a la burguesía en el campo político y en la guerra, hemos podido tomar las riendas de la vida económica y, de este modo, nos vimos obligados a introducir de nuevo las formas comerciales en las relaciones entre la ciudad y el campo, entre las diferentes ramas de la industria, y entre las empresas individuales.

Si fracasaba el libre mercado, el campesino no hubiera sido capaz de encontrar su sitio en la vida económica, perdiendo el estímulo para mejorar y extender sus cosechas. Únicamente un ascenso poderoso de la industria de Estado que permita satisfacer las necesidades del campesinado y de la agricultura preparará el te-

rreno para integrar al campesino en el sistema general de la economía socialista. Técnicamente, esta tarea será resuelta por la electrificación, que asestará el golpe definitivo a la vida rural atrasada, al aislamiento de los *mujiks*¹¹ y al embrutecimiento de la vida en el campo.

Pero el camino hacia esto pasa por mejorar la vida económica de los campesinos propietarios. El Estado obrero puede hacerlo a través del mercado, que estimula los intereses personales del pequeño propietario. Los beneficios iniciales ya están al alcance de la mano. Este año el campo proporcionará al Estado más cereales (en forma de impuestos en especie) que en la época del Comunismo de Guerra a través de la confiscación de los excedentes de grano. La agricultura, sin duda alguna, se desarrolla. El campesinado se encuentra satisfecho (y en ausencia de relaciones normales entre el campesinado y el proletariado es imposible el desarrollo socialista).

La Nueva Política Económica no surge únicamente de las relaciones mutuas entre la ciudad y el campo. Esta política es una etapa necesaria en el crecimiento de la industria de Estado. Entre el capitalismo (en el cual los medios de producción pertenecen a particulares y las relaciones económicas son reguladas por el mercado) y el socialismo completo, con su economía socialmente planificada, existen etapas de transición; la «NEP» es una de ellas.

Para precisar tomemos como ejemplo la red ferroviaria. Es precisamente el ferrocarril el que ofrece un campo que está preparado en grado máximo para la economía socialista, porque la red fue nacionalizada bajo el capitalismo, centralizada y casi normalizada por las exigencias tecnológicas. Más de la mitad de la red la obtuvimos del Estado y el resto lo confiscamos a las empresas privadas.

Una auténtica dirección socialista debe considerar la red ferroviaria como un todo y no desde un punto de vista ésta o aquella línea de ferrocarril. Más aún, debe considerarla desde el punto de vista de los intereses del sistema de transportes y de la economía nacional como conjunto. Debe repartir las locomotoras y los vago-

¹¹ *Mujik*, que significa «hombre» en ruso, es el apelativo que recibían los campesinos sin tierra [N. de la E.].

nes entre las diferentes líneas para satisfacer las necesidades de toda la vida económica. Pero la transición a esta economía no es sencilla, incluso en un marco centralizado como es el transporte por ferrocarril. Implica gran número de etapas técnicas y económicas. Por ejemplo, las locomotoras son de muy diversos tipos, pues fueron construidas en épocas y lugares diferentes. Además, locomotoras de distintos tipos son reparadas en una misma factoría, mientras que locomotoras de un mismo tipo son reparadas en diferentes talleres.

La sociedad capitalista malgasta una enorme cantidad de fuerza de trabajo a causa de la diversidad y del caleidoscopio anárquico de las partes que constituyen su aparato productivo. Es necesario reunir las locomotoras según su modelo y repartirlas entre las diferentes líneas de la red ferroviaria. Este será el primer paso hacia la normalización, es decir; la creación de una cierta homogeneidad tecnológica en relación con las locomotoras y sus elementos. La normalización, y esto fue dicho varias veces, es el socialismo en la tecnología. El fracaso en la normalización impide que la tecnología alcance su pleno florecimiento. ¿Dónde deberíamos comenzar si no es en la red ferroviaria?

La tarea fue abordada, pero inmediatamente aparecieron grandes obstáculos. Las líneas, privadas o estatales, entraron en relación con otras empresas a través del mercado. En este caso particular, ello era necesario e inevitable desde el punto de vista económico, porque el equipo y desarrollo de una línea dependen principalmente de su justificación económica. Es el mercado el que certifica la rentabilidad económica de una línea, ya que todavía no hemos elaborado los métodos de cálculo estadístico de una economía socialista. Y estos métodos, como ya he dicho, sólo estarán disponibles como resultado de una experiencia práctica amplia, adquirida gracias a la nacionalización de los medios de producción.

De este modo, durante la guerra civil, los viejos métodos de control fueron eliminados antes de la creación de otros nuevos. En estas condiciones, la red ferroviaria fue unificada, pero cada línea perdió contacto con el resto del medio económico y quedó suspendida en el aire. Considerando la red como una entidad técnica au-

tosuficiente, fijando tipos uniformes de locomotoras, centralizando el trabajo de reparación y, por consiguiente, siguiendo un plan técnico-socialista abstracto, nos arriesgábamos a perder totalmente el control de lo que era necesario, aprovechable o no, de cada línea particular y de la red. ¿Qué línea debía ser ampliada o acortada? ¿Qué personal sería asignado a cada línea? ¿Qué capacidad de carga transportaría el Estado para sus necesidades propias y cuál sería destinada para las necesidades de individuos particulares y organizaciones?

Todas estas cuestiones, en una etapa histórica dada, únicamente pueden ser resueltas a través de tarifas fijas de transporte, una contabilidad correcta, y un cálculo comercial exacto. Manteniendo un equilibrio entre pérdidas y ganancias en las diferentes secciones de la red, unido al mismo tipo de equilibrio entre las demás ramas de la economía, seremos capaces de elaborar los métodos de cálculo socialista y los métodos de un nuevo plan económico.

De aquí surge la necesidad, incluso cuando la red de ferrocarriles es propiedad del Estado, de permitir a las líneas particulares, o a los grupos de líneas, que conserven su independencia económica, en el sentido de la capacidad de ajustarse a todas las otras empresas de las que dependen o a las que sirven. En sí mismos, los planes abstractos y las metas socialistas formales no son suficientes para conmutar la dirección de la red ferroviaria de la vía capitalista a la vía socialista. Durante un largo período, el Estado obrero deberá utilizar los métodos capitalistas, es decir servirse del mercado, para dirigir la red. Estas consideraciones se aplican aún en mayor medida a las empresas industriales, que no se encontraban tan centralizadas y normalizadas bajo el capitalismo como las líneas de ferrocarril. Con la liquidación del mercado y del sistema de crédito, cada fábrica asemeja a un teléfono al que se le hubieran cortado los cables.

El Comunismo de Guerra ha creado un sustituto burocrático de la unidad económica. Las fábricas de producción de maquinarias de los Urales, de la cuenca del Donets, en Moscú, Petrogrado y otras ciudades, fueron consolidadas bajo un único Comisariado Central que las aprovisionaba de combustibles, materias primas,

equipos técnicos y fuerza de trabajo, manteniendo a esta última a través de un sistema de racionamiento. Evidentemente, tal dirección burocrática igualaba las empresas consideradas individualmente, suprimía la posibilidad de verificar la capacidad productiva y el beneficio, incluso si la contabilidad de la Comisión Central se hubiera distinguido por un cierto grado de precisión, cosa que no ocurría.

Antes de que cada empresa pueda funcionar plenamente como una célula del organismo socialista, deberemos emprender actividades transitorias a gran escala para operar la economía a través del mercado durante varios años. Durante este período de transición, cada empresa o grupo deberá, en un grado diferente, orientarse independientemente, y situar sus productos ante la prueba del mercado.

Este es precisamente la esencia de la Nueva Política Económica: mientras que políticamente ha significado que las ayudas al campesinado están en el centro, su importancia no es menor como una etapa inevitable en el desarrollo de la industria estatal durante la transición económica capitalista a la socialista. Para regularizar la industria, el Estado obrero ha recurrido a los métodos de mercado. Un mercado debe tener un equivalente universal. En nuestro caso, como ya sabéis, éste se encuentra en una situación desoladora. El camarada Lenin ya se ha referido a nuestros esfuerzos con el fin de obtener un rublo más o menos estable. Ha señalado que nuestros intentos en este sentido no han sido del todo infructuosos.

Con el restablecimiento del mercado, es interesante señalar una vuelta a las manifestaciones fetichistas en el campo del pensamiento económico. Entre los que han sido afectados por ellas, se encuentran numerosos comunistas que ya no hablan como comunistas sino como comerciantes. Nuestras empresas sufren, como sabéis, de una falta de recursos; pero, ¿dónde encontrarlos? ¿Por qué no, como es obvio, en la impresión de billetes? Sólo necesitamos, se argumenta, aumentar la emisión de moneda para poner de nuevo en marcha gran número de fábricas que ahora están cerradas. «A cambio de vuestros miserables billetes que emitís en cantidad ínfima» dicen ciertos camaradas, «les podríamos proporcionar, en

algunos meses, ropas, calzados, víveres y otras cosas maravillosas». Este razonamiento es evidentemente falso. La escasez de los medios de circulación es simplemente la manifestación de nuestra pobreza.

Esto significa que antes de un crecimiento de la producción se debe pasar por una etapa de acumulación primitiva socialista. Nuestra pobreza en carbón, alimentos, locomotoras, viviendas, etc., hoy asume la forma de la escasez en los medios de circulación porque hemos cambiado nuestra vida económica sobre las bases del mercado. De este modo, la industria pesada ha envidiado los éxitos de la industria ligera. ¿Cuál puede ser la significación de este hecho? Quiere decir simplemente que con el incipiente desarrollo de la economía los recursos disponibles son dirigidos principalmente donde se los necesita con mayor urgencia, es decir; a las ramas que producen artículos para el consumo personal y productivo de los obreros y campesinos.

El mundo de los negocios se llenó de empresas de este tipo. Las empresas del Estado entran en competencia entre ellas mismas, y en parte con las empresas privadas que, como sabemos, no son numerosas. Sólo así, la empresa nacionalizada aprenderá a funcionar correctamente. No existe otro modo para llegar a tal meta. Ni los planes económicos incubados entre los muros de un despacho, ni los sermones comunistas abstractos garantizarán nada de ello. Cada empresa de Estado, con su director técnico y comercial, deberá necesariamente estar sujeta a un control permanente que provendrá no sólo de arriba, o del Estado, sino también de abajo, es decir; del mercado que continuará siendo el regulador de la economía de Estado durante largos años en el futuro. A medida que la industria ligera estatal, consolidándose en el mercado, comience a proveer al Estado con ingresos, adquiriremos medios de circulación para la industria pesada.

No es éste el único recurso ofrecido al Estado. Existen otros como los impuestos en especie que proceden de los campesinos, los impuestos sobre la industria y el comercio privados, las tarifas aduaneras, etc. Las dificultades financieras de nuestra industria no tienen un carácter aislado, sino que se derivan de todo el proceso

de nuestro desarrollo económico. Si nuestro Comisariado de Finanzas tuviera que acoger las peticiones de cada empresa industrial incrementando sus emisiones de moneda, el mercado habría rechazado el insignificante papel moneda antes de que las fábricas hubieran llegado a lanzar los nuevos productos a los mercados. En otras palabras, el valor del rublo caería de modo tan catastrófico, que el poder de compra de esta emisión doble o triple sería menor que el de la moneda actualmente en circulación. Nuestro Estado no renuncia a nuevos capitales, pero deben ser conformes al funcionamiento económico actual y calculados de modo que incrementen el poder de compra del Estado, ayudando de este modo a la acumulación primitiva socialista.

Nuestro Estado, por su parte, no renuncia *in toto*¹² a la economía planificada, es decir; a introducir correcciones deliberadas y de obligado cumplimiento en las actividades del mercado. Actuando de esta forma, el Estado no parte de un cálculo a priori de planes hipotéticos extremadamente inexactos y abstractos, como ocurrió durante el Comunismo de Guerra. Su punto de partida se encuentra en la acción del mercado y uno de los instrumentos de regulación del mercado es la condición de la moneda del país y de su sistema de crédito gubernamental centralizado.

Las fuerzas y los recursos de los dos campos

¿A dónde nos conduce, por consiguiente, la NEP? ¿Hacia el capitalismo o hacia el socialismo? Evidentemente, en este punto se encuentra la cuestión central. ¿Cuáles serán las consecuencias de la existencia del mercado, de la libertad de comercio de los cereales, de la competencia, de los arrendamientos, de las concesiones? Si se da un dedo al diablo, ¿no será necesario entregarle posteriormente un brazo, luego medio cuerpo, y finalmente el cuerpo entero?

Somos ya testigos de un resurgimiento del capital privado en el comercio, especialmente a través de los canales entre la ciudad y el

¹² Adverbio latino cuyo significado es total o completamente [N. de la E.].

campo. Por segunda vez en nuestro país, el capital privado de los comerciantes está atravesando una etapa de acumulación capitalista primitiva, al tiempo que el Estado de los obreros atraviesa un período de acumulación primitiva socialista. Tan pronto como surge, el capital de los comerciantes busca ineludiblemente deslizarse hacia posiciones industriales. El Estado arrienda fábricas a hombres de negocios. En consecuencia, la acumulación del capital privado, ahora, continúa no sólo en el comercio sino también en la industria. ¿No es entonces probable, que los señores explotadores (los especuladores, los mercaderes, los arrendatarios y los concesionarios) se hagan más poderosos?

Sabemos, al igual que Otto Bauer, que la economía constituye de hecho el fundamento social, y la política su superestructura. Entonces, ¿todo esto no significa realmente que la NEP es una transición a la restauración capitalista? Respondiendo abstractamente a una cuestión que se plantea de manera abstracta; nadie puede negar, por supuesto, que el peligro de la restauración capitalista de ninguna manera está excluido en general, así como, en general, tampoco lo está el peligro de una derrota temporal en el curso de cualquier lucha. Cuando combatíamos a Denikin y a Kolchak, que estaban ayudados por la Entente, corríamos el peligro probable de ser derrotados, como Kautsky esperaba, de un día para otro.

Pero, mientras considerábamos la posibilidad teórica de la derrota, orientamos nuestra práctica política hacia la victoria. Compensamos esta relación de fuerzas con una firme voluntad y una estrategia correcta. Y al final, vencimos. Una vez más, se produce una guerra entre los mismos enemigos: el Estado obrero y el capitalismo. Pero esta vez, las hostilidades ocurren, no en la arena militar, sino en la economía. Mientras que, durante la guerra civil, se producía un duelo entre el Ejército Rojo y el Blanco para influir sobre los campesinos, actualmente la lucha tiene lugar entre el capital estatal y el privado sobre el mercado campesino.

En una lucha siempre es necesario tener una estimación lo más correcta posible de las fuerzas y los recursos que puede disponer el enemigo y las que están a nuestra disposición. Nuestra principal arma en la lucha económica que está ocurriendo sobre la base del

mercado es el poder estatal. Únicamente los reformistas simplistas no lo comprenden. La burguesía lo comprende, y su historia nos lo prueba. La otra arma de que dispone el proletariado es que las fuerzas productivas más importantes del país se encuentran en sus manos. Toda la red ferroviaria, la industria minera, la masa de las empresas al servicio de la industria se encuentran bajo la dirección económica de la clase obrera. De igual modo, el Estado obrero posee la tierra, y los campesinos contribuyen cada año mediante el pago de cientos de millones de impuestos en especie. El poder obrero controla las fronteras estatales. Las mercancías y el capital extranjero generalmente sólo pueden acceder a nuestro país dentro de ciertos límites que son juzgados deseables y legítimos por el Estado obrero. Estas son las armas y los medios de construcción del socialismo.

Nuestros adversarios tienen, ciertamente, la oportunidad de acumular capital, incluso bajo el poder obrero, utilizando el mercado libre del grano. El capital de los comerciantes puede infiltrarse, y de hecho lo hace, en la industria, en las empresas arrendadas. Saca un beneficio de ello, y se desarrolla. Esto es innegable. Pero, ¿cuáles son las relaciones recíprocas entre estas fuerzas opuestas? ¿Cuál es su dinámica? En esta esfera, como en las otras, la cantidad se transforma en cualidad. Si las más importantes fuerzas productivas del país cayeran en manos del capital privado no podría hablarse de construcción del socialismo, y estarían contando los días que le quedan al poder obrero. ¿Es importante el peligro? ¿Está próximo?

Únicamente los hechos y las cifras pueden responder a estas cuestiones. Sólo citaré los datos más importantes e indispensables. Nuestra red ferroviaria se extiende sobre 63.000 verstas¹³, emplea a ochocientas mil personas y se encuentra totalmente en manos del Estado. No se puede negar su importancia en la vida económica, y que es un factor decisivo de la misma, de tal modo que no queremos que se escape de nuestras manos.

Veamos, ahora, la industria. Bajo la Nueva Política Económica,

¹³ 1 *versta* equivale a 1.067 metros [N. del T.].

todas las empresas, sin excepción, son propiedad del Estado. Es cierto, igualmente, que algunas empresas han sido arrendadas. ¿Cuál es la relación entre las empresas estatales que el Estado continúa dirigiendo y las que han sido arrendadas? Puede estimarse que, según las cifras siguientes, existen algo más de 4.000 empresas estatales que emplean a casi 1.000.000 de trabajadores, mientras que existen, más o menos, unas 4.000 empresas arrendadas que dan trabajo a unos 80.000 obreros.

En las empresas estatales, el número de obreros por empresa es, de media, de 207, mientras que en el caso de las empresas arrendadas es de 17 obreros por empresa. La explicación es simple: solamente empresas de segundo y tercer orden en el sector de la industria ligera han sido arrendadas. Entre ellas, únicamente el 51% son explotadas por capitalistas privados. Las restantes se encuentran bajo la dirección de los ministerios y de las cooperativas de distribución que son las que alquilan las empresas al Estado, poniéndolas en funcionamiento por su cuenta.

En otras palabras, existen 2.000 pequeñas empresas, que emplean a 40.000 o 50.000 personas, explotadas por el capital privado. Por otra parte, existen 4.000 empresas poderosas y bien equipadas, que dan trabajo a casi 1.000.000 de obreros, dirigidas por el Estado soviético.

Es ridículo hablar del triunfo del capitalismo «en general» ante tales cifras y hechos. Naturalmente, las empresas arrendadas entran en competencia con las empresas estatales, y de modo abstracto se puede llegar a decir que, si las empresas arrendadas se encontraran muy bien dirigidas y las empresas estatales muy mal, el capital privado, al cabo de algunos años, devoraría al capital estatal. Pero nos encontramos muy lejos de que esto ocurra. El control del proceso económico permanece en manos del poder del Estado; y éste se encuentra en manos de la clase obrera.

Debido al restablecimiento del mercado, el Estado obrero introduce naturalmente cierto número de cambios jurídicos indispensables para obtener un rendimiento del mercado. En la medida en que estas reformas legales y administrativas abren la posibilidad de una acumulación capitalista, constituyen concesiones indirectas

pero muy importantes. Pero nuestra neoburguesía sólo será capaz de explotarlas en consonancia con sus recursos económicos y políticos. Sabemos cuáles son estos recursos, y que son más bien escasos. En el plano político, su valor es nulo. Haremos cuanto podamos para impedir que la clase burguesa acumule el más mínimo capital en el plano político.

No debemos olvidar que el sistema crediticio y el aparato impositivo, permanece en manos del Estado obrero. Ambos son un arma importante en la lucha entre la industria estatal y la privada. Es verdad, que el capital privado juega un rol más extenso en el campo del comercio. Aunque carezcamos de cifras válidas en este campo, según las primeras aproximaciones de las estadísticas de nuestras cooperativas de distribución, el capital privado comercial comprende al 30% del rendimiento comercial de nuestro país. Por su parte, el Estado y las cooperativas tienen el 70%.

El capital privado juega en general el papel de intermediario entre la agricultura y la industria, y, en parte, entre las distintas ramas industriales. En efecto, las empresas más importantes y el comercio exterior se encuentran en manos del Estado. El Estado es, por consiguiente, el principal comprador y vendedor en el mercado. Bajo estas condiciones, las cooperativas de distribución pueden fácilmente competir con el capital privado, con el tiempo trabajando a favor de las primeras. Repitamos, una vez más, que las tijeras de poda de los impuestos son un instrumento muy importante. Gracias a ellas el Estado obrero podrá podar la joven planta del capitalismo, no sea que prospere demasiado.

En teoría, hemos mantenido siempre que el proletariado, tras haber conquistado el poder, se vería obligado a tolerar, junto a las empresas estatales, la existencia de aquellas empresas privadas que son tecnológicamente menos avanzadas y menos adaptadas a la centralización. Además, sabíamos que las relaciones entre las empresas estatales y las privadas, así como las relaciones recíprocas entre las empresas de Estado individuales o colectivas, estarían reguladas por el comercio y sus cálculos monetarios. Y, por esta misma razón, hemos reconocido que, paralelamente con el proceso de reorganización económica socialista, se repetiría el proceso de

acumulación capitalista privada.

Pero no hemos tenido miedo a que la acumulación privada supere y devore a la economía estatal en expansión. ¿A qué se debe, por consiguiente, todo este debate sobre la victoria inevitable del capitalismo y sobre nuestra pretendida «capitulación»? Existe una razón para ello, no hemos dejado inicialmente las pequeñas empresas en manos privadas, sino que las hemos nacionalizado; las hemos arrendado tras haber intentado que funcionaran en manos del Estado. Poco importa la manera como sea evaluado el zig-zag económico, bien como una exigencia que surge de toda la situación, bien como una táctica equivocada, pero es evidente que este giro político, o esta «retirada», no modifica en medida alguna la relación de fuerzas entre la industria estatal y los sectores privados.

Por una parte, está el poder del Estado, el sistema ferroviario y 1.000.000 de obreros industriales; y, por el otro, aproximadamente 50.000 obreros explotados por el capital privado. ¿Dónde se encuentra, por lo tanto, la más mínima justificación para que, en estas condiciones, esté asegurada la victoria de la acumulación capitalista sobre la acumulación socialista?

Evidentemente, se encuentran en nuestras manos las mejores cartas; todas, salvo una que es muy importante: el capital privado ruso se encuentra sostenido actualmente por el capital mundial. Continuamos viviendo en un asedio capitalista. Por este motivo debe plantearse una cuestión: saber si nuestro socialismo incipiente, que emplea aún ciertos métodos capitalistas, puede ser absorbido por el mundo capitalista. Siempre hay dos partes en una transacción de este tipo: el comprador y el vendedor. Pero tenemos el poder, están en manos de la clase obrera. Ella decide qué concesiones hacer, sus objetivos y sus alcances. El comercio exterior es un monopolio. El capitalismo europeo intenta forzar una brecha en él. Se decepcionarán.

El monopolio del comercio con el extranjero es un principio esencial para nosotros. Es una de nuestras salvaguardas contra el capitalismo que, evidentemente, no tendría reparo en absorber nuestro incipiente socialismo, tras haber fallado en su intento de destruirlo mediante medidas militares.

Sobre el tema de las concesiones, el camarada Lenin ha dicho: «Las discusiones son abundantes; las concesiones, escasas». (Risas). ¿Cómo explicarlo? Precisamente por el hecho de que no hay y no habrá por nuestra parte una capitulación ante el capitalismo. Los que quieren anudar de nuevo las relaciones con la Rusia soviética más de una vez han afirmado, y escrito, que el capitalismo mundial, a punto de su mayor crisis, necesita de la Rusia soviética: Inglaterra necesita colocar sus mercancías en Rusia, Alemania necesita cereales rusos, etc. Esto parece cierto si se mira el mundo a través de unas lentes pacifistas. Por esta razón, el tema se presenta continuamente de una forma falseada. En ese caso, podríamos imaginar que los capitalistas ingleses intentarían con todas sus fuerzas invertir sus fondos en Rusia; podríamos imaginar igualmente a la burguesía francesa tratando de orientar a la tecnología alemana en la misma dirección con el fin de crear nuevos recursos que permitirían pagar las indemnizaciones alemanas. Pero, en absoluto vemos que ocurra así. Y, ¿por qué razón? Porque vivimos en una época en la que las crisis económicas, políticas y militares se entrecruzan continuamente. Una época de inestabilidad, de incertidumbre, de alarmas ininterrumpidas. Esto actúa contra una política a largo plazo de la burguesía, porque tal política pronto se transforma en una ecuación con demasiadas incógnitas.

Hemos concluido finalmente un acuerdo comercial exitoso con Inglaterra. Pero esto ocurrió hace un año y medio; en realidad, todas nuestras operaciones con Inglaterra se efectúan mediante pago al contado; pagamos con oro; y, la cuestión de las concesiones todavía está en fase de discusión. Si la burguesía europea, y principalmente la burguesía inglesa, hubieran creído que una colaboración en gran escala con Rusia traería consigo un progreso inmediato a la situación económica europea, Lloyd George y compañía habrían, sin duda, dado en Ginebra una solución diferente a este problema. Pero saben que la colaboración con Rusia no puede aportar inmediatamente modificaciones grandes y profundas. El comercio ruso no eliminará el desempleo inglés en unos pocos meses o en unas semanas. Rusia no puede ser integrada más que gradualmente, y en cuanto factor constantemente creciente en la vida econó-

mica europea y mundial. Gracias a su vasta extensión, a sus recursos naturales, su gran población y, sobre todo, gracias al estímulo impartido por la Revolución, Rusia puede convertirse en la fuerza económica más importante europea y mundialmente hablando, pero no instantáneamente, en una noche, sino únicamente después de muchos años. Rusia podría convertirse en el mayor comprador y en el mayor vendedor, suponiendo que hoy se le dieran créditos y, consecuentemente, se le permitiera acelerar su crecimiento económico. En cinco o diez años, se convertiría en un gran mercado para Inglaterra, pero, en ese caso, el gobierno inglés tendría que creer que podría durar diez años, y que el capitalismo inglés sería lo suficientemente fuerte en estos diez años como para retener el mercado ruso.

En otras palabras, una política de colaboración económica auténtica con Rusia no puede ser más que una política de colaboración fundada sobre bases muy amplias. El problema se encuentra en que la burguesía de posguerra no es ya capaz de tener una política a largo plazo. No sabe lo que traerá el mañana, y menos aún, lo que sucederá pasado mañana. Es uno de los síntomas de la decadencia histórica de la burguesía.

Esto parece estar en contradicción con el intento de Leslie Urquhart, que quiere concluir un acuerdo comercial con nosotros por un período de noventa y nueve años. Sin embargo, esta contradicción es sólo aparente. La motivación de Urquhart es muy simple, pero en cierta manera inalcanzable; si el capitalismo sobrevive en Inglaterra y en el mundo durante estos noventa y nueve años, Urquhart conservará las concesiones con Rusia. Pero, ¿qué sucederá si la revolución proletaria estalla no en noventa y nueve, ni en nueve años sino mucho antes? En este caso, Rusia será el último lugar donde los propietarios expropiados del mundo puedan conservar sus propiedades. Pero un hombre que va a perder su cabeza no tiene motivos para llorar por la pérdida de su peluca.

La primera vez que hicimos la oferta de concesiones a largo plazo, Kautsky concluyó que habíamos perdido la esperanza en la llegada próxima de una revolución proletaria. Hoy, tendría que concluir que hemos pospuesto la revolución por al menos noventa y

nueve años. Esta conclusión, bastante digna de este teórico venerable planteada algo mezquinamente, carece totalmente de fundamento. En efecto, firmando una concesión particular, asumíamos obligaciones únicamente dentro del código legislativo y del procedimiento administrativo referente a dicha concesión, pero en ningún caso acerca del curso futuro de la revolución mundial, la cual deberá superar diversos obstáculos muy superiores a los acuerdos de una concesión.

La pretendida «capitulación» del poder soviético al capitalismo es deducida por los socialdemócratas no a través de un análisis de hechos y cifras, sino mediante vagas generalidades, así como del término de «capitalismo de Estado» que nosotros empleamos para referirnos a nuestra economía estatal.

En mi opinión, este término no es ni exacto ni conveniente. El camarada Lenin ha subrayado ya en su informe la necesidad de poner este término entre comillas, es decir, utilizarlo con muchas precauciones. Es una recomendación muy importante porque no todo el mundo es prudente. En Europa fue interpretado equivocadamente incluso por los comunistas. Son numerosos los que imaginan que nuestra industria estatal representa un auténtico capitalismo de estado, en el sentido más estricto de la palabra, tal como ha sido aceptado universalmente por los marxistas. No se trata exactamente de esto; si se habla realmente de capitalismo de Estado, debe hacerse con importantes comillas que ensombrezcan el propio término. ¿Por qué? Por una razón muy obvia: al utilizar este término no puede olvidarse el carácter de clase del Estado. Este término, lo recordamos, tiene orígenes socialistas. Jaurès y los reformistas franceses, que en general le imitaban, hablaban de una socialización «consistente de la república democrática». Podemos responder, como marxistas, que a partir del momento en que el poder político está en manos de la burguesía, esta socialización no era y no podía conducir jamás al socialismo, sino a un capitalismo de Estado; es decir, que la posesión de las diversas industrias, de la red ferroviaria, etc., por diferentes capitalistas sería reemplazada por la posesión de todas las empresas, de la red ferroviaria, etc., por una misma firma burguesa: el Estado. Si la burguesía tiene el poder

político continuará explotando al proletariado a través del capitalismo de Estado, del mismo modo que el burgués explota a través de la propiedad privada a sus propios obreros.

El término «capitalismo de Estado» ha sido propuesto e inmediatamente utilizado con fines polémicos por los revolucionarios marxistas contra los reformistas, y ello con el fin de explicar y probar que la auténtica socialización sólo comienza tras la conquista del poder por la clase obrera. Los reformistas, como bien sabéis, construyeron todo su programa alrededor de las reformas. Nosotros, marxistas, jamás hemos negado las reformas socialistas, pero hemos afirmado que su hora aparecería tras la conquista del poder por el proletariado, y éste es el punto central de la polémica. Hoy, en Rusia, el poder se encuentra en manos de la clase obrera. Las industrias más importantes están en manos del Estado obrero. No existe aquí la explotación de clase y, por consiguiente, ningún resto de capitalismo, aunque sus formas persistan todavía. La industria del Estado obrero es una industria socialista en sus tendencias de desarrollo, pero para desarrollarse utiliza los métodos que fueron inventados por la economía capitalista, y a los cuales hemos sobrevivido.

Bajo un capitalismo de Estado auténtico, es decir bajo el dominio de la burguesía, el crecimiento del capitalismo de Estado significa el enriquecimiento del Estado burgués y su poder creciente sobre las masas obreras. Entre nosotros, el crecimiento de la industria de Estado soviética significa un crecimiento del socialismo mismo, un fortalecimiento directo del poder del proletariado. Observamos numerosas veces en el curso de la historia el desarrollo de un fenómeno económico nuevo, a pesar de recubrirse de formas antiguas; fenómeno que, por otra parte, se produce a través de diversas combinaciones. Cuando la industria hincó sus raíces en Rusia, todavía bajo leyes feudales, en la época de Pedro el Grande, las fábricas, aunque estuvieran concebidas conforme a los modelos europeos de la época, fueron levantadas, sin embargo, sobre bases feudales. Los siervos se encontraban ligadas a ellas mediante su fuerza de trabajo (las fábricas recibían el apelativo de fábricas señoriales). Los capitalistas, como Strogonov, Demidov y otros, pro-

pietarios de estas empresas, desarrollaron su capitalismo en el interior mismo del sistema feudal. De un modo similar, el socialismo debe dar sus primeros pasos sobre los instrumentos del capitalismo. No se puede llevar a cabo una transición hacia métodos socialistas perfectos tratando de saltar por encima de la propia cabeza, y ello más aún si su cabeza se encuentra sucia y mal peinada, como ocurría con nuestra cabeza rusa. No hay que olvidar esta puntualización, que, en todo caso, es exclusivamente personal. Debemos siempre aprender a continuar nuestro aprendizaje.

Criterio sobre la productividad del trabajo

Queda, sin embargo, una cuestión que es importante y fundamental para determinar la viabilidad de un régimen social, a la cuál todavía no nos hemos referido. Se trata de la cuestión de la productividad de la economía, no solamente en lo que respecta a los trabajadores individuales, sino también para el régimen económico en su conjunto. El progreso histórico de la humanidad puede resumirse del modo siguiente: un régimen que asegura una mayor productividad del trabajo reemplaza a aquellos con una productividad menor. Si el capitalismo reemplazó la antigua sociedad feudal, sólo fue porque el trabajo humano es más productivo bajo el dominio del capital. Igualmente, la única razón por la que el socialismo podrá suplantar completamente al capitalismo, de un modo total y definitivo, es que asegurará una mayor cantidad de productos para cada unidad de fuerza de trabajo humano.

Ahora bien, ¿podemos decir ya que las empresas de Estado son más productivas que lo fueran antes bajo el régimen capitalista? No, todavía no lo hemos logrado. No solamente los americanos, los ingleses, los franceses y los alemanes trabajan mejor en sus empresas capitalistas, que son más productivas que las nuestras (ocurría ya durante el período anterior a la revolución), sino que nosotros mismos solíamos trabajar mejor antes de la revolución que ahora. En una primera apreciación, esta circunstancia puede parecer negativa en la valoración del régimen soviético. Nuestros enemigos

burgueses, así como los críticos socialdemócratas que ciertamente les imitan, hacen todo el uso posible del hecho de que la productividad de nuestra economía sea tan baja.

En la Conferencia de Génova, el delegado francés, Colrat, respondiendo a Chicherin, anunció con una insolencia típicamente francesa que la delegación soviética no podía hablar sobre cuestiones económicas, dada la situación actual en Rusia. El argumento parece, a primera vista, aplastante, pero revela una ignorancia económica e histórica inconmensurable. Sería maravilloso ciertamente probar desde ahora la superioridad del socialismo, no mediante argumentos teóricos procedentes de las experiencias ya ocurridas, sino mediante hechos materiales. Es decir, si pudiéramos mostrar que nuestras fábricas aseguran, principalmente gracias a la centralización, una productividad en el trabajo superior a las empresas similares en las etapas anteriores a la revolución ello sería inapelable. Pero no hemos llegado a este punto. Por otra parte, no es posible que lo alcancemos rápidamente. Lo que ahora tenemos no es un socialismo que se opone al capitalismo, sino un proceso laborioso cuya finalidad es realizar el paso de un estado a otro, y sobre todo llevar a cabo la etapa inicial y dolorosa del periodo de transición. Parafraseando las famosas palabras de Marx, se puede decir que padecemos el que nuestro país conserve vestigios inmensos de capitalismo entre los rudimentos del socialismo.

Ciertamente, la productividad ha disminuido, así como el nivel de vida. En la agricultura, las cosechas del último año han sido más o menos tres cuartas partes de la producción media de preguerra. La situación es aún peor en la industria. Nuestra producción de este año es un cuarto de la producción de preguerra. El sistema de transportes opera a un tercio de su capacidad de preguerra. Son datos muy tristes. Pero, ¿cuál era la situación en la época de transición entre el feudalismo y el capitalismo? ¿Acaso era diferente? La sociedad capitalista, tan rica y tan orgullosa de su abundancia y de su cultura, nació de una revolución muy destructiva. La tarea histórica objetiva de crear condiciones de mayor productividad del trabajo fue, en última instancia, resuelta por la revolución burguesa o, más exactamente, por una serie de revoluciones. Pero, ¿cómo se

llegó a esto? A través de una devastación general y de una caída temporal de la cultura material.

Tomemos, por ejemplo, el caso de Francia. Naturalmente, el señor Colrat, en su función de ministro burgués, no está obligado a conocer la historia de su tan amada patria. Pero a nosotros, por el contrario, nos es familiar la historia de Francia y la historia de la Revolución. No es importante saber si preferimos los escritos del reaccionario Taine o del socialista Jaurés. En ambos casos, podemos constatar hechos auténticos que caracterizan la horrible condición existente en Francia tras la Revolución. La devastación fue tan grande que después del 9 de Termidor, es decir cinco años después del comienzo de la Revolución, el empobrecimiento de Francia no había disminuido, sino que, por el contrario, empeoraba progresivamente. Diez años después de la gran Revolución francesa, cuando Napoleón Bonaparte era ya Primer Cónsul, París, con una población de quinientos mil habitantes, recibía una ración diaria de harina que oscilaba entre trescientos y quinientos sacos, mientras que la demanda mínima era de mil quinientos sacos para satisfacer el mínimo de subsistencia. Una de las preocupaciones mayores del Primer Cónsul era controlar diariamente la distribución de la harina.

Esta situación se producía (fíjense bien) diez años después de la gran Revolución francesa. La población francesa había disminuido, a causa del hambre, de las epidemias, de las guerras, en treinta y siete departamentos de los cincuenta y ocho existentes. No es necesario decir que los Colrat y Poincaré ingleses de la época miraban a la arruinada Francia con gran desprecio. ¿Qué quiere decir todo esto? Simplemente que la revolución es un método duro y costoso para resolver la cuestión de la transformación económica de la sociedad. Pero la historia no ha inventado otro método. La revolución abre las puertas a un nuevo orden político, tras una gran catástrofe ampliamente devastadora. En nuestro país, además, la revolución fue precedida por la guerra, y nosotros no nos encontramos aún tras diez años de revolución (fijémonos en esto, también), sino tan sólo a comienzos del sexto año. Y nuestra revolución tiene un alcance muy superior al de la Revolución francesa, que simplemente

reemplazó una forma de explotación por otra, mientras que nosotros reemplazamos una sociedad que se apoyaba en la explotación del hombre por el hombre por una sociedad que se basa en la solidaridad humana. Los choques, ciertamente, fueron muy duros y causaron daños importantes al producirse fuertes destrucciones. Lo que más llama la atención es el excesivo coste de la revolución. Sus mayores conquistas únicamente se realizan después de largos años, gradualmente.

Tuve, el otro día, la suerte de encontrarme con un discurso que se refiere precisamente a la cuestión que ahora nos ocupa. Fue pronunciado por un químico francés, Berthelot, hijo del célebre químico Pierre Berthelot, quien hablaba en cuanto miembro de la Academia de Ciencias. Desarrollaba una idea que cito según la referencia publicada en la revista *Le Temps*: «En todas las épocas de la historia, en el campo de las ciencias, y en el de la política, así como en el fenómeno social, las luchas armadas tuvieron el privilegio espléndido y terrible de acelerar, con sangre y fuego el nacimiento de nuevos tiempos». Es evidente que pensaba en las guerras. Pero es cierto que éstas, cuando servían a la causa de las clases revolucionarias, estimularon también enormemente el desarrollo histórico; cuando servían a los opresores (lo que ocurre a menudo) no daban un impulso al movimiento de los oprimidos. Su declaración se aplica más directamente a la revolución: las «luchas armadas» entre clases originan grandes pérdidas, pero también el nacimiento de los «nuevos tiempos». Deducimos de ello que el excesivo coste de la revolución no es en vano (no son falsos gastos, como dicen los franceses). Pero no se pueden exigir los dividendos antes de que se cumplan los plazos de pago. Es necesario pedir a nuestros amigos cinco años más aún. De este modo, diez años después de la Revolución, es decir el año en que Napoleón apuntaba rigurosamente los sacos de harina para alimentar París, mostraremos la superioridad del socialismo sobre el capitalismo en el campo económico, y esto no por medio de argumentos teóricos sino por medio de hechos rigurosos, y esperamos que para entonces los hechos elocuentes estén al alcance de la mano.

¿Pero no queda, mientras se avanza hacia esos éxitos futuros,

algún peligro de que nuestro régimen sufra la degeneración capitalista, precisamente debido al estado desolador de nuestra industria en el momento actual? El campesinado ha recogido este año, como ya he indicado, más o menos tres cuartos de la cosecha de pagueerra; por otro lado, la industria produjo como mucho un cuarto de la producción de pagueerra. Por tanto, la relación recíproca entre la ciudad y el campo ha sido trastocada en extremo y en gran parte, en perjuicio de la ciudad. En estas condiciones, la industria estatal no podría proporcionar al campesino un producto equivalente por sus cereales, y los excedentes agrícolas lanzados al mercado proporcionarían una base de acumulación capitalista privada. Naturalmente, el razonamiento es justo; en el fondo, las relaciones de mercado tienen una lógica propia sin preocuparse de las metas que nos proponemos al restaurarlas. Es importante, sin embargo, establecer correlaciones cuantitativas. Si el campesinado lanzase toda su cosecha al mercado, esto tendría consecuencias desastrosas para el desarrollo socialista, a causa del debilitamiento de nuestra industria. En realidad, el campesinado produce para su propio consumo. Además, debe pagar este año 350 millones de *puds*¹⁴ en impuestos en especie. El campesinado no llevará al mercado su excedente hasta que haya satisfecho sus necesidades personales y pagado los impuestos. En conjunto no supondrá más de 100 millones el próximo año. Una parte importante si no decisiva de este excedente de 100 millones será comprado por las cooperativas de distribución y las instituciones estatales

De este modo, la industria de Estado se tendrá que oponer no a la economía campesina en conjunto, sino sólo a un sector de ella, en cierta medida, insignificante, que está lanzando su producción al mercado. Únicamente ella, o más exactamente una fracción de este sector del campesinado, es la que se convierte en una fuente de acumulación capitalista privada. Aumentará en el futuro. Paralelamente, la productividad de la industria de Estado unificada también aumentará. No hay ninguna razón para concluir que el creci-

¹⁴ *Pud* es una unidad de masa, equivalente a 16,38 kg utilizada en Rusia hasta que fue abolida en 1924 por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas [N. de la E.].

miento de la industria de Estado será menor que la productividad y prosperidad de la agricultura. Veremos ahora cómo las perspicaces y profundas críticas de los señores de la II Internacional y media se basan principalmente en la ignorancia y la incomprensión de las relaciones económicas rusas más elementales, las cuales han sido modeladas conforme a las condiciones concretas de tiempo y espacio.

Sobre la crítica socialdemócrata

Con motivo de nuestro cuarto aniversario, es decir, el pasado año, Otto Bauer consagró un panfleto entero a nuestra economía. En él, Bauer recapitula de un modo elegante y adulator todo lo que nuestros enemigos más temperamentales en el campo socialdemócrata habían tomado la costumbre de decir, echando espuma por la boca, acerca de nuestra NEP.

En primer lugar, nos dice, es una «capitulación ante el capitalismo», y, precisamente esto es adecuado y realista (estos señores ven invariablemente el realismo de este modo: caer a los pies de la burguesía a la primera ocasión.) Continúa diciéndonos que el resultado final de nuestra revolución no será otro que el establecimiento de una república democrática burguesa y que esto ya lo predecía en 1917. Sin embargo, debemos recordar que en 1919 las «predicciones» de esos esmirriados héroes de la II Internacional y media fueron realizadas en un tono muy diferente. En esa época, hablaba del hundimiento del capitalismo y del comienzo de una época de revolución social. Pero incluso el más loco de la tierra se negaría a creer que, si el capitalismo se acerca a su fin en todo el mundo, al mismo tiempo florezca en la Rusia soviética dirigida por la clase obrera.

Y así, en 1917, cuando Otto Bauer todavía conservaba su virginal fé austromarxista en la permanencia del capitalismo y de la monarquía de los Habsburgo, escribió que la revolución rusa debía terminar en el establecimiento de un Estado burgués. El oportu-

nismo socialista siempre es impresionista¹⁵ en política. Asustado por la revolución, admitió en 1919, avergonzado, que el capitalismo se hundía y que el período de la revolución social estaba al alcance de la mano. Puesto que ahora, Dios sea alabado, la marea de la revolución baja, nuestro oráculo vuelve a caer rápidamente en su profecía de 1917. Como ya sabemos, tiene dos profecías disponibles, según convenga [risas]. Bauer llega a la conclusión siguiente: «Lo que vemos restaurarse en Rusia es una economía capitalista, dominada por una nueva burguesía, que descansa sobre millones de campesinos; una economía capitalista a la cual la legislación y la administración del Estado se ven forzadas, quieran o no, a adaptarse».

¿Comprenden ahora lo que representa la Rusia soviética? Hace un año, este señor proclamaba que la economía y el Estado soviético estaban dominados por una nueva burguesía. Las empresas arrendadas, pobremente equipadas y que emplean 50.000 obreros, contra 1.000.000 de obreros empleados por las mejores empresas de Estado, esto, según Bauer, es «una capitulación del poder soviético ante el capital industrial». Para sostener sus afirmaciones, tan estúpidas como cínicas, con una necesaria justificación histórica, afirma: «Tras una prolongada duda, el Gobierno soviético ha decidido reconocer las deudas zaristas con el extranjero». En pocas palabras, ¡una capitulación tras otra!

Puesto que a muchos camaradas no les gustan los detalles vagos de nuestra historia, dejadme recordaros que el 4 de febrero de 1919 hemos hecho las siguientes propuestas por la radio a todos los gobiernos capitalistas:

1. Ofrecemos reconocer las deudas extranjeras contraídas por Rusia.
2. Ofrecemos nuestras materias primas como garantía del pago de deudas e intereses.

¹⁵ En literatura, el impresionismo se caracteriza por prestar atención a lo superfluo, a lo inmediato, a las sensaciones, olvidándose de la esencia y los detalles [N. de la E.]

3. Ofrecemos realizar concesiones según acuerdos.
4. Ofrecemos concesiones territoriales bajo la forma de ocupación militar de ciertas partes del territorio por las tropas de la Entente, o por las de sus agentes rusos.

Hemos propuesto estos puntos al mundo capitalista el 4 de febrero de 1919 a través de la radio, con la condición de que nos dejaran en paz. Las hemos repetido en abril, con más detalles, al plenipotenciario¹⁶ no oficial americano. ¿Cómo se llamaba? (Risas). ¡Ah, sí, Bullit, eso es! Y bien, camaradas, si comparáis estas propuestas con las que nuestros representantes han rechazado durante las reuniones de Génova y de La Haya, veréis que nuestra dirección no ha sido hacia ampliar las concesiones, sino que, por el contrario, ha sido la de defender con mayor firmeza nuestras conquistas revolucionarias. En este momento no reconocemos ya deuda alguna. No ponemos ya en prenda, y no lo haremos más, nuestras materias primas como garantía. Somos muy prudentes en materia de concesiones; y, por ningún motivo, no toleraremos la presencia de tropas en nuestros territorios. Se han producido algunos cambios desde 1919.

Hemos sido informados ya por Otto Bauer que la tendencia de todo este desarrollo es a la «democracia» Este alumno de Kautsky y profesor de Martov nos da la siguiente lección: «Una vez más ha sido confirmado que un derrocamiento de la base económica debe ser seguido por un derrocamiento de la superestructura política». Es completamente cierto que entre la base económica y la superestructura política existe, en sus partes y en la totalidad, la interrelación indicada por Bauer. Pero, en primer lugar, la base económica de la Rusia soviética no se ha modificado del modo descrito por Otto Bauer, ni del modo deseado por Leslie Urquhart, cuyas ideas sobre este tema, debemos recordarlo, van más lejos que las de

¹⁶ Plenipotenciario era como se designaba al representante diplomático de un Estado en el extranjero que disfrutaba de plenos poderes en la toma de decisiones, debido a la lentitud en las comunicaciones [N. de la E.]

Bauer. La base económica cambia hacia relaciones capitalistas, pero estos cambios se producen a tal velocidad y en tal escala que excluyen el peligro de perder el control político de este proceso económico.

Desde el punto de vista político, el problema se reduce a esto: la clase obrera en el poder ofrece importantes concesiones a la burguesía. Pero queda mucho camino desde este punto a la «democracia», es decir, al paso del poder a las manos de los capitalistas. Para alcanzar esta meta, la burguesía necesitaría de un derrocamiento contrarrevolucionario exitoso. Para tal derrocamiento debe disponer de las correspondientes fuerzas.

Sobre este punto la burguesía nos ha enseñado algo. Durante el siglo XIX no hizo otra cosa que alternar represiones y concesiones. Hacía concesiones a la pequeña burguesía, al campesinado y a las capas superiores de la clase obrera, pero al mismo tiempo explotaba sin piedad a las masas trabajadoras. Estas concesiones eran de carácter político o económico, o incluso una combinación de ambas. Fueron siempre actos de la clase dominante que tenía el poder del Estado.

Ciertas experiencias de la burguesía en este campo parecían a primera vista aventuradas, como la introducción del sufragio universal. Marx se refería a la limitación legal de la jornada de trabajo en Inglaterra como la victoria de un nuevo principio. ¿Qué principio? El de la clase obrera. Pero, todos lo sabemos, quedaba un largo camino para pasar de la victoria parcial de este principio a la conquista del poder político por la clase obrera inglesa. La burguesía dominante hizo entrega de ciertas concesiones, pero conservaba el control del Estado. Sus políticos decidían cuáles eran las concesiones que debían ser acordadas, no solamente sin poner en peligro su dominio del poder, sino asegurando a través de ellas la férrea dirección burguesa.

Nosotros, marxistas, hemos dicho más de una vez que la burguesía había cumplido su misión histórica. Mientras tanto, todavía retiene el poder en sus manos. Esto quiere decir que la interrelación entre la base económica y la superestructura política no es completamente lineal. Tenemos un régimen de clase que se man-

tiene desde decenios, incluso tras haber llegado a un conflicto evidente con las necesidades del progreso económico. ¿Cuáles son las bases teóricas para afirmar que las concesiones acordadas por el Estado obrero a las relaciones burguesas pueden y deben automáticamente reemplazar el Estado obrero por un Estado burgués? Si, como parece ser, es cierto que el capitalismo está agotado a escala mundial, ello sólo prueba el papel histórico progresivo del Estado obrero. Las concesiones que ha acordado para la burguesía únicamente representan un compromiso dictado por las dificultades del desarrollo, predeterminado y asegurado por la historia. Es natural que, si crecieran hasta el infinito, se multiplicaran y acumularan, si comenzamos a arrendar cada vez más grupos de empresas nacionalizadas, si comenzamos a acordar concesiones a ramas esenciales de la industria minera y del transporte ferroviario, si nuestra política continuara por la vía de las concesiones durante varios años, llegaría a existir inevitablemente una época de degeneración económica que daría lugar al colapso de la superestructura política. Hablo de «colapso» y no de «degeneración» porque sólo a través de una feroz guerra civil puede el capitalismo arrancar el poder de las manos del proletariado comunista.

Quien plantea esta cuestión presupone que la burguesía europea y mundial se mantendrán fuertes y eternas. En pocas palabras, todo se reduce a esto. Reconociendo, por una parte, que el capitalismo, y especialmente en Europa, ha sobrevivido y frena el progreso histórico; expresando, por otra parte, la afirmación de que la evolución de la Rusia soviética debe inevitablemente terminar con un triunfo de la democracia burguesa, los teóricos socialdemócratas caen en una contradicción banal y lamentable, digna de estos estúpidos, torpes y grandilocuentes. Nuestra Nueva Política Económica está calculada para unas condiciones muy específicas de espacio y tiempo. Es la política de un Estado obrero sitiado por el capitalismo y que apuesta por el desarrollo revolucionario en Europa. Operar con categorías absolutas de capitalismo y de socialismo, y con superestructuras políticas que le corresponden «perfectamente», para decidir acerca del destino de la República soviética, muestra la incapacidad absoluta para comprender las condiciones

propias de una época de transición. Es un razonamiento escolástico y no marxista. Jamás hay que excluir el factor tiempo de los cálculos económicos. Si pensáis que el capitalismo continuará existiendo en Europa durante cincuenta años o un siglo, y que la Rusia soviética deberá ajustar su política económica al capitalismo, la cuestión queda automáticamente resuelta. Porque, asegurando esto, suponéis por adelantado el hundimiento de la revolución proletaria en Europa y el comienzo de una nueva época de resurgimiento capitalista. ¿Cuáles serían entonces vuestros argumentos? Desde que Otto Bauer ha descubierto síntomas milagrosos de un resurgimiento capitalista en la vida austriaca actual, se habla de predestinación para la Rusia soviética. No vemos aún milagro alguno, y en absoluto creemos en ellos.

Para nosotros, la continuación del dominio de la burguesía europea, durante algunos decenios, no significaría, en las condiciones actuales, el progreso del capitalismo, sino la decadencia económica y la descomposición cultural de Europa. No se puede negar que tal variante del desarrollo histórico arrastraría a la Rusia soviética a un abismo. En este caso, que nuestro país pasara a la «democracia» o sufriese otra decadencia en alguna forma, es una cuestión de segundo orden. Pero no tenemos aún motivos para alistarnos bajo el estandarte de la filosofía de Spengler. Contamos firmemente con el desarrollo revolucionario en Europa. La Nueva Política Económica es simplemente nuestro modo de adaptarnos al ritmo de este desarrollo. El mismo Otto Bauer, siente con cierta inquietud, que el régimen de la democracia capitalista no surge tan directamente de los cambios que han ocurrido en nuestra economía. Por esta razón nos ruega que prestemos ayuda al desarrollo de la tendencia capitalista contra la tendencia socialista. Escribe: «La reconstrucción de la economía capitalista no puede ser efectuada bajo la dictadura del Partido Comunista. El nuevo curso económico reclama un nuevo curso político». ¿No es algo conmovedor que hace saltar las lágrimas? El mismo individuo que ha proporcionado una maravillosa ayuda económica y política al florecimiento de Austria... (risas) es quien nos exhorta de este modo: «Tened cuidado, por el amor de Dios; el capitalismo no puede florecer bajo la dictadura de vuestro

Partido». (Risas y aplausos). Así es, y precisamente por esta razón, a pesar de todos los Bauers, mantenemos la dictadura de nuestro Partido (Risas y aplausos).

En nuestro país, las concesiones al capitalismo han sido hechas por el Partido Comunista, en cuanto dirigente del Estado obrero. En este momento, se llevaba a cabo en nuestra prensa una amplia discusión a favor y en contra de la concesión que debe ser acordada a Leslie Urquhart. La cuestión está planteada. Esta discusión quiere clarificar las posturas y las precisiones materiales concretas del contrato, y evaluar el papel que jugaría en el sistema económico soviético. ¿Es excesiva la concesión? ¿Podría, el capitalismo, hundir profundamente sus raíces en el corazón de nuestra economía industrial? Existen posiciones a favor y en contra. ¿Quién decide? El Estado obrero. Naturalmente, la Nueva Política Económica supone una enorme concesión a las relaciones burguesas e incluso a la burguesía. Pero, en todo caso, somos nosotros quienes determinamos los límites de esta concesión. Somos los administradores, tenemos a llave de la puerta en nuestras manos. El Estado es un factor primordial de la vida económica, y no tenemos ninguna intención de que se nos escape.

La situación mundial y las perspectivas revolucionarias

Vuelvo a decirlo. La profecía socialdemócrata referente a las consecuencias de nuestra Nueva Política Económica deriva totalmente de la concepción según la cual la revolución proletaria en Europa carece de esperanzas en un período histórico próximo.

No podemos impedir a estos señores que sean pesimistas respecto al proletariado y optimistas respecto a la burguesía. Estos son los llamamientos históricos de la II Internacional. No vemos ninguna razón para tener dudas o para modificar el análisis de la situación mundial formulado por las tesis adoptadas por el III Congreso de la Internacional Comunista.

Desde hace dieciocho meses, el capitalismo no ha dado siquiera un paso para restablecer su equilibrio, totalmente alterado debido

a la guerra y sus consecuencias. Lord Curzon, ministro inglés de Asuntos Exteriores, habló el 9 de noviembre, día del aniversario de la República alemana, realizando un buen resumen de la situación internacional. No sé si muchos de ustedes han tenido ocasión de leer este discurso; por ello citaré algunos párrafos muy interesantes y que merecen ser conocidos. Dijo: «Todos los poderes han salido de la guerra con sus energías debilitadas y rotas. Nosotros (ingleses) sufrimos una pesada carga de impuestos que pesan sobre la industria de nuestro país. Tenemos gran número de desocupados en todas las ramas de la producción. En cuanto a Francia, sus deudas son inmensas y no puede obtener el pago de las indemnizaciones de guerra (...). Alemania se encuentra en plena inestabilidad política y su vida económica se halla paralizada por una crisis económica y monetaria espantosa. Rusia permanece al margen de las naciones europeas. Se encuentra bajo la bandera comunista (Curzon no parece estar en total acuerdo con Otto Bauer (Risas)) y continúa llevando a cabo una constante propaganda sobre todo el mundo (lo que ciertamente es falso (Risas))». «Italia» continúa diciendo, «ha atravesado un gran número de choques y crisis gubernamentales (yo no diría que ha atravesado, sino que atraviesa todavía) (Risas), el Oriente Próximo se encuentra en un caos absoluto. La situación es terrible».

Incluso para nosotros, comunistas rusos, sería muy difícil ofrecer una propaganda de la situación mundial mejor que la que ofrece Curzon. «La situación es terrible». En el quinto aniversario de la República soviética, esta es la afirmación que recibimos de uno de los representantes más autorizados de la potencia europea más fuerte: «La situación es terrible». Y tiene razón. Permítanos agregar que es necesario encontrar una salida a esta «terrible situación»; la Revolución. Un corresponsal italiano me pidió muy recientemente que evaluara la situación mundial actual. Le di la siguiente respuesta, que es, permítanme que lo diga, más bien banal: «La burguesía ya no es capaz de conservar el poder (lo que, hace algunos minutos, según leíamos, ha sido confirmado por Curzon), mientras que la clase obrera es aún incapaz de tomar el poder. Esto es lo que determina el carácter trágico de nuestra época». Ésta era la esencia de

mi declaración.

Hace tres o cuatro días, un amigo me envió de Berlín un recorte de uno de los últimos números de Freiheit, anterior a su renuncia. La rúbrica se titula: «La victoria de Kautsky sobre Trotsky». (Risas). Declara que el Rote Fahne no puede armarse del valor necesario para hablar de mi capitulación ante Kautsky. Pero, como podéis verlo, camaradas, Rote Fahne nunca fue lento en atacarme, incluso cuando tenía razón. De todos modos, esta historia pertenece al III Congreso Mundial y no al IV. (Gritos de aprobación y risas.). Bien, dije al periodista italiano: «Los capitalistas son incapaces de gobernar, mientras que los obreros no son todavía capaces de hacerlo. Es el carácter de nuestra época». Después de lo cual Freiheit, de bendita memoria, comenta lo siguiente: «Lo que Trotsky adelanta aquí como su propia visión es la opinión expresada con anterioridad por Kautsky». De este modo, soy culpable de plagio. Es un alto precio para una entrevista banal. Me veo obligado a decir que conceder entrevistas no es una obligación agradable, y que aquí, en Rusia, nunca somos entrevistados por nuestra propia voluntad, sino siempre bajo las órdenes estrictas del camarada Chicherin. Notarán que, en la era de la Nueva Política Económica, aunque hayamos renunciado al excesivo centralismo, quedan, sin embargo, algunos detalles centralizados. En cualquier caso, todas las órdenes de entrevistas se centralizan en el Comisariado de Asuntos Exteriores (Risas), y dado que las entrevistas son obligatorias, uno saca a relucir, naturalmente, su mejor selección de lugares comunes. Permítanme decirles que, en este caso particular, jamás pensé que afirmar que nuestra época tenía un carácter de transición era una invención original mía. Ahora me entero, si se puede creer en Freiheit, que el padre espiritual de este aforismo no es otro que Kautsky. Si realmente lo es, sería un castigo muy severo por mi entrevista. En efecto, el tal Kautsky dice y escribe ahora cosas cuyo único y manifiesto fin es demostrar que el marxismo es una cosa, mientras que una ciénaga es otra cosa.

He dicho y repito que el proletariado europeo es, en el momento actual, incapaz de conquistar el poder, lo cual es un hecho innegable. Pero, ¿por qué es así? Precisamente porque sectores de la clase

obrera no se han desembarazado de la podrida influencia de ideas, prejuicios y tradiciones cuya quintaesencia es el kautskysmo [risas]. Esta es exactamente e incluso exclusivamente la razón de la división política dentro del proletariado y de su incapacidad para conquistar el poder. Era precisamente esta idea la que había querido expresar al corresponsal italiano. No mencioné el nombre de Kautsky, pero, para cualquier persona inteligente, debía ser evidente saber contra qué y contra quién se dirigían mis ataques. Esta fue mi «capitulación» ante Kautsky. La Internacional Comunista no tiene, ni puede tener, ningún motivo para capitular ante nadie, y esto tanto a niveles prácticos como teóricos. Las tesis del III Congreso sobre la situación mundial caracterizaban los rasgos fundamentales de nuestra época con la misma corrección con que caracterizaban las grandes crisis del capitalismo. En el III Congreso hemos insistido mucho en la afirmación de que era preciso distinguir entre la crisis histórica del capitalismo y las crisis coyunturales o menores del capitalismo, siendo cada una de ellas una etapa necesaria del ciclo comercial e industrial. Pero permitidme recordar que existió una amplia discusión sobre este punto entre las Comisiones del Congreso y especialmente durante las sesiones plenarias. Hemos defendido el siguiente punto de vista ante un numerosísimo grupo de camaradas: debemos hacer una clara distinción en el desarrollo histórico del capitalismo, entre dos curvas, que son, respectivamente, la curva fundamental que traza el desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas, el crecimiento de la productividad del trabajo, la acumulación de la riqueza, etc., y la curva cíclica que describe una ola periódica de prosperidad y de crisis, repitiéndose aproximadamente cada nueve años. La correlación entre ambas curvas no ha sido explicada aún en la literatura marxista, y tampoco, al menos, que yo sepa, en la literatura económica en general. Sin embargo, la cuestión es de primordial importancia, tanto teórica como prácticamente. A mediados del siglo XIX, la curva fundamental del desarrollo económico ascendió vertiginosamente. El capitalismo europeo alcanzó su cima. En 1914, estalló una crisis que marcó no solamente una oscilación cíclica periódica, sino también el comienzo de una época de estancamiento económico prolongado.

La guerra imperialista fracasó en su intento de romper este *impasse*, y la profunda crisis histórica del capitalismo se agravó. Sin embargo en el marco de esta crisis histórica, los ciclos ascendentes y descendentes son inevitables, es decir; la alternancia entre auge y crisis (pero con la característica de que, en contraste con el periodo de preguerra, las crisis cíclicas tienen un carácter extremadamente intenso mientras que el auge es más débil y superficial). En 1920, en el marco de la decadencia capitalista general, se produjo una intensa crisis cíclica. Ciertos camaradas, tales como los denominados «izquierdistas», mantenían que esta crisis debía profundizarse y agudizarse ininterrumpidamente hasta la revolución proletaria. Nosotros, por el contrario, predijimos que en un futuro próximo se preveía inevitablemente una ruptura en la coyuntura económica, trayendo una recuperación parcial.

Insistimos diciendo que tal ruptura de la coyuntura no debilitaría al movimiento revolucionario, sino que, por el contrario, le proporcionaría una nueva vitalidad. La cruel crisis de 1920, que llegó tras varios años de efervescencia revolucionaria, pesó muy duramente sobre las masas obreras, engendrando en ellas, temporalmente, pasividad e incluso desesperanza. En una situación como ésta, la mejoría de la coyuntura económica habría dado nuevamente confianza a las masas y reanimado la lucha de clases. Ciertos camaradas pensaban realmente entonces que el proletariado reflejaba la desviación hacia el oportunismo y una tendencia a encontrar excusas para retrasar indefinidamente la revolución. Las actas de la Convención de Jena del partido alemán están repletas de estas ideas ingenuas.

Intentemos, camaradas, comprender dónde nos encontraríamos actualmente si hubiéramos respondido y aceptado, hace año y medio, esta teoría izquierdista puramente mecanicista, de que la crisis comercial e industrial iba de mal en peor. Reconocen actualmente todas las personas sensatas la ruptura que ha existido en la coyuntura. En los Estados Unidos, el mayor poder de todos los países capitalistas, es evidente una ola de prosperidad industrial. En Japón, en Inglaterra, en Francia, la mejoría de la coyuntura económica es mucho más débil, pero también en estos casos existe una rup-

tura. ¿Cuánto tiempo durará esta ola? ¿Qué altura alcanzará? Esta es otra cuestión. No debemos olvidar un solo momento que la mejoría de la coyuntura tiene lugar en plena decadencia del capitalismo internacional y, sobre todo, del capitalismo europeo. Las causas básicas de tal decadencia no se han visto afectadas por los cambios coyunturales. Nos hubiéramos encontrado en la obligación de reexaminar teóricamente nuestra concepción fundamental, así como el carácter revolucionario de nuestra época, si le hubiéramos hecho hace un año y medio atrás una concesión a los izquierdistas que juntaban la crisis histórica del capitalismo con las oscilaciones cíclicas coyunturales del mercado y que reclamaban que adoptáramos una perspectiva puramente metafísica de que una crisis es, en cualquier condición, un factor revolucionario. No tenemos ninguna razón actualmente para revisar o modificar nuestra postura. Jamás hemos calificado nuestra época de revolucionaria porque la crisis coyuntural de 1920 barrierá la ficticia ola de prosperidad de 1919. La juzgamos como revolucionaria basándonos en nuestra evaluación general del mundo capitalista y de las fuerzas en conflicto. Para no perder esta lección, debemos reafirmar que las tesis del III Congreso son absolutamente aplicables en la actualidad. La idea fundamental que subyace a las decisiones tomadas en el III Congreso es la siguiente: después de la guerra las masas fueron imbuidas de un estado de ánimo revolucionario y estaban ansiosas por emprender una lucha abierta. Pero ningún partido revolucionario fue capaz de dirigir las a la victoria, lo que redundó en una derrota de las masas revolucionarias de numerosos países e indujo en ellas un estado anímico pasivo y depresivo.

En la actualidad existen en todo el mundo partidos revolucionarios, pero sólo reúnen a una fracción de la clase obrera; de hecho, a una minoría de ésta. Los partidos comunistas deben conquistar la confianza de la mayoría, pero la clase obrera, antes de ser convencida, a través de la experiencia, de la corrección, de la firmeza, de la honestidad de la dirección comunista, deberá desprenderse de la desilusión, de la pasividad, de la pereza. Entonces llegará el momento de lanzar la ofensiva final. ¿Ocurrirá pronto? Nosotros no hacemos predicciones. El III Congreso ha fijado la tarea de esta

época: luchar por influir en la mayoría de la clase obrera. Un año y medio después hemos alcanzado, sin duda, grandes éxitos, pero aún queda la tarea de conquistar la confianza de la aplastante mayoría de los trabajadores. Esto puede y debe ser conseguido a lo largo de la lucha de las reivindicaciones transitorias mediante la consigna del frente único obrero.

Actualmente, el movimiento obrero mundial se enfrenta con una ofensiva capitalista. Pero en un país como Francia, donde hace año y medio el movimiento obrero atravesaba un período de estancamiento total, somos testigos de la radicalización actual de las masas. A pesar de una dirección extremadamente insuficiente, las huelgas son más frecuentes en Francia. Adquieren un carácter muy intenso, lo que es prueba del crecimiento de la capacidad de lucha de las masas obreras. La lucha de clases se profundiza y se incrementa gradualmente. La ofensiva capitalista encuentra su complemento en la concentración de poder en manos de los elementos burgueses más reaccionarios. Se constata, sin embargo, al tiempo que se intensifica la lucha de clases, la opinión pública burguesa, con la aprobación tácita de la clase dirigente, de preparar una nueva orientación hacia la izquierda, hacia los engaños reformistas y pacifistas.

En Francia, lugar donde el bloque nacionalista ultrarreaccionario dirigido por Poincaré se encuentra en el poder, se prepara simultánea y sistemáticamente una victoria del Bloque de Izquierdas, incluyendo naturalmente a los socialistas. En Inglaterra ahora hay elecciones. Llegan mucho antes de lo que se pensaba porque el gobierno de coalición de Lloyd George se ha hundido. Aún se desconoce el resultado de las mismas. Existe una posibilidad de que el grupo ultraimperialista no vuelva al poder. Pero, si gana, su reinado será breve. En Francia e Inglaterra se prepara una nueva orientación parlamentaria de la burguesía. Los abiertamente imperialistas, los métodos agresivos, los métodos del Tratado de Versalles, de Foch, Poincaré y Curzon han caído en un *impasse*. Francia no puede robar a Alemania lo que ésta no tiene; también ella es incapaz de pagar sus deudas. El foso entre Inglaterra y Francia se hace más ancho. América se niega a renunciar al cobro de las deudas.

Entre las capas intermedias de la población, sobre todo entre la pequeña burguesía, las tendencias reformistas y pacifistas crecen cada día más. Debería firmarse un acuerdo entre Alemania y Rusia, debería ampliarse la Liga de las Naciones. Los presupuestos militares deberían reducirse; América debería conceder un préstamo a Alemania, y así sucesivamente. Las ilusiones de la guerra y de la defensa, las ideas y consignas nacionalistas y chovinistas, junto con las esperanzas en los grandes frutos que traería la victoria, en fin, las ilusiones que, digamos, acapararon a una gran parte de la clase obrera en los países de la Entente, dejan paso a reacciones más serenas, a la desilusión. Este es el sustento sobre el que crece el Bloque de Izquierdas en Francia, el Partido Laborista y los liberales independientes en Inglaterra. Sería ciertamente falso esperar un cambio serio de política, teniendo en cuenta la orientación reformista pacifista de la burguesía. Las condiciones objetivas del mundo capitalista actual son menos apropiadas al reformismo y al pacifismo. Pero es muy probable que la decepción en estas ilusiones deba ser experimentada prácticamente antes de que pueda ser posible la victoria de la revolución.

Hemos tratado únicamente este punto en relación con los países de la Entente. Pero es evidente que, si los radicales y los socialistas asumen el poder en Francia, mientras que los oportunistas laboristas y liberales independientes forman el gobierno inglés, se insuflará en Alemania esperanzas de conciliación y de paz. Parecería posible que pudiera llegarse a un acuerdo con los gobiernos democráticos de Inglaterra y Francia; que se obtuviera una moratoria o incluso una cancelación de pagos; que fuera concertado un crédito por América con la cooperación de Inglaterra y Francia, etc.... ¿No son los socialdemócratas alemanes los que se encuentran en las mejores condiciones para llegar a un acuerdo con los radicales y socialistas franceses, y con los laboristas ingleses? Ciertamente, el curso de los acontecimientos puede virar bruscamente. No está excluido que el problema de las indemnizaciones, el imperialismo francés y el fascismo italiano puedan conducir a la revolución, privando a la burguesía de la oportunidad de poner al frente a su pata izquierda.

Pero existen otras muchas indicaciones que prueban que la bur-

guesía tendrá que recurrir a cierta orientación reformista y pacifista antes de que el proletariado se encuentre preparado para el asalto definitivo. Esto significaría el periodo de un kerenskismo europeo. Sería muy conveniente evitarlo. El kerenskismo a escala mundial no es un plato de buen gusto. La elección de los caminos de la historia depende, en cierta medida, de nosotros. Bajo ciertas condiciones tendremos que aceptar el kerenskismo europeo, así como en su momento, aceptamos el kerenskismo ruso.

Nuestra tarea consistirá en transformar la época de los engaños reformistas y pacifistas, en un prelude a la conquista del poder por el proletariado revolucionario. En nuestro país, el kerenskismo duró nueve meses. ¿Cuánto tiempo duraría si surgiera en vuestros países? Evidentemente, es imposible responder a esta pregunta en este momento. Depende de la rapidez con la que sean liquidadas las ilusiones reformistas y pacifistas, es decir, de la habilidad con la que maniobren los kerenskistas, porque, al contrario que nosotros, saben cómo crecer y multiplicarse. Pero también depende de la energía, la resolución y firmeza con la que nuestro partido sea capaz de maniobrar.

Es evidente que la época de los gobiernos reformistas y pacifistas será el momento de una presión creciente de las masas trabajadoras. Nuestra tarea consistirá, en ese caso, en dominar esta presión y dirigirla.

Pero, para llegar a este punto, nuestro partido debe entrar en la época del engaño pacifista completamente purgado de ilusiones reformistas y pacifistas. ¡Pobre del Partido Comunista que se encuentre, en mayor o menor medida, engullido por la ola pacifista! El naufragio inevitable de las ilusiones pacifistas significaría, simultáneamente, el naufragio de este partido. La clase obrera se vería obligada, una vez más, como en 1919, a buscar un partido que no tratara de engañarla. Por esta razón la tarea fundamental que nos incumbe en una época de preparación revolucionaria es controlar nuestras filas y limpiarlas de elementos extraños. Un camarada francés, llamado Frossard, dijo un día: «El partido es la gran amistad». Esta frase fue repetida a menudo. Es imposible dejar de reconocer que es atractiva y que, hasta ciertos límites, cada uno de

nosotros está dispuesto a aceptarla. Pero es necesario igualmente tener en cuenta que el partido no se convierte bruscamente en esta gran amistad, sino que se transforma en gran colaboración tras una profunda lucha exterior, y, si es preciso, interior, es decir; a través de la depuración de sus filas, la selección cuidadosa y, si es necesario, sin piedad, de los mejores elementos de la clase obrera, entregados en cuerpo y alma a la causa de la revolución. En otras palabras, antes de convertirse en una gran colaboración, el partido debe realizar una gran selección. (Ovaciones.)

LAS CATEGORÍAS ECONÓMICAS DEL CAPITALISMO EN EL PERÍODO DE TRANSICIÓN¹⁷

N. BUJARIN

La metodología de la economía marxista: el método objetivo-social, material-productivo e histórico-dialéctico

En la investigación de la economía del período de transformación, uno no se enfrenta solamente con formas y categorías «puras». Esta investigación es tan difícil, entre otras cosas, porque no hay magnitudes constantes. Así como la ciencia en general, en su estado actual, investiga «procesos» fluidos y no «entidades» metafísicas, cristalizadas, así en el período de transición, por razones evidentes, las categorías del «ser» se ven remplazadas por categorías del «devenir».

Fluidez, variabilidad, movilidad, etc., son rasgos mucho más propios del período de transición que de las relaciones en curso de desarrollo «normal» dentro de un proceso de producción consolidado. Es por ello que se nos plantea la pregunta; ¿sirven o no sirven los métodos y categorías de pensamiento que Marx aplicó a la sociedad capitalista, ahora, en la época de la ruptura del capitalismo y de construcción de las bases de una nueva sociedad?

En efecto: «Para el análisis de las formas económicas, no podemos utilizar ni el microscopio ni los reactivos químicos. La capacidad de abstracción debe remplazar a ambos»¹⁸. Marx, utilizando esta capacidad de abstracción en la investigación de la forma capi-

¹⁷ Este texto fue escrito sobre la base de los esbozos hechos por mi amigo el camarada Y. Piatakov. Pensábamos escribir este trabajo juntos, pero, cosa que lamento mucho, tareas prácticas apartaron al camarada Piatakov de este trabajo e imposibilitaron la realización del plan común. Me he encontrado en la obligación de abreviar parcialmente este capítulo para integrarlo de un modo coherente en el resto de la obra. En numerosos lugares el texto del camarada Piatakov permanece intacto. Incluso en los pasajes transformados, lo fundamental sigue siendo suyo [N. de N.Bujarin].

¹⁸ Karl Marx, *Das Kapital*, Hamburgo, 1914, P. VI.

talista de economía, forjó todo un sistema de conceptos, un sistema de instrumentos del conocimiento de la realidad económica viva. Estos conceptos constituyen la principal herramienta de conocimiento científico del proceso económico, no sólo en manos de un genio, sino también en manos de todos los investigadores posteriores (no de los apologistas y sicofantes, sino de los investigadores verdaderamente científicos de los fenómenos de la vida económica).

Comprender científicamente el proceso económico significa entenderlo en su desarrollo, captar y comprender cada fenómeno en su surgimiento, su evolución y su desaparición, como parte del todo. En este tipo de concepción científica, los conceptos puestos de relieve por Marx funcionaban «sin falla». Las piedras angulares del completo edificio de la teoría económica, es decir de la teoría de la economía en su forma capitalista, eran los conceptos mercancía, valor, precio.

Pero le ha llegado su hora a la propiedad capitalista. Los expropiadores son expropiados. La producción capitalista ha llegado a una negación de sí misma con la inevitabilidad de un proceso natural. La revolución comunista sacude hasta sus fundamentos todo el sistema económico y destroza, heréticamente, el templo «eterno» del capitalismo. Se inicia un proceso de transformaciones económicas gigantescas y de cambios grandiosos, un proceso de reconstrucción de todo el sistema de relaciones de producción. Lo viejo se entrelaza con lo nuevo, lo nuevo lucha contra lo viejo, unas veces lo vence, otras veces retrocede impotente. Tenemos que comprender, en términos de teoría del conocimiento, este complicado proceso y también aquí tendremos que recurrir cada vez más a la capacidad de abstracción¹⁹.

¹⁹ Naturalmente, de aquí no se desprende en lo más mínimo que el material empírico carezca de valor. Al contrario, pues «el método de paso de lo abstracto a lo concreto no sólo es un medio para el pensamiento en su forma de enfrentarse a lo concreto, sino también de reproducirlo de forma concreta», Karl Marx, Introducción del 57 a la *Contribución a la crítica de la economía política*, Madrid, A. Corazón Ed., 1970, también en N. Bujarin, *La economía política del rentista*, Barcelona, Laia, 1974.

Si bien intentamos comprender lo que hemos venido a denominar economía del período de transición, caracterizado fundamentalmente por el cambio, nos encontramos con que los viejos conceptos de la economía teórica fallan de inmediato. Caemos en una curiosa contradicción. Las viejas categorías de la economía política continúan siendo formas de generalización práctica de la realidad económica viva, en continuo cambio. Pero al mismo tiempo, estas categorías no dan posibilidad alguna de penetrar más allá de «la apariencia de los fenómenos», es decir; de liberarse del pensamiento vulgar, de comprender el proceso de la vida económica en su totalidad y en su desarrollo. Esto es, sin embargo, comprensible: las relaciones elementales cuya expresión ideológica constituyen las categorías de la mercancía, del precio, del salario, de la ganancia, etc., existen en la realidad y a la vez no existen. No existen y, sin embargo, existen en cierta medida; existen como si no existieran. Tienen una existencia singular, fantasmalmente real y a la vez realmente espectral, un poco como las almas de los muertos en la concepción de los antiguos eslavos o como los dioses paganos en la devota iglesia cristiana.

Dado que fueron diseñados por Marx sobre la base de la existencia real de las relaciones de producción correspondientes, los viejos instrumentos operativos del pensamiento marxista comienzan a no ser ya satisfactorios. Son utilizados cada vez más de un modo indiferenciado en la vida práctica, en cuanto instrumentos destinados al conocimiento efectivo de los fenómenos de la vida económica²⁰.

²⁰ Esto se siente también al nivel de la práctica de nuestra economía pública. Tomemos como ejemplo un número de *Naródnoie Joszyaystvo* (núm. 5, 1919). Encontramos, en el artículo de J. D. Mijailov: «La situación de los transportes ferroviarios», cifras de ingresos brutos de «costos de desarrollo», de «gastos para el mantenimiento del personal», de «costos para la reconstrucción del valor» y, finalmente, de «beneficio neto» o de «pérdida». Todas las cifras citadas expresan las correspondientes sumas en rublos y constituyen la comparación para los años 1910 a 1918, así como para la primera mitad de 1919. Luego el autor calcula, concienzuda y perseverantemente, el «valor líquido» (*Selbskostenpreis*), también en rublos, de un *pud* en los años 1913, 14, 15, 16, 17 y

La utilización teórica de estas categorías presupone una total comprensión de su carácter limitadamente histórico, la comprensión de los límites de su importancia, el conocimiento de las condiciones, del sentido y de los límites de su aplicación a las relaciones económicas que, por principio, superan estos límites. Esto implica, por consiguiente, la necesidad, en primer lugar, de analizar los puntos de partida, la «metodología» de la economía teórica y establecer el papel de sus conceptos fundamentales a partir de lo cual podremos establecer qué modificaciones y limitaciones de esos conceptos aparecerán en el sistema de la economía de transición.

Podemos distinguir tres propiedades características de la metodología económica marxista: el punto de vista social objetivo, el punto de vista de la producción material y, por último, el punto de vista histórico-dialéctico de los problemas.

El enfoque social objetivo afirma la primacía de la sociedad sobre el sujeto económico individual, el individuo. Considera a éste último, no como «átomo», como a un «Robinsón» aislado, sino que representa un elemento del sistema social. «La producción de los individuos aislados, fuera de la sociedad [...] es un absurdo como el desarrollo del lenguaje sin individuos que vivan juntos y ha-

18. Empleando todos estos procedimientos aritméticos saca la siguiente conclusión: «el valor líquido del transporte ha crecido, en los cuatro años considerados, en más de 50 veces». ¿Qué sentido tienen todos estos cálculos? La llamada «cotización del rublo» da saltos tan fantásticos como la mercancía en el capítulo de Marx sobre el fetichismo o como la mesa de los espiritistas. ¿Podemos servirnos del rublo como unidad de medida? ¿Es el único aspecto de la cuestión? ¿Qué significarían estas cifras si el papel regulador del mercado desaparece? De todos modos, el mercado no ha desaparecido completamente: existen en parte un «mercado libre» y precios libres, en parte precios «sobreelevados», y en parte ocurre que los medios de subsistencia sean «gratuitos». Sin embargo, esto no es suficiente. ¿Qué indican estas palabras si no se pueden recibir en abundancia numerosos productos, es decir, si la cantidad de dinero se encuentra completamente vaciada de su contenido? Y este no es un caso aislado, es un ejemplo típico de la vulgarización, que es una de las características de nuestra época.

blen entre sí»²¹.

El punto de vista de la producción material plantea el predominio de la producción sobre el consumo y, en general, sobre el conjunto de la vida económica. El primer enfoque (social objetivo), como dicen los matemáticos, es necesario, pero no alcanza en modo alguno para caracterizar todo el método. La sociedad existe como sistema estable determinado. ¿Cuáles son las condiciones materiales de existencia de este sistema? «Cualquier niño sabe que una nación perecería si interrumpiera el trabajo, aunque fuera durante una semana»²². La existencia de la sociedad está determinada por su producción, la cual tiene un «carácter socialmente determinado». La sociedad misma debe ser considerada ante todo como «organismo de producción», y la economía como «proceso de producción». La dinámica de la producción determina también la dinámica de las necesidades. La producción, como condición fundamental de existencia de la sociedad, es un elemento «coercitivo»²³.

El método histórico-dialéctico considera la sociedad bajo su forma específicamente histórica y las leyes generales del desarrollo social en sus manifestaciones concretas como leyes de una formación social determinada, que se encuentran limitadas en su acción por el marco histórico de esta formación²⁴. Por ende, también las categorías económicas son «expresiones teóricas de relaciones de producción históricas, correspondientes a un nivel de desarrollo dado de la producción material»²⁵. No pueden tener un carácter eterno en ninguna circunstancia, como sostiene la ciencia burguesa, que las supone eternas porque supone eterno al modo de pro-

²¹ Karl Marx, *Fundamentos de la crítica de la economía política*, introducción, Madrid, A. Corazón Ed., 1972.

²² Carta de Marx a Kugelman, de 11 de julio de 1868, *Cartas a Kugelman*, Barcelona, Península, 1974.

²³ K. Marx, *El Capital*, Vol. I.

²⁴ En este punto donde se encuentra el aspecto más revolucionario de la dialéctica marxista: «Conociendo la relación frente al fracaso práctico, toda fe teórica encuentra de nuevo su impulso en la necesidad permanente de las condiciones existentes» (Carta a Kugelman, cit.)

²⁵ K. Marx, *Miseria de la filosofía*, Buenos Aires, Cartago, 1973

ducción capitalista²⁶.

Postulado del equilibrio del sistema de producción

Además de esta conocida característica fundamental del método de Marx, hay que destacar una que es metodológica y que se puede designar, dentro de ciertos límites, como postulado del equilibrio. Debemos estudiar este método de forma particularmente detallada debido a su extraordinaria importancia, por un lado, y de su desconocimiento en la exposición habitual de la teoría de Marx, por otro.

Para comprender teóricamente el sistema capitalista de relaciones de producción, Marx parte de la constatación de su existencia. Una vez existe este sistema, se satisfacen (bien o mal) las necesidades sociales, al menos en grado tal que los hombres no sólo no se extinguen, sino que viven, trabajan y se multiplican. En una sociedad en la que existe división social del trabajo (y en la sociedad mercantil capitalista existe) esto significa que tiene que haber cierto equilibrio del sistema. Se producen las cantidades necesarias de carbón, hierro, máquinas, tejidos de algodón, lienzo, pan, azúcar, botas, etc. Para la obtención de todo esto se emplea en las proporciones necesarias la correspondiente cantidad de trabajo humano vivo que utiliza la cantidad necesaria de medios de producción. Aquí pueden producirse desviaciones y oscilaciones de todo tipo, el sistema entero se amplía, se complica, se desarrolla, se encuentra en permanente movimiento y oscilación, pero en su conjunto permanece, en general, en un estado de equilibrio²⁷.

El descubrimiento de esta ley de equilibrio constituye el problema fundamental de la teoría económica. El resultado de tomar en consideración el sistema capitalista en su totalidad, bajo la condición de su equilibrio, erige a la economía teórica como sistema

²⁶ Sobre estos principios metodológicos, cf. *La economía política del rentista*.

²⁷ Cf. La polémica de Engels contra Rodbertus en la introducción del libro de Karl Marx, *Miseria de la filosofía*.

científico.

Todo el mundo «sabe que la creación de productos correspondientes a las distintas necesidades, exigen cantidades distintas de trabajo social colectivo. Por lo tanto, es evidente, que una forma dada de producción social no puede, en ningún modo, eliminar esta necesidad de una distribución, en proporciones definidas, del trabajo social; sólo puede transformarse estas manifestaciones [...] en un régimen social en el que la interdependencia del trabajo social existe bajo la forma de intercambio privado de los productos individuales del trabajo, la forma bajo la que se manifiesta esta distribución proporcional del trabajo es precisamente el valor de cambio de estos productos»²⁸.

De este modo aparece, expresado de forma breve y concisa el modo de resolver el problema fundamental, el problema del valor.

Si consideramos toda la construcción de El Capital desde este ángulo, vemos que el análisis comienza con un sistema de equilibrio más bien estable. Poco a poco se insertan elementos complejos de forma gradual. El sistema comienza a oscilar, se mueve. Pero estas oscilaciones no pierden su carácter regular, y pese a las alteraciones más violentas del equilibrio (las crisis) el sistema, en su conjunto, se mantiene. Como consecuencia de las perturbaciones del equilibrio, aparece un nuevo equilibrio que se articula de un modo más complejo. Inmediatamente después, si son conocidas las leyes de equilibrio es posible avanzar más allá y plantear la cuestión de las oscilaciones del sistema. Las propias crisis se tratan no como el fin del equilibrio, si no como la alteración de él. Marx considera necesario encontrar y comprender la ley de este movimiento, no sólo a través del cual se altera el equilibrio, sino también a través del cual se restablece.

La crisis no rebasa los límites de la oscilación del sistema. Como conclusión de nuestro razonamiento, observamos que el sistema se mueve, oscila, pero el equilibrio queda siempre restablecido a través de todos estos movimientos y oscilaciones.

La ley del valor es la ley del equilibrio del sistema mercantil

²⁸ Karl Marx, *Carta a Kugelmann*, cit.

simple de producción. La ley de los precios de producción es la ley de equilibrio del sistema mercantil modificado, del sistema capitalista. La ley de los precios de mercado es la ley de las oscilaciones de este sistema. La ley de la competencia es la ley del restablecimiento constante del equilibrio perturbado. La ley de las crisis es la ley de las alteraciones periódicas necesarias del equilibrio del sistema y de su restauración.

Marx siempre plantea la cuestión de este modo: el equilibrio es un hecho ¿cómo se ha dado? El equilibrio está perturbado, ¿cómo consigue restablecerse? Ese es precisamente el postulado del equilibrio. Es el tratamiento sistema, en su conjunto, sin tener en cuenta la posibilidad del hundimiento o el no restablecimiento del equilibrio²⁹.

²⁹ Citemos aquí el siguiente párrafo de **El Capital** que nos parece de un interés primordial: «Pero, ¿qué es lo que constituye la relación entre los trabajos independientes del ganadero, el curtidor y el zapatero? Que sus respectivos productos son mercancías [...]. La división social del trabajo supone su deseminación entre un gran número de productores mercantiles independientes entre sí. Mientras que, en la manufactura, la ley de hierro de la proporcionalidad somete a un número de obreros determinados a funciones determinadas, el azar y lo arbitrario juegan su juego sin regulación en la distribución de los productores y de sus medios de producción entre las diversas ramas del trabajo social. Las diferentes esferas de producción tienden, ciertamente, a situarse constantemente en una situación de equilibrio. Por otra parte, cada productor mercantil debe producir un valor de uso, es decir, satisfacer una necesidad social determinada; ahora bien, la extensión de estas necesidades difiere cuantitativamente y una relación íntima les encadena a todos en un sistema que desarrolla espontáneamente sus proporciones recíprocas; por otra parte, la ley del valor determina qué cantidad de su tiempo disponible puede gastar la sociedad en la producción de cada especie de mercancía. Pero esta tendencia constante de las diversas esferas de la producción a equilibrarse no es más que una reacción contra la destrucción continua de este equilibrio. En la división manufacturera del taller, posteriormente por la reflexión, gobierna a priori como regla la masa de obreros ligados a cada función particular: en la división social del trabajo no se trata más que de una actuación a posteriori, como necesidad fatal, escondida, muda, alcanzable únicamente en las variaciones barométricas de los precios del mercado, imponiéndose y dominando mediante catástrofes el arbitrio ausente de regulación de los

Naturalmente, tomar en consideración el sistema social en su ciega irracionalidad, desde el punto de vista del equilibrio no tiene nada en común con la armonía preestablecida. Queda excluido puesto que parte del hecho de la existencia de este sistema y de su desarrollo. Esta último caracteriza el equilibrio como móvil y no estático.

Estos son los fundamentos de la metodología de la economía teórica. Debemos pasar ahora a la cuestión de cuál es la importancia de este enfoque **durante el período de disolución del capitalismo y en el período de dictadura del proletariado.**

Modificación de este punto de vista durante el período de transición: obtención no productiva de valores de uso, falta de una reproducción correcta, etc.; falta de equilibrio

El método social objetivo sigue siendo obligatorio y no necesita de ninguna limitación. En efecto, en el proceso de transformación social, el sujeto sigue dependiendo, en sus motivaciones y en sus actos, del medio social, en la medida en que permanece como productor de mercancías. La tarea consiste en analizar la reconstrucción del sistema social.

En este punto:

a) se desarrolla un sujeto colectivo **consciente**: el Estado pro-

productores de mercancías», **El Capital, libro I**. En estas palabras se contiene, al desnudo, toda la teoría de Marx relativa a la economía mercantil, y podemos ver aquí qué papel juega en toda la investigación el presupuesto implícito del equilibrio. Es interesante ver cómo el propio Marx señala, de pasada, respecto a su método científico: «De hecho, ellas [la oferta y la demanda] no coinciden nunca [...] Pero, en economía política, se sobreentiende que coinciden. ¿Por qué? A fin de considerar los fenómenos en su forma formal, adecuada a su concepto, es decir, independientemente de las apariencias producidas por el movimiento de la oferta y la demanda». **El Capital, libro III**. Ello significa, igualmente, considerar la economía social en estado de equilibrio.

letario con todos los órganos que dependen de él.

- b) En la medida en que se mantiene el anárquico sistema mercantil, se conserva igualmente el «destino» ciego, irracional, del mercado, es decir; de nuevo la espontaneidad social, que cae cada vez más bajo la acción reguladora de la centralización.
- c) Finalmente, en cuanto se presentan elementos de disgregación de los lazos sociales (por ejemplo, la formación de células de economía natural cerradas en sí mismas), se encuentran «limitados» en su acción por el medio económico (del mismo modo, su transformación interna depende de las transformaciones sociales); por otra parte, son atraídos al proceso de construcción, en el cual están continuamente sometidos a la acción planificadora de la organización económica del Estado proletario (trabajo obligatorio, todo tipo de impuestos posibles en especie, etc.).

Del mismo modo, cuando los elementos simples del proceso productivo social se encuentran en una esfera de acción continua, son considerados desde el punto de vista de este mismo sistema; en el momento de su aislamiento (individualización) máximo, son teóricamente interesantes en cuanto objetos de abstracción social, como partes potencialmente integrantes del nuevo sistema social.

En todo caso, si el método social objetivo conserva su validez, adquiere una **lógica diferente**. En el análisis de la estructura social de la economía mercantil capitalista, todas las leyes presentan un carácter de leyes espontáneas, de fuerzas «ciegas», pues todo el proceso social de producción es irracional. En el análisis de la estructura del período de transición es distinto, pues en este caso se produce en proporción creciente una racionalización del proceso económico de la sociedad.

El punto de vista de la **producción material** continúa teniendo validez de forma general en este caso. Sin embargo, experimenta modificaciones y limitaciones sustanciales. **En primer lugar**, el propio proceso de producción no es una magnitud dada **a priori**. Por decirlo de un modo más preciso: mientras en los períodos

«normales» del desarrollo social, el proceso de reproducción social está dado de antemano y se presupone que existe una renovación ininterrumpida de los elementos de la producción, en el período de transición, con el sacudimiento de todo el aparato social de trabajo, el proceso de reproducción se transforma en aleatorio. Por este motivo no se plantea la pregunta: «¿cómo es posible la producción?», si no ésta otra: «¿es posible la producción?»

Se puede expresar, del idéntico modo, la misma idea respecto de las fuerzas productivas: si, en tiempos normales, el desarrollo de las fuerzas productivas constituía el fundamento de todos los desarrollos teóricos, aquí es preciso preguntarse a este respecto tanto si será posible mantenerlas estacionarias como si, quizás, es posible plantearse incluso la posibilidad de su hundimiento catastrófico.

En segundo lugar, puede producirse una reducción extraordinariamente fuerte y, a veces, incluso la detención, del proceso productivo. Entonces, si la sociedad no muere, es debido a que se compensa por las siguientes vías:

- a) con una distribución más económica de los beneficios de los ciclos productivos anteriores (puramente capitalistas): aquí el proceso de consumo se separa del proceso de producción y se convierte en inconmensurable respecto a éste último;
- b) mediante la incautación forzosa de los productos agrícolas del campo (en este caso, la diferencia con la situación «normal» consiste en que esta obtención se funda sólo parcialmente en métodos económicos, por lo que sólo una parte de la «economía nacional» entra en el ciclo de la reproducción);
- c) mediante métodos improductivos de suministro de productos (pillaje de guerra, cuando los depósitos pasan de una mano a otra, etc.).

En tercer lugar, en la medida en que el proceso de producción queda separado del proceso de consumo, los aspectos relacionados con el consumo (incluso allí donde subsiste el mercado libre) pasan a ocupar la superficie de los fenómenos.

El método **histórico-dialéctico** no sólo no experimenta aquí ninguna limitación, sino que, por lo contrario, se abre paso hasta ocupar el primer plano. La forma «incipiente» de las nuevas relaciones, su imbricación con las viejas relaciones (a veces en combinaciones de lo más curiosas), hace de las relaciones de producción del período de transición un complejo *sui generis*. Por lo demás, es completamente comprensible que el enfoque histórico-dialéctico, que pone de relieve el principio de la variabilidad constante de las formas, el principio del conocimiento de los procesos, tiene necesariamente que ser puesto él mismo de relieve en la investigación del período en el cual las transformaciones de las clases sociales se producen con una enorme rapidez, de tipo auténticamente geológico. El carácter relativo de las «categorías» de la economía política se hace absolutamente manifiesto.

El **postulado del equilibrio** ya no es válido. El equilibrio aparece como un estado que el sistema, en el caso de que existiera, debe pero que no puede alcanzar. No hay proporcionalidad ni entre producción y consumo, ni entre las diversas ramas de la producción (tampoco entre los elementos humanos del sistema.) En consecuencia, es un completo error el querer trasladar al período de transición las categorías, conceptos y leyes correspondientes a la situación de equilibrio. A esto se podría replicar que, mientras la sociedad no haya muerto, existe un equilibrio. Pero semejante argumentación sería correcta si el período que estamos considerando fuese prolongado. La sociedad no puede vivir mucho tiempo al margen del equilibrio ya que muere. Pero este mismo sistema social puede subsistir durante un tiempo en estado «anormal», es decir fuera del estado de equilibrio. En tal caso se logra cierto equilibrio relativo (mientras no tengamos compensación fuera de la producción, lo que, a la larga, por lo demás, no es posible) al precio de una **destrucción parcial del propio sistema**.

De este modo, la caracterización general de las modificaciones y variaciones que tienen lugar en el curso de nuestras investigaciones puede expresarse del siguiente modo: en el análisis del período de transición son inadmisibles toda una serie de simplificaciones metodológicas que, en condiciones de un sistema de producción

consolidado, son enteramente admisibles y adecuadas. En Marx, el problema se planteaba de este modo: ¿cómo es posible la existencia de una forma de economía determinada, y cuáles son las leyes de su surgimiento, de su desarrollo y de su desaparición?

El problema planteado para el período de transición se transforma en: ¿cuáles son las condiciones materiales de existencia de la sociedad en un momento dado?, ¿por cuánto tiempo puede continuar existiendo en las condiciones dadas?, ¿cómo es posible la producción?, ¿es posible establecer un equilibrio?, ¿cuál será el resultado en caso de caída del equilibrio, y qué ocurriría si la respuesta fuese negativa para estas preguntas?, ¿cuál será la transformación de las relaciones de producción en ambos casos?, ¿cuáles son las leyes de evolución en ambos casos?, etc.

Llegados a este punto, debemos que pasar ahora a estudiar algunos conceptos fundamentales de la economía política para buscar en qué medida pueden adaptarse al período que examinamos en cuestión. Pues «estas ideas, y las categorías son cosas tan poco eternas como las relaciones que expresan, son productos históricos, perecederos y transitorios»³⁰.

Los límites a la aplicabilidad de estas categorías se hacen rápidamente evidentes si determinamos las condiciones fundamentales en la existencia de las relaciones de cambio reales que corresponden a estas categorías.

Mercancía

Mercancía. Esta categoría supone ante todo la división social del trabajo o su atomización, y la falta de un regulador consciente de los procesos económicos que ello implica. En la diferencia de los valores de uso de las mercancías se manifiesta la división social del trabajo, en su valor se manifiesta la compleja ligazón del trabajo

³⁰ Karl Marx, *Miseria de la filosofía*. Allí encontramos también otra formulación de este pensamiento: «Las categorías económicas no son sino las expresiones teóricas, las abstracciones de las relaciones sociales de producción».

entre las partes del sistema, que no tiene ningún regulador consciente. Para que un producto cualquiera o, simplemente, un objeto, se convierta en mercancía, no es absolutamente necesario un estado de lazos sociales necesariamente firmes.

Por ejemplo, en los contratos llamados «accidentales». En estos casos resulta frecuente que se establezcan los vínculos sociales por vez primera (mercaderes de ultramar en expediciones esporádicas, mercancías coloniales raras, comercio de saqueo, etc.)³¹. En todos estos casos, sin embargo, la mercancía puede no ser una forma universal. Falta aquí la producción mercantil y la economía mercantil como tipos de estructura social; en este caso, no puede existir siquiera una economía homogénea (por ejemplo, en los primeros intercambios con las colonias).

La mercancía puede ser una categoría universal solamente en la medida en que existe un vínculo social permanente, y no eventual, sobre una base anárquica de producción. Por ende, **en la medida en que la irracionalidad del proceso de producción desaparece, es decir en la medida en que un regulador social consciente reemplaza la espontaneidad, la mercancía se transforma en producto y pierde su carácter de mercancía.**

Valor

El valor surge, pues, si tenemos una **producción de regular de mercancías**. A través del intercambio se establece obligatoriamente un tipo constante de lazos anárquicos, un tipo que ya no es accidental. También aquí es necesario un estado de equilibrio. La ley del valor no es otra cosa que la ley de equilibrio en el sistema mercantil anárquico. Desde este punto de vista está claro, por ejemplo, que el cambio de marfil por coral (allí donde, como decía Marx, el intercambio es verdaderamente un robo) no es un intercambio de

³¹ Marx distingue, en la Introducción a la crítica de la economía política, junto a las relaciones de producción propiamente dichas, las relaciones de producción derivadas.

valores. No todo intercambio es intercambio mercantil (cuando los niños intercambian juguetes o cuando el estado proletario practica el intercambio de productos entre la ciudad y el campo).

Por otro lado, no todo intercambio de mercancías es intercambio de valor (por ejemplo, el intercambio en el «mercado libre» con sus «absurdos» precios no es intercambio de valor, incluso si se trata de un intercambio de mercancías). En consecuencia, el valor, como categoría del sistema mercantil capitalista de mercado en estado de equilibrio, es de lo menos adecuado para el período de transición, en el sentido de que la producción de mercancías desaparece en gran medida y donde está ausente el equilibrio.

Precio

El precio es, de un modo general, una expresión de la relación entre los valores. Pero no siempre. En el primer caso se pueden distinguir las siguientes variaciones:

- a) el valor coincide con la magnitud del precio (equilibrio estático del sistema mercantil simple)
- b) el valor no coincide con la magnitud (el caso más frecuente)
- c) el precio tiene una magnitud derivada, adaptada a la mercancía, que en sí misma carece de valor (por ejemplo, el valor del suelo en cuanto renta capitalista)

Hay que diferenciar de estos casos la forma **aparente**, en la que el precio no se fundamenta en ninguna relación de valor. Aquí el precio está enteramente separado del valor. De modo que en el período de transición lo que ocurre se aproxima necesariamente al caso típico.

Este fenómeno se encuentra también ligado al desmoronamiento del sistema monetario. La moneda es la ligazón social real, el nudo por el que se encuentra ligado todo el sistema mercantil desarrollado. Se comprende que, en el período de transición, en el proceso de aniquilamiento del sistema mercantil como tal, se verifica

un proceso de «autonegación» del dinero. Se expresa en primer lugar en la llamada «inflación», en segundo lugar, en que la distribución de los contravalores monetarios se hace independiente de la distribución de los productos y viceversa. El dinero deja de ser un equivalente universal, y se convierte en un signo convencional y, además, muy imperfecto de la circulación de los productos.

Salario

El salario se convierte en una magnitud aparente sin contenido. En la medida en que la clase obrera es la clase dominante, desaparece el trabajo asalariado. En la producción socializada no hay trabajo asalariado. Y en la medida en que no hay trabajo asalariado, tampoco hay salario como precio de la fuerza de trabajo vendida a los capitalistas. Del salario no queda más que únicamente su apariencia exterior, la forma monetaria, que, junto con el sistema monetario, marcha hacia su autodestrucción. **En el sistema de la dictadura del proletariado, el «obrero» recibe una parte del trabajo social, pero no un salario.**

Igualmente, desaparece tanto la categoría de **beneficio** como la categoría de **plusvalía**, en la medida en que nos referimos a nuevos ciclos de producción. Sin embargo, en la medida en que sigue existiendo el «mercado libre», existen la usura y el comercio clandestino, existe también la ganancia especulativa cuyas leyes de evolución están determinadas de modo distinto que en el sistema capitalista normal. Aquí actúa la situación monopolista del vendedor, que permite a éste absorber la masa productiva de otras esferas.

«Naturalización» del pensamiento económico

Hablando en términos generales, una de las tendencias fundamentales del período de transición es «rasgar las envolturas fetichistas mercantiles». Junto al crecimiento del sistema natural de

las relaciones económicas de la sociedad, viene a destruir igualmente las correspondientes categorías ideológicas. Y una vez que esto ocurre, surge para la teoría del proceso económico la necesidad de pasar al pensamiento económico natural, es decir, al tratamiento tanto de la sociedad como de sus partes como sistemas de elementos en su forma natural.

LAS PERSPECTIVAS DE LA NUEVA POLÍTICA ECONÓMICA

E. PREOBRAZHENSKY

En el prefacio a la primera edición de *El Capital*, Marx escribe estas frases ampliamente citadas: «Una nación puede y debe sacar una enseñanza de la historia de otra nación. Incluso cuando una sociedad ha llegado a descubrir el camino de la ley natural que preside su movimiento [...] no puede ni superar de un salto ni abolir por decreto las fases de su desarrollo natural; pero puede abreviar el período de la preparación y suavizar sus males». Antes, en el mismo prefacio, dice Marx: «El país más desarrollado industrialmente no hace más que mostrar a los que le siguen en la escala industrial la imagen de su propio futuro».

Desgraciadamente tenemos, tanto en el continente europeo como en el continente americano, países sin duda mucho más desarrollados industrialmente que Rusia, pero ninguno de ellos se encuentra en condiciones de mostrar a la Rusia de los soviets, industrialmente atrasada, «la imagen de su propio futuro».

Este giro inesperado de la historia (la realidad de la victoria y del establecimiento de la dictadura del proletariado precisamente en uno de los países más atrasados de Europa, Rusia, mientras que en los países más avanzados económicamente subsisten relaciones de producción capitalistas), ha transformado la situación en Europa (en el sentido de la enseñanza que pueden sacar los países atrasados de la historia de los países más avanzados) en una situación infinitamente más compleja de lo que era cuando Marx escribió las citadas frases.

Si se admite, con los mencheviques, que Octubre en modo alguno fue una revolución socialista, sino más bien una revolución democrático-burguesa que se había servido de las consignas socialistas como tapadera y que (para desgracia de los mencheviques y de la burguesía) se había convertido en más complicada por el papel predominante y director que jugó en ella el proletariado; sí, es cierto que esta revolución ha preparado el terreno para el desarrollo del capitalismo en Rusia mucho más profundamente que lo

hubiera podido hacer una revolución estrictamente burguesa, en ese caso se desprende lógicamente de todo ello que la cuestión se encuentra considerablemente simplificada.

En ese caso, fundamentalmente, y en los aspectos más importantes, son principalmente Alemania, Inglaterra y, en especial, Norteamérica (países capitalistas) quienes deben mostrarnos la imagen de nuestro propio futuro, quedando a Rusia únicamente la posibilidad de abreviar los dolores del parto de las relaciones normales de producción capitalistas, a lo que se dedican, por otra parte, con notable ardor nuestros mencheviques y nuevos socialistas-revolucionarios, incluso si se niegan obstinadamente a confesarlo. Pero si no tenemos nada que aprender de los mencheviques, si no son las relaciones de producción capitalistas en los países más avanzados las que nos muestran la imagen de nuestro propio futuro, al contrario, es la clase más avanzada de los países más adelantados, es decir, la clase obrera, la que debe sacar de **nuestra** revolución de octubre una enseñanza sobre el modo de realizar la revolución proletaria. Por otra parte, tendremos entonces que aprender mucho del extranjero en el campo evocado; es decir, en el del desarrollo de la industria y de la técnica.

De mucha mayor actualidad para nosotros, en el período de aplicación de la NEP y para llegar a determinar sus perspectivas, son las palabras de Marx según las cuales «una sociedad [que] ha llegado a descubrir el camino de la ley natural que preside su movimiento» no puede saltar por alto las fases naturales de su desarrollo.

En el siglo XX, siglo de la destrucción del capitalismo, de las revoluciones proletarias y de las guerras por el socialismo, la sociedad humana, a través de la brecha abierta en la coraza capitalista por la revolución proletaria en Rusia, en razón principalmente de las relaciones de producción nacidas durante esta dictadura del proletariado busca, tanteando, reconocer «la ley natural que preside su movimiento» para el período próximo. Este es el elemento más importante, lo esencial para comprender el proceso fundamental que se desarrolla actualmente en la Rusia soviética.

Pero, al mismo tiempo, debemos acordarnos de «la ley natural

que preside el movimiento» de la pequeña burguesía que nos cerca, que, con toda la fuerza elemental de su masa, ataca los jóvenes impulsos del socialismo, allana muchos de ellos, amputa a otros de sus jóvenes aspiraciones, impide a otros igualmente tender hacia la luz, y, esto es lo esencial, se esforzará conforme a una necesidad ineludible, y de acuerdo con las leyes que presiden su propio movimiento, en cerrar la brecha abierta en el sistema capitalista por nuestra revolución de Octubre, y nuestra victoria en la guerra civil.

En la República de los soviets podremos observar y estudiar en los próximos años dos «leyes naturales» diferentes, que históricamente aparecen separadas por algunos siglos, pero que, por una ironía de la suerte, operan en la misma época en un sólo y mismo país.

Por una parte, la ley natural que preside el desarrollo de la pequeña producción mercantil, que crea, a partir de cero, relaciones de producción capitalistas, o que restablece procesos o redes capitalistas interrumpidas por la revolución de Octubre. Por otra parte, la ley natural que preside el desarrollo de la sociedad socialista, cuya base es la gran industria, con la orientación hacia la ampliación en el exterior de la brecha abierta por la revolución de Octubre, y con la tendencia a la extensión de la economía socialista a expensas de la pequeña burguesía periférica, y, si me atrevo a expresarme de este modo, del cerco por el capitalismo medio en el interior del país.

Las leyes naturales de la economía mercantil son bien conocidas por el pasado de los países capitalistas y por nuestro propio pasado prerrevolucionario. Nos encontramos en este caso ante la repetición de procesos ya estudiados a partir de los cuales no nos amenaza ninguna sorpresa inesperada, si realizamos a tiempo y en las proporciones requeridas amplias correcciones en función de las condiciones particulares.

Por el contrario, las leyes naturales de la acumulación socialista y del nacimiento de las relaciones de producción socialistas nos son conocidas únicamente en boceto. La historia nos proporciona en este caso pocas enseñanzas, porque, en este campo, somos nosotros mismos quienes hacemos por vez primera la historia; por con-

siguiente, únicamente podemos estudiar lo poco que ya ha sido hecho, que además lo ha sido en condiciones extremadamente complejas, que en absoluto son características de la formación de las relaciones de producción socialistas en el futuro en Occidente. Ciertamente, en este punto reside nuestra debilidad. Pero nuestra fuerza reside en que la pequeña burguesía que nos rodea, incluso sus ideólogos políticos, no tendrá una clara noción de las sorpresas que debe esperar por parte del «movimiento» socialista. En nuestra lucha contra este cercamiento, vamos a encontrarnos en la situación de un estado mayor militar que tiene, sin duda, una noción confusa de lo que él mismo va a hacer, pero que sabe, por otra parte, con gran exactitud, lo que el adversario estará obligado a hacer.

¿Qué perspectivas se ofrecen para los próximos años? Para dar a esta pregunta una respuesta aproximativa y esquemática, pues en este campo no pretendemos en absoluto tener el don de la profecía, vamos a considerar inicialmente cómo se habrían desarrollado las relaciones de producción en la Rusia soviética si el cerco por la pequeña burguesía hubiera progresado con el máximo éxito en la vía de «la ley natural que preside su movimiento»; posteriormente consideraremos las perspectivas de desarrollo ideal, rápido, de las relaciones de producción socialistas, y, para terminar, consideraremos estos dos procesos en su interacción recíproca, es decir; en las condiciones reales en cuyo interior deben desarrollarse y entrar en conflicto.

Comencemos por el campo. Antes de la revolución, las fuerzas productivas de la agricultura se desarrollaban a la vez bajo la forma de la organización y del reforzamiento de las explotaciones agrícolas capitalistas feudales, y las de los *kulaks* usureros, y bajo la forma progresiva en el campo de la economía agrícola de poderosas explotaciones (las de los *kulaks* usureros) fundadas en el sistema de arrendamiento, que comenzaron a realizar mejoras en la técnica del cultivo del suelo, que introdujeron nuevos cultivos y comenzaron la cría de mejores razas de ganado que el resto de la masa campesina.

Mientras que la explotación agrícola de los campesinos pobres retrocedía, que la de los campesinos medios se degradaba o se

mantenía en el mismo grado de desarrollo, el único movimiento de avance observado en la agricultura lo fue en el sector agrícola de los *kulaks* usureros. Este sector podía esperar un futuro brillante en el caso de triunfo de la revolución burguesa, que habría garantizado a la gran explotación agrícola, basada en el arrendamiento, la posibilidad de convertirse en la forma dominante, no solamente entre las otras formas de explotación agrícola, sino también, en el plano general, de todo el sector agrario del país.

La revolución de Octubre, tras haber abolido la propiedad de la tierra de carácter feudal, interrumpió igualmente el proceso de formación de un nuevo tipo de explotación agrícola. No se limitó a detener el proceso de acumulación en la explotación de tipo usure-ro, sino que creó en dicho período comités de campesinos pobres, con un éxito bastante grande si no total, consiguiendo la desaparición de la capa de *kulaks* usureros y su integración en el campesinado medio. La capa de los *kulaks* fue arrojada del lugar que había alcanzado a través del desarrollo capitalista de la economía, a la posición que ocupaba en los años en que había comenzado a desarrollarse este proceso en proporciones significativas; es decir, en los años setenta u ochenta.

En las condiciones creadas por la NEP, que significa libertad de enriquecimiento, de acumulación y de utilización de trabajo asalariado en la pequeña producción, tanto en la ciudad como en el campo, el proceso de formación del sistema de arrendamiento, interrumpido por la revolución, comienza nuevamente a desarrollarse. Y lo hace tanto en las zonas fértiles como en las pobres. En el momento de la cosecha, el campesino acomodado obtiene mayor beneficio que los otros, porque cultiva más tierra, la ha trabajado mejor, al tiempo que explota tal o cual parcela de terreno baldío o perteneciente a campesinos que carecen de caballos. En las zonas pobres, la capa de los *kulaks* se mantiene en el lugar, mientras que los campesinos pobres emigran, venden por una miseria los animales de carga o de cría, y, en 1922, tal capa cultivará una superficie inimaginable para los propios *kulaks* un año antes.

En lo que concierne al trabajo asalariado, su abundancia está ligada a la marcha de una parte de los campesinos pobres de la aldea

debido a las malas cosechas o a la penuria de animales de carga, a condición de que exista una demanda de la misma. Pero tal demanda existe, principalmente en las regiones fronterizas, y todavía aumentará. En las nuevas condiciones, el desarrollo de la capa de los *kulaks* debe conducir inevitablemente a una recomposición de las fuerzas de la aldea.

En primer lugar, el número de campesinos pobres que, tras la expropiación de los *kulaks* y la nivelación de las capas campesinas, había sido reducido al mínimo, aumenta; la comunidad campesina, que era homogénea, se transformará, cada vez más, en heterogénea.

No está excluido que los *kulaks* capten a su zona de influencia política a la parte del campesinado pobre que depende económicamente de ellos, y no cabe duda alguna de que la parte del campesinado medio a la cual los éxitos de los *kulaks* preparan su hundimiento final, y que tendrá la sensación de encontrarse únicamente en el parvulario de la escuela de la acumulación primitiva, seguirá a los *kulaks*. Pero, por otra parte, el sector campesino que se empobrece entrará sin ninguna duda en conflicto violento con los *kulaks* más importantes, tanto sobre la cuestión agraria como sobre la cuestión del impuesto en especie, o la cuestión de los impuestos locales, de las obligaciones, debiendo el poder de los soviets entrar en lucha a su lado.

Por otra parte, incluso independientemente de lo anterior, la capa de los *kulaks* usureros se enfrentará inmediatamente a la dictadura del proletariado en la medida en que el poder obrero atenuará, a través de su política fiscal, la especulación sobre la acumulación usurera, y cortará el camino a los *kulaks* en su marcha hacia el capitalismo. Pero, provisionalmente, cesa el bandidismo, y se apagan las últimas hogueras del anterior período de guerra abierta de la capa de los *kulaks* contra el poder de los soviets. En lugar de sostener el bandidismo; es decir, una empresa desesperada y perjudicial, el *kulak* se ocupará de una tarea más lucrativa, la acumulación en los límites del marco fijado por la NEP, para inmediatamente después, cuando este marco se revele muy pequeño, empuñar de nuevo la *ruschnitza*, el fusil de infantería de cañón corto, arma habi-

tual de los bandidos ucranianos.

En lo concerniente a la ciudad, «la ley natural que rige el movimiento» de la evolución hacia el capitalismo, bajo su forma ideal para la burguesía, y teniendo en cuenta la velocidad ideal del proceso, toma la siguiente forma.

El pequeño capital comercial se apodera de todas las posiciones en la esfera de la distribución, a excepción de los sectores estatales y cooperativos. Resulta de ello que todo el excedente agrícola, tras la separación de los impuestos en especie, y la parte retirada para los fondos de acumulación estatales y cooperativos, que toda la producción artesanal, la producción comercial campesina, la producción de las empresas medias arrendadas en alquiler a personas privadas, y parcialmente la producción de las empresas estatales, en cuanto que parte de sus productos se dirige al mercado, toda esta masa de mercancías pasa a través del aparato del pequeño comercio para ser distribuido. La competencia interna dentro del pequeño comercio conduce a la fusión de estas empresas comerciales, a la acumulación de medios importantes en las manos de algunas personas.

Pero en lo que concierne al conjunto del capital comercial, en cuanto totalidad, muy pronto desborda el marco del intercambio comercial en el interior de las fronteras fijadas por la producción insuficiente del país, y va a desbordarse sobre la industria. La afluencia de este capital en el campo de las empresas alquiladas mediante arrendamiento será incomparablemente mayor que ahora, puesto que el comercio proporciona un gran beneficio con pocos gastos. Habrá igualmente crecimiento de la organización de nuevas empresas pequeñas y medianas. Resultará de ello que incluso la clase comerciante de las ciudades y las empresas capitalistas medias se transformarán en un factor importante de la vida económica. Está ya ligado a su actividad el consumo de millones de personas, así como los salarios de decenas de miles de trabajadores. Esta capa entrará también, de un modo inevitable, en conflicto con el poder de los soviets en la medida en que el poder obrero, a través de la política fiscal, de la política seguida en los ferrocarriles, le impide desarrollarse aún más, no le proporciona las garantías

deseadas para la explotación de la mano de obra, y no restablece las normas jurídicas exigidas para la ampliación de la propiedad privada.

Al comienzo, se atrae al capital extranjero como un aliado de nuestra gran industria socialista para el desarrollo de las fuerzas productivas sobre la base de la gran producción, en la lucha contra el bárbaro atraso de la gran producción. Pero, tras haberse establecido en algunos puntos y haber sido obligado a utilizar el mercado interior tanto para realizar compras diversas como para la venta de una parte de sus productos, este capital extranjero entra en relaciones de negocios con la burguesía y cambia en un cierto momento de orientación. Ninguna acumulación realizada por la burguesía mercantil que nos rodea está en condiciones de reunir una cantidad de capital mercantil suficiente para apoderarse de nuestra gran industria, creándola por sí misma. El único candidato al dominio de esta industria sería el capital extranjero, que estaría en condiciones de proporcionar a la pequeña burguesía que nos rodea una superestructura altamente capitalista que le sería útil en el plano de la gran producción.

La alianza contra natura entre el Estado socialista y el gran capital extranjero fracasa y es reemplazada por una alianza natural entre este último y todas las fuerzas burguesas de Rusia. Llega la hora del combate decisivo entre esta alianza y el estado socialista, y la solución del combate está determinada a escala internacional por la relación de fuerzas en el interior del país.

Imaginemos ahora una evolución rápida ideal en el otro polo; en el campo de la producción y de la distribución socialistas. El islothe socialista en el país, tras haber comenzado el resurgimiento de la economía en las ramas más importantes de la gran industria y del transporte, se extiende simultáneamente, por el desarrollo de sus propias fuerzas, y por medio de sistemáticas sustracciones de las rentas de la pequeña burguesía. El poder de los soviets, tras haber iniciado el resurgimiento de la economía sobre la base de los productos alimenticios proporcionados por los impuestos en especie y por el intercambio de mercancías que no alcanza todavía grandes proporciones, está en condiciones de crecer año tras año, gracias al

éxito de la gran industria, segunda fuente de explotación, a través de la industria de los productos del campo. Al mismo tiempo, los éxitos en el sector de la extracción de la hulla, del petróleo y de la turba, junto con la electrificación de Petrogrado, de Moscú y de otros lugares, crean una base material de combustibles para la industria en desarrollo, base que se amplía constantemente.

Las sustracciones sobre las rentas de la pequeña burguesía crecen en función de las propias rentas; el impuesto en especie, en los primeros años del resurgimiento de la industria, es mantenido a su antiguo nivel, aunque disminuye teniendo en cuenta las variaciones de las cosechas, lo que económicamente no parece del todo imposible, si se considera el movimiento general cada vez mayor de crecimiento de las superficies sembradas. Por el contrario, los impuestos sobre el artesanado, sobre la producción comercial agraria, sobre el comercio y la industria privada, aumentan, lo que, teniendo en cuenta el crecimiento de las fuerzas productivas y de las ventas en estos campos, es igualmente posible económicamente. Al comienzo, estas ramas fueron tasadas de tal forma que la parte que les corresponde de los gastos del aparato del Estado en el mantenimiento de los transportes y de las empresas improductivas, pero socialmente necesarias, sea comparable proporcionalmente a la parte soportada por la industria socialista. Posteriormente, esta parte fue aumentada de manera que quedara en poder del arrendador (de la empresa) un beneficio igual a los ingresos de un buen técnico, y a recuperar sobre la pequeña producción una gran parte de lo que, en otras relaciones de producción, iría a parar a los fondos de acumulación capitalista. Resulta de ello que la plusvalía de la explotación agrícola de tipo usurero y de la industria privada va a parar esencialmente al fondo de acumulación socialista.

Simultáneamente, el comercio exterior de la República comienza a jugar un papel siempre creciente, apareciendo un nuevo factor económico: el beneficio comercial socialista. Al mismo tiempo, porque resurge la economía rural, el pan se convierte en el objeto comercial más importante. Vendiendo cereales al extranjero, y productos de la industria extranjera al campesinado, el Estado soviético, tras haber cubierto los gastos de organización, trata de

obtener un beneficio importante y en continuo aumento.

Bajo la influencia del incremento de la producción en la gran industria, y de los incrementos de posibilidades de un intercambio de mercancías con la ciudad, el Estado soviético recibe, gracias a los impuestos, a la reducción de la emisión de papel-moneda, y al incremento del intercambio de mercancías, un valor fijo: por otra parte utiliza la emisión de papel moneda, en la medida en que no modifica el cambio del rublo, para retirar de la circulación y transferir al fondo de acumulación socialista la cantidad de recursos de la pequeña economía mercantil que corresponde, en cuanto equivalente, a la acumulación de dinero de la economía privada. En lo que concierne al capital en concesiones, el Estado soviético, tras haber comenzado a atraer al capital extranjero, se ha asegurado a sí mismo, mediante el resurgimiento real de la industria, de las desventajas económicas y del peligro político que representa este método comparado al sistema de los préstamos mercantiles.

Los préstamos mercantiles, que eran imposibles en el período de desorganización de la industria, debido al elevado riesgo que correría el capital que efectuara el préstamo, se convierten, por el contrario, en este período de auge de la industria socialista, en la forma predominante de utilización del capital extranjero en Rusia y, a pesar de nuestro bandidismo, son un poderoso estimulante para el movimiento de avance de toda nuestra industria y nuestra agricultura.

Debido al resurgimiento de la gran industria y a la creación de condiciones materiales favorables para el proletariado, teniendo en cuenta por otra parte las crisis industriales en el extranjero, el paro y las persecuciones llevadas a cabo por los gobiernos burgueses contra las capas más conscientes del proletariado, comienza una emigración masiva de trabajadores extranjeros hacia Rusia; asistimos al comienzo de una colonización proletaria de Rusia que permite, a través de la fuerza de trabajo cualificada que falta en Rusia, apoyar la industria en desarrollo. El proletariado en cuanto clase no crece de modo constante únicamente en el plano cuantitativo, sino que mejora igualmente en su composición cualitativa.

Los éxitos de la industria aceleran el proceso de socialización de

la agricultura. Son creadas las granjas soviéticas, aumenta la cantidad y la calidad de las explotaciones soviéticas ligadas a las fábricas, crece la agricultura comunal de las aldeas, progresivamente se sustituyen los caballos por tractores y por maquinaria, aumenta el número de islotes de economía colectiva en el campo. Paralelamente a este lento proceso, se desarrolla otro a un ritmo mucho más rápido.

El Estado organiza un nuevo tipo de granjas soviéticas en los terrenos desocupados de las regiones fronterizas, utilizando en ellas tractores y trabajadores extranjeros. Bajo la influencia del proceso de diferenciación social que aparece de nuevo en el campo, comienza, en el campesinado pobre y a una escala mayor como nunca, con una conciencia general más elevada, un reforzamiento de las tendencias comunales a gran escala. Esto se produce en un periodo en que el poder proletario se ha convertido en un poder mucho más capaz que en épocas anteriores de sostener este proceso, proporcionando a los miembros de estas granjas comunitarias, máquinas, abonos artificiales y técnicas agronómicas.

La base proletaria del poder económico aumenta, por consiguiente, cada día. Por otra parte, en la economía del país, el peso específico de la gran industria socialista aumenta en relación a la pequeña industria. Inicialmente, la gran y la pequeña industria crecen sin enfrentamientos violentos. Más tarde la gran producción comienza a desarrollarse, no sólo de un modo paralelo a la pequeña producción, sino también a costa de la pequeña industria.

Durante este período, el Estado soviético no se contenta con suspender por principio el arrendamiento de tal o cual empresa media, sino que, como los arrendatarios comienzan a ser ya una carga para el Estado, no renueva los contratos al llegar la fecha de cumplimiento del arrendamiento, y pasa a encargarse de la dirección de las empresas medias. El pequeño comercio existente paralelamente al de tipo cooperativo se encuentra ya subordinado en gran medida a la gran producción. Depende del Estado no solamente el comercio, sino también la pequeña y mediana industria, ya que ambas reciben sus créditos del Banco estatal, y por ello mismo se encuentran encadenadas al Estado soviético.

Este proceso de reducción y de rechazo sistemáticos de la pequeña y mediana empresa industrial de carácter privado, la presión constante ejercida sobre la capa de los *kulaks* usureros, los impuestos elevados, etc., levantarán la indignación de la fracción de la pequeña burguesía que aspira obstinadamente a alcanzar la posibilidad de acumular capital sin dificultades. Se deduce de ello una explosión contrarrevolucionaria de los burgueses usureros del campo que, debido a la relación de fuerzas existente, puede ser fácilmente aplastada. Tras este aplastamiento comenzará, si así puede llamarse, el período de la "reacción socialista". La NEP, en parte liquidada tras un período de desnacionalización parcial, comienza de nuevo un período de nacionalización de lo que es beneficioso nacionalizar para el Estado soviético. El período crítico está superado; el socialismo resulta vencedor en todos los frentes.

De este modo es como puede representarse la «ley natural» que preside la acumulación y el crecimiento capitalistas, por una parte, y la acumulación y el desarrollo socialistas por la otra parte, considerando idealmente cada uno de estos dos procesos.

Examinemos ahora ambos procesos en su interacción recíproca con todos los factores que hacen más complejo el curso de su desarrollo; es decir, intentemos concebir una imagen real de la producción socialista en desarrollo en el medio de una economía mercantil que se desarrolla paralelamente, eligiendo como punto de partida cronológico la segunda mitad de 1921.

El primer período, del cual vivimos ahora las primeras etapas en el otoño de 1921, se caracteriza por una actividad constructiva relativamente pacífica tanto en uno como en otro proceso. El *kulak* usurero, que en el período de existencia de los comités de campesinos pobres ha sido expropiado, privado del derecho de voto en los soviets y colocado bajo vigilancia en todo cuanto se refiere principalmente a la especulación, la explotación del trabajo asalariado y la acumulación. Este *kulak* usurero se encuentra ahora en la situación de una persona que se ha evadido de la prisión. La sustitución de las requisas por el impuesto en especie le es plenamente satisfactoria, al menos durante un primer período; mientras que no pretenda otra cosa, esta sustitución da al *kulak* usurero más de lo

que hubiera podido imaginar, al menos mientras existe el poder de los soviets. Los *kulaks* aumentan la superficie de las tierras sembradas, utilizan los recursos monetarios acumulados en la mejora del ganado, y comienzan a pensar en las heridas que les fueron abiertas por la política de los comités de campesinos pobres. La capa media de los *kulaks* usureros saluda con satisfacción la sustitución de las requisas por el impuesto en especie, y se aproxima voluntariamente al Estado entregando el impuesto que le corresponde. Al mismo tiempo aparece una capa que, a partir del nivel de la economía de subsistencia, donde los balances se terminan sin excedentes, aspira a desarrollar la producción a una escala superior tal que estos excedentes resulten disponibles para la acumulación.

Si no se incluye el impuesto en especie y las emisiones de papel moneda, que representan una fracción de los ingresos del campesinado, no hay nada en las condiciones de la actual política económica que obstaculice este proceso. En lo que concierne al comercio en las ciudades, la capa de los comerciantes urbanos se encuentra en la luna de miel de la acumulación primitiva. El paso de la prohibición de casi todo comercio a la circulación sin trabas de las mercancías, los grandes beneficios obtenidos al comienzo del renacimiento del intercambio mercantil con una competencia todavía débil incitan a la clase de los comerciantes a beneficiarse del momento favorable. En este período, esta clase no se preocupa por la política. Provisionalmente, esta clase se reconcilia con la existencia del poder de los soviets, reduce la agitación ilegal en contra suya, en este momento no tiene tiempo para ocuparse de ello, realiza en un negociar enfebrecido la fórmula dinero-mercancía-dinero, fórmula que en este período de baja de la cotización del rublo no deja un instante de respiro para otras ocupaciones. Esta capa paga voluntariamente todos los impuestos, que son provisionalmente moderados, los descarga inmediatamente sobre los compradores, y se regocija incluso de que, a través de los impuestos, el poder de los soviets legaliza en la práctica su tráfico. En lo que se refiere a los arrendatarios de empresas medianas, acaban de comenzar su actividad; es evidente que no representan en modo alguno, en este momento, una fuerza importante en la vida económica del país, y

carecen por otra parte de motivos para desear un enfrentamiento. Las perspectivas que se les abren son en tal medida inesperadas y agradables para los acaparadores resucitados de entre los muertos, y que arrancan a su prójimo su última camisa, que tampoco ellos se preocupan en suscitar conflictos.

Lo mismo ocurre en relación con ese grupo de fuerzas pequeño-burguesas que existe en el interior y alrededor de las cooperativas, en particular en el sector de las cooperativas de producción. La cooperación no puede prosperar sin la ayuda del Estado. En este período en que una separación del Estado y el paso al campo adversario significa una separación entre la clase de los cooperativistas, de escasos medios, y el dinero del Estado, es evidente que una ruptura total de las cooperativas con el Estado proletario es poco probable. Tanto más cuanto que las capas pequeño-burguesas, antes de decidirse a entrar en oposición abierta con el poder de los soviets, deberían unirse, librar un combate y vencer a las fuerzas de los soviets en el interior mismo de las cooperativas.

Esta diversidad de la composición de clase dentro de las cooperativas, la necesidad de estar sostenidas por el Estado proletario en el punto esencial, el de la lucha contra el comercio privado, la ventaja que representa una alianza y no una ruptura con el Estado por multitud de razones, todo ello hace difícil para las fuerzas hostiles al proletariado transformar bruscamente el aparato de las cooperativas contra el Estado, y proteger al mismo tiempo los intereses del campesinado acomodado. Pero no deja por ello de ser cierto que esta cabeza cooperativa, debido a que, durante la revolución, las cooperativas eran el punto de enganche de las fuerzas hostiles a los soviets, de los pretendidos «socialistas», comienza a trazar la vía de la separación respecto al Estado y de la preparación de un campo de batalla; es decir, que, anticipándose al futuro, comienza a entrar ya en el segundo período, el del conflicto entre los dos procesos que hemos examinado.

La fortificación defensiva que el Estado socialista ha edificado a sus espaldas y la ampliación de la producción socialista van a enfrentarse con una serie de obstáculos que se puede prever desde ahora. En este punto tendrá una gran influencia el resultado «favo-

table» de las cosechas.

Una buena cosecha daría un fortísimo impulso al desarrollo de las fuerzas productivas de la gran industria, y, por el contrario, malas cosechas repetidas podrían retrasar muy fuertemente su avance. Una buena cosecha significa 500 mil millones de libras en excedentes de cereales. Garantiza el pago íntegro del impuesto en especie, incluso si el campesinado comienza a olvidar las requisas y a negociar con el Estado la supresión del impuesto en especie.

Además, una buena cosecha significa el descenso del precio de los cereales en relación con el precio de los productos industriales y, por consiguiente, la posibilidad de obtener más productos agrícolas para los fondos de intercambio mercantil del proletariado. Una buena cosecha significa el aumento de los ingresos del Estado. Finalmente, una buena cosecha permite, incluso si inicialmente sólo es a una escala reducida, comenzar la exportación de cereales e intensificar la importación de mercancías necesarias a la economía rural. La influencia de las cosechas en la ampliación de nuestra economía de preguerra ha sido señalada desde hace tiempo por los estudios económicos. Actualmente, esta influencia sólo puede haber crecido.

No se puede prever todavía qué forma tomará la utilización del capital de las concesiones. Es posible que las cosas evolucionen según el esquema descrito anteriormente conforme a la variante ideal del desarrollo de la industria socialista. Pero no debe excluirse la posibilidad de que los primeros ensayos en materia de concesiones fracasen, que el organismo socialista no pueda digerirlos y deba rechazarlos. Igualmente, el problema de los préstamos comerciales puede arrastrarse largo tiempo. Finalmente, no es posible prever todas las complicaciones exteriores posibles, las cuales pueden romper, no solamente las relaciones económicas con los Estados capitalistas, sino también dificultar en gran medida la construcción del socialismo en aquellos sectores en los que esta construcción se funda en los recursos interiores de la República.

Pero, por fuertes que puedan ser las desviaciones del ritmo ideal del movimiento hacia adelante del socialismo bajo la influencia de todas estas causas, la existencia de dos procesos de desarrollo dife-

rentes, y cuyas tendencias se oponen, característica del primer período, al igual que las características del período de la construcción pacífica, continúan siendo válidas. Tanto en el caso en que el proceso de desarrollo y de restablecimiento de las relaciones de producción capitalista ganara velocidad en los próximos años al proceso de socialización, y en cuyo caso la iniciativa del ataque provendría de las fuerzas burguesas, como en el caso de que el desarrollo de la industria socialista sea el proceso más rápido, y en cuyo caso el Estado proletario tomaría la iniciativa de contener estas fuerzas, en ambos casos es necesario un cierto plazo para el nacimiento y maduración del conflicto. Pero, ¿de qué plazo se trata? Para un marxista, es siempre más provechoso evitar responder a esta cuestión insidiosa y contentarse pura y simplemente con analizar las tendencias económicas y sus consecuencias políticas. Pero la práctica de la vida y de la lucha exige una respuesta, incluso si sólo es aproximada. Me parece que (si no con plenas garantías, es probable que así ocurra) existen dos o tres años de coexistencia pacífica entre los dos procesos de desarrollo socialista y capitalista, y sería más justo evaluar este plazo en un período mayor que no en otro más corto. Todo esto es válido a condición de que el conflicto no venga precipitado desde el exterior; es decir, que una revolución proletaria en Occidente favorezca la ofensiva socialista, o que el conflicto se precipite a través de la reacción capitalista mediante una intervención de la burguesía extranjera.

Provisionalmente, la República ha entrado en el período de desarrollo de las fuerzas productivas en todos los sectores de su economía nacional, teniendo como bandera el aumento de la cantidad de artículos producidos, sean cuales fueren las vías y los métodos para llevarlo a cabo.

Esta intensificación de la producción, que significa igualmente un aumento de los ingresos y de las pautas de consumo de los grupos inmediatamente ligados a la producción y al consumo, no hace más que favorecer psicológicamente la aparición de un clima favorable a los conflictos; también, lleva consigo el resurgir de conflictos ya existentes. Si quiere darse una representación gráfica del desarrollo paralelo de las relaciones de producción capitalistas y

socialistas, ver en qué momento comienza el enfrentamiento entre ambas, se podría presentar el proceso bajo la forma de dos pirámides truncadas, puestas una al lado de la otra y cuya base está invertida, e imaginar que estas figuras crecen hacia arriba. Durante cierto tiempo, el crecimiento de ambas es posible sin que se produzca choque entre las mismas. Pero llega un momento en que el choque es inevitable y en que una de ellas tiene que ceder el lugar.



De ello puede deducirse otra importante conclusión. El conflicto madurará tanto más rápidamente cuanto mayor sea el éxito del desarrollo en ambos medios. Tardará más en madurar si surge un estancamiento o un progreso lento.

No creo, sin embargo, que el conflicto comience en la ciudad. Ni la pequeña producción ciudadana, ni el comercio de la ciudad, ni menos aún la industria media capitalista basada en el sistema de arrendamiento servirán como base del conflicto. El peso específico de estas ramas de la industria en toda nuestra economía no tiene tanta importancia, y el peso social específico de las clases ligadas al medio económico no es suficientemente importante como para que el enfrentamiento decisivo pueda encontrar en ellos su fuente. Ciertamente no podemos decir aún que únicamente existen dos clases en la República (obreros y campesinos), pero no por ello deja de ser cierto que son estas dos clases las que decidirán la solución del próximo combate. Es principalmente del campo de donde podemos esperar el inicio del conflicto que madurará sobre la base de la NEP.

Ciertamente, habrá también materia de conflicto en la ciudad, particularmente si recordamos que, con las dificultades de la industria, parte de los trabajadores quedará en paro, mientras que aumenta la desigualdad económica, y el bienestar de las capas burguesas irrita al proletariado. No está excluido que el conflicto tenga

lugar simultáneamente en la ciudad y en el campo, pero el centro de gravedad seguirá siendo, sin embargo, el campo.

Concretamente, el conflicto puede imaginarse del modo siguiente: en las nuevas condiciones se reanuda el proceso, interrumpido por la revolución, de diferenciación social en el medio campesino. Los *kulaks* usureros, a quienes benefician las buenas cosechas, pues les queda más cereal para comerciar, al igual que les beneficia el hambre, puesto que entonces pueden comprar más ganado y bienes de los campesinos pobres, por poco dinero, estos *kulaks* usureros comienzan a reconquistar, una tras otra, las posiciones abandonadas; sea cual fuere el nivel de los precios de los productos agrícolas, son precisamente los *kulaks* quienes se benefician en primer lugar de las ventajas de esta coyuntura, en la medida en que es precisamente en la explotación agraria basada en la usura donde comenzará, y ha comenzado ya, una mejora del cultivo del suelo y un incremento de su productividad. Por otra parte, los campesinos pobres que han sufrido la mala cosecha han sido arrojados de sus posiciones, de modo que se encuentran de nuevo en una situación similar a la que ocupaban antes de la existencia de los comités de campesinos pobres. La creciente prosperidad de los *kulaks* provocará una indignación cada vez mayor entre los campesinos pobres. Entonces comienza en la aldea la lucha por la cuestión agraria, porque los *kulaks* quieren alquilar las parcelas de los campesinos que carecen de medios para explotarla; la lucha comenzará a causa de los salarios de los obreros agrícolas, a causa del problema de la utilización de los animales de tiro y del ganado de los *kulaks*, por el tema del cultivo de los campos de los campesinos pobres, de las familias de los soldados del Ejército Rojo, etc.

Los campesinos pobres reclamarán una reducción de su participación en el impuesto en especie, y un aumento de la tasa del impuesto que recae sobre los *kulaks* usureros. Esta lucha, que comenzará a escala local en las aldeas y en las comunidades rurales, se extenderá inmediatamente a toda Rusia. Penetrará en el movimiento cooperativo y provocará una ruptura en el interior de este último (el movimiento cooperativo se transformará, según la situación local, bien en un arma de los campesinos pobres contra las

capas acomodadas de la localidad, bien en lo contrario). El Estado soviético deberá intervenir en esta lucha, y su tarea principal no será, como en 1918, hacer que los *kulaks* vuelvan al orden, sino por el contrario crear una base económica para los campesinos pobres, fundándose en la explotación colectiva. Esta intervención inevitable del poder proletario en la lucha empujará a los *kulaks* a buscar aliados en la ciudad. Los encontrarán tanto en el movimiento cooperativo, donde quedan un número suficiente de elementos social-revolucionarios y mencheviques, como en la nueva clase de industriales y comerciantes, y entre los intelectuales burgueses. No se debe excluir la posibilidad de que los propios *kulaks* pasen al ataque iniciando la lucha por la supresión de los impuestos en especie, y que intenten arrastrar a su lado en este campo a la mayoría del campesinado.

En tal caso, es posible que se forme el siguiente reagrupamiento de fuerzas. Del lado del poder soviético, se encuentran la clase obrera de las empresas socializadas, el campesinado pobre y el aparato estatal; del lado de los *kulaks*, todos los nuevos grupos capitalistas y una parte del campesinado medio que sostienen los notables de la aldea, así como el grupo de la población ciudadana, cuya existencia se encuentra ligada al mercado libre y a las relaciones capitalistas en desarrollo.

Muy probablemente el campesinado medio permanecerá neutral en su mayor parte porque la NEP le garantiza posibilidades de mejorar su actividad económica y su situación, mientras que la victoria de los *kulaks* no le promete ninguna mejora seria de su situación. La solución del conflicto dependerá, por consiguiente, en una gran parte del grado de organización de ambos polos opuestos, y, muy particularmente, del poder del aparato de Estado de la dictadura del proletariado. Ciertamente, es muy posible que las fuerzas capitalistas de la ciudad y del campo muestren una gran facultad de adaptación respecto al poder proletario y que, durante el período conflictivo, adopten la línea de resistencia mínima y se mantengan en los métodos de lucha pasiva sobre un terreno meramente económico. Esto será tanto más plausible conforme el proceso de reforzamiento de todo el sistema socialista haya cono-

cido mayores éxitos en el periodo anterior al conflicto, y la producción socialista tenga tiempo de subordinar a ella la economía mercantil (transportes, banca estatal, comercio exterior, etc.).

Por todo esto, no será difícil que estalle el conflicto entre las dos ramas del partido de los Cadetes (Partido Constitucional Demócrata) que se han escindido; entre la que se ha reagrupado alrededor del periódico *Poslednye Novosti*, en París, a cuyo frente se encuentra Miliukov, y los Cadetes ortodoxos (constitucional-demócratas) reagrupados alrededor del periódico *Rulj*, en Berlín. Este último grupo, después de que el Partido Constitucional Demócrata haya perdido su base de clan, representada por la burguesía capitalista y en parte por la agricultura capitalista, está condenado a jugar el papel de un pequeño grupo de ideólogos, despojados de las raíces sociales de la vida rusa, desde el momento en que estas raíces han sido eliminadas por la revolución de Octubre. Ni el comercio de las ciudades, ni la industria capitalista media que comienza a resurgir poco a poco, pueden constituir una base suficiente para el antiguo partido de los Cadetes, y el grupo de *Rulj* está condenado al vacío político. Por el contrario, Miliukov busca una base en el campo. Desearía que renaciera el partido de los constitucional-demócratas a partir de los *kulaks*; es decir, a partir de un grupo social que tiene una importancia considerable en la vida política del país, y que puede representar una potencia importante en la lucha política. Pero, como los *kulaks*, para alcanzar la victoria, deberían llevar a su lado al campesinado medio, sus nuevos ideólogos deben maquillar por todos los medios su rostro de capitalistas feudales, perfumarse con agua de colonia social-revolucionaria para enmascarar sus aires a lo Kolchak y a lo Denikin, y únicamente tras estas operaciones podrán aparecer en el papel de jefes del campesinado burgués. Resulta evidente que, en este conflicto, es precisamente Miliukov, y no Hessen o Nabokov, quien tiene razón, porque si es posible una victoria de las fuerzas burguesas en Rusia, es con la condición expresa de que entre en lucha la burguesía campesina. A esta burguesía, en ningún caso Hessen y Nabokov podrán arrastrarla a su lado debido a su actuación histórica. No sabemos si Miliukov será capaz de seducirla, ya que por ahora es ella quien le seduce por el olor de

la tierra negra, materia impulsora, motriz, de los *kulaks*. Pero no hay duda alguna de que Miliukov busca precisamente en el lugar en que debería buscar todo contrarrevolucionario y todo adversario serio del poder soviético.

Para terminar, intentemos sacar aún algunas conclusiones de lo que hemos dicho anteriormente. La primera conclusión es que durante los próximos años no habrá en la República ninguna base favorable para un movimiento de masas contrarrevolucionario, a excepción quizás de acciones aisladas en las zonas periféricas. Toda tentativa de levantamiento y de conjura por parte de los elementos socialistas-revolucionarios y del Ejército Blanco no sólo carecerán de finalidad, sino que demostrarán una vez más la derrota de estos grupos y la incomprensión total que manifiestan respecto a la situación económico-política del país. La concentración de fuerzas contrarrevolucionarias se realiza actualmente en el campo de la ampliación pacífica de la base de las nuevas relaciones capitalistas. La tarea del poder soviético es utilizar esta ampliación en el interés del desarrollo de las fuerzas productivas del país, impidiendo a nuestros adversarios políticos utilizarla para derrocar el poder de los soviets. Se deduce de ello que, durante este período, el poder soviético no solamente no debe abandonar ninguna de sus posiciones políticas, lo cual es evidente, sino tampoco ninguna de las posiciones económicas decisivas, particularmente aquellas que son posiciones clave, como por ejemplo la gran industria, la banca, el comercio exterior, el comercio al por mayor de las mercancías en régimen de monopolio o procedentes del extranjero, etc., y cuantas posturas plantean abandonar alguna de estas posiciones deben ser consideradas como contrarrevolucionarias.

Visto que las fuerzas principales de la contrarrevolución se concentran en este período en el campo, es necesario organizar al campesinado pobre en cuanto contrapeso de los *kulaks*. En el campo de la gran industria, es necesario comenzar lo antes posible el resurgimiento de las ramas más importantes, y es necesario que el ritmo de auge de la industria no nacionalizada sea superado rápidamente por la industria nacionalizada. Finalmente, es necesario reforzar el aparato del Estado y utilizarlo al máximo en todos los

campos, por ejemplo, en el de la información, para preparar cuanto sea posible, en todas las inevitables luchas de clase próximas, aquello que garantice la victoria.

LAS CUESTIONES ECONÓMICAS AL ORDEN DEL DÍA³²

L. KÁMENEV

Desarrollo o compresión de nuestra Industria

En el pasado mes de julio, recordarán, cuando nos llegaron las primeras informaciones algo exageradas sobre la magnitud de la mala cosecha, se nos planteó la cuestión de saber si debíamos ampliar o reducir nuestra industria. En aquel momento, hubo entre nosotros algunas dudas; se elevaron voces declarando que era preciso resignarse a disminuir nuestra industria. No adoptamos este punto de vista y continuamos desarrollando nuestra industria al tiempo que se bajaban los precios y se buscaba conquistar el mercado campesino. Puedo, en este momento, presentaros, en sus líneas generales, el balance de la industria en comparación con el pasado año. No os citaré muchas cifras, pero aquellas que daré son extremadamente características.

En junio del pasado año, la producción total de la industria se elevaba a 102 millones de rublos, este año a 125 millones, es decir un incremento del 24%; en julio de 1923, suponía 83 millones, este año 122 millones, es decir un aumento del 47%; en agosto de 1923, era de 95 millones, en agosto de 1924, 133 millones, es decir un aumento del 40%; en septiembre del pasado año alcanzaba 110 millones, y en septiembre de 1924, 145 millones, es decir un aumento del 41%.

Aumento continuo de la producción Industrial y de la cifra de negocios

Por lo tanto, estos cuatro últimos meses nos muestran una tendencia nítidamente clara al crecimiento de la producción.

³² Informe a la Asamblea plenaria del Comité Central del P.C.(B)R. del 25-10-1924, publicado en Cuadernos del Bolchevismo, 21-11-1924.

Los datos preliminares del Consejo Superior de la Economía Nacional y del Gosplán indican que, comparativamente al pasado año, la producción industrial ha aumentado en 350 millones de rublos. Se trata de un hecho extremadamente alentador, pero que debe ser verificado. Para ello, existen distintos medios, pero uno de los más importantes es la determinación de nuestra cifra de negocios.

Tomemos, por ejemplo, la cifra de negocios de la bolsa de comercio de Moscú. En 1923, se elevaba a 138 millones de rublos en junio, a 156 millones en julio, a 113 millones en agosto y a 198 millones en septiembre; este año, alcanza 107 millones en junio, 145 millones en julio, 116 millones en agosto y 205 millones en septiembre.

Por consiguiente, nuestra cifra de negocios de septiembre de 1924 supone, comparativamente a la del mes de agosto de este año, un aumento del 76% y, comparativamente a la de septiembre de 1923, un aumento del 109%.

Pero, alguien podría decir, quizás, que este progreso sea particular de Moscú. Sin embargo, existe igualmente en provincias. Tenemos datos exactos de 40 bolsas de provincias. La cifra de negocios de estas bolsas, en 1923, se elevaba a 55 millones en el mes de junio, 59 millones en el mes de julio, 58 millones en el mes de agosto, y 56 millones en el mes de septiembre. Ahora bien, este año alcanza los 84 millones en junio, 100 millones en julio, 116 millones en agosto y 154 millones en septiembre.

Es necesario señalar que este progreso es aún más importante debido al aumento de la capacidad de compra del *chervonets*. Evidentemente, sería nula si nuestro *chervonets* se depreciara y si 154 millones de este año equivalieran a 100 millones del pasado. Pero nuestra moneda no se ha depreciado, sino todo lo contrario. Por esta razón, las cifras que acabo de citar nos muestran que nuestra industria no solamente produce, sino que vende sus mercancías, y que el progreso de las ventas no sólo se manifiesta en Moscú, sino también en provincias.

Sin embargo, a pesar del crecimiento de la producción y de la cifra de negocios, nos faltan mercancías. Como ejemplo, me ocuparé del artículo más importante para nuestro país rural por excelencia:

los tejidos. En agosto de 1924, la bolsa de Moscú ha efectuado, en lo referente a tejidos, transacciones por una suma de 22 millones de rublos, y, el pasado mes de septiembre, por una suma de 41 millones, es decir casi el doble. Y, sin embargo, sabéis perfectamente que existe una falta de tejidos en provincias.

Volveré más tarde sobre este punto. Mientras tanto, me limitaré a subrayar que la producción industrial, así como la cifra de negocios, se encuentran en constante progreso. Otra forma de verificar este progreso nos lo proporciona el número de vagones de mercancías expedidos diariamente. En 1923, alcanzaba una media de 12.000 vagones en junio, 11.000 en julio, 11.500 en agosto, 13.000 en septiembre. Este año, la media era de 13.000 vagones en junio, 13.300 en julio, 14.100 en agosto y 16.400 en septiembre, es decir un aumento del % en comparación a septiembre de 1923.

Llegados a este punto, interesa saber si este crecimiento de la industria se efectúa, más o menos, regularmente, si somos nosotros quienes lo regulamos, porque un crecimiento irregular daría como resultado desarrollar una rama de la industria a expensas de otra. Ciertamente, no tenemos motivos para estar satisfechos en este campo; observamos todavía supervivencias del antiguo modo de comportamiento que, hasta el momento, proporcionan malos resultados. Os indicaré un ejemplo, el de la cuenca del Donets, que muestra cómo son ejecutados nuestros planes de producción. Este año hemos revisado en dos ocasiones el programa de la cuenca del Donets. Al comienzo del año habíamos fijado, si no me equivoco, la extracción total de carbón entre 400 y 412 millones de *puds*. En enero, a instancias de los representantes de la cuenca del Donets, hemos revisado este programa y fijado el total de la extracción de hulla en 450, o, como máximo, 500 millones de *puds*. Este programa máximo fue establecido a pesar de las notorias dificultades con las que nos enfrentábamos para la venta del carbón: sabéis, en efecto, que fue necesario recurrir entonces a la formación de comités especiales encargados de realizar en el país una propaganda en favor de la compra del carbón del Donets. Ahora bien, este año hemos extraído en el Donets no 450 ó 500 millones de *puds* del carbón, sino 540 millones. Si se tiene en cuenta el hecho de que el pro-

grama preveía un número de obreros próximo a 100.000, y hemos tenido 126.000 a finales de año, y que por otra parte no hemos encontrado nuevas salidas a este excedente de carbón, se comprenderá fácilmente por qué el carbón del Donets atraviesa en estos momentos una crisis de venta. Partiendo del loable deseo de producir la mayor cantidad posible, deseo que sólo podía merecer elogios en 1921 y 1922, hemos producido una cantidad de carbón excesiva. Ahora bien, tenemos programas de producción que evidentemente distan de ser perfectos, pero que, al menos en cierta medida, ajustan la producción de carbón con la de nafta, que tienen en cuenta los créditos necesarios, y el presupuesto del Estado. Ahora bien, este excedente de 50 millones de *puds* exige un incremento de los fondos de gastos corrientes; los créditos resultan insuficientes, el pago de los salarios padece por ello, y todo esto nos produce política y económicamente un gran daño.

Os he dado este ejemplo del establecimiento y ejecución del programa de la cuenca del Donets para mostraros los peligros que supone el aumento irracional de la producción masiva. Pero, en todo caso, la situación actual es extremadamente favorable para el desarrollo de la industria.

El crecimiento de las necesidades del mercado campesino

Nuestro mercado campesino, a pesar de la mala cosecha, ¿exige este año una extensión de la producción? Desde este momento mismo, puede considerarse esta pregunta como resuelta mediante una respuesta afirmativa. ¿Puede haber algún cambio en ello? Desde julio, algunos camaradas que siguen atentamente el desarrollo económico nos prevenían de que, si la demanda aumentaba, iba, a partir del mes siguiente, a comenzar a disminuir; según ellos, esta disminución debía producirse en agosto, continuar en septiembre y en octubre. Ahora bien, hasta el momento, observamos un incremento de la demanda, que no estamos en condiciones de satisfacer. Un mes tras otro, constatamos una insuficiencia de las mercancías más corrientes, y que deberían ser proporcionadas lo más rápida-

mente posible al mercado campesino. Bajo este aspecto, la situación es en el momento actual exactamente la contraria de la situación del otoño último.

La política del precio de los cereales

El precio de compra al por mayor del centeno el 1 de octubre de 1923 era en la URSS, como media, de 37 kopeks³³ el *pod*. El 1 de julio, era de un rublo tres kopeks. En cuanto al trigo, valía, el 1 de octubre de 1923, 62 kopeks, y, el 1 de julio de 1924, un rublo 54 kopeks. Los precios de la cebada y de la avena se han elevado en proporciones análogas.

El sentido de este fenómeno, resulta perfectamente claro. Ante el aumento del precio de los cereales, nos hemos visto obligados, a comienzos de año, a decidir si seguiríamos el alza espontánea de estos precios o si, a través de una política racional, intentaríamos regularlos.

¿Podíamos consentir basar nuestra política económica en la sumisión completa a este aumento irresistible del precio de los cereales? Evidentemente, no. Si hubiéramos tomado como base los precios del 1 de julio, hubiera dado como resultado un encarecimiento inmediato de todas las mercancías, un aumento de los salarios, y como consecuencia un formidable aumento de los pagos a efectuar por el Estado (porque, como sabéis, el Estado es el principal consumidor de estos productos) y finalmente una depreciación del rublo. Estas eran las consecuencias que había que evitar a cualquier precio. Establecer o dejar establecer para el centeno un precio triple al del año anterior, hubiera sido ir a la catástrofe, renunciar a ser los dueños de la política económica. El dueño hubiera sido entonces quien hubiera podido comprar cereales a este precio. Hubiera impuesto la tarifa de los salarios y hubiéramos ido a remolque del revendedor y del *kulak* que habrían tenido en su poder todo el grano.

³³ Un kopek equivale a la centésima parte de un rublo [N. de la E.]

No podíamos, por consiguiente, resignarnos a este aumento de los precios. Se planteó entonces el problema de bajarlos. El último año nuestra política era dar al campesino un precio más elevado para sus productos, 60 o 70 kopeks en lugar de 37. Se trataba de un aumento que correspondía, más o menos, a la situación de la economía nacional y que el Estado obrero se encontraba en condiciones de soportar. Pero no podíamos llegar hasta los 1,03 rublos o los 1,54 rublos.

Se trataba por consiguiente de actuar de modo que el obrero de Moscú que pagaba en aquel momento el pan a 4 kopeks la libra, no se viera obligado a pagarla a 7 u 8 kopeks en abril o en mayo. No podíamos consentir que el precio del pan se doblara en algunos meses en Moscú, en Leningrado, en Ivanovo-Voznessensk y en el Ural. Nos era preciso, al precio que fuera, controlar el mercado de cereales. Los cálculos que entonces se efectuaron indicaron que, si queríamos adueñarnos del mercado interior y poseer reservas considerables de cereales, permitiéndonos mantener a un nivel determinado el precio del trigo, y disminuirlo en las regiones que padecían hambre, nos sería necesario adquirir este año 400 millones de *puds* de cereales. Se trataba por consiguiente de que el Estado reuniera esta cantidad de granos y los comprara, no al precio que dictaba el mercado, sino a los precios correspondientes a las justas reivindicaciones de los campesinos, a nuestros recursos presupuestarios y al salario del obrero.

Además de la disminución de los precios, teníamos también otro medio de actuar sobre el mercado cerealístico: se trataba de renunciar a la exportación de trigo. El pasado año, hemos renunciado a exportar trigo: nuestro programa de exportación que habría debido comenzar ya, se encuentra actualmente aplazado. Un decreto especial declara que no puede ser exportado ni un *pud* de trigo sin la autorización del CTO (por sus siglas en ruso, Consejo de Trabajo y de la Defensa en castellano). De los 400 millones de *puds* que hemos adquirido, 75 millones están destinados a una exportación eventual, que dependerá de la situación económica tal como se presente en diciembre o en enero. Hasta entonces, no saldrá de la URSS ni un *pud* de trigo.

Finalmente, disponemos, además, de un último medio: el impuesto agrícola. Nuestro plan era de comprar a 75 kopeks como media, 400 millones de *puds* de cereales; interrumpir la exportación; combinar la compra de cereales y la percepción del impuesto, y actuar de modo que nuestras cooperativas estatales, encargadas de la compra de cereales, sigan en la cuestión de los precios una línea determinada, que no superen la media de 75 kopeks por *pud*.

Esta maniobra que hemos comenzado dista de haber sido concluida. Por una parte, el impuesto agrícola ha sido menos elevado de lo que suponíamos. En efecto, el Comisariado de Finanzas preveía 450 millones de *puds*. Fijamos inicialmente el valor total del impuesto en 400 millones, pero, ante la mala cosecha, redujimos esta cifra a 340. Estos 340 millones no son suficientes para permitir una disminución de nuestras compras de cereales. Ahora bien, debido a la disminución en la llegada de cereales al mercado, nos encontramos en la imposibilidad de adquirir la cantidad de ellos exigida por nuestro plan.

Nuestros fallos

Hemos cometido errores. El primero de ellos, como he señalado, se refiere al establecimiento del impuesto agrícola. El otro se encuentra ligado a nuestra política del pasado julio en la que, presionados por las necesidades, hemos pagado por las semillas 1,03 y 1,54 rublos.

Hemos conseguido abastecer completamente de semillas a los gobiernos flagelados por la mala cosecha. De este modo, según todas las evaluaciones, comprendiendo en ellas a las del Gosplán, la superficie sembrada de trigo de invierno ha aumentado en estos gobiernos. Se trata, evidentemente, de un resultado excelente. Pero se ha obtenido mediante la formidable alza de precios de julio, y ha provocado, en agosto y septiembre, una serie de consecuencias desagradables. Nos hemos visto obligados a luchar para conseguir la disminución de los precios que nosotros mismos habíamos hecho subir con toda intención, para poder comprar semillas en gran

volumen.

He aquí por consiguiente los dos errores que hemos cometido: por una parte, establecer un impuesto muy débil, y, por otra parte, pagar precios muy elevados por las semillas. Además, hemos cometido un tercer error: hemos esperado demasiado para llevar a cabo la extensión de nuestra industria.

Nos encontramos actualmente a finales de octubre; ahora bien, en noviembre, los caminos comienzan a estar impracticables. Para ejecutar nuestro plan, deberíamos adquirir 88 millones de *puds*, pero no adquiriremos más de 45 millones. La primera década nos ha proporcionado 11 millones de *puds*. Multipliquemos esta cifra por tres, ello queda en 33 millones. Supongamos que los campesinos comienzan a pagar el impuesto agrícola y entregan su trigo para ello. Recibiremos en ese caso 40 o 45 millones de *puds* en lugar de los 88 que nos son necesarios.

En julio y agosto debíamos haber comprado 25 millones de *puds*; compramos 42 millones, principalmente con el objeto de poder proporcionar semillas a las regiones que habían padecido la sequía. En septiembre, debíamos haber adquirido 45 millones de *puds*, hemos adquirido 34. En octubre, debíamos comprar 88 millones de *puds*; ahora bien, durante la primera decena, sólo hemos reunido 11 millones y medio, es decir el 13% de la cantidad prevista por nuestro plan para este mes.

Citaré, igualmente, las cifras del rendimiento del impuesto agrícola, que forma parte constitutiva de nuestro plan. Debíamos recibir hasta el 1 de noviembre 155 millones de rublos, sólo hemos recuperado 45 millones. Comparemos estas cifras a las del pasado año.

Para el 1 de octubre de 1923, habíamos percibido ya el 21% del total del impuesto en toda la URSS. Este año, el 1 de octubre no hemos recibido más que el 10%. En la RSFSR, la quinta parte del impuesto había sido ya entregado el 1 de octubre de 1923. Este año, el 1 de octubre, no hemos recogido más que el 5,38% del impuesto en la RSFSR. Debido a esta débil recuperación del impuesto agrícola, existe mucho menos grano en el mercado y nuestras adquisiciones de cereales son inferiores a lo que deberían ser. Debido a ello,

es posible que el cumplimiento de nuestro plan exija un plazo más largo y que debamos revisar nuestra cifra inicial de 400 millones.

Hemos conseguido disminuir los precios en cierta medida, pero no hemos llegado a disminuirlos hasta el límite que nos hemos fijado. Los precios reales superan entre un 25 y un 30% los límites en cuestión.

Ciertamente, hemos obtenido resultados innegables. Si se compara la situación actual a la del pasado año, se ve que lo que costaba 103 o 154 kopeks el 1 de octubre de 1923 cuesta ahora 80 o 118. Si se compara el precio de los cereales el 1 de octubre de 1923, el 1 de julio y el 1 de octubre de 1924, se observa que el centeno ha subido de 37 a 103 kopeks para bajar de nuevo inmediatamente a 80; en realidad, el campesino recibe ahora 80 kopeks en lugar de 37. Pero 80 kopeks es todavía un precio muy elevado para nosotros, que supera sensiblemente los límites que nos hablamos fijado. Sin embargo, representa una disminución del 22% si lo comparamos con el precio de julio, y, comparándolo con el pasado año, un aumento del 100% para el campesino, que recibe de este modo por su centeno el doble de lo que recibía en 1923. La proporción es la misma para los otros cereales.

Sobre los precios máximos y el papel del capital privado

Nos encontramos, por consiguiente, ante una disminución innegable de los precios de los cereales, pero no hemos alcanzado, todavía, el límite que nos habíamos propuesto. ¿Cuáles son las consecuencias de esta situación? Que el capital privado penetra por la brecha que existe entre nuestros límites de precios y los precios reales. Siempre habíamos admitido que el capital privado jugaría un cierto papel en el aprovisionamiento de cereales, en las transacciones entre gobiernos. En efecto, sería absurdo creer que estamos actualmente en condiciones de monopolizar todo. Suponíamos que la parte del capital privado se elevaría alrededor de un quinto o un cuarto. Pero esta parte que le reservábamos conscientemente es ahora sensiblemente superior debido a la separación entre los límites de precios y los precios de mercado. Debido a ello, hace dos o tres semanas, hemos sufrido una presión muy fuerte de nuestros

órganos provinciales, los cuales, al tiempo que se mantenían dentro de los límites de precios en su compra de cereales, exigían una modificación de nuestra política.

Reflexionando sobre ello podemos comprender que estos órganos nos reclamaban entonces una renuncia a los límites de precios. El comercio libre existe actualmente por todas partes, nos decían, en suma, pero actualmente efectuamos el comercio para el Estado según un plan determinado; renunciad a los límites de precios, dicho de otro modo, renunciad a la regulación de los precios, renunciad a vuestro plan. Es evidente que no podíamos resignarnos a ello. Hemos continuado teniendo, respecto a las instituciones estatales, una política extremadamente rigurosa; era imposible actuar de otro modo en este momento.

Pero lo más importante no es la presión del capital privado; se trata de saber si debemos o no batirnos en retirada en este frente.

Hemos adoptado una serie de medidas que abren un poco los marcos rígidos que habíamos fijado. En primer lugar, hemos considerado los precios máximos como medidas por gobierno y por zona, lo que permite una cierta variación de los precios según las diversas localidades. En segundo lugar, aunque la entrega no estuviera comprendida en el precio máximo que debía obtener el campesino, se conseguía a veces pagar a este último 20 o 25 kopeks en lugar de 60. Se trataba de un estado de cosas odioso con el que había que terminar. Hemos instituido un precio mínimo de modo que, a partir de ahora, tales hechos no se volverán a producir. Además, hemos fijado, por un decreto especial, por el cual el campesino recibirá una retribución suplementaria cuando conduzca su trigo a 30 ó 50 verstas de su localidad.

En resumen, es necesario saber aplicar con sensatez el programa de la cuestión de los precios. ¿A qué tienden nuestras medidas? Queremos adquirir 400 millones de *puds* de cereales a 60 kopeks como precio medio; dicho con otras palabras, el Estado pretende pagar 300 millones de rublos por estos 400 millones de *puds*. Todo induce a creer que, con la suma citada, no llegaremos a adquirir 400 millones de *puds* de cereales, y que verosíblemente nos será necesario renunciar a la exportación de trigo. Ahora bien, esto

desorganizará todo nuestro plan de exportación, así como nuestro plan de importación, que os daré a conocer posteriormente y que examinareis. Este examen os permitirá daros cuenta de la inmensa perturbación que supone a nuestra exportación y a nuestra importación, la imposibilidad de realizar nuestro plan.

Por otra parte, es posible que no podamos hacernos totalmente dueños del mercado, como ocurriría si dispusiéramos de 325 millones de *puds* de cereales. Sólo dispondremos de unos 250, y se trataría de una buena cifra. Todas las medidas que hemos adoptado: reparto según las zonas, pagos especiales para el grano de superior calidad, por el transporte a larga distancia, nos supondrán unos 50 millones de rublos que será necesario añadir a los 300 millones asignados anteriormente. Pero, gracias a estos pagos suplementarios, llegaremos a cumplir la importante tarea que nos incumbe. Nadie declara ya, en este momento, que es preciso suprimir los límites de precios. En su conjunto, nuestra línea es justa, nuestra maniobra también, al igual que nuestras cifras. Al comienzo nos ha faltado flexibilidad en las provincias. Pero la aplicación de los perfeccionamientos antes mencionados de nuestro plan, nos permitirá, probablemente, llevar a cabo nuestra tarea

Sobre la exportación y la importación

Me referiré ahora a las modificaciones que supone esta situación interior para el siguiente plan, que determina nuestro desarrollo económico. Examinemos el plan de exportación y de importación. Dado que hemos debido renunciar completamente, o al menos en gran medida, a la exportación de trigo, nuestro plan de comercio exterior ha debido ser reformado totalmente. Sin embargo, obtendremos una balanza positiva.

Nos proponemos exportar por valor de 456 millones de rublos e importar por valor de 381 millones. De este modo, por consiguiente, tendremos un superávit de 75 millones de rublos, mientras que el del año pasado ascendía a 120-130 millones. Es evidente que la balanza de nuestro comercio exterior debe ser positiva. Pero ten-

dremos un activo de 75 millones de rublos a condición únicamente de que exportemos 75 millones de *puds* de trigo. Si no efectuamos esta exportación, la importación superará a la exportación. He aquí el esquema de nuestro plan de exportación. Contamos con enviar al extranjero grano, madera, pastos, mantequilla, huevos, ganado, nafta y manganeso por valor de 355 millones. El resto de la exportación, alrededor de 100 millones, estará constituida por artículos menos importantes. En resumen, la exportación ascenderá a un total de 400 millones, aproximadamente.

¿Qué importaremos? Debemos importar algodón por valor de 100 millones de rublos, maquinaria industrial por valor de 30 millones, maquinaria agrícola y productos diversos para el campo por valor de 28 millones. Además, precisamos té, azúcar, lana, pieles en bruto, potasio, metales diversos, por un total de 109 millones de rublos. Por consiguiente, precisamos importar materias primas destinadas a la industria por un valor de 162 millones de rublos, maquinaria agrícola y objetos de consumo, como el té y el azúcar, por un valor de 103 millones, y, finalmente, artículos diversos por valor de 130 millones; en total, 392 millones. Esta cifra en modo alguno puede ser reducida.

El elemento principal de nuestras importaciones es el algodón. Compraremos por valor de 100 millones, es decir, cuatro millones y medio de *puds* que, añadidos a los cinco millones de *puds* que produce el Turkestán, permitirá a nuestra industria textil aumentar su producción entre un 30 y un 35% en comparación con el pasado año. De este modo, aseguraremos el desarrollo de la industria textil, que nos es absolutamente necesaria para satisfacer las necesidades del campesinado. Gracias al algodón americano y a nuestra cosecha del Turkestán, que es el doble que el pasado año, conseguiremos que la producción de la industria textil alcance el 63% de su nivel de preguerra. Por consiguiente, es casi imposible disminuir la importación. No podemos disminuir la importación de azúcar y de té, porque carecemos de té y tenemos muy poco azúcar. Gracias a esta importación, podemos mantener los precios a una tasa determinada y obtener algunos beneficios.

Nuestro plan de exportación, como he indicado, está basado

principalmente en el crecimiento de la exportación de nafta y de maderas, crecimiento que compensará en parte los 200 millones de *puds* de trigo que nos faltan.

Equilibrio del presupuesto. Moneda estable

Nuestro presupuesto prevé este año unos gastos de 2100 millones de rublos. Se trata de un presupuesto mínimo. 850 millones serán dedicados a los ferrocarriles, a correos y telégrafos, que obtienen más o menos lo que cuestan, de modo que dentro del presupuesto estos fondos no son otra cosa que fondos de gastos corrientes. Gastamos 780 millones en los ferrocarriles, que más o menos nos proporcionan la misma cantidad. Sin embargo, el camarada Rudzutak declara que probablemente no obtengamos esta cifra de ingresos. Pero añade que le son necesarios 780 millones de rublos. Si a los ferrocarriles se añaden telégrafos y correos, nos encontramos que, de 2100 millones de rublos, 850 representan fondos de gastos corrientes. Añadamos a esta suma los 400 millones necesarios para gastos de defensa, y se tiene un total de 1250 millones. Quedan, por consiguiente, 850 millones para la industria, el aparato estatal, la organización del crédito al campesino, ayuda a los hambrientos.

¿Cuáles son nuestros ingresos? Nuestro presupuesto es destacable en cuanto no comporta absolutamente ninguna emisión de papelmoneda. Mañana o pasado mañana, el Comité ejecutivo central adoptará una decisión prohibiendo toda emisión destinada a cubrir eventuales déficits, de modo que no podemos contar con este recurso.

Los impuestos directos nos proporcionarán 414 millones de rublos, de los cuales 250 provendrán del impuesto agrícola. Los impuestos indirectos y los impuestos sobre los objetos de consumo nos proporcionarán 300 millones.

Nuestros gastos se reparten del modo siguiente: 40 millones para la agricultura, 48 millones para el socorro a los campesinos que han padecido la mala cosecha, 102 millones para diversos trabajos

industriales, electrificación, etc. Ciertamente, esta suma parece insuficiente a quienes no saben cuánto nos proporciona la industria. De los 2100 millones que constituyen, en rublos, el total de nuestros ingresos, la industria sólo nos proporciona 150 millones. En todo caso, este presupuesto es el primero que no conlleva emisión de papel moneda, y de este modo queda demostrado el error de quienes predecían que nuestra reforma monetaria originaría un considerable déficit en el presupuesto y fracasaría completamente.

En nuestras operaciones posteriores deberemos tener en cuenta los límites que nos impone este presupuesto. Pensamos gastar en el primer trimestre alrededor de 600 millones. En el primer trimestre, ciertamente, los gastos son siempre más considerables, pero nada nos garantiza que no ocurrirá lo mismo en el segundo trimestre.

Nuestra política en el campo de los precios del trigo, así como nuestro presupuesto, debían ser la primera prueba de nuestra reforma monetaria. Los pesimistas, ya se sabe, declaraban que triunfaríamos en los primeros meses, pero que nuestro nuevo presupuesto mostraría que nuestra reforma monetaria estaba fundada sobre arenas movedizas. Sin embargo, hemos atravesado ya sin obstáculos los meses de agosto y septiembre, a pesar del déficit que ha originado la mala cosecha en nuestro presupuesto. Nuestra reforma monetaria es estable, hemos pasado la prueba con honor y, a pesar de ciertas dificultades financieras, podemos afirmar que nuestra reforma no será en modo alguno alterada.

En el mes de marzo pasado, nuestra circulación monetaria alcanzaba los 300 millones de rublos. El 11 de octubre, ascendía a un total de 658 millones. De marzo a octubre, hemos aumentado por consiguiente en 358 millones de rublos la cantidad de moneda en circulación.

La emisión de estos 358 millones de rublos se reparte del modo siguiente: en marzo, 39 millones; en abril, 47; en mayo, 28; en junio, 17; en julio, 33; en agosto, 56; en septiembre, 50.

Hemos puesto en circulación alrededor de 350 millones de rublos que, evidentemente, han trastocado ligeramente en ciertos momentos el valor del dinero. Ahora bien, la capacidad de compra del chervonets ha aumentado en un 5% entre los meses de agosto y

septiembre. En resumen, a pesar de los contratiempos, la capacidad de compra de nuestra moneda tiene tendencia a incrementarse.

En dos semanas tendremos 700 millones de rublos en circulación. Desde el mes de marzo hemos doblado la cantidad de moneda en el país. Y, sin embargo, a pesar de algunas oscilaciones, el chervonets se encuentra ahora al mismo nivel que en el momento de la reforma monetaria, lo que prueba que es una divisa esencialmente estable. La comparación con el dólar y la libra esterlina es más bien favorable a nuestra moneda. De este modo, pues, tenemos una circulación monetaria sana, y hemos atravesado ya el momento más difícil, el momento en que el elevado precio de los cereales podía hacer fracasar nuestra reforma monetaria.

Es necesario reducir el desnivel entre los precios al por mayor y los precios al por menor

Existe un peligro al que nadie hasta ahora ha prestado suficiente atención: se trata del desnivel entre los precios al por mayor y los precios al por menor. He aquí las cifras correspondientes al mes de septiembre: los precios al por menor de los productos agrícolas superan un 23% a los precios al por mayor; en los productos industriales, la diferencia es del 37%. Como media, la diferencia entre los precios al por mayor y los precios al por menor es del 31%. El precio al por menor, evidentemente, es el que determina los salarios de los obreros, el que conoce la población y mediante el cual el consumidor juzga nuestra industria estatal. Ahora bien, esta separación del 31% representa un inmenso peligro. Como he indicado al comienzo, tenemos una falta de mercancías. En esta situación, nuestra regularización de los precios al por mayor puede servir para enriquecer al capital privado, que se embolsa la diferencia, mientras los órganos de comercio estatal no puedan conseguir que sea el Estado el beneficiado. Debemos, por consiguiente, dedicarnos a cerrar la brecha entre los precios al por mayor y al por menor, al igual que cerramos, el pasado año, la brecha entre los precios industriales y

los precios agrícolas.

Conclusión

Nuestra industria tiene una destacada tendencia al desarrollo, pero carece de créditos. Su producción aumenta, se amplía su mercado, y podemos avanzar sin temor de que el campesino disminuya ahora sus compras.

Por otra parte, estamos a punto de efectuar una maniobra en el mercado de cereales, del que debemos esforzarnos en mantener nuestro dominio adaptando mejor nuestra política a sus particularidades. Por consiguiente, aunque este año nos veamos obligados a reducir en alguna medida nuestras adquisiciones de trigo, tendremos sin embargo una base sólida para la realización de nuestro presupuesto y de nuestro plan de exportación, y, por lo tanto, no nos veremos abocados a un déficit.

Avanzamos. La restauración de la industria, y por lo tanto la consolidación de los elementos socialistas de la economía, ha progresado seriamente. En la agricultura, la mala cosecha ha frenado, pero no ha interrumpido el aumento de la prosperidad del campesino y la ampliación de los mercados para la industria. Las emisiones destinadas a permitir cerrar el presupuesto se han interrumpido. La reforma monetaria está estabilizada. Podemos mirar el futuro con confianza.

¿HACIA EL CAPITALISMO O HACIA EL SOCIALISMO?³⁴

L. TROTSKY

Prefacio a la edición alemana

En este folleto se intentan analizar los principales factores de nuestro desarrollo económico. Las dificultades de este análisis se hacen evidentes cuando el lector considera los giros bruscos que tuvieron lugar en el curso del mismo. Cuando un movimiento se efectúa en línea recta, dos puntos son suficientes para determinar su dirección. Pero cuando, en un momento crucial el curso de las cosas describe una curva complicada, es difícil juzgar los distintos sectores de esta curva. Y en un nuevo orden social, ocho años no son más que un breve período.

Nuestros adversarios han pronunciado ya en varias ocasiones juicios infalibles, mucho tiempo antes del octavo aniversario de la Revolución de Octubre. Estos juicios son de dos tipos: unos dicen que construyendo la economía socialista arruinamos el país, mientras que los otros afirman que nuestro desarrollo de las fuerzas productivas en realidad nos está llevando hacia el capitalismo.

El primer tipo de crítica es característica del modo de pensar de la burguesía. El segundo tipo de crítica pertenece a la socialdemocracia, es decir al pensamiento burgués bajo el disfraz de socialismo. No existen límites precisos entre ambos tipos de crítica y, a menudo, las dos intercambian su arsenal de argumentos, sin darse cuenta, intoxicados como están con la guerra santa contra la “bar-

³⁴ En mayo de 1925 Trotsky fue nombrado para el Consejo Supremo de la Economía Nacional, donde ocupó la presidencia de tres comisiones: el Comité de Concesiones, el Comité del Desarrollo Electrotécnico y la Comisión Tecnológico-Industrial. Escribió *¿Hacia el capitalismo o hacia el Socialismo?* en respuesta a la aparición de las cifras emitidas por el Gosplán para el año 1925-26. Fue publicado originalmente en Pravda, el 1, 2, 16, 17, 20 y 22 de septiembre de 1926.

barie comunista”.

Espero que este folleto muestre al lector sin prejuicios que ambos tipos de crítica son críticas falsas, tanto en el caso de los grandes burgueses, como en el de los pequeños burgueses que se hacen pasar por socialistas. Mienten cuando dicen que los bolcheviques han arruinado Rusia. Hechos absolutamente irrefutables demuestran que, en la Rusia devastada por la guerra imperialista y las guerras civiles, las fuerzas de producción de la industria y de la agricultura se acercan al nivel de preguerra, que será alcanzado durante el próximo año. Los que dicen que el desarrollo de las fuerzas de producción va en la dirección del capitalismo, mienten.

En la industria, los transportes, el comercio, el sistema financiero y de crédito, el papel de la economía de Estado no disminuye a medida que las fuerzas de producción aumentan, sino que crece, dentro de la economía total del país. Este movimiento queda registrado indudablemente tanto en las cifras como en los hechos.

En la agricultura la situación es mucho más complicada. Y, para un marxista, esta situación no es inesperada; la transición de la economía campesina «atomizada» a la agricultura socialista no es imaginable más que tras una serie de etapas exitosas en la técnica, la economía y la cultura. Que el poder permanezca en manos de la clase que quiere llevar la sociedad al socialismo y que cada vez es más capaz de influir en la población campesina por medio de la industria estatal, elevando el grado de la técnica de la agricultura y creando de este modo el punto de partida para la agricultura colectiva, he aquí la condición fundamental de esta transición. Es inútil decir que no hemos cumplido todavía esta tarea; estamos creando las condiciones en las que podrá ser realizada poco a poco y de un modo consecuente. Además, esos logros desarrollarán nuevas contradicciones, nuevos peligros. ¿En qué consisten éstos?

El Estado proporciona actualmente cuatro quintas partes de la producción de nuestro mercado interno. Una quinta parte, más o menos, es proporcionada por productores privados, sobre todo por los pequeños talleres artesanales. Los ferrocarriles y la navegación se encuentran en manos del Estado en un 100%. Tres cuartas partes del comercio actual están en manos del Estado y las cooperati-

vas. El Estado realiza cerca del 95% del comercio exterior.

Las instituciones de crédito se encuentran igualmente monopolizadas y centralizadas por el Estado. Pero a estos «*consorcios*» estatales poderosos y cerrados se oponen 22 millones de explotaciones campesinas. El vínculo entre la economía de Estado y la economía campesina (con el crecimiento general de las fuerzas productivas) representa por consiguiente el problema social principal de la construcción socialista de nuestro país.

Sin el crecimiento de las fuerzas productivas no puede hablarse de socialismo. Al nivel cultural y económico que hemos alcanzado actualmente, el desarrollo de las fuerzas productivas no es posible más que si el interés personal de los productores está comprendido en el sistema de la economía social.

En el caso de los obreros industriales, esta necesidad se cumple gracias a la relación entre los salarios y la productividad del trabajo. De este modo, se han obtenido ya grandes resultados. En el caso de los campesinos, el interés personal resulta ya del hecho de que mantienen una economía privada y trabajan para el mercado. Pero esta circunstancia crea también dificultades. Las desigualdades salariales, por grandes que sean, no introducen diferenciación social en el proletariado, los obreros siguen siendo obreros de las fábricas estatales. No ocurre lo mismo con el campesinado. El trabajo que los 22 millones de explotaciones campesinas (de ellas, las que son propiedad del Estado soviético, las explotaciones colectivas y las «*comunas*» campesinas, constituyen actualmente una minoría insignificante) proporcionan al mercado, conduce inevitablemente a que en un polo de la masa campesina se creen establecimientos, no solamente ricos, sino incluso de carácter explotador, mientras que, en el otro polo, una parte de los campesinos medios se transforman en campesinos pobres, y, estos últimos, en obreros agrícolas.

Cuando el gobierno soviético, bajo la dirección de nuestro partido, instituyó la Nueva Política Económica y extendió inmediatamente su campo de acción al campesinado, conocía tanto estas consecuencias sociales inevitables del sistema de mercado, como los peligros políticos inherentes a esta situación. Sin embargo, es-

tos peligros no se nos presentaban como una fatalidad inevitable, sino como problemas que es preciso estudiar atentamente y resolver en la práctica en cada etapa de nuestro trabajo.

Evidentemente, sería imposible eliminar estos peligros si la economía de Estado abandonara sus posiciones en la industria, en el comercio y en las finanzas, mientras que al mismo tiempo se acentuara la diferenciación entre las clases en las aldeas. Porque, en este caso, el capital privado podría reforzar su influencia sobre el mercado, especialmente sobre el mercado campesino, acelerar el proceso de diferenciación en la aldea y desviar de este modo todo nuestro desarrollo económico hacia el camino capitalista. Esta es precisamente la razón por la cual es tan importante para nosotros saber desde el principio en qué dirección se desplazan las relaciones de fuerza de las clases en el campo de la industria, de los transportes, de las finanzas, del comercio interior y exterior. El predominio creciente del Estado socialista en todos los campos citados (lo que queda irrefutablemente demostrado por la Comisión del plan de Estado), ha creado relaciones completamente distintas entre la ciudad y el campo. Nuestro Estado está muy firme en el timón como para permitir que el crecimiento de las tendencias capitalistas y semicapitalistas de la agricultura pueda desbordarse en un futuro próximo. Ganar tiempo en esta cuestión es ganarlo todo.

En la medida en que, en nuestra economía, existe una lucha entre tendencias socialistas y tendencias capitalistas (y el carácter de la Nueva Política Económica está formado tanto por la colaboración como por la acción contradictoria de estas tendencias), se puede decir que el resultado de la lucha depende del ritmo de desarrollo de estas dos tendencias. En otras palabras, si la industria de Estado se desarrollara más lentamente que la agricultura, si ésta dividiera con una aceleración siempre creciente estas capas diametralmente opuestas de los granjeros capitalistas «de arriba» y de los proletarios «de abajo», entonces tal proceso conduciría naturalmente a la restauración del capitalismo. Ahora bien, que nuestros enemigos intenten probar que esta perspectiva es inevitable. Incluso si se dedican a ello con mucha mayor habilidad que el po-

bre Kautsky (o MacDonald), se quemarán los dedos. ¿Debe, por lo tanto, quedar excluida la perspectiva que acabamos de aludir? Teóricamente, no. Si el partido cometiera error tras error, tanto en el plano político como en el económico, si de este modo frenara el crecimiento de la industria, que crece en estos momentos de un modo muy satisfactorio, si se dejara arrebatar el control del proceso político y económico en la aldea, entonces, naturalmente, la causa del socialismo estaría perdida en nuestro país. Pero, para emitir tal pronóstico, no tenemos necesidad de partir de esas suposiciones. Cómo se pierde el poder, cómo se entregan las conquistas del proletariado, cómo se trabaja para el capitalismo, es algo que Kautsky y sus amigos han enseñado admirablemente después del 9 de noviembre de 1918. Nadie puede darles lecciones.

Nosotros tenemos otras tareas, otras metas, otros métodos. Queremos mostrar cómo se mantiene y se consolida el poder adquirido, y cómo se debe llenar la forma del Estado proletario con el contenido económico del socialismo. Tenemos todas las razones para estar seguros de que con una dirección justa el crecimiento de la industria superará el proceso de diferenciación en la aldea, lo neutralizará y creará de este modo las condiciones técnicas y económicas para la colectivización gradual.

En los próximos capítulos está ausente la caracterización estadística de la diferenciación en la aldea. Se debe a que no existen todavía cifras que permitan una estimación general de este proceso. No se trata tanto de fallas de nuestra estadística social, como de las particularidades del propio proceso social que se reanuda a través de los cambios «moleculares» de los 22 millones de explotaciones campesinas. La Comisión de Planificación del Estado (Gosplán), cuyos cálculos sirven de base a este escrito, ha entrado en un estudio profundo de la diferenciación económica de nuestro campesinado. Las conclusiones que se deducirán de ello serán publicadas en su momento, y tendrán, sin duda alguna, la mayor importancia para las disposiciones que tomarán el Estado en el campo de los impuestos, de los créditos rurales, de las cooperativas, etc. Pero, en ningún caso, estas indicaciones podrán cambiar la perspectiva fundamental expresada en este escrito.

Es evidente que esta perspectiva se encuentra estrechamente ligada, económica y políticamente, a la suerte de Occidente y de Oriente. Cada paso hacia adelante del proletariado mundial, cada éxito de los pueblos coloniales oprimidos, nos fortalece material y moralmente, y acercará la hora de la victoria general.

Capítulo I

El lenguaje de las cifras

La Comisión de Planificación del Estado (Gosplán) ha publicado un cuadro de conjunto de las cifras proporcionadas por el “control” de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas para el año económico 1925-26. Tiene un aire muy seco y, por llamarlo de algún modo, burocrático. Pero en estas columnas de cifras áridas, en las estadísticas y en los comentarios, casi todos igualmente áridos y concisos, que las acompañan, se encuentra la maravillosa música histórica del progreso del socialismo.

No se trata ya de simples suposiciones, de puras estimaciones, de puras esperanzas, de argumentaciones teóricas, se trata del lenguaje de las cifras con toda su importancia, lenguaje que actúa de un modo convincente incluso en la bolsa de Nueva York.

Consideremos las cifras más esenciales, las más fundamentales. Vale la pena hacerlo.

En primer lugar, sólo el simple hecho de que este cuadro de conjunto sea publicado, es para nosotros una causa de regocijo. El día de su aparición (el 20 de agosto de 1925) debería ser señalado con lápiz rojo en el calendario soviético. Agricultura e industria, comercio interior y exterior, sumas de dinero y precio de las mercancías, operaciones de crédito y el presupuesto estatal han encontrado en este cuadro la expresión de su desarrollo y de sus relaciones. Nos encontramos ante un conjunto de comparaciones claras, simples y muy visibles, de todos los datos básicos para 1913, para 1924-25 y estimaciones para 1925-26. Además, el texto explicativo aporta, cada vez que es necesario, datos numéricos para los demás años del régimen soviético, de tal modo que obtenemos una imagen de con-

junto del desarrollo de nuestra construcción y un plan de las perspectivas para el año próximo. La posibilidad de establecerlas es, en sí misma y por sí sola, una conquista muy importante.

Socialismo es sinónimo de contabilidad. Bajo la NEP, únicamente difieren las formas de contabilidad de las que intentábamos aplicar bajo el comunismo de guerra (1917-1921) y de las que encontrarán su expresión perfecta en el socialismo plenamente desarrollado.

Ahora bien: socialismo es el equivalente de contabilidad, y actualmente, en el nuevo estadio de la NEP, lo es quizás con mayor motivo que cuando el socialismo haya sido alcanzado; porque entonces la contabilidad no tendrá más que un alcance meramente económico, mientras que en este momento se encuentra ligada a los problemas políticos más complicados. En el cuadro de conjunto de las cifras de control, el Estado soviético efectúa, por vez primera, la cuenta de todos los aspectos de su economía, de sus efectos recíprocos, y de su desarrollo. Se trata de una victoria capital. La posibilidad de este hecho es en sí mismo un testimonio irrefutable, tanto de las conquistas materiales de nuestra economía como de los éxitos obtenidos por los métodos que dirigen esta economía y por el pensamiento que la anima. Este cuadro puede ser considerado como un certificado de madurez. Sin embargo, es preciso no olvidar que un certificado de madurez no se otorga en el momento en que se «termina» un aprendizaje, sino en el momento en que se pasa de la enseñanza media a la enseñanza superior. Y son precisamente deberes de orden superior ante los cuales nos sitúa el cuadro de conjunto de la Comisión del plan del Estado, y que queremos someter a análisis.

Observando el cuadro, la primera cuestión que se plantea es la siguiente: de acuerdo; pero, ¿es exacto, y hasta qué punto? He aquí una amplia perspectiva propicia a las reservas, e incluso al escepticismo. Todo el mundo sabe que nuestra estadística y nuestra contabilidad son a menudo inseguras, no porque sean peores que otras ramas de nuestra actividad económica y cultural, sino porque son ellas las que reflejan todos (o al menos casi todos) los aspectos reveladores de nuestro atraso. Pero esto no da en modo alguno dere-

cho a descontar de un modo general, ni a esperar que dentro de un año y medio o dos se podrá probar el carácter defectuoso de tal o cual cifra, para afirmar entonces: ¡ya lo decía yo! Es más que probable que existan numerosos errores. Pero el tipo de sabiduría después de los hechos consumados es el tipo más barato de todas las sabidurías. Por ahora las cifras de la Comisión de Planificación del Estado representan un dato que, según las probabilidades, es el que más se acerca a la realidad. ¿Por qué? Por tres razones:

1. Porque han sido establecidas con ayuda del material más completo que se puede reunir, en general, y además sobre un material que no viene de cualquier sitio, sino que es el fruto del trabajo diario de las diferentes secciones de la Comisión de Planificación del Estado.
2. Porque este material ha sido trabajado por los más autorizados y cualificados economistas, estadísticos y técnicos.
3. Porque esta tarea fue llevada a cabo por una institución libre de toda interferencia gubernamental y que puede, en cualquier momento, convencer a las autoridades económicas por medio de la confrontación directa³⁵.

Es necesario añadir a esto que para la Comisión de Planificación del Estado no existen secretos comerciales, ni, de un modo general, secretos económicos. Cualquier proceso de producción y cualquier cálculo comercial pueden ser verificados ya sea directamente o a través de la Inspección Obrera y Campesina. Todos los balances y todas las cuentas oficiales los tiene a su disposición, y ello no es mera fanfarronería: es una realidad. Sin duda, ciertas cifras serán discutidas, y los expertos no dejarán de plantear objeciones en tal o cual sentido acerca de ciertas relaciones; estas objeciones, sean aceptadas o no, pueden tener gran importancia para una u otra de

³⁵ «Las memorias contables de los órganos económicos operativos son más que incompletas: son tendenciosas», observa el comentario de la Comisión de Planificación del Estado. Es preciso retener este juicio severo. Con el apoyo de la Comisión de Planificación del Estado y de la prensa, es preciso llegar a que los órganos económicos operativos proporcionen memorias comerciales objetivas, es decir, conformes a la realidad.

las empresas concretas, para el volumen de las exportaciones e importaciones, para la cantidad de partidas en el presupuesto, para tales o cuales necesidades administrativas, etc. Pero estas correcciones no modificarán en nada las relaciones fundamentales. No pueden existir actualmente cifras más pensadas, mejor examinadas que las que nos son ofrecidas por el cuadro que publica la Comisión de Planificación del Estado. Además, una cosa es innegable: una cifra de control inexacta (como ha demostrado toda nuestra experiencia económica) es de un valor incomparablemente mayor que el trabajo al azar. En el primer caso, podemos corregir gracias a la experiencia; en el segundo caso, por el contrario, actuamos a tientas.

El cuadro llega hasta octubre de 1926. Es decir, que, dentro de unos veinte meses, si nos encontramos en presencia de las memorias anuales administrativas para 1925-26, tendremos la posibilidad de comparar la realidad de mañana con nuestras estimaciones de hoy que están estipuladas en cifras. Por grande que sea entonces la diferencia, la simple comparación constituirá ya una escuela irremplazable de la economía planificada.

Cuando se trata de la exactitud mayor o menor de una previsión, es necesario saber exactamente de qué tipo de previsión se trata. Cuando, por ejemplo, los estadísticos del Instituto Americano de Harvard se esfuerzan en establecer la velocidad y la dirección del desarrollo de las diferentes ramas de la economía americana, proceden, hasta cierto punto, como los astrónomos, es decir, que intentan obtener la dinámica de procesos que son completamente independientes de su voluntad. La diferencia consiste solamente en que tienen a su disposición métodos que no son en absoluto tan exactos como los de los astrónomos. Pero nuestros estadísticos se encuentran en una posición radicalmente diferente: operan en cuanto miembros de instituciones que dirigen la economía. En nuestro caso, el plan de estimación no es únicamente el producto de una previsión pasiva, sino también la palanca de la «planificación» económica activa. En él, cada cifra no es solamente una simple fotografía, sino también una guía. El cuadro de las cifras de control está establecido por un órgano que se encuentra a la cabeza

(¡y hasta qué punto!) de las posiciones dominantes de la economía. Si este cuadro menciona que en el año 1925-26 nuestra exportación debe pasar de los 462 millones de rublos del presente año a 1200 millones de rublos, es decir aumentar en un 160%, no se trata de una simple previsión, sino realmente de una orden: es necesario hacerlo. Sobre las bases de lo existente, se indica en él lo que se puede realizar. Si el cuadro nos dice que las inversiones de capitales en la industria (es decir, los gastos para la renovación y la extensión del capital de base) deben elevarse a 900 millones de rublos, no se trata en ese caso de una exposición de cifras insignificantes, sino de un deber estadísticamente motivado, y de la mayor importancia. El cuadro se ha efectuado así desde el principio hasta el fin. Representa una conjunción dialéctica de previsión teórica y de voluntad práctica, es decir: la reunión de las condiciones y tendencias objetivas y calculadas, y de tareas subjetivamente determinadas del Estado obrero y campesino que gobierna. En esto consiste la diferencia fundamental entre el «cuadro de conjunto» de la Comisión de Planificación del Estado y todas las visiones globales, estadísticas, cálculos y determinaciones realizadas por adelantado por un Estado capitalista cualquiera. Como veremos, en este punto se encuentra la enorme superioridad de nuestros métodos socialistas sobre los métodos capitalistas.

Sin embargo, el cuadro de control estadístico no proporciona una estimación de los métodos económicos del socialismo en general, sino de su aplicación en condiciones determinadas, es decir a lo largo de una cierta etapa de la Nueva Política Económica. Los procesos económicos elementales pueden ser recogidos, principalmente, de un modo objetivo, estadístico. En cuanto a los mecanismos dirigidos económicamente por el Estado, “entran en el mercado” en una cierta etapa y son reunidos por métodos de mercado al proceso elemental, casi incontrolable (consecuencia principal de la economía campesina «fragmentaria» que juega tan gran papel entre nosotros). En el período actual, la administración planificada consiste precisamente en gran parte en la ligazón de los procesos económicos que son controlados y dirigidos, y aquellos que se realizan según las leyes propias del mercado. En otras palabras: en

nuestra economía, tendencias socialistas (con un grado de desarrollo variable) se unen y entrelazan con tendencias capitalistas que, por su parte, no presentan idéntico grado de madurez. Las cifras de control reflejan el entrelazamiento de estas dos categorías de procesos y revelan de este modo las componentes de las fuerzas de desarrollo. En este punto se encuentra la significación del plan provisional para el socialismo.

Sabemos desde siempre, y nunca lo hemos ocultado, que los procesos económicos que se desarrollan en nuestro país encierran estas contradicciones, porque significan la lucha entre dos sistemas, socialismo y capitalismo, que se excluyen mutuamente. Por el contrario, la pregunta histórica de Lenin ha sido formulada justo en el momento de la transición hacia la NEP, en dos palabras y del modo siguiente: “¿Quién derrotará a quién?” Los teóricos mencheviques, con Otto Bauer a la cabeza, saludaron con condescendencia a la NEP como una verdadera capitulación, debida al empleo anterior de métodos prematuros, violentos, «bolcheviques», de la economía socialista ante un capitalismo seguro y experimentado. Los temores de unos y las esperanzas de otros quedaron sometidos a una experiencia muy seria, cuyo resultado ha encontrado expresión en las cifras de control de nuestro Estado.

Su importancia consiste en parte en el hecho de que no se tiene ya el derecho a usar lugares comunes respecto a los elementos socialistas y los elementos capitalistas de nuestra economía (respecto al plan «en general» y a lo incontrolable «en general»). Porque, aunque todavía de un modo burdo y provisional, somos conscientes de nuestra condición; hemos establecido las relaciones recíprocas del socialismo y del capitalismo en nuestra economía, cuantitativamente. Para hoy y para mañana. Ello nos ha proporcionado datos de gran valor para poder responder a esta pregunta histórica: ¿quién derrotará a quién?

Capítulo II

La NEP y el campesinado

Todo lo que ha sido dicho hasta el momento no significa otra

cosa que caracterizar la importancia metodológica del cuadro de conjunto de la Comisión de Planificación del Estado, es decir que hemos indicado la enorme importancia del hecho de haber, finalmente, adquirido la posibilidad de llevar a cabo un juicio sobre todos los procesos fundamentales de nuestra economía, en sus relaciones y su desarrollo, y que hemos alcanzado de este modo un punto de apoyo para una política de planificación incomparablemente más consciente y más claramente previsora (y esto no solamente en el campo de la economía). Pero, ciertamente, lo que es, con mucho, más importante para nosotros, es el contenido inmediato, material, del cuadro de conjunto, es decir, las cifras reales, por medio de las cuales la tabla caracteriza nuestro desarrollo social.

Para obtener una respuesta justa a la cuestión: ¿hacia el socialismo o hacia el capitalismo?, es preciso ante todo formular la pregunta de una manera justa. Esta pregunta se divide, según su sentido, en tres sub-preguntas:

1. ¿Se desarrollan entre nosotros las fuerzas productivas?;
2. ¿En qué formas sociales se efectúa este desarrollo?
3. ¿Cuál es la marcha de este desarrollo?

La primera cuestión es la más simple y, al mismo tiempo, la más esencial. Sin el desarrollo de las fuerzas productivas ni el capitalismo ni el socialismo son imaginables. El comunismo de guerra, producto de una necesidad histórica, se ha agotado rápidamente tras haber detenido el desarrollo de las fuerzas de producción. El principio imperativo elemental de la NEP, consistía en el desarrollo de las fuerzas de producción, considerado como fundamento de cualquier movimiento social. La NEP fue acogida por la burguesía y por los mencheviques como un paso necesario (pero evidentemente insuficiente) hacia la liberación de las fuerzas de producción. Los teóricos mencheviques (tanto los del tipo Kautsky como los del tipo Otto Bauer) aprobaban la NEP porque la consideraban el amanecer de la restauración capitalista en Rusia. Añadían: o bien la NEP derrocará la dictadura bolchevique (lo que sería la salida «buena»), o

bien la dictadura bolchevique derrocará la NEP (la salida «lamentable»). La tendencia del grupo *Smena Wech*³⁶ en su forma original procedía de la creencia de que la NEP aseguraría el desarrollo de las fuerzas de producción en la forma capitalista. Y, he aquí que el cuadro de conjunto de la Comisión del Plan del Estado nos proporciona elementos serios para responder, no solamente a esta cuestión del desarrollo general de las fuerzas de producción, sino también a la cuestión de saber en qué forma social este desarrollo se abre camino.

Evidentemente, no ignoramos que la forma social de nuestro desarrollo económico tiene una naturaleza dual, porque está fundada en la colaboración y la lucha de métodos, formas y fines capitalistas y socialistas. Es la Nueva Política Económica quien asigna a nuestro desarrollo tales condiciones. Diría, incluso, que es esto precisamente lo que caracteriza fundamentalmente a la NEP. Pero no es suficiente presentar las contradicciones de nuestro desarrollo de un modo tan general.

Buscamos y exigimos para nuestras contradicciones económicas, una medición tan exacta como sea posible, es decir no solamente los coeficientes dinámicos del desarrollo considerado en su conjunto, sino también coeficientes de comparación que muestren el peso propio de una u otra tendencia. Demasiadas cosas, o más exactamente: todo, depende de la respuesta que se dé a esta cuestión, tanto en política interior como en política exterior.

Para abordar la cuestión bajo su aspecto más importante diremos: sin una respuesta a la cuestión de las relaciones de fuerza entre las tendencias capitalistas y las tendencias socialistas, sin una respuesta a la cuestión de la dirección en la que las relaciones de sus pesos específicos se modifican con el crecimiento de las fuerzas de producción, no es posible hacerse una idea clara y perfectamente válida sobre las perspectivas y los peligros posibles de

³⁶ *Smena Wech*, literalmente: «desplazamiento de señales indicadoras»; grupo burgués compuesto por personas que querían adquirir nociones nuevas, en su mayor parte científicos y otros intelectuales, que se habían declarado, a partir de 1921, dispuestos a colaborar lealmente en la reconstrucción de Rusia bajo el gobierno soviético y obtuvieron, así, el permiso de entrada.

nuestra política campesina.

En efecto, si apareciera que con el desarrollo de las fuerzas de producción las tendencias capitalistas aumentarían a costa de las tendencias socialistas, esta expansión del volumen de las relaciones capitalistas en la aldea, podría tener una importancia fatal y podría conducir de una manera definitiva a un desarrollo hacia el capitalismo. E inversamente: si, en la economía general del país, el valor propio del proceso de la economía de Estado, es decir, en nuestro caso del proceso socialista, aumenta, la «liberación» mayor o menor de las fuerzas capitalistas en el campo únicamente se efectúa en el interior de los límites de una relación de fuerzas dada. En otras palabras: si las fuerzas de producción que se encuentran en manos del Estado, y en cuyas manos están todas las «palancas de mando», no se limitan a aumentar rápidamente, sino que aumentan más rápidamente que las fuerzas de la producción capitalista privada en la ciudad y en el campo; si este proceso es confirmado por la experiencia del período de reconstrucción más difícil, entonces es evidente que, a pesar de una cierta ampliación de las tendencias capitalistas (intercambio de mercancías), que provienen de tendencias profundas del campesinado, no corremos ningún peligro de quedar expuestos a eventualidades económicas fatales, a una transformación rápida de la cantidad en calidad, es decir a un giro brusco hacia el capitalismo

En tercer lugar, tenemos que responder a esta cuestión: ¿qué significa el ritmo de nuestro desarrollo desde el punto de vista de la economía mundial? En un primer momento pudiera parecer que, a pesar de la importancia de esta pregunta, es de una naturaleza subsidiaria: es ciertamente deseable llegar «lo más rápido posible» al socialismo, pero estando asegurada la marcha hacia adelante debido al desarrollo victorioso de las tendencias socialistas en las condiciones de la NEP, la velocidad puede parecer de importancia relativa. Sin embargo, este punto de vista es falso. Tal conclusión estaría justificada (e incluso no del todo en este caso), si nuestra economía fuera autosuficiente (autárquica). Pero no es así. Precisamente gracias a nuestros éxitos hemos entrado en el mercado mundial, es decir en el sistema mundial de división del trabajo. Y

con ello nos encontramos siempre en el cerco capitalista. En estas condiciones, el ritmo de nuestro desarrollo económico determinará la fuerza de nuestra resistencia respecto a la presión económica del capitalismo mundial y a la presión militar y política del imperia- lismo mundial. En estos momentos, es necesario tener en cuenta estos factores.

Si abordamos con nuestras cuestiones de «control» el cuadro de conjunto y el comentario de la Comisión de Planificación del Esta- do, nos damos fácilmente cuenta que a las dos primeras cuestiones; el desarrollo de las fuerzas de producción y forma social de este desarrollo, el cuadro nos da, no solamente una respuesta clara y precisa, sino también una respuesta muy satisfactoria. Y en lo refe- rente a la tercera pregunta: la velocidad, acabamos, en el curso de nuestro desarrollo económico, de llegar al momento en que se plantea a escala internacional. Pero, también sobre este tema, ve- remos que la respuesta favorable a las dos primeras preguntas, origina inmediatamente los datos favorables para la solución del tercer problema. Este último será el criterio más elevado, la prueba más difícil a la que será sometido nuestro desarrollo económico en el período que comienza.

Capítulo III

El desarrollo de las fuerzas productivas

El rápido restablecimiento de nuestras fuerzas de producción es un hecho conocido y las cifras del cuadro de conjunto lo ilustran muy bien. Si se efectúa el cálculo de la producción según los precios de preguerra, la producción agrícola del año 1924-25 (que com- prende la mala cosecha de 1924) asciende al 71% de la buena cose- cha del año 1913. El próximo año fiscal 1925-26, que cuenta en su activo la buena cosecha del presente año, promete, según las últi- mas indicaciones, superar la producción agrícola de 1913, y sólo será un poco inferior a la del año 1911. En los últimos años la pro- ducción global de trigo no ha alcanzado nunca los tres mil millones de *puds*, mientras que la cosecha de este año se estima en unos 4,1

mil millones de *puds*³⁷.

Nuestra industria ha alcanzado a lo largo de este año (1924-25), según el valor de sus productos, el 71% de la producción del mismo año próspero de 1913. El año próximo, en ningún caso alcanzará menos del 95% de la producción de 1913, es decir, habrá completado prácticamente su recuperación. Si se recuerda que en 1920 nuestra producción había descendido hasta encontrarse entre un quinto y un sexto de la productividad anterior de nuestras industrias, se apreciará en su justo valor la velocidad de nuestro proceso de reconstrucción. La producción de la gran industria ha aumentado desde 1921 en más del triple. Nuestras exportaciones, que no han alcanzado los quinientos millones de rublos en el presente año, prometen conseguir el próximo año más de mil millones. Nuestras importaciones se desarrollan del mismo modo. La hacienda estatal promete pasar de dos mil quinientos millones a más de tres mil quinientos millones de rublos. Se trata de cifras de control fundamentales. La calidad de nuestros productos, aunque sea todavía muy imperfecta, ha mejorado sin embargo notablemente si lo comparamos con el primer y segundo año de la NEP. Por consiguiente, a la cuestión ¿cómo se desarrollan nuestras fuerzas de producción?, obtenemos una clara y alentadora respuesta: la «liberación» del mercado ha dado a las fuerzas de producción un impulso poderoso.

Pero, precisamente el hecho de que el impulso haya partido del mercado, es decir, de un factor de orden económico capitalista, ha sido y continúa siendo un alimento del odio de los teóricos y de los políticos burgueses. Parecía que la nacionalización de la industria (1917-19) y los métodos económicos del plan quedaban irremediablemente comprometidos por el simple paso hacia la NEP y los éxitos económicos indudables de esta última. Y por esta razón, sólo la respuesta a la segunda pregunta que hemos planteado, la cuestión de la forma social de la economía, puede permitir hacer una evaluación socialista de nuestro desarrollo. Las fuerzas de produc-

³⁷ Este es el estimado para el 28 de agosto de 1925; por supuesto, se pueden esperar cambios en cualquier dirección.

ción crecen, por ejemplo, también en Canadá, país «alimentado» por el capital de Estados Unidos. Crecen en India, a pesar de las cadenas de la esclavitud colonial. Finalmente, un crecimiento de las fuerzas de producción se produce igualmente, a partir de 1924, bajo la forma de proceso de reconstrucción, en la Alemania del plan Dawes. Pero, en todos estos casos, se trata de un desarrollo capitalista. Es precisamente en Alemania donde los planes de nacionalización, que en 1919-20 estaban tan en boga, al menos en los voluminosos libros de los socialistas de salón y de los kautskistas, se encuentran actualmente dejados de lado como basura inútil y, bajo la rigurosa tutela americana, el principio de la iniciativa capitalista «privada», a pesar de que sus dientes se han perdido o han sido partidos, atraviesa una «segunda juventud».

¿Qué ocurre en nuestro país a este respecto? ¿En qué forma social se produce entre nosotros el desarrollo de las fuerzas de producción? ¿Vamos hacia el capitalismo o hacia el socialismo?

La nacionalización de los medios de producción es la condición de la economía socialista. ¿Ha respondido esta condición a las pruebas de la NEP? ¿La distribución de bienes en el mercado ha conducido al debilitamiento o al reforzamiento de la nacionalización?

El cuadro de conjunto de la Comisión de Planificación del Estado proporciona un material excelente para juzgar el efecto recíproco de la lucha entre las tendencias socialistas y las tendencias capitalistas en nuestra economía. Tenemos cifras de «control» absolutamente fiables que se extienden al capital básico, a la producción, al capital comercial y, en general, a todos los procesos económicos esenciales.

Las cifras más vulnerables son probablemente las que indican la distribución del capital básico; pero esta vulnerabilidad se aplica más a las cifras absolutas que a su relación mutua, y esto último es, por supuesto, lo que más nos preocupa ahora. Según las indicaciones de la Comisión de Planificación del Estado, un capital fijo de, al menos, 11.700 millones de rublos-oro pertenecía, «según la evaluación más modesta» y a comienzos del año económico en curso, al Estado, 500 millones de rublos-oro a las cooperativas; y 7.500 mi-

llones de rublos-oro a las firmas privadas, casi todas campesinas. Es decir, que más del 62% de la masa total de los medios de producción está socializada, y se trata de las partes técnicamente más fuertes. Queda aproximadamente un 38% no socializado.

En lo que se refiere a la agricultura no son precisamente los resultados de la nacionalización del suelo, sino los de la liquidación de los latifundios feudales, los sometidos a examen. Los resultados son muy interesantes e instructivos. La liquidación de los bienes feudales y, en general, de los bienes territoriales que exceden las proporciones de la economía campesina en general, ha conducido a una liquidación casi total de las grandes explotaciones agrícolas, entre las cuales es preciso contar las granjas modelo. Esta fue una de las razones, aunque no fue una razón decisiva, de la pasajera regresión de la agricultura. Pero ya hemos visto que con la cosecha de este año la producción agrícola alcanzó el nivel de preguerra, y esto ocurrirá sin las grandes propiedades territoriales y sin las granjas «modelo» capitalistas. Y el desarrollo de la agricultura liberada de los grandes propietarios no ha hecho más que empezar. La «liquidación» de la nobleza, y de todos sus fundamentos sociales, e incluso la transformación «bárbara», de la que todos nuestros mencheviques tenían miedo, ha quedado completamente justificada por todos los resultados económicos. Tal es nuestra primera, y no poco importante, conclusión.

En cuanto a la nacionalización de la tierra, todavía no ha podido ser sometida a una prueba real a causa de la dispersión del pequeño campesinado. El barniz «populista» que inevitablemente se asociaba en el primer período, con la socialización de la tierra, ha caído, igualmente, de forma inevitable.

Simultáneamente, sin embargo, la importancia de la nacionalización como una medida de un carácter esencialmente socialista, cuando es aplicada bajo la dirección de la clase obrera, ha mostrado con suficiente claridad su inmensa significación en el desarrollo ulterior de la agricultura. Gracias a la nacionalización de la tierra hemos asegurado al Estado posibilidades ilimitadas en el campo del reparto de las tierras. Ningún muro de una propiedad privada o colectiva nos será un obstáculo para la adaptación de las formas de

utilización de los terrenos a las necesidades del proceso de producción. Por el momento, apenas el 4% de los medios de producción agrícola han sido colectivizados; los restantes, el 96%, se encuentran bajo la posesión privada de los campesinos. Pero es necesario no perder de vista que los medios de producción agrícolas, tanto los de los campesinos como los del Estado, superan en muy escasa medida una tercera parte del conjunto de los medios de producción de toda la Unión Soviética. Sería superfluo explicar que el significado de la nacionalización de la tierra no puede manifestarse completamente más que como resultado final de un gran desarrollo de la técnica agrícola y de la colectivización de la agricultura que debe resultar de ella; es decir, en la perspectiva de una serie de años. Pero nos dirigimos hacia esa meta.

Capítulo IV

La solidez de la industria nacionalizada

Para nosotros, que somos marxistas, era absolutamente claro, incluso antes de la revolución, que la construcción socialista de la economía debía comenzar precisamente por la industria y los transportes mecánicos, y extenderse a partir de ellos a las aldeas. Por esta razón, un examen apoyado en las cifras de la actividad de la industria nacionalizada es la prueba fundamental del desarrollo socialista de nuestra economía de transición.

En el campo de la industria, la socialización de los medios de producción es del 89% y, si comparamos en ella los transportes por ferrocarril, del 97%; en la industria pesada, considerada aisladamente, es del 99%. Estas cifras demuestran que, el sistema de propiedad que resultó de la nacionalización, no ha sufrido cambios en el Estado. Esta circunstancia, por sí sola, es de la mayor importancia. Pero lo que nos interesa fundamentalmente es otra cosa: ¿en qué porcentaje los medios de producción socializados participan en la producción anual?; es decir: ¿cuán eficientemente el Estado emplea los medios de producción de los que se apropia? He aquí lo que indica sobre este tema el cuadro de conjunto de la Comisión de

Planificación del Estado: la industria nacionalizada y las cooperativas han producido en 1923-24, el 76,3% de la producción bruta; este año ha producido el 79,3% y, según las previsiones de la Comisión de Planificación del Estado, se espera alcanzar el 79,7% el próximo año. En lo referente a la industria privada, su participación en la producción en 1923-24 era del 23,7%, en 1924-25 del 20,7% y para el año próximo se prevé un 20,3%. Las cifras previstas para el año próximo, por prudentemente que hayan sido calculadas, es decir, la comparación entre la dinámica de la producción estatal y la producción privada, en el interior de la suma total de mercancías producidas en el país, alcanza una importancia enorme. Vemos que a lo largo del pasado año y del presente, es decir, en los años de intenso desarrollo económico, difícilmente llevado a cabo, la participación de la industria de Estado ha aumentado en un 3%, mientras que la participación de la industria privada ha disminuido en una cantidad similar. Es en este porcentaje en el que ha crecido la preponderancia del socialismo sobre el capitalismo en este período de tiempo. El porcentaje puede parecer débil, pero en realidad su significación sintomática es, como vamos a ver, enorme.

¿En qué podía consistir el peligro en el momento de la transición hacia la Nueva Política Económica en sus primeros años? Ha consistido en que, el Estado, debido al total agotamiento del país, habría podido mostrarse incapaz de levantar de nuevo las grandes empresas industriales en un tiempo suficientemente corto. Teniendo en cuenta el trabajo completamente insuficiente de las grandes fábricas en aquel momento (trabajaban a un 10 o 20% de su capacidad), las fábricas medianas, las pequeñas e incluso las artesanales podían obtener, por su capacidad de adaptación, por su «elasticidad», un predominio inmenso. La llamada «cesión» de empresas del primer período, que representaba el tributo socialista, al capitalismo a cambio de iniciar el funcionamiento de las fábricas y edificios confiscados al capital, tenía el peligro de entregar una gran parte de la fortuna del Estado a todo tipo de mercaderes, agentes y especuladores. Las empresas artesanales y los pequeños talleres fueron los primeros en respirar de nuevo en la atmósfera de la NEP. La combinación del capital financiero privado con la pe-

queña industria privada, de la que formaba parte el artesanado, hubiera podido conducir a un proceso suficientemente rápido de acumulación capitalista primitiva por los métodos antiguos. Debido a ello, existía la amenaza de una pérdida de velocidad tan grande que hubiera podido llegar a arrancar las riendas de la dirección económica de las manos del Estado obrero con una fuerza espantosa. Naturalmente, no queremos decir en absoluto que cada incremento pasajero o incluso constante del peso específico de la industria privada en el cuadro de las transacciones generales encierre en sí mismo consecuencias catastróficas e incluso fatales. En este caso también la calidad depende de la cantidad. Si resultara de las cifras de conjunto que el «peso específico», la parte de la producción capitalista privada, ha aumentado en los dos o tres últimos años en 1, 2 o 3%, ello en modo alguno convertiría la situación en amenazadora; la producción nacionalizada alcanzaría siempre las tres cuartas partes de la masa total. Sería un problema absolutamente resoluble, recuperar la pérdida de velocidad en este momento en que las grandes fábricas han alcanzado gran parte de su capacidad. Si hubiera resultado que la parte de la producción capitalista privada había aumentado en un 5 o un 10%, se hubiera podido tomar la situación un poco más en serio, aunque este resultado, obtenido en el primer período, el de la reconstrucción, no significaría de ninguna manera que la nacionalización sea económicamente desfavorable. La conclusión consistiría únicamente en esto: en que la parte más importante de la industria nacionalizada no ha desplegado todavía la fuerza de desarrollo necesaria.

Mayor importancia tiene que, llegado a su fin el primer período de la NEP, únicamente ocupado por la reconstrucción, y que era para el Estado el período más difícil y más peligroso, la industria nacionalizada no solamente no ha perdido terreno en favor de la industria privada, sino que, por el contrario, ha logrado superar a ésta en un 3%. ¡Tal es el enorme significado sintomático de esta pequeña cifra!

Nuestra conclusión gana todavía en claridad si examinamos las indicaciones que se refieren no solamente a la producción, sino también a las cifras del comercio. Durante la primera mitad del año

1923, el capital privado ha participado en el comercio interno con alrededor del 50%, y en la segunda mitad de este año más o menos el 26%. En otras palabras, el peso específico del capital privado en el comercio interno ha disminuido en estos dos años de la mitad a un cuarto. No se ha alcanzado este resultado mediante un simple «estrangulamiento del comercio», porque en el mismo período la cifra del comercio estatal y de las cooperativas ha aumentado en más del doble. De este modo, por lo tanto, una disminución de su papel social es perceptible no solamente en la industria privada, sino también en el comercio privado. Y esto mientras que, las fuerzas productivas y el volumen del comercio han crecido. Como hemos visto, el cuadro de conjunto prevé para el año en curso una nueva disminución, aunque pequeña, del peso específico de la industria privada y del comercio privado. Podemos esperar con toda tranquilidad la verificación en la realidad de esta previsión. En absoluto es preciso representarse la victoria de la industria de Estado sobre la industria privada como una línea continuamente ascendente. Puede haber en ella períodos en los que el Estado, seguro de su poder económico y esforzándose por aumentar el ritmo de desarrollo, permita conscientemente que tenga lugar un aumento momentáneo del peso específico de las empresas privadas: en la agricultura bajo la forma de explotaciones «fuertes», es decir, explotaciones del tipo granja capitalista; en la industria y también en la agricultura bajo la forma de concesiones. Si se toma en consideración el carácter extremadamente «atomizado», el carácter «mínusculo» de la mayor parte de nuestra industria privada, sería ingenuo creer que cada aumento del peso específico de la producción privada más allá del 20,7% de este momento signifique, inevitablemente, algún tipo de amenaza para la construcción socialista. En general sería falso establecer en este punto un límite fijo. La cuestión no está determinada por un límite formal, sino por la dinámica general del desarrollo. Y el estudio de esta dinámica demuestra que, en el período más difícil, durante el cual las grandes factorías mostraban más sus cualidades negativas que las positivas, el Estado ha resistido al primer ataque del capital privado con un éxito completo. En el momento en que se produce un cierto

crecimiento más rápido, durante los dos últimos años, la relación de las fuerzas económicas provocada por la insurrección revolucionaria se ha desplazado, según las previsiones, a favor del Estado. Ahora que las posiciones principales se encuentran mucho más firmemente aseguradas, debido, precisamente, a que las grandes fábricas se acercan a un rendimiento del 100%, no puede haber motivo alguno para temer que ocurra algo inesperado, mientras que se trate de factores internos de nuestra economía.

Capítulo V

La coordinación entre la ciudad y el campo

Para la cuestión de la alianza obrero-campesina (*smychka*³⁸), es decir, de la coordinación del trabajo económico de ciudad y del campo, el cuadro de conjunto proporciona indicaciones³⁹ fundamentales y, por ello mismo, muy convincentes.

Según se deduce del cuadro, el campesinado arroja al mercado menos de un tercio de su producción bruta, y esta masa de mercancías constituye más de un tercio del total.

La relación entre la cantidad de mercancías agrícolas y la cantidad de mercancías industriales se mueve dentro de estrechos límites, en una proporción próxima a 37 a 63.

Esto significa que, si se evalúan las mercancías no según las unidades de medida, *pud* y *arshín*⁴⁰, sino en rublos, descubriremos que algo más de un tercio de las mercancías en el mercado son agrícolas y algo menos de dos tercios son urbanas, es decir, industriales. Esto se debe que la aldea satisface sus propias necesidades

³⁸ *Smychka*, palabra rusa para alianza o unión. En la política soviética, se refiere a la unión entre proletarios y campesinos, que según los bolcheviques era una condición *sine qua non* para la conservación del poder Soviético [N. de la E.].

³⁹ En este caso, como en otros, no quiero decir que todas las indicaciones sean nuevas; pero son estudiadas, completadas y relacionadas, en un sistema que engloba la economía general. En esto reside su importancia extrema.

⁴⁰ *Arshín* (codo), unidad de longitud básica rusa, hoy obsoleta, equivalente a 28 pulgadas inglesas, es decir, a 71.1 cm [N. de la E.].

en gran medida, evitando de este modo el mercado, mientras que la ciudad lanza casi toda su producción al mercado. La economía de consumo campesina, tan dispersa, se excluye del mercado en más de dos tercios, y sólo el tercio restante influye de un modo inmediato en la economía del país. La industria, por el contrario, participa por esencia de un modo inmediato en el comercio total del país; porque el tráfico “interno”, en el interior de la industria, de los consorcios e incluso de las corporaciones, que disminuye la cantidad de mercancías producidas en un 11%, no solamente no hace menor la influencia de la industria en el proceso de conjunto de la economía, sino que, por el contrario, la refuerza.

Pero, si la cantidad de productos agrícolas consumidos por el campesinado no influye en el mercado, no significa, naturalmente, que no influya en la economía. Representa, en la situación económica dada, la base natural, necesaria, del tercio de mercancías de la producción campesina que va al mercado. Por su parte, este tercio es el valor por el cual la aldea exige de la ciudad un contravalor equivalente. Esto demuestra claramente la enorme importancia de la producción campesina en general (y en particular del tercio de mercancías que van al mercado) para la economía general. La realización de la cosecha, y sobre todo la operación de exportación, es uno de los factores más importantes de nuestro balance económico anual. La mecánica del enlace de la ciudad y la aldea se convierte en tanto más complicada cuanto más extensa es. Desde hace algún tiempo, esto no se reduce a que tantos y tantos *puds* de trigo campesino sean intercambiados contra tantas y tantas *arshíns* de algodón. Nuestra economía ha entrado en el sistema mundial. Esto ha añadido nuevos eslabones a la cadena de unión entre la ciudad y el campo. El trigo campesino es intercambiado por oro extranjero. El oro, por su parte, es convertido en máquinas, instrumentos agrícolas y herramientas que hacen falta tanto en la ciudad como en el campo. Maquinaria textil, obtenida gracias al oro conseguido mediante la exportación de trigo, renueva el utillaje de la industria textil, disminuyendo, por ello mismo, los precios de los tejidos destinados al campo. El proceso general de circulación se ha vuelto mucho más complejo, pero su base continúa siendo, ahora como

antes, una cierta relación económica entre la ciudad y el campo.

Sin embargo, no hay que olvidar en ningún momento que esta relación es una relación dinámica y que el principio dirigente en esta complicada dinámica es la industria. Es decir, que, aunque la producción agrícola, y concretamente su parte destinada al comercio, imponga límites determinados al desarrollo de la industria, estos límites no son, sin embargo, fijos e inmóviles. Es decir, que la industria no está obligada a desarrollarse únicamente conforme al crecimiento de las cosechas. No, la dependencia recíproca es mucho más complicada. La industria, apoyándose en la aldea, sobre todo a través de su aportación de productos manufacturados, y desarrollándose gracias al crecimiento de la aldea, se convierte también ella misma en un mercado cada vez más potente.

Ahora que la agricultura y la industria se acercan al final del proceso de reconstrucción, la industria se convierte cada vez más en el motor del desarrollo. El problema de la influencia socialista de la ciudad sobre el campo no solamente gracias a mercancías más baratas, sino también gracias a la perfección, cada vez mayor, de las herramientas destinadas a la producción agrícola, que obliga a la introducción de la explotación colectiva de la tierra, enfrenta ahora a nuestra industria en forma concreta e inmediata.

La reconstrucción socialista de la agricultura no se realizará, naturalmente, mediante las cooperativas, consideradas como forma pura de organización, sino mediante cooperativas apoyadas en la mecanización de la agricultura, su electrificación y su industrialización general. Es decir, que el progreso técnico y socialista de la agricultura no puede ser separado de un predominio creciente de la industria en la economía general del país. Y esto, a su vez, significa que, en el desarrollo económico futuro, el coeficiente dinámico de la industria sobrepasará al coeficiente dinámico de la agricultura. Al principio, lentamente, luego, cada vez con mayor rapidez, hasta el momento en que esta oposición habrá finalmente terminado por desaparecer.

Capítulo VI

Los logros del socialismo en la industria

La producción total de la industria ha superado en 1924-25 la producción del año precedente en un 48%. Para el año próximo se puede esperar, con relación a este año, un crecimiento del 33% (si no se tiene en cuenta la disminución de los precios). Pero las diferentes categorías de factorías industriales no se desarrollan uniformemente.

Las grandes factorías han tenido en el año actual un crecimiento de la producción del 64%. El segundo grupo, que denominaremos provisionalmente como grupo de factorías medias, ha tenido un aumento del 55%. Las pequeñas fábricas sólo han aumentado su producción en el 30%. Por consiguiente, estamos en una situación en que los adelantos de las grandes factorías respecto a las factorías medianas y pequeñas son muy pronunciados ya. Pero esto no significa, en modo alguno, que hayamos realizado ya, plenamente, las posibilidades que encierra la economía socialista. En cuanto que en este punto se trata de la superioridad, desde el punto de vista de la producción, de las grandes fábricas respecto a las medianas y a las pequeñas fábricas, únicamente gozamos por ahora de las ventajas que son propias de las grandes fábricas, al igual que en el capitalismo. Apenas estamos en los problemas fundamentales de la producción bajo el socialismo, como la estandarización de los productos a escala nacional, la racionalización de los procesos de producción, la especialización de las explotaciones, la transformación de todas las plantas industriales en partes de una única organización manufacturera de toda la Unión Soviética en su totalidad y el establecimiento de relaciones materiales sistemáticas, en los procesos productivos, de todas las ramas de la industria. Las posibilidades se extienden hasta el infinito, y ellas nos permitirán en algunos años superar nuestros niveles anteriores. Pero esto es un problema del futuro y de él hablaremos posteriormente.

Hasta el momento, las ventajas logradas por el manejo estatal de la economía no han sido utilizadas en el campo de la producción misma, es decir, en la organización y coordinación del proceso ma-

terial de producción, sino en el de la distribución: el abastecimiento de las materias primas, equipamiento, etc., a ramas individuales de la industria, o para usar el lenguaje del mercado, la inversión de capital operativo y, en cierta medida, de capital básico. Libre de las cadenas de la propiedad privada, el Estado podía, por medio del presupuesto estatal, por medio de la banca estatal, de la banca industrial, etc., dirigir los medios efectivos en cada momento allí donde el mantenimiento o la reposición o el crecimiento del proceso económico los habían convertido en necesarios. Esta ventaja de los métodos económicos socialistas ha jugado en estos últimos años un papel auténticamente salvador.

A pesar de ciertos fallos y errores burdos en la distribución de los recursos, hemos dispuesto de ellos de un modo incomparablemente más económico y más oportuno que lo que hubiera ocurrido en el caso de un proceso capitalista de reconstrucción de las fuerzas de producción. Sólo gracias a esta circunstancia hemos podido alcanzar, en tan poco tiempo y sin préstamos extranjeros, nuestra situación actual.

Pero esto no agota la cuestión. La economía, y por lo tanto la conveniencia social del socialismo, se muestra igualmente en el hecho de que ha liberado el proceso de reconstrucción de la economía de todos los gastos superfluos que benefician a las clases parasitarias. Es un hecho cierto que nos aproximamos al nivel de producción de 1913 y, aunque el país es mucho más pobre que antes de la guerra, ello significa que alcanzamos los mismos resultados de producción con gastos sociales adicionales más pequeños: se han suprimido los gastos propios de la monarquía, la nobleza, la burguesía, las capas intelectuales privilegiadas; en suma, todas las cosas superfluas que arrastra en sí mismo el mecanismo capitalista⁴¹. Es precisamente gracias a que abordamos la tarea de una for-

⁴¹ Los depósitos y cuentas corrientes ascendían en 1924-1925, a no más del 11% de los depósitos de 1913. Para fin del próximo año, se prevé un alza de este ítem hasta alcanzar el 36% del nivel de 1913. Es uno de los síntomas más destacados de la mediocridad de nuestro ahorro. Pero, precisamente el que con una situación de ingresos y cuentas corrientes que apenas alcanza el 11% de la situación de preguerra llevemos nuestra economía hasta los tres cuartos del

ma socialista, como ha sido posible movilizar inmediatamente una porción muy superior de los recursos materiales existentes, y todavía muy limitados, dirigiéndolos a la producción, y preparar de este modo para la próxima etapa una mejora más rápida del nivel de vida material de la población.

Nuestra tierra se encuentra, por consiguiente, nacionalizada, y el campesinado, cuya producción de mercancías es un poco más de un tercio de los valores negociados en el mercado, se encuentra atomizado. No hay más que un 4% de capitales socializados en la agricultura.

Tenemos una industria cuyo capital básico está socializado en un 89%, y esta industria socializada proporciona más del 79% de la producción industrial bruta.

El restante 11% de los medios de producción no socializados producen por consiguiente más del 20% de la producción bruta⁴². La participación de la producción del Estado está creciendo.

Los transportes por ferrocarril han sido socializados en un 100%. El uso de los transportes aumenta sin cesar; en 1921-22 alcanzaba, más o menos, un 25% del rendimiento de la época de paz; en 1922-23, el 37%; en 1923-24, el 44%, y en 1924-25 superará la

nivel de preguerra, es la mejor prueba de que el Estado obrero y campesino utiliza el aparato estatal de un modo incomparablemente más económico, más previsor y más útil que lo que ocurre en un régimen burgués. El hecho de que la velocidad de desarrollo de los transportes sea inferior a los resultados de la agricultura y de la industria se explica, en gran parte, por el hecho de que, en el período de preguerra, el peso específico de la importación y de la exportación era mucho más elevado que actualmente. Lo que prueba, una vez más, que nos acercamos al nivel de preguerra de la propia industria, con unos recursos nacionales y unos gastos sociales «adicionales» mucho más modestos que los existentes en 1913.

⁴² Esta desproporción entre medios de producción y producción es explicable sobre todo por las diferencias en la composición orgánica del capital; es natural que, en la pequeña industria y en el artesanado, el utillaje (c) es insignificante en comparación con la fuerza humana viva (v) que se gasta sin medida. En el otro extremo, es necesario añadir que el rendimiento de nuestros mayores establecimientos, por ejemplo, los gigantes metalúrgicos, alcanza apenas el 10% de su capacidad.

mitad del rendimiento de preguerra. Para el año próximo, se prevé el 75% del tráfico de mercancías de preguerra.

En el campo del comercio los medios socializados, es decir, los medios del Estado y los medios cooperativos, alcanzan el 70% del capital total que participa en el movimiento, y esta parte aumenta continuamente.

El comercio exterior se encuentra completamente socializado y el monopolio estatal sigue siendo un principio inmutable de nuestra economía política. El volumen total del comercio exterior alcanzará el año próximo 2.200 millones de rublos. La participación del capital privado en esta cifra, agregando los bienes de contrabando, lo que debería ser incluido, no debe llegar al 5%.

Los bancos, y en general todo el sistema de crédito se encuentran socializados casi al 100%. Y este aparato que crece poderosamente, cumple su deber de un modo cada vez más elástico y con una capacidad cada vez mayor, movilizándolo el dinero líquido para la realización del proceso de producción.

El presupuesto del Estado alcanza los 3.700 millones de rublos y representa el 13% de los ingresos nacionales brutos (29.000 millones), o el 24% de la suma de mercancías (15.200 millones).

El presupuesto se convierte en una palanca interior poderosa para el avance económico y cultural del país. Estas cifras son las del cuadro de conjunto.

Es preciso atribuir a estas cifras una importancia histórica. La actividad de los socialistas, que ya lleva más de cien años, que ha comenzado por utopías y ha conducido, posteriormente a teorías científicas, han sido verificadas por primera vez por un poderoso experimento económico que dura más de ocho años. Todo lo que ha sido escrito sobre el socialismo y el capitalismo, la libertad y la tiranía, la dictadura y la democracia, ha pasado por el horno de la revolución de Octubre y ha tomado una nueva forma, incomparablemente más concreta. Las cifras de la Comisión de Planificación del Estado son el primer balance, aunque imperfecto, del primer capítulo de la gran tentativa: transformar la sociedad burguesa en sociedad socialista. Y este balance es totalmente favorable al socialismo.

Ningún país había quedado más devastado y agotado por toda una serie de guerras que la Rusia soviética. Los países capitalistas que más han sufrido durante la guerra, sin excepción, no han podido alzar cabeza sin la ayuda de capitales extranjeros. Sólo el país de los soviets, una vez el más atrasado de todos, el más devastado y el más agotado por las guerras y las convulsiones revolucionarias, se ha levantado de la pobreza completa por sus propias fuerzas, a pesar de la intervención hostil de todo el mundo capitalista. Sólo gracias a la abolición completa de la propiedad feudal y de la propiedad burguesa, gracias a la nacionalización de todos los medios de producción fundamentales, gracias a los métodos socialistas de Estado, y gracias a la movilización y distribución de los recursos necesarios, la Unión Soviética se ha levantado del polvo y se convierte en un factor cada vez más poderoso de la economía mundial. Del cuadro de conjunto de la Comisión de Planificación del Estado, hilos ininterrumpidos remontan hasta el Manifiesto Comunista de 1847 de Marx y Engels, y conducen hacia adelante, hacia el futuro socialista de la humanidad. El espíritu de Lenin vive en estas áridas columnas de cifras.

Capítulo VII

Rusia y el mundo capitalista

En las circunstancias históricas dadas el hecho de alcanzar el nivel de preguerra, no solamente en cuanto a la cantidad, sino también en cuanto a la calidad, es un éxito inmenso. Nuestro primer capítulo ha sido consagrado a esta cuestión. Pero este éxito no hace más que conducirnos al punto de partida a partir del cual comienza nuestra auténtica carrera económica con el capitalismo mundial.

El final del comentario de la Comisión de Planificación del Estado formula de este modo nuestra tarea general: «Mantener las posiciones alcanzadas y marchar hacia el socialismo con constancia, año tras año, en todas partes donde la situación económica lo permita, aunque sólo sea de un paso por vez». Estas palabras pueden

conducir a falsas conclusiones si se las toma demasiado al pie de la letra. La afirmación de que es suficiente acercarse cada año al socialismo «aunque sólo se dé un paso» podría ser interpretada como si la velocidad de la marcha no tuviera casi importancia; si la diagonal del paralelogramo de fuerzas, tiende hacia el socialismo, llegaremos en última instancia a la meta. Tal conclusión sería completamente falsa y la Comisión de Planificación del Estado evidentemente nunca ha querido decir esto.

Porque realmente, en este caso, ¡es precisamente la velocidad de la marcha lo decisivo! Sólo porque la industria y el comercio estatal se han desarrollado más rápido que la empresa privada, pudieron asegurar, en el período que termina, una diagonal «socialista» del paralelogramo de fuerzas. Es preciso que la misma relación en las velocidades de marcha se conserve en el futuro. Pero lo que es más importante todavía, es la proporción del tiempo de nuestro desarrollo general respecto al de la economía mundial. En el memorándum de la Comisión de Planificación del Estado esta cuestión no es, por el momento, abordada. Nos parece tanto más importante tratarla muy en profundidad, en cuanto que este nuevo criterio servirá para establecer nuestros éxitos y nuestros fracasos en el futuro, en la misma medida que el criterio del «nivel de preguerra» ha servido para establecer los éxitos de nuestro período de reconstrucción.

Es evidente que nuestro ingreso en el mercado mundial supone que no sólo aumentan nuestras buenas perspectivas sino también los peligros. La razón profunda de este fenómeno es siempre la misma: la forma atomizada de nuestra agricultura, nuestra inferioridad técnica y la enorme superioridad de producción actual del capitalismo mundial respecto a nosotros. Esta simple «expresión de lo existente» no contiene naturalmente ninguna contradicción con el hecho de que el modo de producción socialista, con sus métodos propios, sus tendencias y sus posibilidades, es incomparablemente más poderoso que el modo capitalista. El león es más fuerte que el perro, pero un perro adulto puede ser más fuerte que un cachorro de león. La mejor seguridad para el cachorro de león es crecer, que sus dientes y sus garras se fortalezcan. ¿Qué es necesario para esto? Tiempo.

¿En qué consiste la superioridad esencial del capitalismo adulto sobre el socialismo joven, al menos hasta ahora? No reside en valores materiales, en cuevas repletas de oro, en la masa de riquezas acumuladas y robadas. Los recursos acumulados del pasado tienen una gran importancia, pero no son el elemento decisivo. Una sociedad no puede vivir largo tiempo de sus viejas reservas, debe satisfacer sus necesidades gracias a los productos del trabajo vivo. A pesar de todas sus riquezas, la antigua Roma fue incapaz de resistir el avance de los «bárbaros» invasores, cuando éstos mostraron una mayor productividad del trabajo que la del régimen esclavista decadente.

La sociedad burguesa de Francia, despertada por la Gran Revolución, robó simplemente las riquezas de las ciudades-estados italianas, acumuladas desde la Edad Media. Si, en América, la productividad del trabajo descendiera por debajo del nivel europeo, los 9.000 millones de dólares en oro que se acumulan en los subterráneos de los bancos no le servirían de ninguna ayuda. La superioridad económica fundamental de los Estados burgueses consiste en que el capitalismo produce, todavía, mercancías más baratas y al mismo tiempo mejores que el socialismo. En otras palabras: la productividad del trabajo se encuentra todavía, a un nivel mucho más elevado en los países que viven según la ley de la inercia de la vieja cultura capitalista que en el país que no hace más que comenzar a aplicar los métodos socialistas en condiciones de barbarie heredadas.

Nosotros conocemos la ley fundamental de la historia: la victoria pertenece, en última instancia, al sistema que asegure a la sociedad humana un nivel económico más elevado.

La disputa histórica será decidida, aunque no sea de un sólo golpe, por el coeficiente de comparación de la productividad del trabajo.

La cuestión que se plantea en este momento es únicamente ésta: ¿en qué sentido y con qué rapidez la relación entre nuestra economía y la economía capitalista variará en los próximos años?

Se puede comparar nuestra economía con la economía capitalista de modos diferentes y con distintos sentidos. Porque la propia

economía capitalista es extraordinariamente heterogénea. La comparación puede tener un carácter estático, es decir que puede limitarse al estado económico en el momento actual, o puede ser dinámica, es decir, estar fundada en una comparación sobre las velocidades de desarrollo. Se puede comparar la renta nacional de los países capitalistas con la nuestra. Pero se puede comparar igualmente los coeficientes de crecimiento de la producción. Todas las comparaciones y aproximaciones de este tipo tendrán su significación, más o menos importante, basta comprender su relación y su dependencia recíproca. Citemos algunos ejemplos, simplemente para ilustrar nuestro pensamiento.

En los Estados Unidos de América el proceso capitalista ha alcanzado un punto culminante. Para establecer el predominio material del capitalismo actualmente sobre el socialismo, es instructivo analizar este predominio en el punto en que aparece del modo más pronunciado. El «Consejo de los Comités de Industria de América del Norte» ha publicado recientemente una memoria que nos revela algunas cifras. La población de Estados Unidos constituye poco más o menos el 6% de la población total de la tierra y produce el 21% de los cereales, el 32% de otros vegetales, el 52% del algodón, el 53% de los productos forestales, el 62% del hierro, el 60% del acero, el 57% del papel, el 60% del cobre, el 46% del plomo y el 72% del petróleo, de todo el mundo. Un tercio de la riqueza mundial pertenece a Estados Unidos. Poseen el 38% de la fuerza hidráulica de la tierra, el 59% de las líneas telefónicas y telegráficas, el 40% de todos los ferrocarriles y el 90% de los automóviles.

La potencia de la corriente eléctrica de las usinas públicas de nuestra Unión será el próximo año de 775.000 kilovatios; en Estados Unidos la potencia de la corriente eléctrica ha alcanzado el pasado año los 15 millones de kilovatios. En lo que se refiere a las centrales de las fábricas, su potencia alcanzaba en conjunto, según las estimaciones estadísticas de 1920, cerca de un millón de kilovatios; en Estados Unidos el consumo era en la misma época de unos diez millones y medio de kilovatios.

La expresión general de la productividad del trabajo se encuentra en la renta nacional total cuyo cálculo comporta, como es sabi-

do, grandes dificultades. Según los informes de nuestro buró central de estadística, la renta nacional de la Unión Soviética alcanzaba en el año 1923-24, como media, unos 100 rublos por persona, mientras que por el contrario la de Estados Unidos era de unos 550 rublos. Otras estadísticas extranjeras indican que la cifra de la renta nacional de los Estados Unidos no es de 550, sino que llega a los 1.000 rublos. Esto prueba que la productividad media del trabajo, condicionada por la maquinaria disponible, la organización, la rutina de trabajo y otros factores, es en América del Norte diez, o al menos seis, veces mayor que en nuestro país.

Estas cifras, por importantes que sean, no significan en absoluto que nuestra derrota en la lucha histórica sea, a priori, cierta, y no solamente debido a que el mundo capitalista no se limita únicamente a América, no solamente, tampoco, porque poderosas fuerzas políticas toman parte en la lucha histórica, fuerzas que son las resultantes de todo el desarrollo económico precedente; sino también, y primordialmente, porque el curso futuro del desarrollo económico en América del Norte representa en sí una gran incógnita. Las fuerzas productivas de Estados Unidos no están plenamente utilizadas, y la disminución del porcentaje de empleo significa también la disminución de las fuerzas productivas.

Estados Unidos no posee suficientes mercados para dar salida a sus productos. El problema de las ventas se les plantea con una agudeza creciente. No es en absoluto imposible que en el período próximo el coeficiente de comparación de la productividad del trabajo tienda hacia una equiparación en dos formas: debido al aumento del nuestro y a la disminución del de América. Esto podría producirse en un grado mucho más elevado respecto a Europa, cuya productividad se mantiene ya muy por debajo del de América.

Una cosa es evidente: la superioridad de la técnica y de la economía capitalistas sigue siendo aún enorme. Enfrentamos una empinada cuesta; las obligaciones y las dificultades son realmente inmensas. Sólo se puede encontrar un camino seguro con la ayuda de los criterios de la economía mundial.

Capítulo VIII

Los coeficientes de comparación de la economía mundial

No hay que entender el equilibrio dinámico de la economía soviética como el equilibrio de un todo aislado y autosuficiente. Por el contrario, la medida en la que el equilibrio de nuestra economía interior se mantenga a través de los efectos de la exportación y la importación aumentará al mismo tiempo que nuestro avance. Es preciso examinar a fondo este fenómeno y sacar de él todas las consecuencias. La relación de dependencia entre los elementos de nuestra economía interior, tales como precios, calidad de las mercancías, etc., y los elementos correspondientes de la economía mundial será tanto más directa y visible cuanto más estrechamente incluidos nos encontremos en el sistema internacional de división del trabajo.

Hasta ahora, desarrollamos nuestra industria tomando como punto de referencia su nivel de preguerra. Para la comparación y el establecimiento de los valores de la producción, utilizamos los catálogos de precios de 1913. Pero el primer período de reconstrucción, en el que tal comparación, por otra parte, muy imperfecta, tenía su razón de ser, toca a su fin y toda la cuestión de la evaluación comparativa del desarrollo de nuestra economía está a punto de pasar a un plano diferente. A partir de ahora, nos veremos obligados a saber, en todo momento, hasta qué punto nuestra producción, desde el punto de vista de la cantidad, de la calidad y del precio, sigue estando por detrás del mercado europeo o del mercado mundial. El fin del período de reconstrucción nos permitirá dejar al margen definitivamente nuestros catálogos de 1913, y procurarnos catálogos de firmas alemanas, inglesas, americanas y de otros países. Será preciso que concentremos nuestra atención en nuevos índices, que expresarán, tanto respecto a la calidad como al precio, la comparación de nuestra producción con la del mercado mundial. Sólo estos nuevos criterios, estos coeficientes de comparación, ajustados no tanto a la medida del Estado como a nivel mundial, lo que permitirán en el futuro caracterizar cada etapa del proceso aquello que expresa la fórmula de Lenin: «¿Quién vencerá a

quién?»

En medio de los antagonismos de la economía y de la política mundial, la velocidad de nuestro progreso, es decir la velocidad del crecimiento cuantitativo y cualitativo del trabajo efectuado, tiene una importancia decisiva.

En el momento actual, nuestra situación atrasada y nuestra pobreza son un hecho innegable que no discutimos, sino sobre el que, al contrario, insistimos continuamente. Las confrontaciones sistemáticas con la economía mundial sólo nos pueden servir como una expresión estadística de este hecho. ¿No corremos el peligro, precisamente en el próximo período en el que no habremos alcanzado todavía el avance necesario, de vernos aplastados por la colosal superioridad de recursos del mercado mundial? Si se plantea de este modo la cuestión, no puede responderse a ella de un modo absoluto, y con mayor motivo no es posible proporcionar una respuesta estadística de la misma, del mismo modo que no puede haber respuesta a la cuestión, por ejemplo, de saber si las tendencias capitalistas campesinas (las tendencias del *kulak*) no encierran el peligro de arrastrar con ellas al campesino medio, de paralizar la influencia del proletariado sobre la aldea, y suscitar en la construcción socialista obstáculos políticos.

Del mismo modo que no se puede dar una respuesta categórica a la siguiente cuestión: ¿conseguirá el capitalismo, en el caso de que su estabilización momentánea y relativa en gran medida sea duradera, movilizar en contra nuestra, ejércitos considerables y poner un freno a nuestro progreso económico por medio de una nueva guerra?

No se puede responder a estas cuestiones mediante «pronósticos pasivos». Se trata en este caso de una lucha, en la que los factores de creatividad, de tácticas, la energía, etc., juegan un papel enorme, y a veces decisivo. El examen de estas cuestiones no es la tarea que nos proponemos; intentamos en este punto fijar las tendencias internas del desarrollo económico, haciendo en la medida de lo posible abstracción de otros factores.

En todo caso, a la pregunta ¿es capaz el mercado mundial de aplastarnos sólo por su superioridad económica?, debemos res-

ponder de este modo: no estamos completamente desarmados frente al mercado mundial; nuestra economía está protegida por ciertas instituciones del Estado que emplea un amplio sistema de proteccionismo socialista. Pero, ¿cuál es su eficacia? La historia del desarrollo capitalista puede darnos información sobre este tema. Durante largos períodos, Alemania o Estados Unidos, desde el punto de vista de la industria, estuvieron atrasadas respecto a Inglaterra; su atraso podía parecer infranqueable. Pero la explotación de las circunstancias naturales e históricas ha permitido más tarde a estos países atrasados alcanzar al país avanzado e incluso superarlo, con el apoyo de tarifas proteccionistas. Las fronteras estatales, el poder del Estado o el sistema aduanero, fueron factores poderosos en la historia del desarrollo capitalista. Esta característica es válida en mayor medida aún para un país socialista. Un sistema de proteccionismo socialista muy exacto, perseverante y flexible es, para nosotros, tanto más importante en cuanto que nuestras relaciones con el mercado capitalista serán cada vez más amplias y complicadas.

Sin embargo, es evidente que el proteccionismo, cuya expresión más elevada se encuentra representada por el monopolio del comercio exterior, no es todopoderoso. Puede contener la afluencia de mercancías capitalistas, y regularla según las necesidades de la producción y del consumo interior. De esta forma, el proteccionismo puede asegurar, incluso a la industria socialista, los plazos necesarios para que eleve su nivel de producción. Sin el monopolio del comercio exterior, nuestro proceso de reconstrucción sería imposible. Pero, por otra parte, sólo los resultados obtenidos en la producción nos permitirán conservar el proteccionismo socialista. Igualmente, en el futuro, el monopolio del comercio exterior, aunque pueda preservar a la industria interior de las sacudidas externas que todavía no puede afrontar, evidentemente no puede, sin embargo, reemplazar el desarrollo de la propia industria. Este desarrollo debe ser, desde el momento actual, medido contra los coeficientes del mercado mundial.

Nuestra comparación con el nivel de preguerra no se ha efectuado más que desde el punto de vista de la cantidad y del precio.

El producto no está considerado según su composición, sino según su nombre, lo que evidentemente es un error. Los coeficientes de producción comparativa deben comprender igualmente la calidad. Sin ello, se transforman forzosamente en fuente o en instrumento de autoengaño. Poseemos a este respecto alguna experiencia en lo que concierne a la disminución de los precios, acompañada en ciertas ocasiones de una disminución de la calidad. A igual calidad de una misma mercancía, producida por nosotros y en el extranjero, el coeficiente de comparación variará con los costos de producción. Si los costos de producción son los mismos, variará según la calidad. Si los costos y la calidad son distintos, una evaluación combinada de ambos será finalmente necesaria. El establecimiento de los costos es una porción de la aritmética de la producción. Pero la mayor parte de las veces no se puede determinar la calidad de la mercancía más que con la ayuda de varios criterios. La bombilla eléctrica es un ejemplo clásico en este sentido; se mide su calidad según la duración de la iluminación que proporciona, según la cantidad de energía que usa por bujía, según la regularidad de la distribución de la luz, etc.

La fijación de normas técnicas determinadas y de estándares de perfección, entre otros estándares «cualitativos», facilita mucho la puesta a punto de coeficientes de comparación. La relación de nuestro estándar con los del mercado mundial será para cada período dado una magnitud fija. Será suficiente saber si nuestro producto corresponde a un estándar establecido. En lo que se refiere a las comparaciones de valor, esta cuestión será, una vez establecida la relación cualitativa, resuelta de un modo extraordinariamente simple. El coeficiente combinado resulta de una simple multiplicación. Si, por ejemplo, una mercancía es dos veces peor que la misma mercancía extranjera, y vez y media más cara, el coeficiente de comparación será: $1/3$. Es posible que no conozcamos los precios de fábrica de las mercancías extranjeras: pero esto, en la práctica, tiene una importancia secundaria. Basta con que conozcamos el precio, y éste esté impreso en los catálogos. La diferencia entre el costo y el precio es la ganancia. La disminución de nuestros costos nos permitirá igualar los precios del mercado mundial, independien-

temente de los costos extranjeros. Tal es la base del problema que se nos plantea para el próximo período. A este período sucederá, no inmediatamente, el tercer período, en el que la tarea será vencer a la producción capitalista en el mercado mundial con los productos de la economía socialista.

A veces se arguye que el número de mercancías es excesivamente grande y que la derivación de los coeficientes de comparación representa una tarea que «supera las fuerzas». A ello puede responderse de dos maneras. En primer lugar, todas las mercancías existentes están verificadas, se llevan en libros y aparecen en catálogos, y a pesar del número de mercancías existente, este trabajo no contiene nada que supere las fuerzas. En segundo lugar, podemos, inicialmente, limitarnos a los artículos más importantes y de consumo masivo, y a las mercancías que sirven, por así decirlo, de clave a cada producción diferente, suponiendo que las demás mercancías tienen en el sistema de evaluación comparativa una posición intermedia.

Otra objeción consiste en oponernos la dificultad que existe para medir o, incluso, simplemente para definir la calidad. En efecto, pues ¿qué es la calidad del algodón? ¿Su resistencia, el contenido en algodón de cada *arshín* cuadrada, la frescura del color o la atracción a la vista? Es innegable que la caracterización de la calidad es muy difícil de establecer en la mayor parte de las mercancías. Sin embargo, la tarea no es en modo alguno irrealizable. Pero, ante todo, es preciso no abordarla con criterios ficticios o abstractos. En lo que se refiere al algodón destinado al mercado obrero o campesino, será preciso considerar en primer lugar la duración del material; en segundo lugar, la permanencia del color. Si se miden estos datos, y esto es perfectamente posible con métodos rigurosamente objetivos, se obtiene la definición básica de la calidad expresada en cifras. Es todavía más fácil dar un coeficiente de comparación exacto, es decir, expresado mediante cifras, de nuestros arados, de nuestras máquinas cosechadoras de trigo, de nuestros tractores, comparadas con las mismas máquinas de producción americana. Esta cuestión tendrá en los próximos años el mismo papel para la agricultura que el que tuvo la renovación del capital básico para la in-

industria. En la venta de un caballo o de una vaca, el propio campesino fija, y con una exactitud extraordinaria, los «coeficientes» necesarios. Pero, para la compra de una máquina, casi no tiene modo de efectuarlo. Si ha sido engañado en una compra, comunica a su vecino el miedo que le produce comprar más máquinas. Es necesario llegar al objetivo de que el campesino sepa exactamente qué máquina compra. La máquina cosechadora soviética tendrá que tener su «pasaporte» de mercancía, sobre el que se apoyará el coeficiente de comparación. El campesino sabrá perfectamente qué es lo que compra, y el Estado soviético tendrá absoluta evidencia de la relación de nuestra producción con la producción americana⁴³.

La idea de los coeficientes de comparación, que a primera vista puede parecer abstracta y casi «un juego de salón», está, en realidad, profundamente enraizada en la vida y nace, por así decirlo, de todas las relaciones económicas e incluso brota por todos los poros de la vida cotidiana. Nuestros actuales coeficientes de comparación, igualmente calculados según la situación de preguerra, no provenían únicamente de conocimientos teóricos, sino también de las necesidades de la vida cotidiana. Cualquier consumidor que desconoce los cuadros estadísticos y las curvas de precios utiliza el recuerdo de sus gastos de consumo, tanto del suyo propio como del de su familia. El cuadro estadístico habla de un cierto porcentaje del nivel de preguerra que está calculado casi exclusivamente desde el punto de vista cuantitativo, pero la memoria del consumidor añade: «en tiempos de paz (es decir, antes de la guerra imperialista), los calzados costaban tantos o cuantos rublos y duraban tantos o cuantos meses». Cada vez que compra zapatos, el consumidor realiza para sí el cálculo del coeficiente de comparación. Todos los

⁴³ Si antes hemos expresado algunas objeciones, no es para significar que la idea de los coeficientes de comparación se enfrente a la resistencia de los círculos interesados. Por el contrario, quienes están interesados en la producción, en el comercio del Estado, en el sistema de cooperativas y en los institutos de ciencias técnicas, miran con la mayor simpatía esta idea que surge de nuestro desarrollo económico. Las investigaciones preliminares necesarias ya han comenzado en «Una conferencia especial para la calidad de la producción» y en los institutos científicos-técnicos.

demás compradores efectúan la misma operación, desde el consorcio de comerciantes de cuero, que compra máquinas de Voronej o de Kiev, hasta la campesina que compra tres *arshíns* de algodón en el mercado semanal de la aldea. La diferencia consiste únicamente en que el consorcio efectúa sus comparaciones ayudándose de catálogos y de libros de contabilidad, mientras que la campesina hace la suya según sus recuerdos. Y es necesario aceptar que los coeficientes de comparación de la campesina, fundados en la experiencia inmediata de la vida, son mucho más reales que los coeficientes del consorcio, que son realizados apresuradamente, casi siempre sin tomar en consideración la calidad, y a veces incluso de un modo tendencioso. En todo caso, los análisis económicos estadísticos y el trabajo cotidiano de la memoria del consumidor encuentran su punto de partida en las posibilidades que les ofrecía la economía de preguerra.

Esta curiosa limitación nacional, por la que se buscaba la comparación en el pasado nacional, toca a su fin. Nuestras relaciones con el mercado mundial son suficientes ya, desde ahora, para que nos obliguen, cada vez, a comparar nuestras mercancías con las mercancías extranjeras. Y, a medida que desaparecen las viejas comparaciones (porque el recuerdo de los productos de preguerra desaparece cada vez más de la memoria, sobre todo para la joven generación), las nuevas comparaciones se hacen cada vez más claras porque no se fundan en los recuerdos, sino en los hechos vivos del presente. Nuestros especialistas en economía traen del extranjero ofertas de ciertas firmas de tales o cuales mercancías, distintos catálogos y, finalmente, su propia experiencia en cuanto consumidores. Las preguntas que habíamos dejado de hacernos en los últimos años y que ahora se plantean cada vez con mayor frecuencia son: ¿cuál puede ser exactamente el precio de esta mercancía en el extranjero?, ¿en qué medida su cualidad difiere de las de aquí?

Los viajes al extranjero serán cada vez más frecuentes. Debemos, de un modo u otro, conseguir que los directores de nuestros consorcios conozcan la industria extranjera, al igual que los directores de fábricas, los mejores estudiantes técnicos, nuestros capataces, nuestros mecánicos, nuestros obreros especializados (natu-

ralmente, no todos a la vez, sino teniendo en cuenta un orden de sucesión oportuno). Porque la meta de estos viajes al extranjero consiste, precisamente, en proporcionar a la vanguardia de quienes son los dirigentes de nuestra producción, la posibilidad de juzgar desde todos los puntos de vista cada coeficiente de comparación que no sea favorable, y poder de este modo corregirlo con seguridad a nuestro favor.

Pensar que esta orientación hacia Occidente no concierne más que a los dirigentes económicos sería una prueba de imbecilidad burocrática. Por el contrario, esta orientación hacia Occidente tiene un carácter de masas muy profundo y debe llegar hasta el final.

El contrabando juega un papel a este respecto que no es menos importante. Pero es necesario no sobrestimarlo. El contrabando es una parte, si no alabable, al menos bastante importante de la vida económica, y además tiene su causa fundamental en los coeficientes de comparación de la economía mundial, porque el contrabandista sólo importa productos extranjeros que poseen una calidad superior y mejor precio que los nuestros. Dicho sea de paso, la lucha por la calidad de la producción es, por esta razón, el mejor método de lucha contra el contrabando, que saca actualmente del país millones y millones de rublos. El contrabando se interesa principalmente en los pequeños artículos, pero precisamente éstos juegan un papel enorme en la vida cotidiana⁴⁴.

Hay otro campo en el que las comparaciones con el extranjero no han cesado nunca, ciertamente: es el campo de las máquinas y herramientas agrícolas. El campesino conocía la guadaña austríaca y la comparaba siempre con la nuestra. Conocía la americana McCormick, la austríaca Heydt, la canadiense Harris, etc. Actualmente, todas estas comparaciones se hacen más serias en la medida en que nuestra industria avanza a niveles superiores y por encima de ellas se establece una nueva comparación: la comparación entre el tractor americano Ford y nuestro modelo. Si un campesino que acaba de comprar una cosechadora accionada por caballos ve, dos

⁴⁴ El estudio del contrabando es extremadamente importante tanto desde el punto de vista de la producción especializada como del económico general.

o tres horas más tarde, romperse ante sus ojos una barra de hierro de mala calidad, subrayará este hecho con una triple raya roja que será difícil de borrar.

En lo referente al obrero, el coeficiente de comparación le interesa tanto en los productos que fabrica él mismo como en aquellos que sirven para la producción, como herramientas y artículos de consumo.

Conoce muy bien la calidad de los tomos, de las piezas de medida, del material, de los instrumentos de precisión de origen americano o ruso. Es inútil decir que los obreros especializados son muy sensibles a estas diferencias de calidad y que una de las tareas de educación en la producción en nuestro país, consiste precisamente en reforzar esa sensibilidad hacia los instrumentos de producción.

Lo que acaba de decirse es suficiente para probar que los coeficientes de comparación de la producción mundial no son para nosotros un juego gratuito de la imaginación, sino algo de la mayor importancia práctica que refleja las nuevas tareas de nuestro desarrollo económico.

Este sistema de coeficientes de comparación nos proporciona igualmente una perspectiva transversal de nuestra economía actual conforme el nivel alcanzado por la economía mundial. La evaluación media del coeficiente de nuestra producción total indicará el grado de nuestro retraso en el campo de la producción, expresado por una cifra exacta.

Si se toman estos valores periódicamente, las cifras que miden las mercancías y la medida del coeficiente que acaba de ser mencionado darán conjuntamente la imagen de lo que hemos alcanzado y nos indicarán la marcha de nuestro progreso tanto en las diferentes ramas de la industria como en la industria en su conjunto.

Un hombre que conduce un carro, estima la distancia que ha recorrido por sus ojos y sus oídos; el automóvil, por el contrario, tiene su velocímetro automático. A partir de ahora, nuestra industria no deberá dar un paso hacia adelante sin un «contador de velocidad internacional», cuyas indicaciones serán el punto de partida no sólo de nuestras medidas económicas más importantes, sino también de muchas de nuestras resoluciones políticas.

Si es exacto que la victoria de un orden social depende de la superioridad de la productividad del trabajo que le es inherente, lo que es indiscutible para los marxistas, nos es preciso una evaluación cuantitativa y cualitativa exacta de la producción de la economía soviética, tanto para nuestras operaciones comerciales habituales como para la crítica de una etapa dada de nuestra evolución histórica.

Capítulo IX

Los límites materiales y las posibilidades de la marcha del desarrollo económico

En los años 1922-24, el progreso industrial de nuestro país se debió fundamentalmente al avance en la industria liviana. En el actual año económico (1924-25), el predominio parece dirigirse hacia las ramas de la industria que producen medios de producción. Sin embargo, estas últimas se han recuperado igualmente utilizando para ello el antiguo capital básico. En el próximo año fiscal, en el cual el capital fijo invertido tomado de la burguesía será explotado al 100%, ya habremos comenzado una renovación de nuestro capital básico. La Comisión de Planificación del Estado prevé 880 millones de rublos en gastos de capital para la industria (incluyendo la electrificación); para los transportes, 236 millones de rublos; para la construcción de viviendas y otros, 375 millones de rublos; para la agricultura, 300 millones de rublos, lo que supone en conjunto casi 1.800 millones de rublos, de los cuales más de 900 millones corresponden a nuevas inversiones, es decir, proceden de nuevas acumulaciones en el conjunto de la economía. Este plan, que sólo está esbozado y todavía no ha sido aprobado definitivamente, da un paso inmenso en el reparto de los recursos materiales del país: hasta ahora, trabajábamos con un capital básico que nos habíamos encontrado, que no hacíamos más que completar y renovar por aquí o por allá. A partir de ahora deberemos renovar totalmente este capital. En ello consiste la diferencia fundamental entre el período económico que comienza y el que abandonamos a

nuestras espaldas.

Desde el punto de vista de un administrador individual, por ejemplo, de un jefe de consorcio, podría parecer que la marcha de nuestro desarrollo depende de los créditos que obtiene de la banca. «Dadme tantos y tantos millones y pondré un techo nuevo, instalaré nuevos tomos, aumentaré en diez veces la producción, disminuiré los costos de manufactura a la mitad y obtendré una calidad europea de la producción»; ¡cuántas veces hemos oído esta frase! Pero, sin embargo, es un hecho que la financiación no es en realidad nunca un factor primario. La marcha del desarrollo económico está determinada por las condiciones materiales del proceso de producción. El comentario de la Comisión de Planificación del Estado, que ya conocemos, recuerda esto muy apropiadamente. «Lo que es preciso considerar como el límite universal y único de la marcha de un desarrollo económico, como límite que, por su parte, determina todos los factores particulares y limitativos», se dice en dicho comentario, «es el volumen de la acumulación nacional total en forma material, es decir, el conjunto de todos los bienes nuevamente creados, que superan las necesidades de la reproducción simple y representan por consiguiente una base material suficiente para la reproducción ampliada, para la reconstrucción». Los billetes de banco, las acciones, las obligaciones, las letras de crédito, y otros títulos cualesquiera no poseen, en sí mismos, ninguna importancia en lo que se refiere al volumen y a la marcha del desarrollo económico: no se trata más que de medios para el cálculo y el reparto de los valores materiales. Desde el punto de vista capitalista privado y, en general, desde el punto de vista económico privado, estos valores tienen, naturalmente, una significación en sí mismos: aseguran a sus poseedores una cierta suma de valores materiales. Pero, desde el punto de vista económico nacional que, en las circunstancias en que nos encontramos, coincide poco más o menos con el interés del Estado, los títulos en sí mismos no añaden nada a la masa de productos materiales que sirven a la expansión de la producción. Debemos, por lo tanto, partir de la base real de la expansión de la producción. La aplicación de varios recursos a través del presupuesto, a través de los bancos, los préstamos de recons-

trucción, los fondos industriales, etc., no es más que un método de reparto de ciertos bienes materiales entre las diferentes ramas de la economía.

En los años de preguerra, nuestra industria crecía a un promedio del 6-7% anual. Este coeficiente es bastante elevado. Pero aparece como absolutamente mínimo en comparación con los coeficientes actuales en que la industria aumenta de un 40 a un 50% anual. Pero, sin embargo, sería un grosero error oponer, simplemente y sin más, estos dos coeficientes de crecimiento. Hasta el momento de la guerra, la expansión de la industria consistía, fundamentalmente, en la construcción de nuevas fábricas. En este momento, esta expansión se lleva a cabo en su mayor medida por la utilización de las viejas fábricas y por el empleo del conjunto del utillaje ya existente. De aquí la velocidad tan extraordinaria de la expansión. Y es completamente natural que en el momento del fin del proceso de reconstrucción el coeficiente de crecimiento baje sensiblemente. Esta circunstancia tiene una importancia completamente extraordinaria porque determina, en gran medida, nuestra posición en el mundo capitalista. La lucha por nuestro lugar socialista «bajo el sol» será, de un modo u otro, necesariamente, una lucha para lograr un coeficiente de expansión de la producción lo más elevado posible. Sin embargo, la base, y al mismo tiempo el valor límite de esta expansión, consiste en la masa disponible de valores materiales.

Pero, si es así, si el proceso de reconstrucción restablece en nuestro país, las viejas relaciones entre la agricultura y la industria, entre el mercado interno y los mercados extranjeros (exportación de granos y materias primas, importación de maquinaria y objetos manufacturados), ¿no sería esto equivalente a la restauración del coeficiente de la expansión económica de preguerra, y a nuestra caída del pináculo actual de una expansión anual del 40-50% a la expansión de preguerra del 6%, después de un período de uno o dos años? Naturalmente, no se puede responder a esta pregunta de un modo muy preciso en este momento. Sin embargo, podemos decir con certeza: con la existencia de un Estado socialista, de una industria nacionalizada y de una regulación consolidada progresi-

vamente de los procesos económicos fundamentales (de los que forman parte las exportaciones y las importaciones), podremos conservar, incluso después de haber alcanzado el nivel de preguerra, un coeficiente de expansión que superará con mucho tanto nuestro propio coeficiente de preguerra como el promedio de las cifras de comparación capitalistas.

¿En qué consisten nuestras ventajas? Ya las hemos enumerado:

1. En nuestro país no existe, o al menos casi no existen, clases parasitarias. En efecto, el crecimiento no era antes de la guerra del 6%, sino al menos dos veces superior. Pero solamente la mitad de los capitales acumulados podía ser empleada en la producción. La otra mitad era saqueada y malgastada por el parasitismo. De este modo, el simple hecho de haber suprimido el zarismo y su burocracia, la nobleza y la burguesía, suponiendo que se cumplan las otras condiciones necesarias, nos asegura un aumento del coeficiente de crecimiento que va del 6% al 12%, o al menos al 9-10%.
2. La supresión de las barreras de la propiedad privada da, a nuestra administración del Estado, la posibilidad de disponer en cualquier momento, con toda la libertad necesaria, de los medios requeridos para cualquier rama de la industria. Los gastos no productivos del paralelismo económico, de la competencia, etc., han disminuido mucho y disminuirán aún más en el futuro. Sólo gracias a estas circunstancias ha sido posible un avance tan rápido en los últimos años sin ayudas extranjeras. En nuestro desarrollo futuro, solamente la distribución planificada (según el plan económico) de los medios y las fuerzas disponibles, nos proporcionará la ocasión de alcanzar, en una medida muy superior que la alcanzada hasta ahora, y empleando los mismos medios, un nivel de producción más elevado que el de la sociedad capitalista.
3. La introducción del principio de planificación económica en los métodos de producción, (la estandarización, la especialización de las fábricas y su unificación, de modo que re-

presenten un organismo único de producción), promete, para una época muy próxima, un considerable aumento, siempre creciente, de nuestro coeficiente de producción.

4. La sociedad capitalista vive y se desarrolla según una sucesión de períodos de auge y períodos de crisis que, tras la guerra, ha adquirido el carácter de convulsiones esporádicas. Es cierto que, también nuestra economía, ha padecido sus crisis. Y, más aún, nuestras crecientes relaciones con el mercado mundial representan, como lo demostraremos posteriormente, una posible fuente de crisis en nuestra economía. Sin embargo, no hay duda de que el incremento en el hábito de la producción económica planificada y la regulación deberán reducir considerablemente los períodos de crisis en nuestro desarrollo y asegurar de este modo una acumulación excedente considerable.

He aquí nuestras cuatro ventajas, las superioridades que han actuado ya, en una gran medida, durante los últimos años. Su importancia no disminuirá, sino que, por el contrario, aumentará conforme se acerque el final del período de reconstrucción. Estas cuatro ventajas, correctamente utilizadas, nos proporcionarán, en los próximos años, la posibilidad de aumentar el coeficiente de nuestra expansión industrial no solamente al doble del 6% de preguerra, sino al triple y quizás incluso más.

Pero esto no agota la cuestión. Las ventajas de la economía socialista que acaban de ser enumeradas no probarán únicamente su influencia en los procesos de la economía interna, sino que aumentarán también mucho debido a las posibilidades ofrecidas por el mercado mundial. Hasta el momento actual hemos considerado ante todo al mercado mundial desde el punto de vista de los peligros económicos que esconde. Sin embargo, el mercado mundial capitalista no encierra únicamente peligros para nosotros, nos ofrece también grandes posibilidades. Nuestra llegada a las conquistas de la técnica científica, a sus más complicadas aplicaciones, aumenta cada día. De este modo, si el mercado mundial, al englobar una economía socialista, le concede, al Estado

socialista, poderosos antídotos contra estos peligros, dado que el estado regula su propio curso económico. Si sabemos aprovechar convenientemente el mercado mundial, podremos acelerar considerablemente el proceso de desplazamiento de los coeficientes comparativos a favor del socialismo.

Sin duda alguna, podremos avanzar sondeando prudente y lúcidamente cada metro de agua navegable; porque es un río sobre el que nuestro navío socialista navega por primera vez. Pero todas las indicaciones de nuestras sondas permiten pensar que este río se hará más ancho y más profundo a medida que avancemos.

Capítulo X

El desarrollo socialista y los recursos del mercado mundial

Desde el punto de vista de la economía nacionalizada, en oposición al punto de vista de la economía privada, los valores en papel no pueden, en sí mismos, alentar un avance de la producción, al igual que la sombra de un hombre no puede aumentar su talla. Desde el punto de vista de la economía mundial, la cuestión se plantea de un modo diferente. Los billetes de banco americanos en sí mismos no pueden producir un solo tractor; pero, si buen número de estos billetes de banco pertenecen al Estado soviético, en ese caso se pueden importar tractores de Estados Unidos.

Frente a la economía mundial capitalista, el Estado soviético se comporta como un propietario privado gigantesco: exporta sus mercancías, importa mercancías extranjeras, utiliza su crédito, compra medios técnicos en el extranjero; finalmente atrae al capital extranjero bajo la forma de sociedades mixtas y de concesiones.

El proceso de «reconstrucción» nos ha restablecido nuestros derechos en el mercado mundial. Ciertamente, no hay que olvidar ni un instante el intrincado sistema de relaciones que existía entre la economía de la Rusia capitalista y el capital mundial. Es suficiente recordar que casi los dos tercios de nuestra maquinaria fabril, y de la maquinaria de cualquier tipo de factorías, eran importados del extranjero. Se trata de una proporción que, incluso actualmen-

te, no ha variado en gran medida. Ello significa que, sin duda, no nos será económicamente beneficioso producir en nuestro país, en los próximos años, más de unos dos quintos o, como máximo, la mitad de la maquinaria. Si quisiéramos comprometer de pronto nuestros medios y nuestras fuerzas en la producción de nuevas máquinas, desplazaríamos las relaciones necesarias entre las diferentes ramas de la economía y entre el capital básico y el capital regulatorio en una misma rama de la economía, o bien, si conservamos intactas estas relaciones, disminuiríamos mucho el ritmo de la expansión económica. Sin embargo, una disminución de la marcha es mucho más peligrosa para nosotros que la importación de maquinaria extranjera o, en general, de cualquier tipo de mercancía extranjera necesaria.

Adquirimos técnicas extranjeras, fórmulas extranjeras para la producción. Cada vez más, nuestros ingenieros parten a Europa y Estados Unidos, y, aquellos que son capaces, traen de estos países todo lo que es necesario para acelerar nuestro progreso económico. Nos dirigimos cada vez más a la adquisición, a la compra directa de la ayuda técnica extranjera, aliando nuestros consorcios con eminentes casas extranjeras que adquieren el compromiso de desarrollar en nuestro país, a lo largo de un período de tiempo dado, la producción de ciertos productos.

La importancia decisiva que tiene el comercio exterior para nuestra agricultura es evidente. La industrialización, y, a partir de ella, la colectivización de la agricultura, progresarán paralelamente al crecimiento de nuestras exportaciones. A través del intercambio de productos agrícolas, obtendremos maquinaria agrícola o maquinaria para la producción de máquinas agrícolas.

Pero no se trata únicamente de máquinas. Cada producto extranjero que llena un vacío cualquiera en nuestro sistema económico, bien en materias primas, en productos intermedios o en artículos de consumo, puede, en ciertas circunstancias, acelerar la marcha de nuestro proceso de reconstrucción y así facilitarlo. La importación de artículos de lujo y de artículos de consumo de naturaleza parasitaria, sólo puede, naturalmente, contribuir a frenar nuestro desarrollo. Por el contrario, la importación de ciertos ar-

títulos de consumo, realizada en el momento oportuno, y en la medida en que éstos sirvan para establecer el equilibrio necesario en el mercado y a cubrir las lagunas del presupuesto obrero o campesino, acelerará nuestro progreso económico general.

El comercio exterior, dirigido por el Estado, que complementa, con la flexibilidad necesaria, el trabajo de la industria estatal y del comercio interior, constituye un instrumento poderoso para la aceleración de nuestra defensa económica. La influencia benévola de este comercio exterior será mayor cuanto más extensas sean las oportunidades de crédito que obtenga en el mercado mundial.

¿Qué papel juega el crédito exterior en nuestra dinámica económica? El capitalismo nos concede adelantos sobre esta acumulación que todavía no existe, y que es nuestra tarea crear en uno, dos o cinco años. De este modo, la base de nuestro progreso supera el cuadro de los recursos materiales que hemos reunido hasta el momento. Si podemos acelerar el proceso de producción con ayuda de una «fórmula» de la técnica europea, lo podremos hacer mejor todavía con la ayuda de una máquina europea o americana que podamos obtener a crédito. La dialéctica del desarrollo histórico obliga al capitalismo a ser, durante un cierto tiempo, el financiador del socialismo. Por otra parte, ¿el capitalismo no se ha amamantado de la economía feudal? Las deudas de la historia deben ser pagadas.

La existencia de las concesiones es igualmente la consecuencia de este punto de vista. La concesión consiste en esto: aportarnos maquinaria y métodos de producción extranjeros, y financiar a nuestra economía por la acumulación del capital mundial. En algunas ramas industriales, las concesiones pueden y deben alcanzar una mayor importancia. Es inútil decir que para la política de concesiones existen las mismas barreras que para el capital privado en general: el Estado conserva en su poder los medios de control y vela con severidad para que se mantenga asegurado el predominio de la industria estatal sobre la industria «concesionaria». Pero, dentro de estos límites, la política de concesiones todavía tiene un campo amplio donde operar.

Igualmente, desde este punto de vista son posibles, como «co-

ronación» de todo el sistema, los préstamos nacionales. Un préstamo nacional es la forma más pura de un adelanto sobre nuestra acumulación socialista futura. El oro reunido, gracias a los préstamos, asegura, puesto que es el equivalente universal, la posibilidad de comprar en el extranjero productos terminados, materias primas, maquinarias, patentes y atraer a nuestro país a los mejores ingenieros y técnicos de Europa y América.

De cuanto acabamos de decir hasta el momento se deduce para nosotros la necesidad de adaptarnos en todas las cuestiones económicas correctamente, es decir, de un modo sistemático y científico. ¿Qué máquinas importar, por qué firmas, cuándo, qué otras mercancías y en qué orden, en qué proporciones repartir los fondos de capital entre las diferentes ramas de la industria, qué especialistas buscar, en qué ramas de la economía tratar de encontrar capitales para concesiones, en qué medida, bajo qué plazos? Es evidente que estas cuestiones no pueden ser resueltas de un día para otro, al azar, o, eventualmente, desde el punto de vista económico. Las mentes de nuestros economistas se encuentran en este momento ocupadas, con perseverancia y no sin éxito, a buscar soluciones metódicas a estas cuestiones y a muchas otras que no pueden ser separadas de ellas, en particular las exportaciones. Se trata de mantener la proporción dinámica entre las principales ramas de la industria y la economía total, haciendo intervenir en estas relaciones, y en el momento oportuno, aquellos elementos de la economía mundial que sean susceptibles de acelerar la dinámica del proceso considerado globalmente.

En la solución de las distintas cuestiones prácticas que surgen de esta situación, así como en la elaboración de los planes para el futuro (a un año, cinco años o a un plazo mayor todavía), el trabajo que se apoya en coeficientes de comparación es un recurso incalculable e irremplazable. Si los coeficientes de comparación son particularmente desfavorables para ciertas ramas importantes de la industria, ello será una indicación que pruebe la necesidad de buscar ayuda en el exterior, tanto en lo que respecta a productos terminados como a patentes o indicaciones técnicas, o a máquinas nuevas, especialistas o concesiones. La política comercial con el

exterior y de concesiones no puede cumplir su papel estimulante, conforme al plan, si no se apoya en el sistema profundamente estudiado y generalizado de los coeficientes de comparación industriales.

Los mismos métodos deberán encontrarse en la base de las decisiones que será necesario tomar inmediatamente después respecto a la renovación del capital básico y a la expansión de la producción.

¿Para qué ramas de la industria habrá que renovar en primer lugar la maquinaria? ¿Qué nuevas industrias es necesario levantar en un primer momento? Es inútil decir que las necesidades y lo deseable superan en mucho las posibilidades. ¿Cuál es, por consiguiente, la vía a seguir para resolver estos problemas?

En primer lugar, es preciso, naturalmente, saber exactamente qué proporción de la acumulación se puede utilizar para la renovación de la maquinaria en las fábricas existentes y para la creación de nuevas factorías. Cubriremos las necesidades más urgentes y más obvias a través de nuestra propia acumulación. Y si, en el futuro, no encontramos otras fuentes utilizables, sería la acumulación interna la que fijaría la medida del crecimiento de la producción.

Al mismo tiempo, es absolutamente preciso fijar las prioridades de nuestras necesidades desde el punto de vista del proceso económico considerado en su conjunto. Los coeficientes de comparación indicarán, en este caso, directamente, los campos económicos que exigen, en primer lugar, inversiones de capital. De este modo se presenta, a grandes rasgos (con la omisión voluntaria de toda una serie de detalles que complican la cuestión), la naturaleza de la transición a una solución planificada de las cuestiones que están ligadas a la renovación y al crecimiento del capital básico de la industria.

Capítulo XI

La socialización del proceso de producción

Un Estado que tiene en sus manos la industria nacionalizada, el monopolio del comercio exterior y el monopolio de la importación

de capital extranjero para tal o cual campo económico, dispone, por este solo hecho, de un gran arsenal de recursos que pueden combinarse para acelerar la marcha del desarrollo económico. Pero todos estos medios, aunque nacen de la naturaleza del Estado socialista, no inciden todavía directamente en el propio campo del proceso de producción. En otras palabras: si hemos mantenido hasta el presente todas las fábricas y factorías en las condiciones en que estaban funcionando en 1913, su nacionalización, incluso si permanecieran en estas condiciones, nos ofrecerá enormes ventajas debido a la distribución planificada y eficiente de los recursos.

Los progresos económicos del período de la reconstrucción han sido obtenidos precisamente gracias a los métodos socialistas de organización de la producción, es decir gracias a los métodos planificados o semi-planificados para proveer de los medios necesarios a las diferentes ramas de la economía social. Consideramos, igualmente, las posibilidades resultantes de nuestras relaciones con el mercado mundial sobre todo desde el punto de vista de los recursos de la producción y no todavía desde el punto de vista de la organización de la industria interna.

Sin embargo, es preciso no perder de vista ni un instante que las ventajas fundamentales del socialismo se encuentran precisamente en el propio campo de la producción. Estas ventajas, que hemos utilizado hasta ahora en débil medida en la economía soviética, abren las más amplias perspectivas acerca de la aceleración de la marcha del desarrollo económico. Es preciso ocuparse, en primer lugar, de la verdadera nacionalización del conocimiento técnico-científico y de todas las invenciones industriales; inmediatamente después, de una solución centralizada, conforme al plan, de las cuestiones energéticas de la economía en general y de cada aspecto económico en particular; después, de la estandarización de todos los demás productos, y, finalmente, de una especialización consecuente de las propias fábricas.

El trabajo intelectual técnico-científico no conoce entre nosotros las barreras limitativas de la propiedad privada. Toda adquisición de carácter organizativo o de carácter técnico de una fábrica cualquiera, todo perfeccionamiento en los métodos químicos o en

cualquier otro, se convierte en propiedad común de todas las fábricas implicadas. Los institutos de ciencias técnicas tienen, en nuestro país, la posibilidad de verificar sus conjeturas y sus hipótesis en cualquier empresa del Estado; e, inversamente, cada una de estas empresas puede beneficiarse en todo momento, gracias a los institutos, de la experiencia acumulada en el conjunto de la industria. En nuestro país, el pensamiento científico-técnico está, en principio, socializado. Pero, en este campo, igualmente, todavía nos falta mucho para liberarnos de barreras conservadoras, en parte ideológicas y en parte materiales, que hemos heredado, y de las que hemos tomado posesión al mismo tiempo que de la propiedad nacionalizada de los capitalistas.

Estamos en vías de aprender a utilizar cada vez más profundamente las posibilidades que resultan de la nacionalización de las invenciones técnico-científicas. En este sentido, obtendremos, en los próximos años, innumerables ventajas que, en su conjunto, conducirán a este resultado apreciable para nosotros: la aceleración de la marcha del desarrollo.

Otra fuente de un ahorro económico mayor, y por consiguiente de un aumento de la producción de trabajo, puede originarse en una buena distribución de la energía. Todas las ramas de la industria, todas las fábricas y, en general, toda la actividad material del hombre, necesitan de la energía, lo que significa que se la puede considerar como un factor relativamente común a todas las ramas de la industria. Se demuestra claramente que obtendremos un ahorro gigantesco si «despersonalizamos» las fuentes de energía, es decir si las separamos de las fábricas concretas, a las que únicamente la propiedad privada unía, y no se tenían en cuenta cuestiones económicas, sociales o técnicas. La electrificación planificada no es más que una parte del programa total de racionalización de la calefacción y de la energía. Si no se ejecuta este programa, la nacionalización de los medios de producción quedará privada de sus resultados más importantes. La propiedad privada, habiendo sido abolida en cuanto institución de derecho constitucional, es una forma de organización de las propias empresas que, técnicamente, representan pequeños mundos cerrados en sí mismos. La tarea que

se presenta es, por consiguiente, hacer penetrar el principio de nacionalización en el proceso de producción, en sus condiciones técnicas materiales. Se trata de nacionalizar realmente el sector energético. Esto concierne tanto a las usinas (fábricas) ya existentes como, en mayor medida, a las que han de crearse. La usina del valle del Dniéper (en cuanto combinación de una gran estación eléctrica y de toda una serie de consumidores de la industria y los transportes) fue construida, desde el comienzo, según los principios del socialismo. A empresas de esta categoría pertenece el futuro.

La estandarización de los productos representa otra palanca del progreso industrial. Están sometidas a ella no solamente las cerillas, los ladrillos y los productos textiles, sino también las máquinas más complicadas. Se trata de terminar con las demandas arbitrarias del consumidor, producidas, no por sus necesidades, sino por su falta de medios. Todo consumidor se encuentra actualmente forzado a improvisar y buscar, en lugar de obtener modelos ya dispuestos, totalmente adaptados a sus necesidades y científicamente comprobados. La estandarización debe reducir al mínimo el número de tipos de cada producto, teniendo en cuenta únicamente la particularidad de las diferentes ramas económicas, o el carácter específico de las necesidades de una rama de producción.

Estandarización significa socialización aplicada al aspecto técnico de la producción. Vemos cómo en este campo la técnica de los principales países capitalistas rompe la envoltura de la propiedad privada y se orienta hacia la negación de la competencia, del «trabajo libre» y de todo lo que se relaciona con ello.

Estados Unidos ha realizado enormes progresos en la disminución de los costos de producción a través de la estandarización de los tipos y las cualidades, y mediante la realización de normas de producción técnicas y científicas. Su oficina de estandarización (*Division of Simplified Practice*) ha proporcionado, en colaboración con los productores y consumidores interesados, un trabajo de estandarización que comprende docenas de productos pequeños y grandes. He aquí el resultado: 500 tipos de limas en lugar de 2.300; 70 tipos de alambre en lugar de 650; tres tipos de tejas en lugar de

119; 76 tipos de arados en lugar de 312; 29 tipos de sembradoras en lugar de casi 800; finalmente, 45 modelos de cortaplumas en lugar de 300.

La estandarización rinde homenaje al recién nacido, porque la simplificación del coche de niños permite un ahorro total de 1.700 toneladas de hierro y de 35 toneladas de plomo. La estandarización no abandona incluso al enfermo porque el número de tipos de camas de hospital ha descendido de cuarenta a uno sólo. Incluso los entierros han sido normalizados; el cobre, el bronce, la lana y la seda han quedado excluidos de la fabricación de ataúdes. El ahorro realizado en los entierros que se encuentran sometidos de este modo a la estandarización, se eleva a millones de toneladas de metal y de carbón, centenares de miles de metros de madera al año.

La técnica ha conducido, a pesar de las condiciones del capitalismo, a la estandarización. El socialismo exige imperiosamente la estandarización, dando a ésta muchas mayores posibilidades. Pero no hemos hecho más que comenzar este trabajo. La amplitud que ha alcanzado la producción ha creado en el momento presente las condiciones materiales que le son absolutamente necesarias. Hacia la estandarización deben dirigirse todos los procesos de renovación del capital básico. Nuestro número de tipos de productos debe ser, en comparación con los de América, mucho más reducido.

La estandarización no sólo permite una mayor especialización en las fábricas, sino que la supone. Es preciso que transformemos las fábricas en las que se produce de todo en fábricas en las que se produce una cosa determinada de un modo perfecto.

Para nuestra vergüenza, es necesario decir, sin embargo, que actualmente, en el curso del noveno año de la economía socialista, todavía se escucha bastante a menudo a los administradores o incluso a los ingenieros quejarse de que la especialización de la producción mata «el espíritu», comprime el impulso del trabajo, hace el trabajo de las fábricas monótono, «aburrido», etc. Este modo quejumbroso y profundamente reaccionario de ver las cosas recuerda de cerca las sutilezas populistas tolstoianas que elogiaban las ventajas del artesanado respecto al trabajo en la fábrica. La tarea de transformar la economía en su conjunto en un mecanismo

único funcionando automáticamente es la tarea más imponente que se puede imaginar. Abre un campo de acción ilimitado a la fuerza de trabajo técnico, organizativo, económico y creativo. Pero esta tarea no es realizable más que con la especialización cada vez más audaz y constante de las fábricas, la automatización de la producción y una combinación cada vez más completa de fábricas gigantescas en una sola cadena de producción.

Los actuales logros de los laboratorios extranjeros, la capacidad de las usinas eléctricas, la amplitud de los trabajos americanos de estandarización, y los progresos de las fábricas americanas en la especialización, superan con mucho nuestros comienzos en este camino. Pero las condiciones planteadas por nuestras relaciones de propiedad nacionalizadas son mucho más favorables para conseguirlo que las de cualquier país capitalista. Y esta ventaja aumentará a medida que progreseemos. Prácticamente, la tarea se reduce a medir todas las posibilidades y a beneficiarse de todos los medios. Pronto aparecerán los resultados, y sólo entonces haremos la suma.

Capítulo XII

Las crisis y otros peligros del mercado mundial

Cuando nuestras relaciones con el mercado mundial se encontraban todavía poco desarrolladas, las fluctuaciones del capitalismo no actuaban tanto a través del comercio como a través de la política, en algunos casos exacerbando nuestras relaciones con el mundo capitalista, y en otros mejorándolas.

Debido a ello, nos hemos habituado a considerar el desarrollo de nuestra economía casi independientemente de los procesos económicos que tienen lugar en el mundo capitalista. Incluso tras la reconstitución de nuestro mercado y, a partir de ella, de las fluctuaciones del mercado, de las crisis de ventas, etc., juzgábamos todos estos fenómenos como completamente independientes de la dinámica capitalista de Occidente o de América. Y teníamos razón en la medida en que nuestro proceso de reconstrucción se desarrollaba en el cuadro de una economía casi cerrada. Pero, con el rápido

crecimiento de las exportaciones y de las importaciones, la situación está cambiando. Nos estamos convirtiendo en un elemento (elemento extraordinariamente único, pero que no deja de ser por ello un elemento auténtico) del mercado mundial. Pero esto significa que, si sus factores generales se transforman y varían de un modo u otro, influirán igualmente en nuestra economía. La actual fase económica se expresa más claramente por el modo en que opera el mercado. En el mercado mundial, efectuamos tanto el papel de comprador como el de vendedor. Debido a ello, nos encontramos ya sometidos económicamente, en un cierto grado, al movimiento de flujo y reflujo del comercio y de la industria en el mercado mundial.

La importancia de esta circunstancia resulta cada vez más clara, si usamos la comparación para caracterizar los nuevos elementos que implica. Ante cualquier sacudida económica importante, la opinión pública en nuestro país se ha visto obligada a preguntarse si, de un modo general, las crisis son inevitables, y hasta qué punto, etc. Actuando de este modo, debido a la naturaleza de nuestra situación económica, no superamos, generalmente, el marco de la economía casi cerrada. Oponernos el principio del plan económico, cuya base económica está formada por la industria nacionalizada, y el principio elemental del mercado cuya base económica es la aldea. La combinación de un plan definitivo con una fuerza natural ofrece dificultades tanto más grandes cuanto que la fuerza económica elemental depende de la fuerza natural. De ello resulta la perspectiva siguiente: el progreso del principio del plan económico continuará en la medida en que progrese la industria, en que progrese la influencia de ésta sobre la agricultura, en que progrese la industrialización y el desarrollo de cooperativas en el campo, etc. Este proceso estaba concebido, más allá de cuál fuera su ritmo, como un proceso ascendente. Pero este camino es sinuoso, y hemos llegado a una nueva curva del mismo. Se aprecia claramente si consideramos el tema de la exportación de granos.

En el momento actual no se trata únicamente de la cosecha, sino también de la venta de esta cosecha, y no solamente en nuestro propio mercado, sino también en el mercado europeo. La ex-

portación de granos a Europa depende del poder de compra de Europa; el poder de compra de los países industriales, por su parte (naturalmente son los países industriales los que importan granos), depende en última instancia de la situación económica. Si se produce una crisis en el comercio y en la industria, Europa importará de nuestro país mucho menos grano y todavía mucha menos madera, cáñamo, pieles o petróleo, que en un período de boom. El retroceso de las exportaciones conducirá forzosamente a un retroceso en las importaciones. Si no exportamos una cantidad suficiente de materias primas industriales, no podremos importar la maquinaria, el algodón, etc., necesarios. Si el poder adquisitivo del campesino fuera, a consecuencia de la realización incompleta de nuestras previsiones de exportación, menor que lo previsto, ello podría conducir a una crisis de sobreproducción; por el contrario, si carecemos de mercancías, estaríamos, en el caso de una disminución en las exportaciones, ante la imposibilidad de superar esta penuria mediante la importación de productos terminados, de la maquinaria necesaria y de las materias primas (por ejemplo, la ya mencionada importación de algodón). En otras palabras, una crisis comercial e industrial de Europa, y con mayor motivo de todo el mundo, puede producir una oleada de crisis en cada país. En el caso de un auge considerable del comercio y de la industria europea, por el contrario, la demanda de madera y de cáñamo, materias primas que son necesarias a la industria, aumentará inmediatamente; lo mismo ocurrirá respecto al grano, cuya demanda aumentará a medida que mejore la capacidad de compra de las poblaciones europeas. De este modo, un boom en el comercio y en la industria en Europa proporcionará el impulso necesario para el avance de nuestro comercio, de nuestra industria y de nuestra agricultura, al facilitar la venta de nuestras mercancías de exportación. Nuestra antigua independencia respecto a las fluctuaciones del mercado mundial, está desapareciendo. No solamente todos los procesos fundamentales de nuestra economía dependen de los procesos dominantes en el mercado mundial, sino que están sometidos en cierta medida al efecto de las leyes que dominan el desarrollo capitalista, incluidos los cambios en las condiciones económicas. Por

consiguiente, resulta de ello una situación en la que, como entidad de negocios, tenemos interés, dentro de ciertos límites, en que mejoren las condiciones en los países capitalistas, y en la que, por el contrario, sufriremos como mínimo un perjuicio en el caso de que las condiciones empeoren.

En esta circunstancia, inesperada a primera vista, aparece la misma contradicción que se encuentra en la base de la NEP, y que hemos observado ya en el marco más estrecho de la economía nacional cerrada, pero aparece de una forma más acusada. Nuestra actual organización, no solamente se encuentra fundada en la lucha del socialismo contra el capitalismo, sino también, hasta cierto punto, en su cooperación. En el interés del desarrollo de las fuerzas de producción, no sólo admitimos una práctica comercial de tipo capitalista privado, ¡sino que hasta cierto punto incluso la apoyamos!, y nosotros la «instalamos» bajo la forma de concesiones, de alquiler de factorías y fábricas. Tenemos un gran interés en el desarrollo de la economía campesina, aunque, por el momento presente casi exclusivamente los rasgos de un comercio privado, y su auge no favorezca únicamente las tendencias del desarrollo socialista, sino también las del capitalista. Los peligros de semejante coexistencia y de semejante cooperación entre ambos sistemas económicos (el sistema capitalista y el sistema socialista, este último utilizando, igualmente, los métodos del primero), consiste en que las fuerzas capitalistas sean más fuertes que nosotros, y nos amenacen realmente.

Este peligro existía ya en la economía cerrada⁴⁵, pero en un grado muy inferior. La importancia de las cifras de control de la Comisión de Planificación del Estado consiste precisamente en que estas cifras han probado, como hemos expuesto en los primeros capítulos, sin lugar a dudas, el predominio de las tendencias socialistas sobre las tendencias capitalistas, teniendo como base el crecimiento general de las fuerzas de producción. Si tuviéramos la intención (digamos mejor, la posibilidad) de permanecer para siempre como

⁴⁵ No es necesario decir que nuestra economía nunca fue perfectamente cerrada y que estamos contrastando meramente tipos económicos puros para lograr una mayor simplificación.

un Estado económicamente aislado, se podría considerar la cuestión como resuelta, en principio. No habría entonces para nosotros más peligro en ello que el peligro político, o la amenaza de una acción armada procedente del exterior. Pero, habiendo entrado económicamente en el campo de la división internacional del trabajo, estamos sometidos a los efectos de las leyes que dominan el mercado mundial, y la lucha entre las tendencias capitalistas y socialistas adquiere mayores proporciones, lo que comporta mayores dificultades.

Existe, por consiguiente, una analogía profunda y perfectamente natural entre los problemas que se planteaban en nuestra economía interna al comienzo de la NEP, y los que existen ahora, producidos por nuestra participación más estrecha en el sistema del mercado mundial. Sin embargo, esta analogía no es perfecta. La cooperación y la lucha de las tendencias capitalistas y socialistas en el territorio soviético han tenido lugar bajo el control del Estado proletario. Aunque el Estado no sea todopoderoso en las cuestiones económicas, el poder económico del Estado que sostiene conscientemente las tendencias progresivas del desarrollo histórico es enorme. Al tiempo que admite la existencia de tendencias capitalistas, el Estado obrero puede tenerlas bajo sus riendas hasta un cierto punto, sosteniendo y favoreciendo las tendencias socialistas. Los instrumentos que se pueden usar en relación a esto son: el sistema presupuestario del Estado y las medidas de administración general, el comercio interno y externo, el apoyo a las cooperativas de consumo por el Estado, una política de concesiones estrictamente adaptada a las necesidades de la economía estatal, en pocas palabras un sistema versátil de proteccionismo socialista. Estas medidas suponen la dictadura del proletariado, y su campo de acción se limita por consiguiente al territorio en que se ejerce esta dictadura.

Los países con los que entramos en relaciones comerciales cada vez más estrechas tienen un sistema exactamente opuesto; el proteccionismo capitalista, en el sentido más amplio de la palabra. He aquí en qué consiste la diferencia. En el territorio soviético la economía socialista lucha contra la economía capitalista, teniendo al Estado obrero de su lado. En el territorio del mercado mundial el

socialismo va contra el capitalismo, protegido por el Estado imperialista. En este caso, no es solamente la lucha de la economía contra la economía, sino también la lucha de la política contra la política. El monopolio del comercio exterior y la política de concesiones son instrumentos poderosos de la política económica del Estado obrero. Si, por consiguiente, las leyes y los métodos del Estado socialista no pueden imponerse al mercado mundial, las relaciones de la economía socialista con el mercado mundial dependen, sin embargo, en una cierta medida, de la voluntad del Estado obrero. Por consiguiente, un sistema de comercio exterior empleado de un modo justo alcanza una importancia excepcional y supone un crecimiento del papel de la política de concesiones del Estado obrero.

No se puede intentar en este momento llegar hasta el fondo de este tema. Estas líneas intentan únicamente formularlo. Esta cuestión consta de dos partes. En primer lugar: ¿con qué métodos y hasta qué punto la planificación y la dirección del Estado obrero son capaces de preservar nuestra economía de la influencia de las fluctuaciones del mercado capitalista? En segundo lugar: ¿en qué medida y con qué métodos el Estado obrero puede proteger el desarrollo futuro de las tendencias socialistas de la economía contra las trampas capitalistas del mercado mundial?

Estas dos cuestiones se planteaban igualmente en el marco de la economía «cerrada». Pero adquieren actualmente una importancia que ha crecido al nivel del mercado mundial. Desde ambos puntos de vista, el elemento de planificación de la economía adquiere una significación incomparablemente mayor que durante el período anterior. El mercado nos sometería sin duda alguna a su imperio si nos enfrentáramos únicamente al nivel del mercado, porque el mercado mundial es más fuerte que nosotros. Nos debilitaría mediante sus fluctuaciones económicas y, tras habernos debilitado, nos cohesionaría a través de la superioridad cuantitativa y cualitativa de su masa de mercancías.

Sabemos cómo un consorcio capitalista cualquiera trata de preservarse de la influencia de las grandes fluctuaciones de la oferta y de la demanda. Incluso un consorcio que se encuentra en la situación de casi monopolio no se plantea, como tal, cubrir todo el mer-

cado con su producción en todo momento. En los períodos de gran auge los consorcios admiten a menudo la existencia de otras empresas no incorporadas al consorcio, les permiten cubrir los excedentes de la demanda y se liberan de este modo de hacer nuevas inversiones de capital arriesgadas. Estas empresas, son entonces las víctimas de una nueva crisis: a menudo es el propio consorcio quien las compra por un precio irrisorio. El consorcio enfrenta el próximo boom con fuerzas productivas mayores. Si la demanda supera de nuevo su capacidad de producción, el consorcio comienza otra vez el mismo juego. En otras palabras, los consorcios capitalistas se esfuerzan en garantizar únicamente una demanda absolutamente asegurada y se extienden a medida que ésta aumenta, mientras que le asignan, en la medida de lo posible, todos los riesgos asociados con las fluctuaciones de las condiciones económicas, a organizaciones temporales más débiles, que juegan así el rol de un ejército de reserva en la producción. Este esquema, naturalmente, no se sigue siempre y en todo lugar, pero es, sin embargo, un proceso típico y nos hemos servido de él para mostrar nuestro pensamiento. La industria socializada representa el «consorcio de los consorcios». Este gigantesco instrumento de producción puede plantearse, incluso en un grado menor que un consorcio capitalista específico, seguir todas las curvas de las demandas del mercado. La industria del Estado reunida en un solo consorcio debe esforzarse en cubrir una demanda asegurada por todo el desarrollo precedente, utilizando en la medida en que sea posible el ejército de capitalista privado de reserva para garantizar la demanda excedente momentánea, la cual puede ser seguida por una nueva restricción del mercado. La función de este ejército de reserva es cumplida por la industria privada interior, incluyendo las concesiones, y por la masa de mercancías del mercado mundial. En este sentido, precisamente, hemos hablado de la importancia reguladora del sistema de comercio interior y de la política de concesiones.

El Estado importa tales medios de producción, tales materias primas, tales artículos de consumo en la medida en que sean absolutamente necesarios para la conservación, la mejora y la expansión planificada de los procesos de producción. Reduciendo a un

esquema unas relaciones extraordinariamente complejas, tomaría el siguiente aspecto: en el momento de una evolución del comercio mundial y de la industria mundial, nuestra exportación aumentará aún más, y, al mismo tiempo, aumentará la capacidad de compra de la población. Es, por consiguiente, muy claro que, si nuestra industria gastara inmediatamente todas las divisas en la importación de maquinaria y de materias primas con el fin de extender las correspondientes ramas de la industria, la próxima crisis mundial, que conduciría a una disminución de nuestros medios económicos, condenaría a las ramas de la industria que se encontraran muy expuestas, y, al mismo tiempo, en cierta medida, a toda la industria, a una crisis.

Tales fenómenos son, naturalmente, inevitables, hasta cierto punto. Las dos fuentes de fluctuaciones generadoras de crisis son, por una parte, la economía campesina, y, por otra, el mercado mundial. Pero el arte de la política económica consistirá en satisfacer cualquier incremento poderoso de la demanda interna sólo en la proporción asegurada por la producción del Estado; y, por el contrario, satisfacer el exceso momentáneo de la demanda en el momento adecuado, mediante la importación de productos terminados y a través de la utilización del capital privado. En estas circunstancias, una depresión momentánea en las condiciones mundiales sólo actuará de un modo muy débil sobre nuestra industria nacionalizada.

La economía campesina constituye un factor extremadamente importante, y en algunos casos decisivo, en todo este trabajo de regulación. Concluimos, de este sólo hecho, la gran significación que tienen las formas de organización como las cooperativas y un aparato comercial flexible, mientras continúe la pequeña economía campesina aislada. Estas organizaciones permitirán calcular y predecir las fluctuaciones en la oferta y la demanda de mercancías en la aldea.

¿Pero el proceso de nuestra «incorporación» en el mercado mundial no puede dar lugar a otros peligros aún mayores?

En el caso de una guerra o de un bloqueo, ¿no estamos amenazados de la ruptura mecánica de un gran número de elementos

vitales para nosotros? No debemos olvidar que el mundo capitalista es nuestro enemigo mortal, etc. Estos pensamientos acosan las mentes de muchos. Entre los jefes de la producción se pueden encontrar muchos adherentes inconscientes o seminconscientes de la economía «cerrada».

Tenemos que decir algunas palabras sobre este tema. Los préstamos, al igual que las concesiones y que la dependencia creciente de las exportaciones y las importaciones, dan lugar, naturalmente, a ciertos peligros. Se deduce de ello que no hay que soltar las riendas en ningún momento y en ninguno de estos procesos. Pero existe también el peligro contrario, y no menor, el peligro que consiste en retrasar el desarrollo económico, en disminuir la velocidad de su avance, este peligro no es menor que el que surge de la utilización activa de todas las posibilidades de las relaciones mundiales. Pero nosotros no tenemos una libertad total en la elección del ritmo de marcha, porque vivimos y nos desarrollamos bajo la presión de la economía mundial.

El argumento del peligro de la guerra o del bloqueo en el caso de nuestra «incorporación» al mercado mundial puede parecer muy mezquino y muy abstracto. En la medida en que el intercambio internacional bajo todas sus formas, nos fortifica económicamente, nos fortalece igualmente para el caso de un bloqueo o de una guerra. No puede haber ninguna duda de que nuestros enemigos pueden todavía intentar hacernos sufrir esta prueba. Pero, en primer lugar, cuanto más se multipliquen nuestras relaciones económicas internacionales, más dificultades para romperlas nuestros eventuales enemigos. Y, en segundo lugar, si, a pesar de todo, llegara el caso, seríamos mucho más fuertes que con un desarrollo cerrado, y por consiguiente retrasado.

La experiencia histórica de los países burgueses nos proporciona algunas enseñanzas a este respecto. A finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, Alemania desarrolló una industria poderosa y se convirtió, gracias a ella, en un factor extraordinariamente activo de la economía mundial. Su comercio exterior y sus relaciones con los mercados extranjeros y ultramarinos se desarrollaron en poco tiempo de un modo gigantesco. La guerra puso fin brus-

camente a todo ello. Debido a su situación geográfica, Alemania se encontró desde el primer día de la guerra en un aislamiento económico casi completo. Y, sin embargo, el mundo entero fue testigo de una vitalidad y de una perseverancia realmente extraordinarias de este país altamente industrializado. La lucha precedente por los mercados, para vender sus productos, había sido, en el país, la causa de una elasticidad increíble del aparato de producción, que explotó a fondo, durante la guerra, sobre su limitada base nacional.

La división internacional del trabajo mundial es un factor que no puede ignorarse. No podemos acelerar nuestro propio desarrollo por doquier si no nos beneficiamos de un modo apropiado de los recursos que surgen de ésta.

Conclusión

A lo largo de mi exposición he permanecido siempre en el plano del proceso económico y de su evolución lógica. De este modo he eliminado conscientemente casi todos los demás factores que no solamente influyen sobre el desarrollo económico, sino que son capaces incluso de darle una dirección totalmente opuesta. Este análisis económico parcial es justo y necesario metodológicamente, en cuanto que se trata de una visión general de un proceso extraordinariamente complejo que se extiende a lo largo de un número de años.

Es preciso encontrar las soluciones prácticas de cada momento, teniendo en cuenta, en la medida de lo posible, todos los factores en su conjunto en cada instante. Pero cuando se trata de tener una visión general del desarrollo económico a lo largo de un período, es absolutamente preciso eliminar los factores superestructurales, en particular, el factor político. Una guerra, por ejemplo, podría tener una influencia decisiva sobre nuestro desarrollo hacia una dirección, mientras que la victoria de la revolución europea lo afectaría en dirección opuesta. Esto es verdad no solamente para acontecimientos que provengan del exterior. Los procesos económicos internos producen una acción política refleja muy compleja, que

puede convertirse en un factor muy importante. La diferenciación económica de la aldea que no implica, como lo hemos demostrado, ningún peligro económico inmediato, es decir, el peligro del rápido incremento de las tendencias capitalistas, puede producir, en ciertas circunstancias, tendencias políticas que serían hostiles al desarrollo socialista.

Las condiciones políticas, tanto las internas como internacionales, representan un complicado encadenamiento de problemas, cada uno de los cuales exige un análisis particular, en estrecha relación con la economía, naturalmente. Este análisis no ha sido tomado en consideración, dado el fin que se proponía este estudio. Trazar las tendencias fundamentales del desarrollo de la base económica no significa, naturalmente, dar una explicación perfecta de todos los cambios en la superestructura política, que no sólo tienen su propia lógica interna, sino también sus tareas y sus dificultades. Una orientación económica general no sustituye la orientación política, sólo la facilita.

De este modo hemos dejado conscientemente al margen a lo largo de nuestro análisis la pregunta: ¿cuánto tiempo puede durar el orden capitalista? ¿Qué variaciones atravesará y en qué sentido se desarrollará? En este punto son posibles algunas variantes. Y, aunque no tenemos intención de examinarlas en estas líneas finales, debemos mencionarlas. Quizá podamos volver sobre ellas en otro trabajo.

El modo más simple de resolver la cuestión de la victoria del socialismo es mediante la hipótesis de que la revolución proletaria tendrá lugar en Europa en los próximos años. Esta «variante» no es en absoluto inverosímil. Pero, desde el punto de vista del pronóstico socialista, ello no supone ninguna dificultad para nosotros. Es evidente que la fusión de la Unión Soviética con la economía de una Europa soviética, resolvería con éxito la cuestión de los coeficientes de comparación de la producción socialista y capitalista, por muy fuerte que fuera la resistencia de América. Y podría preguntarse si esta resistencia duraría mucho tiempo.

La cuestión se complica enormemente si se supone provisoriamente que el mundo capitalista que nos rodea se mantendrá toda-

vía varios decenios. Pero tal suposición no tendría, en sí misma, ningún sentido si no la concretamos mediante un cierto número de otras suposiciones. ¿Qué sucede en este caso, en el proletariado europeo e igualmente en el proletariado americano? ¿Cuáles serán las fuerzas productivas del capital? ¿Y si los decenios que hemos supuesto, con reservas, fueran décadas de flujos y reflujos tumultuosos, de cruel guerra civil, de estancamiento o incluso de decadencia económica, es decir, una prolongación del trabajo de parto que precede al nacimiento del socialismo? En estas condiciones, parece evidente que en el período de transición nuestra economía alcanzaría el predominio, simplemente a causa de la estabilidad incomparable de nuestra base económica.

Si se supone, por el contrario, que en el curso de los próximos decenios se conformara en el mercado mundial un nuevo equilibrio dinámico, una reproducción, aunque más amplia, del período comprendido entre 1871 y 1914, entonces, el problema adquiere un aspecto completamente diferente. Este «equilibrio» equivaldría a suponer una nueva expansión de las fuerzas productivas. Porque, el relativo «amor a la paz» de la burguesía y del proletariado y el giro oportunista de la socialdemocracia y de los sindicatos durante los años que han precedido a la guerra mundial, sólo fueron posibles por el enorme boom en la industria. Es completamente evidente que lo improbable se hará real si lo imposible se vuelve posible. Si el capitalismo mundial y, más específicamente, el capital europeo, encontrara un nuevo equilibrio dinámico (no mediante sus inconstantes combinaciones gubernamentales, sino mediante sus fuerzas productivas), si la producción capitalista experimentara en los próximos años o décadas un resurgimiento, esto nos colocaría en la posición particular de estar obligados a alcanzar a un tren expreso, aunque estamos todavía tratando de cambiar nuestro lento tren de carga por un tren de pasajeros. Dicho más simplemente, esto significaría que nos habríamos equivocado en las apreciaciones históricas fundamentales, significaría que el capitalismo no ha cumplido todavía su «misión» histórica y que la fase imperialista en que nos encontramos no sería forzosamente una fase de decadencia del capitalismo, la fase de su agonía, de su descomposi-

ción, sino la precondition de un nuevo período de prosperidad.

Es evidente que bajo las condiciones de un renacimiento capitalista en Europa y en el mundo entero, que posiblemente dure varios años, el socialismo en un país atrasado se enfrentaría con peligros colosales. ¿Cuál sería la naturaleza de estos peligros? Podrían ser los peligros que surgen de una nueva guerra que, esta vez, el proletariado europeo, «apaciguado» por las condiciones prósperas, sería nuevamente incapaz de impedir, y en la que el enemigo tendría una superioridad técnica colosal. O podría tomar la forma de una inundación de mercancías capitalistas que serían mucho mejores y más baratas que las nuestras, que podrían quebrar el monopolio del comercio exterior y, junto con él, las otras bases de nuestra economía socialista. Esta es, en el fondo, una cuestión de importancia menor.

Pero es evidente para todos los marxistas que el socialismo en un país atrasado se encontraría bajo enorme presión, si al capitalismo se le diera nuevamente una oportunidad, no sólo de vegetar, sino de desarrollar las fuerzas productivas en los países más avanzados por un largo período de años.

Pero no existe, ciertamente, ninguna razón válida para adoptar esta segunda variable, y sería una tontería sobrevalorar primeramente una perspectiva fantasiosa y romperse después la cabeza para encontrar una salida a la misma.

El sistema económico europeo y mundial representa, actualmente, una acumulación tal de contradicciones (que no favorecen su desarrollo, sino que lo socavan a cada paso) que la historia nos proporcionará en los próximos años, ocasiones más que suficientes para lograr una tasa acelerada de crecimiento, con tal de que exploremos como es necesario todos los medios de nuestra propia economía y de la economía mundial. Al mismo tiempo, el desarrollo europeo desplazará, aunque con dudas y desviaciones, el «coeficiente» de la fuerza política en favor del proletariado revolucionario. En general se puede suponer que el resultado del balance histórico será más que satisfactorio para nosotros.

EL PARTIDO Y EL BLOQUE DE LA OPOSICIÓN

N. BUJARIN

Camaradas,

Mi informe de hoy⁴⁶, sobre los resultados de la asamblea plenaria del Comité Central y de la Comisión Central de Control, se distinguirá de otros informes sobre este tema, por la razón de que los trabajos de la sesión plenaria han tenido, en sí mismos, un carácter excepcional. Toda una serie de temas llevados al orden del día de la asamblea plenaria fueron discutidos en ella, desde un punto de vista general, en relación con las declaraciones y los ataques políticos dirigidos por la oposición contra la mayoría del Comité Central. Me contentaré, por consiguiente, en mi informe de hoy, con discutir las grandes cuestiones fundamentales de la vida política de nuestro país, las cuestiones de principio que conciernen a la actividad de nuestro Partido, así como las cuestiones concernientes a la política interior y, en parte, a la política exterior de nuestro país. Por ello deberé, antes de pasar a la refutación del punto de vista de la nueva oposición, hacer que antes de mi informe una rápida exposición de la situación de nuestro país, teniendo en cuenta que las divergencias fundamentales que separan a los camaradas de la oposición de la mayoría aplastante del Comité Central están basadas en la apreciación de la situación de nuestro país, y del papel que debe jugar actualmente nuestro partido.

Estas divergencias dan lugar a conclusiones diferentes sobre las medidas que nuestro Partido debe cumplir en el período actual de su desarrollo histórico.

⁴⁶ Discurso pronunciado en la reunión del comité de Moscú, el 17 de abril de 1925. El texto de este discurso, publicado posteriormente en *Bolchevik*, ha sufrido, parece ser, ciertos cambios respecto a su versión original, en el sentido de una suavización del tono.

La situación económica

El crecimiento económico de nuestro país

Perdonadme que me vea obligado a proporcionaros algunas cifras. El crecimiento de nuestra economía, el crecimiento de las fuerzas productivas de nuestro país, es un hecho universalmente reconocido entre nosotros, incluso por nuestros peores adversarios. Nuestros más encarnecidos enemigos, e incluso los más ciegos de los mismos, se encuentran actualmente obligados a reconocer nuestro crecimiento económico. Pero, para nosotros, marxistas-leninistas, que estamos a punto de crear un nuevo orden social, la cuestión del crecimiento económico de nuestro país no es más que el primer punto y el más general en el análisis de la situación económica. Debemos plantear, inmediatamente, otras cuestiones y preguntarnos si nuestra industria, que constituye la base de la construcción socialista, progresa y, en caso afirmativo, a qué ritmo progresa, si supera el desarrollo de la agricultura o si, por el contrario, aparece desbordada por el desarrollo de la agricultura. Debemos preguntarnos si la desproporción existente entre nuestra industria estatal y los 22 millones de explotaciones campesinas con que cuenta nuestro país crece, o, si por el contrario, asistimos a un ritmo más rápido del desarrollo de nuestra industria. Tal es la primera de las cuestiones decisivas que debemos plantearnos tras haber establecido el hecho del crecimiento económico general de nuestro país.

La desproporción entre el desarrollo de la agricultura y el de la industria

En lo referente a la desproporción existente entre el desarrollo de la agricultura y el de la industria, la situación puede ser caracterizada por las cifras siguientes: La producción bruta de la agricultura ha crecido, desde la temporada 1922-23 a la temporada 1925-26, del 66,8% al 88,1% del nivel de preguerra. La producción bruta de la industria se ha incrementado durante el mismo intervalo de tiempo, pasando del 34,7% al 95% del nivel de preguerra. Expresa-

do en cifras absolutas, la producción agrícola se ha incrementado, pasando de 7.800 millones de rublos de preguerra a 10.300 millones, es decir, el 32%. Si consideramos la producción bruta de la industria, tenemos las cifras siguientes: en 1922-23, la producción alcanzó los 1.949 millones de rublos de preguerra y, en 1925-26, los 5.215 millones. Nuestra industria ha progresado, por consiguiente, durante este intervalo de tiempo en un 274%.

Llegamos ahora a la base viva de nuestra industria, es decir, a la fuerza de la clase obrera, teniendo en cuenta que la cuestión de la lucha de clases (nuestra construcción socialista es una forma particular de la lucha de clases proletaria) será decidida por los elementos vivos que constituyen, en combinaciones diversas, la base principal de la construcción socialista. La clase obrera constituye el material vivo fundamental de esta construcción socialista. Constituye la clase dominante, la clase dirigente, la clase de vanguardia de la sociedad actual, del período de transición.

Si nos preguntamos cómo la propia clase obrera se desarrolla y cómo se ha modificado su fuerza numérica, que constituye, junto a los demás factores, el factor determinante de su fuerza social como clase, vemos el desarrollo siguiente: la cifra media anual de obreros industriales se ha incrementado hasta alcanzar, en la temporada 1921-22, un millón doscientos cuarenta mil hombres. En junio de 1925, esta cifra ascendía a un millón quinientos cincuenta y cinco mil; en junio de 1926, a un millón ochocientos noventa y ocho mil, es decir, en un año, se ha producido un aumento superior a los trescientos mil hombres. Podemos plantear la misma cuestión no solamente desde el punto de vista del crecimiento numérico de la clase obrera, sino también desde el punto de vista del crecimiento proporcional de la renta de la clase obrera en el conjunto de la renta nacional. Sabéis que nuestro país es primordialmente un país agrícola. La clase obrera constituye, todavía entre nosotros, una minoría ínfima. Por ello no debemos extrañarnos de la proporción ínfima que representa la renta de la clase obrera respecto al total de nuestra renta, pero lo que importa es el aumento de la parte de la renta de la clase obrera en el conjunto de la renta nacional. La suma de los salarios obreros; dicho de otro modo, la renta de la clase

obrera, ha alcanzado, en 1922-23, el 20% del conjunto de la renta nacional, y en 1924-25 esta proporción ha alcanzado el 28,1%, es decir, un incremento de casi el 50%.

Pero, posteriormente, hemos realizado tales progresos que nuestros órganos de planificación económica han comenzado a establecer planes de orientación para un período relativamente largo. De este modo, hemos elaborado un plan de orientación para los próximos cinco años. Este plan ha sido establecido con la mayor prudencia por los colaboradores de la Comisión del Plan Económico. Según este plan, el crecimiento de la producción agrícola, a lo largo de los años 1925-30, será aproximadamente del 20,8%, mientras que el crecimiento de la producción industrial será aproximadamente del 110%. Se trata, por consiguiente, del crecimiento tanto de la producción agrícola como de la producción industrial. Esta relación será distinta si consideramos no solamente el crecimiento de la producción bruta de la agricultura, sino únicamente la cantidad de mercancías dirigidas al mercado. Según los cálculos provisionales que han sido efectuados sobre este tema, la cantidad de productos agrícolas aumentará, en el curso de los cinco próximos años, en el 42 o 43%, aproximadamente.

Si consideramos el crecimiento del 110% de la producción industrial, prevista por el plan económico, vemos que las cifras de orientación para los cinco próximos años, establecidas sobre la base de un estudio minucioso de los factores económicos existentes, muestran que el crecimiento de la industria superará al crecimiento de la agricultura. Tal es la tendencia fundamental de nuestra economía, tal como la establecimos en el XIV Congreso de nuestro Partido.

De este modo, si nos preguntamos con qué ritmo se desarrollará la industria y la agricultura, podemos responder con seguridad que en lo referente a los próximos años asistiremos a un desarrollo de la industrialización de nuestro país.

La importancia y el papel del capital privado

La segunda cuestión que debemos plantearnos es la de saber en qué medida el capital privado se ha desarrollado en nuestro país y

qué importancia ocupa en relación con el desarrollo de nuestra economía de Estado. Hagamos aquí una pequeña distinción: debemos distinguir entre la economía privada en nuestro país y una economía privada capitalista, distinción que gran número de camaradas olvidan, y principalmente, como veremos posteriormente, los camaradas de la oposición. Porque una economía como la pequeña explotación campesina, que no emplea trabajo asalariado, constituye ciertamente una economía privada, pero no es una economía capitalista. Pero si hablamos de nuestra concurrencia frente al capital privado, debemos preguntarnos cuál es la relación de fuerzas existente entre nuestra economía de Estado, bajo todas sus formas, y la economía capitalista privada, es decir, una economía que emplee trabajo asalariado. Desgraciadamente, nuestras estadísticas en este campo son muy insuficientes.

Los datos de los que disponemos sobre el movimiento del capital privado, su crecimiento o su disminución, no tienen ningún carácter de exactitud.

Recientemente, un funcionario del comisariado de Hacienda, Kutler, intentó calcular la importancia del capital privado y de la acumulación anual en el interior de las empresas capitalistas privadas. Efectuó una encuesta en las empresas privadas, que se extendió a cerca de una décima parte de las empresas capitalistas privadas que caen bajo la ley sobre el impuesto de compensación. Este último hecho muestra, por sí sólo, lo difícil que es el que nos apoyemos en este punto en las conclusiones de Kutler. En todo caso, la encuesta de Kutler indica, de todas las encuestas realizadas hasta el momento sobre el papel del capital privado, el resultado más favorable para él.

Según estos cálculos, sobre la técnica de los cuales no me extenderé en este momento, el beneficio bruto de las 323.855 empresas capitalistas privadas existentes en nuestro país se expresa por una considerable suma que oscila en 319 y 585 millones de rublos.

En la última sesión del Comité Central, uno de los representantes más autorizados de la oposición, el camarada Piatakov, estimó en 400 o 500 millones de rublos el beneficio neto del capital privado, resultado obtenido gracias a un método en el que Dzerzhinski y

otros camaradas encontraron una serie de errores. No quiero discutir estos errores; indico únicamente que Piatakov establecía sus cálculos del siguiente modo: el 11% de la producción industrial pertenece a los comerciantes privados. En realidad, el comerciante privado absorbe un porcentaje superior en gran medida de la producción industrial. Según ciertos cálculos, ese porcentaje se eleva incluso al 40% o quizá más. Es basándose en estas cifras como Piatakov ha obtenido la suma de la acumulación capitalista privada. El principal error que cometía era el siguiente: si el comercio privado absorbe oficialmente el 11% de la producción industrial y, en realidad, más del 11%, esto se produce por medio de varias ventas. Digamos, por ejemplo, nuestras cooperativas o nuestros órganos subalternos del Estado, que compran a nuestras organizaciones estatales mercancías al precio al por mayor, las revenden a su vez al capital privado. No se puede representar el hecho de tal modo que el comercio privado se embolse toda la diferencia existente entre los precios al por mayor y los precios al por menor. Si recibe la mercancía a través de un intermediario, los órganos de comercio del Estado o las cooperativas que han vendido la mercancía a los comerciantes privados han tomado ya su parte en el beneficio comercial, de tal modo que el comerciante privado no recibe toda la diferencia entre los precios al por mayor y los precios al por menor. Admitamos, incluso, que el beneficio bruto se eleva, conforme los cálculos de Kutler, a cerca de 400 millones de rublos (tomo la media entre 319 y 585). Esta cifra puede asustarnos, porque 300 o 400 millones constituyen una bonita suma. Si el beneficio bruto del capital privado se expresa por una suma tal, ello representa ciertamente un peligro considerable para nuestra clase; esto significaría que el capital privado ha profundizado demasiado en su lucha contra nosotros. Pero, en estos cálculos, no se ha tenido en cuenta un hecho, en mi opinión decisivo, y es que esta suma no constituye un beneficio neto, que expresaría la acumulación capitalista privada, y por lo tanto en modo alguno debe compararse esta suma con el beneficio neto de nuestras empresas de Estado, de nuestros órganos comerciales y de nuestra industria estatal. No es posible hacerlo, principalmente porque en este beneficio está contenido todo

el beneficio bruto de las empresas capitalistas, incluso aquella parte de los beneficios que devora. Tomad ahora el cuadro general: ¿cuántas empresas proporcionan este beneficio que se encuentra entre 319 y 580 millones de rublos? Alcanzan el número de 323.855. Si admitimos que el mantenimiento de una familia necesita alrededor de unos 80 rublos al mes (naturalmente puedo equivocarme, pero este error sería compensado por una parte o la otra), esto significa alrededor de unos 1.000 rublos anuales. Se devora, por consiguiente, 323 millones de rublos al año para el conjunto de las empresas capitalistas. Es necesario, por consiguiente, retirar, de los 400 millones de beneficio bruto, los 323 millones de rublos devorados de este modo. Llegamos así a la auténtica suma que representa la acumulación de la economía capitalista privada. Esta suma no es, pues, comparable en absoluto con las cifras que representan el beneficio neto de nuestra industria. Si calculamos el beneficio neto de nuestra industria, sólo contamos nuestra acumulación, es decir, lo que puede ser empleado en la ampliación de nuestra industria. No contamos los gastos de mantenimiento del personal técnico, del correspondiente aparato, etc. Pero cuando se trata del capital privado, se confunde la acumulación, es decir, el beneficio neto que puede ser empleado en la ampliación de la empresa, con el beneficio bruto. Esta sola corrección muestra ya un cuadro completamente distinto, una relación de fuerzas completamente diferente.

He estudiado minuciosamente toda una serie de comunicaciones provenientes de las provincias acerca del crecimiento del capital privado en un cierto número de regiones. Aparece de este modo que, en la región de Leningrado, el capital privado ha disminuido constantemente. Existen, por el contrario, otras regiones en las que el capital privado ha desarrollado sus posiciones. Ucrania es la región en la que el capital privado ha aumentado más. Pero, incluso en Ucrania, el capital privado no ha alcanzado más que el nivel de 1924, teniendo en cuenta que a partir de 1923 hemos ejercido una gran presión sobre el capital privado, que obligó a éste a retroceder. A continuación, aflojamos un poco las riendas, lo que permitió al capital privado el comenzar a crecer nuevamente en alguna medida

y alcanzar su nivel de 1924.

Si consideramos nuestra economía estatal, nuestra economía comunal y nuestras cooperativas, el beneficio neto de la economía socializada ha alcanzado, en 1924-25, 1.025 millones de rublos, y se elevará en 1925-26, aproximadamente (los cálculos definitivos no han sido establecidos todavía), a 1.586 millones de rublos. Esta suma representa un beneficio neto. Si, por consiguiente, admitimos los resultados favorables para los capitalistas privados, obtenidos mediante los cálculos de Kutler, y los corregimos del modo que he indicado, es decir si retiramos del beneficio del capital privado todo lo que necesita para su mantenimiento, vemos que las posiciones de nuestra economía de Estado son extraordinariamente fuertes y no deben suscitar ninguna preocupación sobre la suerte que corre nuestra construcción socialista. Creo que los progresos posteriores de nuestra economía reforzarán aún más nuestras posiciones.

Es preciso no olvidar tampoco que hemos probado ya nuestra capacidad de maniobra en este campo. Hace algunos años hemos ejercido una presión sobre el capital privado y hemos comenzado a eliminarlo de un modo extraordinariamente rápido. Pero cuando hemos visto que íbamos demasiado lejos en dicho sentido, hemos disminuido en alguna medida esta presión. Hemos mostrado que podíamos hacerlo. Estas oscilaciones repetidas de la situación económica han probado ya que el poder estatal juega, en nuestro país, un gran papel regulador, y que en caso de un auténtico peligro que nos amenazara por parte del capital privado estaríamos en condiciones, como lo hemos hecho ya, de poner en movimiento las palancas de nuestro sistema de crédito, de nuestro aparato de transporte, de nuestro aparato fiscal y, de un modo general, del conjunto de nuestro aparato económico para eliminar, cuando ello sea necesario, el capital privado.

De la relación de las fuerzas sociales existentes podemos sacar en cada instante todo un conjunto de conclusiones necesarias. Vemos, por ejemplo, que el capital privado se ha lanzado en la actualidad sobre la aldea. Debemos, por consiguiente, reforzar nuestras posiciones en el campo. Vemos que el capital privado hacía, todavía hace poco tiempo, un uso excesivo de nuestro crédito estatal. He-

mos debido reforzar nuestra presión en este punto. Vemos que podemos aprender del capital privado a acelerar nuestra circulación (teniendo en cuenta que los recursos del capital privado circulan más rápidamente que los nuestros, en nuestras pesadas instituciones de Estado). Vemos que el capital privado utiliza, de un modo extraordinariamente intensivo, el capital extranjero. Hasta el momento, no hemos podido reglamentar este asunto. No podemos utilizar todavía, en la medida necesaria, la acumulación campesina para desarrollar nuestra industria y nuestras cooperativas. En este punto, igualmente, es necesario sacar de esta situación toda una serie de conclusiones. Todo ello es justo; pero es completamente falso decir que el capital privado se encuentra suspendido sobre nuestras cabezas como una nube de tormenta. Esto es completamente absurdo.

Las diferencias de clase en la aldea

Llegados a este punto, algunas palabras sobre las aldeas. Cierto número de camaradas creen que el problema del campesino medio no existe ya en absoluto, porque la diferenciación en el seno del campesinado se ha acentuado mucho estos últimos tiempos. Desgraciadamente, en este campo, igualmente, nuestras estadísticas son muy insuficientes. No existe un cuadro exacto sobre la diferenciación que se ha producido estos últimos tiempos en las aldeas. Sin embargo, quisiera efectuar una indicación de tipo general. Si consideráis cualquier país capitalista, e incluso un país que se desarrolla muy rápidamente, reconoceréis que el cuadro puede transformarse fundamentalmente en algunos años, que la capa de campesinos medios es totalmente arrastrada por la ola del desarrollo capitalista, pero que este proceso se desarrolla, sin embargo, más lentamente que en la industria. Pero si es así en los países capitalistas, en que todo el mecanismo de la sociedad capitalista tiende al máximo ritmo de descomposición de la capa de los campesinos medios y de la diferenciación en el seno del campesinado, es imposible en nuestro país, debido, simplemente, a la nacionalización del suelo. Lenin lo ha repetido a menudo. Puedo apoyarme en el dis-

curso de Lenin que fue grabado en discos de gramófono y distribuido por todos los pueblos y aldeas de la Unión Soviética, como uno de los discursos más importantes y más populares de Lenin sobre la cuestión campesina. En este discurso habla de la nacionalización del suelo, y de la importancia de la capa de campesinos medios precisamente en relación con la nacionalización del suelo. Y por este motivo, se diga lo que se diga, no podemos en modo alguno llegar a la conclusión de que en nuestro país, el cuadro de la diferenciación en el seno del campesinado se ha modificado considerablemente en el curso de estos dos últimos años; es algo imposible.

El crecimiento de las cooperativas

Entre los factores que son característicos para la situación en nuestro país, se sabe que el desarrollo de las cooperativas, y en primer lugar de las cooperativas agrícolas, juega un gran papel. Si consideramos el balance de las cooperativas agrícolas, vemos que del 1 de enero de 1923 al 1 de enero de 1924 ha aumentado en cuatro veces y media, y que del 1 de enero de 1924 al 1 de octubre de 1925, ha aumentado en un 90%. Este ritmo extraordinariamente rápido del desarrollo de las cooperativas agrícolas muestra con suficiente claridad lo que ocurre. Muestra que, aunque hayamos cometido en este campo errores considerables y no hayamos desplegado la energía necesaria, hemos realizado, sin embargo, una gran obra.

El balance general nos es favorable

Si nos planteamos ahora la cuestión de las relaciones entre la economía de Estado y la economía capitalista privada, podemos decir que, aunque el capital privado haya crecido en cifras absolutas, las posiciones de los elementos socialistas de nuestra economía se han reforzado relativamente respecto a las del capital privado. El propio Kutler, sobre el que ya me he apoyado, declara que la participación del capital privado en el conjunto de la vida económica disminuye constantemente, es decir que, aunque el beneficio bruto

del capital privado se eleve, según sus cálculos, a más de 400 millones de rublos, los elementos socialistas de nuestra economía progresan a un ritmo mucho más rápido. Este especialista reconoce, por consiguiente, que el crecimiento de la economía de Estado supera al crecimiento de la economía privada, y esto es, a fin de cuentas, lo esencial. Si el capital privado ha crecido, y nuestro crecimiento supera, sin embargo, al suyo, es una prueba del crecimiento general de nuestro país y del reforzamiento de nuestra posición en los marcos de esta vida económica creciente.

Por consiguiente, por una parte, la industria de Estado y la industria en general, superan a la agricultura; por otra parte, los elementos socialistas de la economía superan al capital privado.

Tales son las conclusiones más importantes que podemos sacar del análisis de nuestra situación económica. Naturalmente, esto no excluye el hecho de que este desarrollo se lleva a cabo a través de contradicciones. En absoluto escondo que el capital privado crece. He indicado, a propósito, las cifras que muestran este crecimiento del capital privado. Pero, sin embargo, el balance total nos es favorable, es favorable a la clase obrera, es favorable a la dictadura proletaria y es favorable a los elementos socialistas de nuestra economía.

La situación política en la Unión Soviética

Llegamos ahora a la situación política en nuestro país. Trataré rápidamente esta parte de mi discurso, teniendo en cuenta que la situación política refleja esencialmente la situación económica de nuestro país.

La tranquilización de la clase campesina.

Si consideramos la situación desde un punto de vista completamente general, debemos, desde el primer momento, indicar como uno de los factores principales, determinante para la situación política de nuestro país, la tranquilización de la clase campesina y

de la masa de campesinos medios.

Nuestra existencia se desarrolla actualmente a un ritmo tan rápido que olvidamos a menudo cuál era la situación hace relativamente poco tiempo. Pero si recordáis la época que precedió a la XIV Conferencia del partido, os acordaréis de la inquietud que existía entre las amplias masas campesinas, y particularmente entre los campesinos pobres y medios. En un número muy grande de lugares, los campesinos medios caminaban al lado de los *kulaks* y manifestaban, de un modo muy activo, su descontento respecto al poder de los soviets. Podemos constatar, en la actualidad, una tranquilidad general en las aldeas. Crece la confianza respecto al poder soviético y al Partido Comunista. Es una consecuencia directa de nuestra justa orientación política y, en particular, de nuestra política de animación de los soviets, de igualdad revolucionaria, de reglamentación de las relaciones en todo el sistema de nuestros órganos soviéticos y de toda una serie de desahogos en el campo de los impuestos agrícolas.

No hay que considerar esta tranquilización de la clase campesina de un modo independiente de la cuestión del reforzamiento de la dictadura proletaria. La situación política de la clase campesina constituye uno de los factores más importantes para el reforzamiento de la dictadura proletaria. Esta dictadura no debe ser debilitada en ninguna circunstancia. No es casualidad que Lenin haya declarado que el principio supremo de la dictadura proletaria era la alianza con la clase campesina. Era uno de los principios más importantes de la enseñanza leninista, y sigue siéndolo. El cambio favorable de la temperatura política de nuestra clase campesina, no a costa de una pasividad creciente, sino acompañada, por el contrario, de un reforzamiento de la actividad de la clase campesina, es uno de los progresos más considerables en la vida política interior de nuestro país. Significa el reforzamiento de la dictadura del proletariado y de la influencia dirigente.

Nuestro crecimiento es también reconocido en el extranjero.

Esta situación de las relaciones de fuerza en el interior de nues-

tro país, basada en nuestro crecimiento económico y en el reforzamiento de los elementos socialistas de nuestra economía respecto al conjunto de nuestra vida económica, debería tener igualmente como consecuencia un cierto reagrupamiento de las fuerzas en el campo internacional. Nuestro crecimiento es reconocido también por nuestros enemigos. El hecho mismo de nuestro crecimiento les obliga, por una parte, a reiniciar con nosotros relaciones económicas, y, por otra, a esforzarse en paralizar este crecimiento. Aludo, en este momento, a ciertos preparativos del gobierno inglés y de la burguesía inglesa con vistas a realizar el bloqueo económico y financiero de nuestra Unión.

En lo referente a nuestros semiamigos, es decir, a las amplias masas obreras, es actualmente claro para todo el mundo que el crecimiento y el reforzamiento de los elementos socialistas penetra, poco a poco, a través de la nube de las mentiras burguesas, en las cabezas socialistas. Esto se manifiesta en el hecho de que, cada vez con más frecuencia, vienen a visitarnos delegaciones obreras. Ayer, un camarada comunista llegado con la delegación alemana me decía que, en Alemania, cualquiera que dijera que nuestra industria siderúrgica no es una industria socialista, que disminuye el número de nuestros obreros, que todo se encuentra en retroceso en nuestro país, perdería todo su crédito, incluso entre los socialdemócratas, debido a que ello no sería más que una repetición de las mentiras de la prensa burguesa y de los dirigentes más reaccionarios de la socialdemocracia.

Progresamos más rápidamente que nuestros adversarios

Es evidente que las fuerzas de nuestros adversarios crecen en el campo político tanto como en el campo económico. Es cierto que debemos tener presentes los peligros políticos que nos amenazan. Es cierto que debemos tener presente el peligro que nos amenaza por parte de los grandes campesinos, de los *nepmen*⁴⁷, y de los intelectuales burgueses que se alían a menudo con ellos. No debemos

⁴⁷ *Nepmen*, personas que se han enriquecido mediante la NEP.

perderles de vista, debemos observar continuamente el crecimiento de estos peligros. Ciertamente, seríamos pésimos políticos si no viéramos las cosas en este sentido.

Pero, si obtenemos el balance general, si consideramos la justa proporción de luz y de sombras, si vemos nuestro crecimiento y el crecimiento de nuestros adversarios, nuestros progresos y nuestros errores, debemos decir la verdad, y la verdad es que, en general, progresamos más rápidamente que nuestros adversarios, que no existe ninguna nube tormentosa suspendida sobre nuestras cabezas, y que, en general, nos encontramos en el buen camino.

Las divergencias ideológicas entre el partido y la oposición

Pasaré a referirme a las cuestiones que han sido planteadas, en parte, en la sesión plenaria del comité central por los camaradas de la oposición, y, en parte, al margen de la sesión plenaria por escritores, periodistas, teóricos y economistas de la oposición. Dividiré mi exposición según los diferentes problemas fundamentales ante los cuales se encuentra actualmente nuestro partido y de cuya apreciación depende nuestra política, y las conclusiones que en cuanto dirigentes de la política de nuestro partido debemos sacar de la situación.

La política económica y la industrialización de nuestro país

Abordemos, inicialmente, el problema que denominaría de la política económica en relación con la industrialización de nuestro país. Me esforzaré en exponer sucintamente las tesis de los camaradas de la oposición que constituyen su plataforma económica frente a la plataforma del partido.

Su primera tesis consiste en decir que nuestra industria se encuentra en retroceso y que la desproporción existente entre la industria y la agricultura crece a costa de la industria. He refutado ya esta tesis en mi introducción. Es habitual que todas las oposiciones describan siempre la situación de una manera excesivamente sombría, pero, sin embargo, es necesario observar una cierta medida.

Los camaradas de la oposición dicen que nuestra industria se encuentra en retroceso respecto a la agricultura, que la primera no se desarrolla tan rápidamente como la segunda y que la responsabilidad de ello incumbe a la política de nuestro partido y de la mayoría del comité central.

Ya, cuando las discusiones sobre la política de precios, en 1923, se acusó al comité central de nuestro partido de ser responsable del retroceso de nuestra industria respecto a la agricultura. ¿Os acordáis, camaradas, qué respuesta proporcionaron los acontecimientos a esta acusación? Durante el primer año que siguió a la discusión de 1923, nuestra industria creció en un 60%. Durante el año siguiente, nuestra industria creció, nuevamente, en un 40%. En este sentido, la tesis sobre el retroceso de nuestra industria se fundamenta en cifras inexactas. He planteado la cuestión desde una forma positiva al comienzo de mi informe, y habéis visto que el balance total es, sin duda alguna, favorable a nuestra industria.

La segunda tesis consiste en decir que debemos, ahora, aplicar una política industrial mucho más intensiva, y, en particular, elevar los precios de los productos de nuestra industria. Piatakov, que en la última sesión plenaria tomó la palabra en nombre de la oposición, declaró que era necesario elevar los precios de los productos de nuestra industria. Los camaradas de la oposición opinan que esta elevación de los precios tendrá como consecuencia una industrialización más intensa de nuestro país.

Pensamos que esta política es totalmente falsa. No podemos admitir esta política porque una elevación de los precios de los productos de nuestra industria, cuya mayor parte es consumida en las ciudades y constituye uno de los elementos del nivel de salarios, tendría como resultado disminuir el salario real e influir desfavorablemente sobre la estabilidad de nuestra divisa. No podemos aceptar esta política, porque no solamente no nos permitiría superar el principal mal de nuestras organizaciones industriales, el mal burocrático, el mal de los gastos excesivamente elevados del aparato industrial y del aparato comercial, el modo de organización irracional del trabajo, sino que haría más difícil todavía la superación de todas las lagunas de nuestra industria. Si habituamos

ahora a nuestra industria y a nuestros órganos económicos a una política de elevación de los precios, nuestros funcionarios de los órganos económicos no harán nada por mejorar la organización del trabajo, por disminuir los gastos improductivos, por establecer una organización racional del trabajo, por reducir los gastos de mantenimiento y el costo de la producción y por mejorar la calidad de los productos. Todo monopolio esconde en sí mismo el peligro de un cierto enmohecimiento, de una cierta tendencia a descansar en sus propios laureles. El capitalista privado, el empresario privado, ha sido siempre empujado hacia adelante por la competencia. Cuando Pedro trabaja mal y tiene gastos de mantenimiento elevados, mientras que, en Pablo, estos gastos son menores, Pablo triunfa sobre Pedro; la competencia hunde a los empresarios que trabajan con gastos elevados. Pero si tenemos en nuestras manos toda la gran industria, si disponemos de un monopolio de Estado y nos pertenecen todas las posiciones esenciales, si no utilizamos nuestra dirección con la finalidad de hacer que la producción sea mejor y más barata, tendremos ante nosotros todas las condiciones de un enmohecimiento de nuestra industria basado en el monopolio. Lo que realiza la competencia en la sociedad capitalista debe ser obtenido en nuestro país por una presión constante bajo el asalto de las necesidades de las masas: producir mejor, más barato y proporcionar mejores mercancías y a mejor precio.

Si en nuestra política de precios nos separamos de esta actitud de principio, no cumpliremos el mandato de Lenin, según el cual nuestra industria debe proporcionar a la economía campesina productos a mejor precio que los que le proporciona el capitalismo, sino que, por el contrario, nos situaremos en una postura tal que los obreros y, con mayor razón, los campesinos nos dirán: «¿Para qué habéis hecho la revolución si vuestra economía tiene como consecuencia el encarecimiento de los productos de nuestra industria? No sabéis nada de economía».

Debemos mostrar, en los hechos, que sabemos algo de economía, y por esta razón nuestro principal deseo debe ser practicar una política de disminución constante de los precios reduciendo el coste de producción y poniendo orden en nuestro aparato económico

de Estado. He dicho anteriormente que el capitalista privado hace circular su capital más rápidamente, que tiene menos gastos, que sabe ahorrar mejor, etc., y que, por el contrario, nuestro aparato es pesado, que su capital circula más lentamente, que tiene gastos inmensos. Esto nos aplasta. Si no queremos sucumbir ante los capitalistas privados, sino seguir nosotros hacia adelante, si queremos elevar la calidad de nuestra producción para vender nuestras mercancías a mejor precio, para reforzar nuestra alianza económica con los campesinos, debemos trabajar enérgicamente, no en elevar los precios, sino por el contrario, en disminuirlos.

La oposición piensa que, mediante su política de elevación de los precios, llegará a un crecimiento más rápido de la industria, pero nosotros pensamos que se trata de una ilusión, de un engaño. La política de precios elevados tendrá, por el contrario, como resultado, detener el crecimiento de nuestra industria, hacernos creer que todo se puede cubrir con la ayuda de los fondos del Estado, y la industria no hará nada por avanzar, por desarrollarse, por convertirse en un factor técnico y económico del progreso de nuestra economía.

La tercera tesis consiste en decir que estamos amenazados de un peligro por parte del capital privado. Ya he refutado esta tesis en mi introducción. He tomado, por ejemplo, las cifras más favorables al capital privado, y creo haber demostrado que incluso estas cifras favorables para el capital privado no indican en absoluto un peligro amenazante por parte del capital privado.

La cuarta tesis, finalmente, es la afirmación según la cual nuestros órganos de Estado degenerarían completamente, que se separan totalmente de las masas y que se acercan cada vez más a los *nepmen*, a los *kulaks* y a otros elementos capitalistas. Sobre este tema debo decir que existe ciertamente una cierta tendencia a una degeneración burocrática. Pero a lo que hay que oponerse enérgicamente es a la tesis según la cual nuestra industria de Estado ha degenerado ya y no representa la industria de la clase obrera. A esta afirmación es a lo que tienden los camaradas de la oposición.

Nuestra industria es la industria socialista del Estado de la clase obrera con una alteración burocrática. Tal es nuestro punto de vis-

ta. La lucha contra el burocratismo debe ser, por consiguiente, una de nuestras tareas principales, y debemos consagrar a ella la mayor energía. Pero aún estamos lejos de la tesis establecida por los camaradas de la oposición.

La clase campesina

Llego ahora al segundo problema, es decir al problema de la clase campesina.

Existe un punto que debemos considerar con una particular atención, porque constituye, por así decirlo, el trampolín a partir del cual la nueva oposición lanza sus consignas sobre la cuestión campesina. Se trata de la confusión entre capital privado y campesinado, entre campesinado y economía capitalista.

En primer lugar, atraeré vuestra atención sobre el libro de Preobrazhensky, titulado *La nueva economía*, libro que contiene la coordinación teórica de todas las propuestas, corrientes, afirmaciones, tesis, etc., de la oposición. La economía de nuestro país es descrita en él del siguiente modo: por una parte, la economía de Estado; por otra, la economía privada. Al margen de ello no queda nada. La economía capitalista privada, la economía campesina, tanto la de los campesinos pobres como la de los campesinos medios, todo se engloba en lo mismo. Se trata, naturalmente, de un modo inexacto de plantear la cuestión. Cuando Lenin plantea la cuestión de quién vencerá a quién, los capitalistas o nosotros, la planteaba desde el siguiente punto de vista: ¿quién conquistará al campesinado? ¿Conseguiremos ganarnos a la masa principal del campesinado o lo conseguirán los capitalistas? En la concepción de Lenin, la clase campesina jugaba el papel de un objeto disputado por dos clases adversas. Y si nos planteamos la cuestión: ¿quién vencerá a quién?, esta cuestión será decidida, principalmente, a través de la cuestión de saber quién arrastrará consigo a la clase campesina. ¿La clase obrera o la clase capitalista? Porque entre la clase obrera y la clase capitalista se encuentra la lucha por la conquista del campesinado. Por ello es un modo completamente absurdo de plantear la cuestión, que está en contradicción formal con

lo que decía Lenin, confundir la economía capitalista privada con la economía campesina.

Esta cuestión se encuentra ligada con otra cuestión; es decir, la cuestión de cómo sacar de la economía campesina y de la economía privada, en general, los recursos para la industria y para la economía del Estado. Es necesario en este punto no simplificar en modo alguno la cuestión. Es evidente que nuestra industria de Estado debe procurarse los recursos necesarios para su crecimiento, no solamente a través de lo que la clase obrera produce en el interior de los marcos de esta industria de Estado, y que debemos sacar de campos al margen de la industria los recursos necesarios para el desarrollo de la industria. Por esta razón debemos sacarlos también de la economía campesina. La clase campesina debe contribuir a ayudar al Estado a desarrollar la industria socialista, y por este motivo los ingresos de impuestos, los beneficios industriales sobre los productos que vendemos a los campesinos, son obtenidos de la clase campesina.

Sería falso decir que la industria no debe utilizar para su desarrollo más que los productos que ella misma crea. Toda la cuestión consiste mucho más exactamente en preguntarse cuánto podemos obtener de la clase campesina. cuáles son los límites de nuestras exigencias y cómo podemos obtener los mejores resultados. De este modo es como se plantea la cuestión. En esto radica la diferencia que existe entre nosotros y la oposición. Los camaradas de la oposición quieren pedir demasiado a los campesinos y quieren ejercer sobre ellos una presión tan fuerte que sería, en nuestra opinión, irracional desde el punto de vista económico e inaceptable desde el punto de vista político. Ello no quiere decir que nosotros renunciemos a obtener de la clase campesina medios destinados a reforzar la industria, pero somos mucho más prudentes en nuestros cálculos, y hacemos lo que es oportuno, política y económicamente. Pero cuando se plantea la cuestión como la plantea Preobrazhensky, y con él toda una serie de camaradas que no ven la diferencia entre la economía capitalista privada y la economía campesina, es comprensible que el plantearse estos límites sea superfluo, que debamos sacar de los capitalistas privados todo lo

que sea posible, y no permitirles existir más que en la medida en que permita sacarles el máximo posible el próximo año. Pero en lo que concierne a la economía campesina, no podemos plantear la cuestión del mismo modo que se plantea respecto de la economía capitalista privada. No se puede encontrar en este punto una fórmula adecuada tanto para los campesinos medios, como para los campesinos pobres y los campesinos ricos, como lo hace Preobrazhensky. Tal modo de plantear la cuestión nos conduce a conclusiones igualmente diferentes en la política práctica. La oposición, como ya he indicado, propone vender tan caro como sea posible; si se vende más caro al campesino, más se obtiene de él en esto consiste toda la sabiduría de la oposición. El punto de vista de un camarada de la oposición, el camarada Ossovski, contenido en un artículo que hemos publicado como artículo de discusión en la revista *Bolchevik*, consiste en que sacamos menos de la clase campesina de lo que obtenía el zarismo, que es preciso sacar más, y que de este modo suprimiremos todos los males que existen en nuestro país. No debemos considerar que sucedería así, no porque esto sea contrario a nuestra política respecto a la clase campesina, sino porque ello es una ilusión ingenua desde el punto de vista de la oportunidad económica. Es, en efecto, ridículo creer que nuestra industria pudiera desarrollarse rápidamente en tales condiciones.

Tomemos un ejemplo exagerado: podemos sacar este año diez veces más de la clase campesina que lo que obtenemos actualmente para colocarlo en la industria. Pero, ¿qué ocurrirá? El año próximo tendremos una agricultura que no valdrá nada, no tendremos materias primas, ni algodón, ni cereales para la exportación, etc., y en la industria habremos arrojado un capital inmenso sacando de la clase campesina todo lo que podemos sacar de ella. Sería absurdo pensar que de este modo podemos asegurar un desarrollo rápido de la industria, teniendo en cuenta que en el curso de los próximos años nos enfrentaremos con la resistencia de un mercado menguado y que no encontraremos compradores para nuestros productos.

He tomado un ejemplo exagerado. Podemos ver, de este modo, que una marcha más rápida del desarrollo de nuestra industria no

puede ser asegurada por la cantidad máxima que podemos obtener de la economía campesina. En absoluto es tan simple. Si pedimos menos ahora, facilitamos de este modo la acumulación en la agricultura y aseguramos para mañana una mayor demanda de productos de nuestra industria. Si aseguramos una mayor productividad de la agricultura, podremos, el próximo año, basándonos en esta mayor productividad, pedir más de lo que hicimos el pasado año. Aseguramos de este modo para el próximo año un mayor crecimiento de nuestros ingresos que podremos emplear en el desarrollo de nuestra industria de Estado. Si, debido a esta política, avanzamos el presente año a un ritmo algo más lento, tanto más rápidamente crecerá la curva de nuestro crecimiento el próximo año; si adoptamos la política de la oposición, aumentamos las inversiones de capitales el primer año, pero estas inversiones disminuirán tanto más rápidamente el próximo año cuanto más elevadas hayan sido éstas. No es por estos medios como podemos asegurar el desarrollo de nuestra industria. Únicamente podemos asegurarla mediante la política adoptada por el Comité Central. La política propuesta por la oposición, no solamente nos conduciría a toda una serie de dificultades políticas, sino que tendría también como resultado frenar la marcha del desarrollo de la industria.

Llego ahora a una cuestión de la que he hablado anteriormente. Los camaradas de la oposición exageran de un modo increíble la diferenciación que se produce en el seno de la clase campesina, y ésta es la razón de que manifiesten constantemente una tendencia a no tener en cuenta los campesinos medios. Consideran con una atención insuficiente el desarrollo de la economía de los campesinos medios, de las cooperativas, etc. En relación con este aspecto de la clase campesina, no han comprendido en absoluto el problema de la transformación de la economía campesina, el problema del desarrollo de esta economía hacia otras vías, hacia la vía socialista, gracias a la creciente influencia de los órganos de la dictadura del proletariado sobre la economía de los campesinos medios. Esta cuestión juega un papel extraordinariamente importante en nuestra discusión. Constituye la base de gran número de divergencias y una de las cuestiones fundamentales que separan a la gran mayoría

del Comité Central de los camaradas de la oposición.

El carácter social del Estado soviético.

Volvámonos ahora hacia el tercer problema, el problema del poder, de la dictadura del proletariado y de la política de la dictadura del proletariado en el interior de nuestro país. Quizás preguntaráis: ¿caso esta cuestión se ha convertido en un punto discutido actualmente en nuestro partido? Sí, pensad que la oposición ha hecho igualmente de este punto una cuestión discutida. Por medio de toda una serie de ataques, de toda una serie de afirmaciones, ha comenzado igualmente a expresar dudas en esta cuestión. Si, anteriormente, se dudaba del carácter de nuestra industria socialista, si se dudaba de la exactitud de nuestra política respecto a la clase campesina, se duda actualmente del carácter de clase del poder soviético de nuestro país. Es un nuevo paso en el desarrollo del pensamiento de la oposición, un nuevo paso apartándose del punto de vista leninista, por parte de los jefes del bloque actual de la oposición.

En uno de sus discursos ante la sesión plenaria del comité central, Trotsky habló del carácter no proletario del poder soviético existente en nuestro país. Cuando fue discutida la cuestión campesina, en relación con los resultados de las elecciones, la oposición declaró que estábamos amenazados de una desviación *kulak*, desviación que exigía una intervención enérgica de nuestro partido para oponerse a un nuevo cambio del Estado actual, ya insuficientemente proletario.

Es preciso señalar que la idea conforme a la cual nuestro Estado no es un Estado obrero, no es ya el Estado de la dictadura del proletariado, juega un papel cada vez más importante en la oposición. Se podría, quizás, pensar que esta frase se le escapó a Trotsky únicamente en el calor de la discusión. Es posible, pero hubiera sido su obligación corregir esta afirmación. Ello hubiera sido tanto más necesario cuanto que, en mi discurso a la asamblea plenaria del Comité Central, aludí a esta frase. Repito que es posible que Trotsky la dijera en el calor de la discusión, pero hay algo más que

esta frase. Existe un estudio realizado por un miembro de la oposición y que será publicado en uno de los próximos números de la revista *Bolchevik*, un artículo del camarada Ossovski. He indicado ya otro de sus artículos publicados en *Bolchevik*, artículo en el que pretendía que no debemos obtener de los campesinos menos de lo que el zarismo y los terratenientes sacaban de ellos. En este momento, me referiré a sus declaraciones referentes al carácter de nuestro poder de Estado. Camaradas, es preciso consagrar a esta cuestión un poco más de atención, porque, como vosotros mismos comprendéis, la cuestión del carácter de nuestro poder de Estado constituye para nosotros la cuestión central. ¿Existe en nuestro país una dictadura del proletariado, o no? De esta cuestión dependen todas las demás cuestiones, porque si no tenemos en nuestro país una dictadura del proletariado es preciso implantarla y es necesario apartar todos los obstáculos que se oponen a la realización de la dictadura del proletariado.

Ossovski escribe lo siguiente:

«Es necesario recordar las palabras de Lenin, pronunciadas en la sesión de la fracción comunista del VIII Congreso de los Soviets. Decía que nuestro Estado no es un Estado obrero, sino un Estado obrero y campesino. Sólo ahora, diez años más tarde, podemos comprender por qué Bujarin no puede sacar las conclusiones que se desprenden de que nuestro Estado no es un Estado obrero, sino un Estado obrero y campesino. La concepción leninista del Estado obrero y campesino supone la existencia inevitable de una cierta distancia que nos separa de este Estado, en el cual se encuentra el proletariado y, en una cierta medida también, la clase campesina. Las tentativas de suprimir la separación existente, inevitablemente, entre el Estado obrero y campesino y el proletariado pueden tener consecuencias fatales para la revolución proletaria».

Si traduce esto al lenguaje ordinario, esto significa lo siguiente: no tenemos una dictadura del proletariado, nuestro Estado no es

un Estado obrero, sino un Estado obrero y campesino, el proletariado debe defender sus intereses propios, y, por consiguiente, debe levantarse, en cierta medida, contra este Estado obrero y campesino. Si, por consiguiente, el partido proletario quiere continuar siendo un partido proletario, debe luchar contra el Estado soviético. Pero es preciso decir antes que nada que comienza a convertirse en una moda el apoyar todos los absurdos en la autoridad de Lenin, y se piensa que esto no cuesta nada. Aquí, Ossovski arremete contra mi persona. Lenin, dice, ha comprendido que nuestro Estado es un Estado obrero y campesino. Bujarin no lo comprende, pero como se sabe que Bujarin pertenece a la mayoría del Comité Central, es natural que el Comité Central no comprenda nada de esta cuestión y lleve, por consiguiente, una política que, como dice Ossovski, podría conducir a resultados extraordinariamente perjudiciales desde el punto de vista de la revolución proletaria. Pero rechazo desde el principio la llamada que se hace a la autoridad de Lenin, o, con mayor exactitud, yo mismo soy el que cito a este último para probar que Ossovski está completamente equivocado y que su modo de plantear la cuestión conduce a conclusiones perjudiciales para la revolución proletaria.

Lenin ha escrito lo que sigue en su artículo titulado «*La crisis del pueblo*», con ocasión de la discusión sindical:

«A propósito de la discusión del 30 de diciembre, debo corregir también un error que he cometido. Decía: *Nuestro Estado no es un Estado obrero, sino un Estado obrero y campesino*. Bujarin me interrumpió preguntando: *Pero, ¿cuál?* Y, respondiendo a su interrupción, me referí al VII Congreso de los Soviets que precisamente acababa de terminarse.

Leyendo el acta de la discusión, veo que estaba equivocado y que Bujarin tenía razón. Debía haber dicho: *El Estado obrero es una abstracción, pero nosotros tenemos, en realidad, un Estado obrero con la particularidad de que, en este Estado, no es la población proletaria, sino la población campesina la que constituye la mayoría y, por otra parte, es un Estado obrero con una desfiguración burocrática*».

Es una frase totalmente justa, y Ossovski debería saber que Lenin ha dicho esto. Lenin decía: «Tenemos un gobierno obrero, pero, en el país, es la población campesina la que constituye la mayoría». Con toda exactitud, tenemos un Estado obrero, pero con una desfiguración burocrática. Por consiguiente, la dictadura del proletariado tiene, en nuestro país, esta particularidad de que existe en un país en que la población es en su mayoría campesina y en el que el aparato de poder del Estado se encuentra con el lastre de una desfiguración burocrática. Es absolutamente justo, pero ¿cuál es el carácter de clase del Estado? Es un Estado obrero. Si se nos dice, por consiguiente, que nuestro Estado no es un Estado obrero y que ya es a medias pequeñoburgués, se pretende que nuestro Estado ha degenerado ya y se duda de la existencia en nuestro país de la dictadura del proletariado. Estamos de acuerdo en que, si nuestro Estado no es un Estado proletario, ello es algo muy serio. Si así fuera, deberíamos sacar otras conclusiones y sería completamente natural que nuestro partido, si es un partido proletario, se planteara en el orden del día cuestiones que significaran un saneamiento radical del poder soviético actual. No es posible actuar de otro modo. Tal es la primera tesis.

La pretendida degeneración burocrática de los soviets

La tesis anterior se encuentra ligada a la tesis sobre la degeneración del aparato del Estado y sobre la pretendida desviación de nuestra política y de la política del Estado soviético de los intereses de las amplias masas proletarias. Kamenev declaraba en su discurso: «Vuestra política se aleja de la línea de la revolución proletaria y de los intereses de las amplias masas obreras».

Esta declaración concuerda perfectamente con la afirmación según la cual «nuestro Estado no tiene un carácter proletario», y según la cual «no somos un Estado obrero». Concuerda perfectamente con los rumores respecto a la degeneración del poder de los soviets. La oposición ha mostrado que los numerosos grupos burocráticos del aparato de Estado se encuentran completados por gru-

pos burocráticos, no menos numerosos, existentes en el interior de los órganos económicos, de las cooperativas, de los sindicatos, etc. Parece por consiguiente que, en nuestro aparato, nuestros cuadros no tienen nada en común con los intereses de las amplias masas obreras.

Hasta ahora creíamos, en la simpleza de nuestra alma, que nuestro partido constituía la vanguardia del proletariado. Pero parece ahora que no es más que un grupito burocrático completamente separado de las masas. Hasta ahora pensábamos que el poder soviético representa en nuestro país una forma de dictadura del proletariado, y resulta ahora que tenemos un Estado no proletario a cuyo frente se encuentra una casta burocrática. Desarrollando, lógicamente, este orden de pensamiento, se debe concluir necesariamente, antes o después, en la idea de la necesidad del derrocamiento del poder soviético, ni más ni menos. Y vuelvo a repetirlo: si estuviera personalmente convencido de que la situación en nuestro país es tal que no tenemos ya una dictadura del proletariado, que reina en nuestro país una oligarquía completamente separada de los intereses de las masas, sería necesario sacar las mismas conclusiones que Kautsky, es decir: derrocamiento del poder soviético. Nuestros camaradas de la oposición no han llegado todavía a esta conclusión y parece que no llegarán a este extremo. Creo, por lo menos, que el Dios bolchevique les detendrá a medio camino, y será lo mejor desde el punto de vista de los intereses del partido. Pero es necesario ser un imbécil para no comprender que este desarrollo ideológico les conduce precisamente en esta dirección.

La pretendida inmersión de los soviets en la pequeña burguesía rural

Lo mismo ocurre en lo referente a otra afirmación de la oposición, según la cual nuestros órganos soviéticos caen cada vez más en el pantano de la pequeña burguesía rural. Los camaradas toman los resultados de las elecciones y dicen: «Veis, en los soviets rurales, hay cada vez más campesinos; así es como hemos apoyado el surgimiento de los soviets». Los peldaños inferiores de nuestro edificio han quedado sumergidos bajo la pequeña burguesía, los

peldaños superiores por una camarilla burocrática. Este aire impuro acabará ahogándonos.

Esta tesis es ciertamente una perla de la creatividad de la nueva oposición. Los camaradas de la oposición se imaginan que se puede gobernar un país rural de tal modo que la clase obrera pueda dominar en cada aldea.

¿Cómo es posible imaginar que el proletariado industrial pueda tener la mayoría en los soviets rurales? Para imaginarse tal cosa es necesario, ciertamente, ser un zopenco (aplausos). Cualquiera que posea los conocimientos políticos incluso más elementales, comprenderá que el poder soviético y nuestro aparato de Estado constituyen un sistema completamente particular que se compone, de hecho, de varios pisos. El propio Zinóviev ha hablado en numerosas ocasiones, y con un gran entusiasmo, de la necesidad de atraernos a los campesinos sin partido. ¿Atraerlos a dónde? A los soviets. ¿Es una desgracia que campesinos sin partido hayan sido elegidos a los soviets? En absoluto. ¿Cuál es el laboratorio en el que transformamos a los campesinos, superamos su psicología individualista, los arrastramos tras nosotros, les llevamos a colaborar con nosotros en el trabajo de la construcción socialista? Este laboratorio son los soviets. ¿Acaso se quiere ahora meter a los campesinos en una cámara oscura y conseguir que aprendan por medio de la radio? Es algo absurdo. Transformamos a los campesinos por medio del trabajo práctico, pero los arrastramos detrás nuestra, para asegurar la línea proletaria.

La estructura de nuestro aparato de Estado es la siguiente: existen órganos superiores, medios e inferiores. En la cima se encuentran cuadros muy fuertes, dirigidos por nuestro partido y cuyo núcleo está compuesto por miembros del partido. Cuanto más descendemos hacia los órganos inferiores, más encontramos en ellos a los sin partido. Atraemos poco a poco a los campesinos sin partido, es decir, a una capa en el fondo pequeñoburguesa, en los pisos inferiores, capa que está sometida a una dirección proletaria. Transformamos a los campesinos a nuestros modos, les iniciamos en nuestro trabajo, les enseñamos a trabajar según los nuevos métodos y les hacemos participar en la obra de la construcción socialis-

ta. Es así como se expresa la dirección del campesinado por el proletariado. Y si hacemos entrar a los campesinos en los órganos inferiores del poder soviético, ello es una condición indispensable del papel dirigente ejercido por el proletariado sobre el campesinado.

Para refutar las tesis de la oposición, se puede también aducir otro ejemplo sacado de la experiencia de otro país. Tomo como ejemplo a Inglaterra. Inglaterra también ha llevado a cabo una guerra imperialista. Se sabe que el primer ministro inglés, Lloyd George, ha hecho entrar en su gobierno a Henderson como representante de la clase obrera y de los trabajadores. Lo mismo ha ocurrido en otro cierto número de países. Respondedme: ¿acaso algún marxista podría afirmar que el Estado inglés era, en aquella época, un Estado burgués proletario, porque Henderson se encontraba en el gobierno? Naturalmente, tal afirmación sería una completa tontería. ¿Sabéis quienes hablaban así? Los oportunistas. Decían: ahora que Henderson es ministro, y debido a que es ministro, ha comenzado una nueva era en el desarrollo del capitalismo; los obreros participan en el poder; por consiguiente, el Estado no es ya un Estado burgués imperialista, sino algo completamente distinto. En el fondo, la oposición considera del mismo modo la dictadura del proletariado.

Cuando Lloyd George introdujo a Henderson en su gobierno, Inglaterra no dejó un sólo instante de ser un Estado burgués imperialista. ¿Por qué? Por una simple razón, porque la burguesía se había servido de Henderson únicamente para transformar la ideología de la clase obrera y hacerla permeable a la ideología burguesa. Henderson ha cumplido la tarea que le había sido confiada por la burguesía. Esta pudo, durante algún tiempo, llevar a remolque suyo a la clase obrera, y por este motivo el nombramiento de Henderson en el seno del gobierno constituía la cadena con la que la burguesía arrastraba tras ella a la clase obrera, sin cambiar ni un pelo el carácter de clase del Estado burgués. Arrastró a remolque suyo a su adversario de clase. Pero el campesinado, en su mayor parte, no es para nosotros un enemigo de clase; es nuestro aliado, y si le hacemos entrar en el aparato de nuestra administración del Estado, si lo atraemos a nosotros, es necesario ciertamente ser zo-

penco para pretender que no tenemos por ello un Estado obrero, sino un Estado híbrido obrero pequeñoburgués, y deducir de ello la consecuencia de que es necesario defender la línea puramente proletaria contra el Estado soviético.

La raíz del error teórico cometido por la oposición consiste en que estos camaradas no comprenden que la dictadura del proletariado debe atraer a sus aliados a los órganos de la dictadura para transformarles, dirigirles, comprometerles en las vías socialistas, como Lenin lo ha dicho, en el interés del principio supremo de la dictadura del proletariado, a saber: la alianza entre la clase obrera y el campesinado.

Así es como hay que plantear la cuestión. Y si se manifiestan dudas sobre la existencia de la dictadura del proletariado, debido a que no tenemos proletariado industrial en las aldeas, y que, por este motivo, allí donde no hay proletariado industrial, no puede haber proletarios y que, por consiguiente, no puede haberlos en nuestros órganos inferiores, ello significa que no se comprende la tarea principal que nos incumbe, es decir, la tarea de hacer participar a las amplias masas del campesinado en las tareas de la construcción socialista. Esta incomprensión es un ejemplo modélico de escepticismo, manifestado por la oposición sobre la posibilidad de la construcción socialista de nuestro país, de esta incomprensión de los métodos de la construcción socialista de los que ha hablado nuestro XIV Congreso.

Los resultados de la campaña electoral.

Algunas palabras sobre los resultados de la campaña electoral que acaba de terminarse.

La última campaña electoral ha sido la primera campaña organizada sobre la base de la renuncia a una presión administrativa por nuestra parte. Por primera vez se han empleado nuevos métodos, consagrando nuestros esfuerzos principales al trabajo de preparación ideológica y dando una mayor libertad a las diferentes capas de la población que, según nuestra constitución, tienen derechos electorales. ¿Cuál fue el resultado de estas elecciones? En las

aldeas, el porcentaje de los comunistas elegidos a los soviets ha disminuido, y en los soviets rurales, e incluso en los soviets de las ciudades, han entrado elementos que hasta entonces habían estado completamente apartados. Ello es lo que ha permitido a la oposición pretender que los soviets habían caído en el pantano pequeñoburgués, y que, por ello, nuestro poder de Estado se había apartado de la vía proletaria, bajo la presión de la pequeña burguesía

Sobre este tema es preciso señalar lo siguiente: gran número de camaradas de provincias han constatado que si, en los soviets de las aldeas, existen menos comunistas que otras veces, actualmente tras los comunistas elegidos se encuentra toda la aldea, mientras que antes sólo eran elegidos ficticiamente y no poseían ninguna autoridad en la población. Ciertamente, había en otros momentos más comunistas en los soviets rurales, pero estos comunistas no estaban ligados con las masas y no las dirigían. Actualmente podemos decir, con seguridad, que, incluso allí donde han sido elegidos un pequeño número de comunistas en los soviets rurales, esto no representa ningún debilitamiento de nuestra influencia, sino por el contrario, un reforzamiento de nuestra influencia, y prueba de ello es que tenemos en nuestras manos la dirección basada en el convencimiento ideológico, y que un comunista que tiene detrás de él a toda la población tiene más peso que diez comunistas que no tienen la población detrás.

Con ocasión de cada gran maniobra, de cada cambio de orientación, existe siempre una factura que pagar. Es siempre necesario un reagrupamiento. Cuando hemos declarado en la XIV Conferencia del partido que se imponía un reagrupamiento, cierto número de camaradas han perdido la cabeza. No sabían ya lo que tenían que hacer. Algunos han olvidado el mostrar el rostro del partido y han cedido a la presión de elementos extranjeros. Otros han perdido todo rumbo y no sabían ya cómo actuar. Sólo al cabo de algún tiempo se ha comenzado el auténtico reagrupamiento. Ciertamente, hemos hecho entrar a gran número de campesinos en los soviets rurales, pero no les hemos sometido en todas partes a nuestra influencia de un modo suficiente, y ello es una falta por nuestra parte. No hemos sabido reconstituir nuestras filas con la velocidad

necesaria, pero debemos, en todo caso, modificar nuestra política para poder seguir avanzando. No hay en ello nada que pueda asustar. Ahora que hemos reconstituido nuestras filas, comenzamos ya a agrupar nuevas masas que hasta el momento habían quedado al margen de nuestra influencia.

Zinóviev ha propuesto, en otro momento, organizar conferencias de los campesinos sin partido, fundar un periódico para los campesinos sin partido, y Sokólnikov ha pedido incluso la legalización de los mencheviques y de los S-R. Estaban dispuestos incluso al abandono de todas las posiciones porque las aldeas manifestaban un descontento respecto al poder soviético. Por el contrario, si llevamos a cabo un cambio de orientación de un modo tranquilo y prudente, con mano firme, sin manifestar el menor temor, entonces estos mismos camaradas creen que nos desviamos. No nos desviamos, reforzamos la dictadura del proletariado y, mañana, la reforzaremos aun diez veces más gracias a esta misma política que no constituye una desviación, sino que es una política justa.

Repito una vez más que si en el XIV Congreso la oposición no manifestaba todavía ninguna duda sobre el carácter de clase de nuestro Estado, manifiesta ahora un auténtico escepticismo respecto al carácter proletario del Estado soviético.

De la libertad de agrupación a la democracia política de nuestro país

Llego ahora al problema del aparato del partido en el sistema de la dictadura del proletariado.

Sabéis que nosotros, leninistas, hemos considerado hasta ahora que la unidad y la firmeza de nuestro partido eran la condición indispensable del mantenimiento y del reforzamiento de la dictadura del proletariado. Hemos declarado siempre que la dictadura del proletariado únicamente puede ser asegurada en nuestro país si nuestro partido mantiene el papel dirigente y si: primero, es el único partido existente en nuestro país, lo que excluye la existencia legal de otros partidos; y, segundo, el partido está unido, lo que excluye la existencia de grupos, de fracciones y de corrientes organizadas. No os recordaré, camaradas, con qué energía, con qué lujo

de palabras y de argumentos, Zinóviev se ha esforzado en demostrar esta verdad elemental del leninismo, y ahora, bruscamente, de golpe, todo ha cambiado; toda la oposición, Trotsky, Kámenev, Zinóviev, Krúpskaya, etc., solicitan la libertad de fracciones en el interior de nuestro partido. La primera señal de este cambio de orientación fue dada por Zinóviev desde lo alto de la tribuna del XIV Congreso. Se sabe que Zinóviev ha dicho en este Congreso que era necesario hacer entrar en la dirección del partido a todos los antiguos grupos de la oposición. En estos momentos, este germen se ha convertido no ya en un brote, sino en una flor que no es, ciertamente, muy aromática (risas). Si la oposición mantiene su libertad de fracciones, cierto número de camaradas llegarán a extrañas conclusiones. El propio camarada Ossovski, del que ya he hablado anteriormente, declara lo siguiente: «En nuestro país no hay unidad de intereses económicos. La clase obrera tiene sus intereses propios. La clase campesina tiene igualmente los suyos, algo diferentes de los primeros. Existen, por otra parte, en nuestro país, capitalistas privados que tienen igualmente sus propios intereses. Pero no tenemos más que un partido. Si no queremos legalizar los demás partidos es preciso actuar de modo que existan, en el interior de nuestro partido, elementos que representen los intereses capitalistas». Este es el sentido de lo que ha escrito Ossovski:

«La solución de esta cuestión [la de la unidad de nuestro partido] sería fácil si se debiera probar la posibilidad de la unidad de un partido legal, que no sería el único partido existente. Porque, en ese caso, seríamos el único partido gubernamental, pero el único partido en el país. Pero es mucho más difícil mostrar la posibilidad de una unidad absoluta del único partido legal existente en nuestro país, con tendencias económicas extremadamente variadas. Nadie niega el hecho de que nuestra economía comprende campos en los que el espíritu de empresa capitalista puede jugar un papel positivo. En este caso, el partido, que sigue siendo un partido unido y el único partido en nuestro país, debe defender, de hecho, todos los intereses existentes en

el país; por consiguiente, también los de los empresarios capitalistas».

Como puede verse, Ossovski intenta justificar la petición relativa a la libertad de las fracciones. Si queréis tener un único partido en el país en el que existen intereses diferentes, dice, actuar de modo que otorgue una cierta libertad a los que defienden los intereses de los campesinos ricos y de los capitalistas. Es difícil, en los marcos de la constitución de nuestro partido, defender los intereses de los campesinos ricos y de los capitalistas. Por ello, abrid la puerta y tendréis una fracción de los *nepmen*, una fracción de la pequeña burguesía y todo el conjunto constituirá el Partido Comunista de la Unión Soviética. Entonces, la dictadura florecerá en nuestro país; entonces, este partido corresponderá al Estado obrero y campesino. En realidad, pronto habrá que decir Estado de los obreros, de los campesinos y de los *nepmen*. Entonces, todo estará en orden. Estado de los obreros, de los campesinos y de los *nepmen*; partido obrero-campesino y *nepmen*, un solo partido en el país, y éste será el País de las Maravillas (risas). Sabéis ya de que se trata. Los diferentes grupos fraccionales en el interior de nuestro partido tienen, naturalmente, por base, diferentes corrientes sociales, y si permitimos la constitución de grupos fraccionales, si permitimos la existencia de fracciones en el interior de nuestro partido, la próxima etapa deberá ser la legalización de otros partidos.

Un ejemplo: existe en nuestro país una fracción Medvédev cuya plataforma os es conocida por el artículo publicado en *Pravda*. Medvédev pide que nuestra industria de Estado sea entregada en concesión al capital extranjero, pide la liquidación de la Internacional Comunista y de la Internacional Sindical Roja, la entrada inmediata en la Internacional de Amsterdam, la finalización de toda discusión sobre el campesinado, teniendo en cuenta que el campesinado representa el «campo estéril». Se trata de una plataforma menchevique.

Se nos dice: «Dad libertad a esta fracción». Esta fracción se denomina, bromas al margen, «Oposición obrera». Admitamos que aceptásemos la libertad de fracciones y que hubiera en nuestro

partido una fracción legal Medvédev; entonces los mencheviques llamarán a nuestras puertas y dirán: no os pedimos otra cosa que lo que pide Medvédev. Liquidad la Internacional Comunista, liquidad la Internacional Sindical Roja, practicad una amplia política de concesiones, escupid sobre los campesinos. ¿Por qué no queréis legalizarnos, si existe ya en vuestro partido una fracción legal que plantea estas exigencias? Es evidente que deberíamos legalizar el partido menchevique, pero, si lo hacemos, nos desviaríamos ciertamente de la línea de la dictadura del proletariado y nos introduciríamos en la vía de la democracia política, en la vía que, desde hace tiempo, nos ha sido aconsejada por los mencheviques, por Kautsky, por los S-R y por los demás adversarios políticos.

Debo decir que se juega mucho actualmente en las tertulias de la oposición con la idea de la existencia de dos partidos. El propio Ossovski nos profetiza para un futuro próximo la constitución de dos partidos que se denominarán ambos, al comienzo, partidos comunistas: un partido que apoyará la salida del Comité anglo-ruso y defenderá un «punto de vista internacional», y otro partido que se imagina que se puede construir aisladamente el socialismo en nuestro país y que será un partido «comunista nacional». La petición de la libertad de las fracciones no es más que una etapa hacia la constitución de estos dos partidos.

Soy de la opinión que, en lo que respecta a esta cuestión de la libertad de las fracciones, la oposición se aparta completamente de los principios elementales de la enseñanza leninista sobre el papel y el carácter del partido de nuestro país y sobre el carácter orgánico de nuestro partido único en el país.

Resultados y conclusiones

¿A dónde conduce la ideología de la oposición?

Examinaré ahora en qué sentido se desarrolla la ideología de la actual oposición. Volveré nuevamente a la plataforma de Medvédev.

No es gratuito que el organismo central de nuestro partido haya

publicado su artículo contra la plataforma de Medvédev bajo el siguiente título: «El peligro de la derecha en nuestro partido». No existe una persona cuya inteligencia esté en sus cabales que pueda negar que el grupo de la antigua oposición obrera representa la extrema derecha de nuestro partido, porque no es posible representarse, en el campo de la política internacional, ningún punto de vista más a la derecha que el punto de vista de la liquidación de la Internacional Comunista, que el punto de vista de gentes que tratan de «chusma pequeño-burguesa» a los partidos comunistas de Occidente, «que viven del dinero ruso», que el punto de vista que pide la liquidación de la Internacional Sindical Roja y la entrega de nuestra industria socialista al capital extranjero.

En realidad, este grupo está ideológicamente al margen de nuestro partido, y debemos establecer desde el primer momento que la oposición actual, que representa un bloque de diferentes agrupaciones de oposición, engloba igualmente al grupo del camarada Medvédev. A nuestras repetidas peticiones de que rechazaran el punto de vista de Medvédev y que lucharan con nosotros contra él, la oposición no nos ha dado una respuesta razonable. Hace cerca de un año, cierto número de camaradas han pedido a Zinóviev que escribiera un artículo respondiendo al artículo de Medvédev. Zinóviev no lo ha hecho. Cuando se le pidió la razón de ello en la sesión plenaria del Comité Central, respondió textualmente lo siguiente: «Como dirigís vuestros tiros contra la izquierda, no he considerado oportuno atacar al camarada de izquierda Medvédev». Por consiguiente, Zinóviev considera la plataforma de Medvédev como una plataforma de izquierda. Resulta de ello que, si Medvédev es de la izquierda, Zinóviev se encuentra a su derecha. No sé ya lo quede hacer una vez llegados a esta conclusión. Pero, en realidad, Zinóviev no está a la derecha de Medvédev; felizmente no es éste todavía el caso, pero si consideráis el aspecto ideológico de los diferentes grupos de oposición, sin tener en cuenta las personas, se puede encontrar un lazo ideológico entre todos los grupos de la oposición.

¿Qué escribe Medvédev sobre la cuestión campesina?

«Es absurdo pensar que se puede salvar la economía

pequeñoburguesa. Está condenada a su completa desaparición. Es una utopía pequeñoburguesa creer que se puede elevar el nivel de la economía campesina».

Era lo que decíamos bajo el régimen capitalista. Pero hablar de este modo en las condiciones de la dictadura del proletariado es adoptar un punto de vista completamente distinto que el punto de vista leninista. Medvédev concluye que es absurdo ocuparse del «campo estéril». ¿Por qué debemos nosotros, auténticos proletarios, ocuparnos de esa canalla campesina? Cedamos por el contrario nuestra industria al capital extranjero para obtener algunos céntimos más. He aquí un auténtico punto de vista obrero. Si los camaradas de la nueva oposición declaran que la diferenciación en las aldeas ha realizado tales progresos que no se puede hablar ya de campesinos medios, y si Preobrazhensky no distingue el capital privado de la economía campesina, se encuentra en ello un parentesco indudable con Medvédev. El hecho de que la oposición actual manifieste dudas acerca del carácter socialista de nuestra industria de Estado, y que Medvédev conceda tan poca importancia al carácter socialista de nuestra industria, que esté dispuesto a entregar esta industria al capital extranjero, constituye otro nuevo lazo de parentesco entre estos dos grupos.

Finalmente, mientras que Medvédev declara que nuestro partido está podrido y que se aparta de la vía de una auténtica política proletaria, Kámenev afirma que esta política no corresponde ya a los intereses de las amplias masas obreras.

Se nos dirá, quizás, que no se encuentra ni en Zinóviev ni en Trotsky nada análogo a la ignominiosa propuesta de Medvédev referente a la liquidación de la Internacional Comunista. Es cierto, por ahora, pero si la oposición continúa por el camino por el que se ha introducido, es posible que no ocurra lo mismo en el futuro. Ossovski, del que hemos hablado ya tan a menudo, ha escrito más o menos lo que sigue: «Nuestro partido está expuesto a la presión de diferentes formas económicas», recordad lo que ya he dicho sobre el tema de la representación en nuestro partido, de elementos capitalistas, y continúa «debe, por consiguiente, renunciar a su

papel de partido dirigente de la Internacional Comunista».

Seguidme con atención: si el Partido Comunista de la Unión Soviética no renuncia a su papel de partido dirigente de la Internacional Comunista, esto significa que no la conducirá en absoluto por la vía revolucionaria, sino que, por el contrario, teniendo en cuenta su «degeneración», provocará la degeneración de la Internacional Comunista. Las extremas-izquierdas en Alemania han llegado ya a esta conclusión. Por ello declaran que es necesario crear una IV Internacional. ¿Qué dirá nuestra oposición si continúa pretendiendo que nuestro partido se ha apartado de la vía revolucionaria y continúa sin embargo al frente de la Internacional Comunista? Dirá que la Internacional Comunista se ha separado de la vía revolucionaria, y adoptará una actitud cada vez más negativa respecto a la I.C.

Lo repito: seremos los primeros en agradecer al destino si esto no se produce. Pero para ello es necesario que la oposición se aleje del camino en el que se ha adentrado y que preste atención a las conclusiones a las que debe llegar necesariamente.

La oposición en un estadio intermedio; sobre la plataforma trotskista

¿En qué sentido se desarrolla la oposición en cuanto corriente ideológica? En la dirección de Shliápnikov y de Medvédev, hacia la liquidación completa de la Internacional Comunista, hacia el escepticismo completo respecto a la posibilidad de la construcción socialista de nuestro país. Actualmente se encuentra todavía en un estadio intermedio, en la plataforma de Trotsky. La ideología oficial del conjunto de la oposición, comprendiendo en ella a los camaradas Zinóviev, Kámenev, Krúpskaya, etc., es una ideología netamente trotskista. Cuando hemos dicho en otro momento que la oposición acabaría en el trotskismo, gran número de camaradas no querían creerlo. Lo negaban. Recordad cómo Zinóviev luchó contra Trotsky, tanto en nuestro país como en la prensa de otros partidos. ¿Cuántos artículos no han escrito Zinóviev y otros camaradas actualmente de la oposición contra el trotskismo? Pero, actualmente Trotsky se ha convertido en el jefe ideológico de todo este grupo de

oposición, mientras que ni Zinóviev ni Kámenev tienen ninguna idea propia. Hacen declaraciones comunes, elaboran una plataforma común, bajo una firma común, y, lo que es esencial, todas las ideas pertenecen a Trotsky.

¿Cuál es el punto de vista de la oposición actual sobre la cuestión campesina? El de Trotsky. He expuesto ya nuestras divergencias en la cuestión de la política económica. He indicado cuál era el punto de vista de Preobrazhensky.

¿Qué punto de vista es éste? El de Trotsky, que ha triunfado en la oposición, mientras que Zinóviev y Kámenev han capitulado ante él.

Y, en la cuestión de la organización, en la cuestión de la libertad de las fracciones, ¿cuál es el punto de vista defendido por la oposición? Naturalmente, es el punto de vista que Trotsky defiende desde hace varios decenios.

En la asamblea de funcionarios de Moscú, del 11 de diciembre de 1924, Zinóviev declaraba lo siguiente respecto a la discusión con Trotsky:

«Por ello os ruego, camaradas, que deis una respuesta clara y precisa. Si creéis que ha llegado el momento de legalizar las fracciones, decidlo claramente. En lo que respecta a nosotros creemos que este momento no ha llegado y que no llegará en el período de la dictadura del proletariado. No puede llegar porque esta cuestión se confunde con la de la libertad de prensa, con los derechos políticos de las capas no proletarias de la población. Quien no comprenda esto, no comprende nada de la situación. Esto va unido con nuestra actitud respecto a los campesinos. No podemos permitir una ruptura en nuestro partido, porque no podemos permitir una ruptura en el Estado.

El menor desorden en el partido repercute inmediatamente en el aparato del Estado. La división en el partido provocará inevitablemente una división en todo el aparato del Estado; por ello la cuestión de los grupos en el partido es para nosotros una cuestión vital».

De este modo hablaba Zinóviev contra Trotsky. Pero, en la actualidad, recoge las consignas contra las que tronaba anteriormente; ha olvidado todo, y considera, probablemente, como cháchara carente de sentido todo cuanto dijo el 11 de diciembre de 1924:

«A fin de cuentas, el trotskismo es una tendencia izquierdista para el espíritu europeo; es decir, para el espíritu oportunista, pseudomarxista, contrario al comunismo».

Así se expresaba Zinóviev sobre el trotskismo. Por otra parte, declaraba:

«Se nos dice a veces que todas las desgracias proceden del X Congreso. Pero la política del X Congreso es la política del leninismo. Los ataques de Trotsky contra las bases de la política bolchevique, contra las bases del leninismo no pueden ser reconocidas como justas».

Y cosas similares. Así es cómo se expresaba en aquel momento el camarada Zinóviev. Pero todo ello ha quedado olvidado. El vencedor en el bloque de la oposición es Trotsky, cuyo punto de vista, según Zinóviev, no era otra cosa que una variedad del menchevismo.

Las fuentes ideológicas del bloque de oposición

¿Cuáles son las fuentes ideológicas del bloque de oposición actual? Creo que la base fundamental de la ideología de este bloque de oposición es, ciertamente, como lo ha declarado el XIV Congreso, el escepticismo o, en el mejor de los casos, la duda acerca de la posibilidad de la construcción socialista en nuestro país, y creo que ello proviene de los antiguos puntos de vista de todos los representantes del bloque de oposición actual.

En Trotsky, este punto de vista corresponde a la afirmación según la cual, si la revolución internacional no triunfa, el campesino contrarrevolucionario derrocará, inevitablemente, a la dictadura del proletariado. Es este punto de vista, que es la base de su teoría sobre la revolución permanente, lo que mantiene siempre.

En Kámenev y Zinóviev, este punto de vista se encuentra entrelazado con su actitud en la época de la Revolución de Octubre, cuando creían que nuestro partido no se encontraba a la altura de las tareas exigidas por el poder.

En lo que concierne a la Oposición obrera, recordaré un hecho que gran número de nosotros ha olvidado. Entre los desertores de Octubre se encontraba igualmente Shliápnikov. El también abandonó su puesto en las jornadas de Octubre; él, que ocupaba en la época un puesto de comisario del pueblo, entregó también su dimisión, y no lo hizo probablemente por su propia iniciativa, sino seguramente, tras haber deliberado sobre ello con el grupo de sus camaradas de la misma opinión.

Los tres grupos principales que constituyen el bloque de la oposición actual han dado, en su pasado histórico, una apreciación de las relaciones de fuerza en el país, en la que expresaban su duda acerca de la posibilidad de la clase obrera para sacar, bajo la dirección de nuestro partido, a nuestro país atrasado del pantano en el que se encuentra. Tales son las bases ideológicas fundamentales del bloque actual de la oposición.

El partido no permitirá ninguna escisión fraccional

Es ahora fácil comprender por qué la oposición se ha decidido a actos tan inauditos, que han conducido al *affaire* de los camaradas Lachevitch y otros. Estos actos constituyen, en la historia de nuestro partido, una violación tan inaudita de la disciplina que un candidato del Comité Central no podía organizar, evidentemente, sin la aprobación de algunos miembros del buró político, asambleas contra el partido, con vistas a derrocar al actual Comité Central, y crear una organización que constituye, de hecho, el germen de un nuevo partido.

No os demostraré, camaradas, el carácter criminal de tales actos. Me parece completamente superfluo. Todo el mundo lo comprenderá. Quiero únicamente esforzarme en comprender cómo fue posible. Creo que fue posible únicamente porque estos camaradas ideológicamente se han alejado extraordinariamente de la línea del partido, porque están, en su fuero íntimo, fuertemente convencidos de que el partido va al abismo, de que se aparta de una política proletaria, de que se encuentra en un mal camino, y que es preciso emplear todos los medios para salvarle. Sólo de este modo se pueden subjetivamente justificar sus actos. Pero, desde el punto de vista del partido, no son justificables. El Comité Central y la Comisión Central de Control se encontraban ante el hecho de que un grupo de camaradas, algunos de los cuales ocupan puestos de extrema responsabilidad, han organizado una asamblea ilegal contra el partido y contra su dirección. Si toleramos tales actos, mañana nuestro partido habrá dejado de existir como partido leninista. Por ello no podemos permitirlo, y por ello decimos: defended vuestras ideas, defended vuestro punto de vista, tomad la palabra en las asambleas del partido. Pero si hacéis reuniones ilegales, si no respondéis a las preguntas, si os negáis a testimoniar ante la Comisión Central de Control, si os lanzáis por el camino de la organización de un nuevo partido en el interior de nuestro partido, si creáis organizaciones ilegales, os combatiremos sin piedad. Zinóviev tenía toda la razón al decir, hace dos años, que la cuestión de la división del partido era una cuestión vital del partido y de la dictadura del proletariado.

Naturalmente, el peligro disminuye en cierta medida debido a que los camaradas de la oposición no tienen masa alguna tras ellos. Serán cada vez más como generales sin ejército o como almirantes de la flota suiza (risas y aplausos). Esto ocurrirá tanto más rápidamente cuanto más enérgicamente lleve a cabo el partido su trabajo de educación, y cuanto más enérgicamente se refuerce desde el punto de vista ideológico.

Este trabajo de educación se encuentra en primer plano. Es una de las principales tareas que debemos resolver. La oposición especula con nuestras dificultades económicas. Calcula que existe un

número extraordinariamente grande de lagunas en nuestra vida actual, que este año se han producido diferentes oscilaciones en el estado de ánimo de los obreros y que se reproducirán en mayor medida en el futuro. Especula finalmente con el hecho de que el actual Comité Central no se encontrará en condiciones de dirigir sin ellos el partido. Cree que sucumbiremos a un trabajo que supera nuestras fuerzas, pero nosotros creemos que, incluso si la oposición no nos ayuda a dirigir el partido, sabremos dirigirlo sin ellos (aplausos).

Superaremos las dificultades, combatiremos los excesos y corregiremos nuestros fallos

Creemos, camaradas, que por difícil que pueda ser momentáneamente nuestra situación económica, nuestras perspectivas económicas son, sin embargo, favorables, y que la buena cosecha que tendremos este año nos permitirá superar las dificultades que el país atraviesa actualmente.

Estamos convencidos, igualmente, de que conseguiremos llevar a nuestro partido y a nuestro país por la vía del desarrollo. Gran número de personas creen que, en nuestro país, la situación sigue siendo tal como lo era al comienzo de la revolución, cuando era suficiente escribir un artículo con buena ortografía para considerarse como un dirigente del partido. Mientras tanto, nuevos elementos se han formado en nuestro país. Continuaremos nuestro trabajo apoyándonos en la fuerza colectiva de nuestro partido. Estamos seguros de que le conduciremos por el buen camino (aplausos).

La actual oposición, como toda oposición que se ha manifestado hasta ahora en nuestro partido, e incluso los grupos que luchan contra el partido, al margen suyo, se apoyan en que cometemos errores, y que todo no siempre marcha perfectamente entre nosotros. He dicho muchas veces que la insurrección de Kronstadt, en febrero de 1921, se explicaba porque había en nuestro país un cierto desorden, y porque ocurrían muchas cosas que exigían una reacción por nuestra parte. Esta reacción se produjo por medio de la

introducción de la libertad de comercio y de la supresión de las requisas de trigo. Si no hubiera todavía burocratismo en nuestro partido, si los salarios no fueran todavía bastante bajos en toda una serie de ramas de la producción, si los campesinos pobres no vivieran en malas condiciones en nuestro país, la oposición no tendría ninguna base.

Cada oposición en el interior del partido utiliza, naturalmente, nuestras debilidades. Toda la cuestión está en saber cómo y para qué se critica.

Cuando los camaradas de la oposición declaran: «El burocratismo os estrangula», respondemos: sí, el burocratismo es un mal; pero si dicen: «Vuestro Estado ha dejado de ser un Estado proletario, es un Estado de burócratas que no tiene nada en común con las masas», entonces respondemos: «Eso no es cierto»; rechazaremos tal crítica en cuanto constituye una calumnia respecto a nuestro Estado obrero.

Cuando se nos dice que tal y cual cosa no ha sido realizada, y se nos critica, no para ayudarnos a corregir nuestros fallos, sino para servirse de ellos con un interés fraccional; cuando se nos critica de un modo exagerado, cuando se calumnia nuestro partido y el Estado soviético, cuando se agrandan mil veces ciertos errores de nuestro Estado y del aparato de nuestro partido, cuando se utilizan tales errores para realizar una plataforma fraccional, y cuando nuestros críticos, lejos de ayudarnos a superar las dificultades, se esfuerzan en utilizarlas para cocer su caldo fraccional, nosotros rechazamos tales críticas, iniciamos la lucha contra tal oposición, porque estas críticas no constituyen una crítica objetiva que intenta ayudarnos para superar nuestras dificultades, sino tentativas sistemáticas para destruir la unidad de nuestro partido y trabajar en la legalización de otros partidos, a través de la legalización de las fracciones. Se trata de una desviación de la línea de la dictadura del proletariado.

Tras diversas acusaciones elevadas por la oposición contra el Comité Central de nuestro partido, se pretendía que el partido debía sacar de la campaña electoral las siguientes conclusiones:

1. Una auténtica industrialización.
2. Auténtica organización de los campesinos pobres.
3. Auténtica alianza con los campesinos medios.
4. Auténtica lucha contra la burocracia.
5. Auténtica democracia interior en el partido.

Resulta de ello que, entre nosotros, la industrialización no es auténtica, que no organizamos a los campesinos pobres, que no tenemos una auténtica alianza con los campesinos medios, etc. Este es el modo en que la oposición declara que toda nuestra política es falsa y que sólo ellos pueden hacer una auténtica política.

Pero nosotros, en la simplicidad de nuestra alma, creíamos que las gentes que, un día, luchan contra una tendencia y al día siguiente se adhieren a esa misma tendencia, que un día rechazan la libertad de fracciones en el partido y al día siguiente la reclaman, creemos que esas gentes viajan con pasaportes falsos en el auténtico leninismo.

Os voy a contar una historia cómica: en los círculos de la oposición, el libro de Zinóviev sobre el leninismo está considerado como un evangelio al 100%. Una parte considerable de este libro está dirigida contra Trotsky. Pero, ahora, Zinóviev, para constituir el bloque y para realizar el auténtico leninismo, ha dejado caer ese libro y ha renunciado a una nueva edición. Este es el modo como actúan con las bases del leninismo.

Nuestras tareas

Para terminar, algunas palabras sobre las tareas a las que nos enfrentamos. Nuestra tarea principal en la política económica es practicar actualmente una auténtica política de industrialización y buscar los medios para acelerar la marcha del desarrollo de nuestra industria. Nuestra tarea consiste, igualmente, en examinar la posibilidad de una elevación de los salarios reales, particularmente del salario de las capas obreras, salario que ha quedado atrasado. Si no pudimos llevar a cabo esta tarea, hace algunos meses, es evidente

que, si conseguimos actuar eficazmente con nuestro trigo y nuestras exportaciones, estaremos en condiciones, en otoño, de aumentar el salario real de los obreros. La primera medida a realizar en nuestra política económica debe ser la lucha contra los excesos del régimen de economía. A veces, se interpreta el régimen de economía de tal modo que se retira a los obreros el agua para el té, lo que provoca revueltas en algunos sitios de provincias. Es una caricatura criminal del régimen de economía. Nuestro Comité Central, o su secretariado, debe enviar a las organizaciones una circular sobre este tema. Finalmente, es preciso llevar a cabo la lucha contra el burocratismo que nos ahoga. Una de las ideas principales contenidas en el último discurso pronunciado por Dzerzhinski antes de su muerte, fue la lucha implacable contra el inmovilismo, la pesadez, el burocratismo de nuestro aparato, contra un estado de cosas en el que una decisión debe pasar por diez o veinte órganos antes de ser ejecutada.

Finalmente, al mismo tiempo que es preciso llevar a cabo en el interior del partido una lucha enérgica contra las fracciones y los grupos, es preciso aplicar con mayor energía la democracia interna, debemos educar, cueste lo que cueste, a cuantos están adheridos a nuestro partido y convencerles de la justeza de la política adoptada por el Comité Central.

El Partido Comunista es uno de los motores principales de la administración del Estado de nuestro inmenso país. Llegamos al período de otoño con inmensas tareas a realizar, debemos manio-brar con los precios de los cereales, de modo que los vendamos en el extranjero, y debemos establecer sobre esta base nuestro programa de producción y trabajar para resolver la cuestión de la vivienda, la cuestión de los salarios, etc. El comienzo de nuestro año de trabajo concuerda con la recogida de la cosecha. Ello tiene una importancia extraordinaria para el conjunto del ejercicio. Y a pesar de estas tareas tan importantes, debemos iniciar un amplio trabajo de educación de los miembros del partido, de modo que cada miembro de nuestro partido pueda convencerse por sí mismo que la línea adoptada por la mayoría del Comité Central es una línea justa.

No somos partidarios de decir hoy una cosa y mañana otra, de luchar hoy contra tal desviación y unirnos mañana a ella. Tenemos nuestra línea que seguimos de un modo consecuente. Lucharemos en favor de esta línea. Conforme a esta línea, dirigiremos al partido, y estamos firmemente persuadidos de que el conjunto del partido, comprendiendo a la organización de Leningrado, que ha sido y continuará siendo el eje del comité central, aplicará completamente esta línea política. Lo esencial es luchar por la línea política justa. Todo lo demás depende de ello. Nuestra línea política es una línea política leninista de la que no nos desviaremos nunca, mediante la cual venceremos (aplausos).

LA UTILIDAD DEL ESTUDIO TEÓRICO DE LA ECONOMÍA SOVIÉTICA⁴⁸

E. PREOBRAZHENSKY

Los capítulos publicados de mi libro *La nueva economía*, consagrado al análisis teórico de la economía soviética, han sido objeto de duras críticas. Mis oponentes se han arrojado principalmente sobre el capítulo que trata de la ley de la acumulación socialista. El capítulo sobre la ley del valor en la economía soviética ha recibido, en principio, una acogida mucho más favorable durante los debates que tuvieron lugar en la Academia comunista. Algunos críticos llegaron incluso a felicitar al autor. Pero, en el artículo del camarada E. Goldenberg, publicado en el número de 30 de abril de *Bolchevik*, el nuevo capítulo es criticado con tanta dureza como el anterior. Ignoro si las críticas son meramente la opinión del camarada Goldenberg: parte de los críticos manifiestan a menudo una virulencia superior a la normal; en todo caso, si las restantes críticas de mi artículo son más objetivas, será un bien para todos. En lo que me concierne, quiero proceder con calma y objetividad. Existe una divergencia: ¿por qué querer exasperarla a posteriori o inventar factores accesorios a la misma? Los que adoptan esta actitud, tanto en el plano teórico como en el práctico, no piensan en nuestro futuro, y por ello se conceden el lujo de una discusión estéril.

La validez o, al contrario, la inutilidad, de una elaboración teórica en el campo de la ciencia social tal como la practicamos nosotros, marxistas-leninistas, está determinada esencialmente por su concordancia lógica con los principios metodológicos y los fundamentos esenciales del marxismo y del leninismo; lo está, además, por la medida en que permite formular previsiones exactas en el campo de los fenómenos sociales y económicos, y sirve directamente a los objetivos prácticos de nuestra clase. Esta verificación del método es decisiva, porque el marxismo y el leninismo consti-

⁴⁸ Artículo publicado en *Bolchevik*, 15-16 (31 de agosto de 1926).

tuyen ya una verificación lógica previa a toda nueva elaboración y lo son en la medida en que ellos mismos han sido verificados a partir de la experiencia de las luchas concretas de la clase obrera. Cuando se inicia una discusión para saber si tal elaboración concuerda o no desde el punto de vista lógico con el marxismo y el leninismo, el discurso puramente lógico puede proseguirse indefinidamente. Pero lo único auténticamente decisivo e irrefutable es la práctica.

Desde el punto de vista de la verificación lógica (y práctica, toda vez que sea posible) de mi teoría de la economía soviética, me propongo examinar ahora las principales objeciones formuladas por el camarada Goldenberg y por otros críticos contra las tesis fundamentales de mi escrito. Trataré, por consiguiente, de demostrar que mis críticos no han dicho nada, y no podrán decir nada, mientras mantengan sus actuales posturas, que se parezca a la teoría económica marxista-leninista, con todas las consecuencias prácticas que de ello se desprenden.

Comenzaré por el problema metodológico. El camarada Goldenberg me acusa de «un modo vulgarmente mecanicista de plantear el problema» en la medida en que no recojo «la relación dialéctica entre los principios contradictorios y opuestos», y que me dedico a «ejercicios escolásticos y definiciones de lógica formal», etc. Pero, ¿cómo lo demuestra?

Primera demostración: afrontando el análisis del modo a través del cual se manifiestan las categorías capitalistas, en nuestra economía destacan, concretamente, los elementos de la economía socialista planificada que se oponen a estas categorías. El camarada Goldenberg pretende no comprender el significado metodológico de esta exposición y de su papel, tales como se deducen de mi exposición. En su opinión, «esta pura oposición [...] muestra claramente la incompreensión total del camarada Preobrazhensky sobre el papel efectivo de la ley del valor en nuestra economía [...]; finalmente, el socialismo, es evidente, llega a la eliminación total del mercado y de las relaciones entre mercados. No hay error más grosero y peligroso que confundir el resultado del proceso con el propio proceso».

Tengo que formular, sobre este punto, algunas observaciones, no tanto para el camarada Goldenberg, quien seguramente sabe muy bien de lo que hablo, y que se encuentra muy absorbido por su trabajo de refutación, sino para los lectores que podrían tomar en serio su «argumentación».

1. Un análisis auténticamente científico del sistema económico de transición mercantil-socialista es inconcebible si hace abstracción del fin hacia el cual se dirige esta formación económica.
2. Únicamente teniendo en cuenta continuamente los dos polos de todo el proceso (el polo inicial y el polo final) podremos comprender la localización histórica de cualquier forma de transición, evitando de este modo perdernos en los detalles o caer en la economía vulgar que intenta colar la descripción superficial del presente como un análisis científico de un sistema económico concreto.
3. La oposición en cuestión se encuentra en la base de la obra de Marx, de Engels y de Lenin. Sin una oposición de principio entre capitalismo y socialismo, un auténtico análisis del capitalismo propiamente dicho es inconcebible. El lector podrá encontrar la prueba de ello en *El Capital*, el *Anti-Dühring*, la correspondencia entre Marx y Engels, etc. Lenin únicamente pudo edificar la teoría del capitalismo monopolista oponiendo el socialismo al capitalismo.
4. Marx ha fundado su estudio del capitalismo sobre el análisis de un capitalismo abstracto; es decir, según Goldenberg, confundiendo los resultados del proceso con el propio proceso; y, por esta razón, como todo el mundo sabe, tuvo que sufrir los violentos ataques de toda la internacional de los economistas vulgares y pequeño-burgueses.
5. La oposición fundamental entre capitalismo y socialismo se impone igualmente como método de análisis en cualquier fase del desarrollo de la forma económica mercantil-socialista. Teniendo en cuenta que todo el proceso de marcha hacia el socialismo es un proceso de lucha entre dos

formas de economía, no podemos comprender ni la importancia de los bloques enfrentados, ni el desarrollo particular de la lucha en sus resultados directos, si no tenemos siempre presente en nuestro espíritu la dirección hacia la cual se orientan la transformación y el desarrollo de la economía de transición. Olvidarlo sería igualmente, a nivel teórico, caer en las posiciones de Bernstein, y admitir la conocida tesis: «El movimiento lo es todo; el fin, nada».

El absurdo de la postura del camarada Goldenberg es muy evidente para que nos detengamos por más tiempo en ella. Pero no es casual que el camarada Goldenberg y una parte de quienes me critican se hayan irritado por la oposición entre socialismo y capitalismo en el análisis de una cierta fase de la economía de transición. Sin embargo, saber aplicar esta oposición en el análisis concreto de un momento dado del desarrollo del sistema mercantil-socialista, muestra que se sabe afrontar el análisis de la lucha entre los dos principios en el seno de nuestra economía, muestra igualmente que se buscan las leyes que rigen esta lucha, y que se llega, deliberadamente o no, a través del análisis del desarrollo de la economía de Estado, a la ley de la acumulación socialista primitiva. Pero esta perspectiva no parece gustar a mis contradictores. Por esta razón se ven obligados, por una parte, a repetir, cambiando únicamente la forma y las palabras, la misma frase sobre la lucha del principio de planificación contra el principio de mercado, y, por otra, a presentar como «análisis» de nuestra economía un batiburrillo compuesto por ciertos términos marxistas y una descripción de la economía política del Estado en cada momento concreto. Se trata de una actitud de mecanicismo teórico que no es otra cosa que la expresión ideológica y la justificación del mecanicismo en el campo de la actividad práctica.

Basta con leer el artículo del camarada Goldenberg para darse cuenta de que se limita a ofrecer al lector, en lugar de un «análisis» de la economía soviética, una continua repetición de los mismos conceptos, acompañada de ataques polémicos contra mi persona, utilizando frecuentemente mis propias ideas. ¡Ved cómo nos ha

enriquecido la lectura de este artículo! Antes de leer al camarada Goldenberg no habíamos caído en la cuenta de que «el desarrollo del nivel mercantil de la economía campesina constituye el comienzo [...] de su ligazón con la industria socialista», que «el desarrollo del principio de planificación presupone el dominio de las relaciones de mercado», que el proceso de acumulación no sólo se realiza gracias a los excedentes del campo, sino que también se realiza en el seno de la propia industria. Es todo un torrente de ideas profundas y nuevas lo que el camarada Goldenberg arroja sobre mí, en su polémico artículo.

Mientras el lector se figura que para ir de Moscú a Leningrado hemos pasado por Tver, allí se encuentra el camarada Goldenberg para demostrar que para ir de Moscú a Leningrado es absolutamente indispensable atravesar la villa de Klin.

El camarada Goldenberg tiene razón: es necesario pasar por Klin y ya hemos pasado. ¿Y, ahora, qué? ¿Cómo puede enriquecer nuestros conocimientos para el futuro?

Sólo le pedimos una cosa: cuando lleguemos a Leningrado que no nos martirice gritándonos que para llegar a Leningrado es necesario pasar, sin lugar a dudas, por Tver, y, además, atravesar el Volga, que desemboca en el mar Caspio.

El camarada Goldenberg me acusa de no decir nada de las «transformaciones de las relaciones mercantiles en relaciones socialistas, y de hablar únicamente de la eliminación de una forma sin consideración de la otra». Esta acusación únicamente parecerá justificada en la medida en que parte de los lectores de *Bolchevik* no hayan leído aquellos escritos míos que el camarada Goldenberg pretende «derribar». Tanto en el artículo *De la NEP al socialismo* como en los dos capítulos de mi obra sobre la teoría de la economía, así como en mi libro *La nueva economía*, me he referido numerosas veces no al tema de la eliminación de ciertas formas por otras, sino también al de la subordinación y transformación de las formas históricamente reaccionarias, bajo la acción dinámica del sector económico socialista. Por lo tanto, la objeción del camarada Goldenberg no es correcta desde un punto de vista formal. Tiene, por otra parte, y al igual que sus restantes indicaciones, una signifi-

cación lógica y social. El camarada Goldenberg osa afirmar que, en mi análisis, he «dividido la economía del país en dos mitades, una de las cuales está dominada por la planificación y la otra por la espontaneidad». Pero yo no he dicho nunca que la planificación predominaba ya totalmente en la economía del Estado: hay incluso en ese sector más espontaneidad de la que sería necesaria. Lo que afirmo es el punto de partida económico para un plan, para la aplicación del principio socialista, para el desarrollo de la producción socialista ampliada; en otras palabras, que el principio de la manifestación de la ley de la acumulación socialista primitiva está constituido por nuestra economía de Estado, en lucha contra la economía privada, sin tener en cuenta las formas particulares de esta lucha.

La coexistencia con la economía privada no excluye, en principio, la lucha. Del mismo modo que la coexistencia del Estado soviético con los países capitalistas es únicamente una expresión diferente de la lucha de clases entre el proletariado y la sociedad burguesa. Debe aparecer como algo absolutamente evidente que la transformación de las formas económicas inferiores en formas superiores, por ejemplo, la creación de cooperativas agrícolas a través del apoyo de la industria de Estado, es el producto de la lucha de la sociedad socialista contra la economía de tipo medieval del campo. La coexistencia de estas dos formas económicas en nuestra economía crea una especie de unidad del sistema en su totalidad, pero el equilibrio del sistema sólo podría ser alterado por una lucha frontal. La lucha del principio socialista con la economía privada se transporta al exterior, en la medida en que no se aflojan los lazos que mantenemos con la economía mundial, sino que, por el contrario, tienden a estrecharse. Esta lucha pasa al interior, en la medida en que la relación (que se verifica a través del mercado) entre economía de Estado y economía privada no desaparece, sino que, por el contrario, se refuerza. Esta lucha comprende una amplia gama de relaciones: eliminación pura y simple de ciertas formas, subordinación de unas a otras, transformación de formas inferiores en formas superiores. Todo esto es el resultado de una lucha, no de una «renovación pacífica». Si se rehúsa «dividirlo en dos mitades»

al nivel del análisis teórico (lo que no ha sido bien aceptado por el camarada Goldenberg), no es posible ningún análisis científico de nuestro sistema, y al contrario. Dejar en silencio los elementos de lucha entre estas dos formas económicas, si no es el fruto de un error, es al menos el resultado de un análisis muy superficial de los fenómenos económicos y sociales del sistema soviético; análisis que, se puede prever fácilmente, tiene el riesgo de reservarnos las más amargas desilusiones; en el peor de los casos, podría repetir la teoría de Bernstein sobre la atenuación de las contradicciones sociales, económicas y de clase. Esta concepción no atenúa en sí las contradicciones aparecidas históricamente en nuestro sistema en provecho de la dictadura del proletariado, sino que desorienta a la clase obrera dirigente y a su partido, al cual incumbe elaborar un análisis exacto de la sociedad en la que debe llevar a cabo su misión histórica.

Es necesario que observemos que existe, en general, entre nosotros, una singular confusión de ideas a este respecto, y esto no es culpa del camarada Goldenberg. El análisis de nuestro sistema en tanto que formación social, avanzando a través del desarrollo antagonista de las contradicciones y de la lucha entre la ley de la acumulación primitiva y la ley del valor, se confunde escandalosamente con el problema de saber si la atenuación de las contradicciones entre las clases es, o no es, ventajosa para nosotros. En cuanto se refiere a la primera contradicción, un análisis marxista científico se preocupará por deducir lo que de ello aparece en los hechos. Atacar mi tesis porque irrita a la pequeña burguesía nacional equivale a capitular ante ella, y someter la vida intelectual del partido, así como la formación de nuevos cuadros, a una censura moral previa.

El problema de la atenuación de las contradicciones en nuestro país únicamente puede ser planteado correctamente del modo siguiente: para nosotros, clase obrera dirigente, es ventajoso atenuar todas las contradicciones que puedan manifestarse en contra nuestra, y sacamos ventaja del reforzamiento de estas contradicciones cada vez que este proceso está dirigido contra el capitalismo. La fórmula del bloque obrero-campesino es, en primer lugar, la

fórmula de la asociación de los intereses de obreros y campesinos contra la burguesía; esta fórmula, por otra parte, representa la atenuación de las contradicciones entre estas dos clases, siempre a favor de la lucha contra la burguesía.

La atenuación de las contradicciones sobre esta base se realiza esencialmente y, ante todo, actualmente, por medio de la industrialización del país; es decir, reduciendo el costo de la producción industrial, desarrollando la agricultura, resolviendo los problemas de la fuerza de trabajo excedente en el campo, facilitando créditos a largo plazo (lo que no puede hacer una industria débil), promoviendo la colaboración productiva de los campesinos pobres. Este proceso supone igualmente que se creen las condiciones de una mejor organización de la economía del país alrededor de la economía de Estado, que se favorezca una mejor coordinación de la periferia pequeñoburguesa con los centros dirigentes de nuestra economía, y que se intente llevar el nivel económico del campo al de la ciudad. Desde el punto de vista sociológico, se trata de un reforzamiento general de la sociedad soviética. De una cohesión interna mayor, y de una superior capacidad de resistencia a las presiones exteriores; esto significa, finalmente, la transformación del frágil patriotismo pequeñoburgués de los campesinos (siempre precario y en casos de guerra exterior), en patriotismo socialista de país industrializado y de dictadura del proletariado.

Este proceso (esencial para nuestra clase, para el sistema soviético, para el socialismo, y para los elementos dinámicos y de progreso en el campo) constituye al mismo tiempo un proceso agitado, largo, peligroso; tanto más peligroso cuanto más se prolongue, porque nuestro principal enemigo está dispuesto a interrumpirlo a la primera ocasión.

Por otra parte, la presión que la ley del valor del capitalismo mundial ejerce sobre nuestra economía (que sigue siendo débil, aunque estemos unidos al océano del mercado mundial por el estrecho del comercio exterior), es una presión que está destinada a crecer. De este modo, el problema del ritmo de la industrialización se transforma, no solamente en problema de equilibrio económico y de política interior, sino también en problema particular de su-

pervivencia frente a nuestro enemigo principal.

Sin embargo, teniendo en cuenta lo exiguo del capital extranjero en forma de créditos a largo plazo, el problema de la industrialización se enfrenta al de la utilización de los recursos internos para el reparto lo más equilibrado posible de las fuerzas productivas entre la ciudad y el campo. He aquí el auténtico problema de la acumulación primitiva socialista, con sus exigencias de proporcionalidad en la producción socialista ampliada, impuesta por una presión exterior. He aquí la ley de la acumulación primitiva socialista que no ha sido inventada por Preobrazhensky en su ardor polémico, sino que deriva objetivamente de las condiciones de la lucha contra el mundo capitalista en que se encuentra nuestra economía de Estado tras la revolución de Octubre. Esta ley nos obliga a respetar ciertas proporciones en la obtención del excedente del campo con vistas a la producción socialista ampliada. Criticando este modo de plantear el problema, mis oponentes no luchan tanto contra mí en particular, o contra nuestros industriales, sino que protestan de hecho contra las condiciones objetivas por las que atraviesa la construcción del socialismo en un solo país, agrícola por añadidura. Sus ataques no son más que el reflejo ideológico y político de las tendencias que nuestro desarrollo económico ha superado ya como en otra ocasión demostraré. Los propios hechos refutarán la opinión de que son mis oponentes quienes defienden una política más prudente, más adaptada a nuestra situación, más capacitada para defender el bloque formado por los obreros y la mayoría de los campesinos.

Mientras que, en las condiciones de escasez de mercancías y de acumulación socialista insuficiente en que nos encontramos, los campesinos entregan cada año al capital privado o a las cooperativas centenares de millones por la diferencia entre los precios al por mayor y al por menor, estos campesinos poseen excedentes monetarios inutilizados, y su grano no se vende (son los ratones los que se lo comen). Estos centenares de millones de acumulación campesina son ciertamente capaces de provocar un descontento. Pero, al mismo tiempo, una política de este tipo plantea las premisas que borrarán este descontento, a través del aumento de la producción,

la integración de nuevos trabajadores del campo, una mayor afluencia de productos en el mercado y mediante una disminución de la explotación a la que están sometidos los campesinos por parte del capital comercial. Por el contrario, una política de subacumulación sistemática, una política de carencia de producto y, por consiguiente, de incremento de los precios al por menor, una política como ésta, hace crecer poco a poco el descontento campesino, al tiempo que la presión del campo sobre nuestro sistema de proteccionismo y de monopolio del comercio exterior puede tener muy graves consecuencias para la edificación del socialismo en nuestro país. Esta política constituye una concesión de cara al retraso económico y sólo en apariencia es acertada: en una cierta etapa del desarrollo de nuestra economía, se transforma exactamente en su contrario.

El camarada Goldenberg trata de paso el problema del intercambio no equivalente entre industria socialista y pequeña producción y, criticando mi modo de plantear el problema, parece decidirse por el intercambio equivalente. Es importante que se tenga una concepción teórica perfectamente clara sobre este punto esencial y no se debe evitar el afrontarlo de un modo directo. Propongo al camarada Goldenberg, así como a todos mis contradictores, que expresen explícitamente su postura exacta sobre este problema. Si se declaran en favor del intercambio equivalente, como tienen más o menos intención de hacerlo, me veré entonces en la obligación de demostrar, o bien que son ignorantes en materia económica, o bien que sobre este punto se apartan del marxismo y se deslizan hacia posiciones propias del populismo pequeñoburgués. Tendré finalmente que demostrar que pretenden imponer al socialismo el beneficio de la pequeña producción.

Hasta qué punto el camarada Goldenberg desconoce mi posición de fondo sobre el problema de la ley de la acumulación primitiva socialista (aunque la exponga y la critique de un modo muy hábil), es lo que se deduce evidentemente de esta observación presuntuosa que dirige contra mí. Escribe: «Según el plan quinquenal previsto por el Gosplán, invertiremos en el curso del próximo quinquenio cinco mil millones de rublos en capital fijo, de los cuales

cuatro mil cuatrocientos millones provendrán de la propia industria; ello significa que el desplazamiento (que para el camarada Preobrazhensky es fundamental, esencial, etc.) cubrirá poco más que una décima parte de la suma global, en la cual se encontrará durante el próximo quinquenio, según este plan, la parte fundamental de la acumulación socialista real».

Formulando esta observación, que considera ciertamente como definitiva, el camarada Goldenberg «ha olvidado» decir a sus lectores con qué precios al por mayor se podrá obtener esta acumulación.

«Ha olvidado» decir que todo esto únicamente será realizable mediante precios mucho más elevados que los del mercado mundial; es decir, transgrediendo la ley del valor de la economía mundial. Lo que quiere decir que todo esto se realizará a través de una no-equivalencia del intercambio entre la gran producción y la pequeña, mucho más importante que la que se manifiesta en la economía mundial (en la economía mundial no existe tampoco intercambio equivalente entre estos sectores, puesto que los precios de los productos agrícolas se establecen bajo el principio de la competencia entre la pequeña producción agrícola y la gran y mediana agricultura capitalista), conservando el monopolio del comercio exterior y el proteccionismo socialista, etcétera, que todo ello se realizará por consiguiente sobre la base de la ley de la acumulación primitiva socialista. Si se hace actuar a la ley mundial del valor y si los precios internos tienen la estructura correspondiente a esta ley, no solamente no invertiremos estos cinco mil millones, sino que por el contrario dilapidaremos más de la mitad de nuestro capital fijo.

El lector se habrá dado cuenta, mediante este ejemplo, de lo agradable que es discutir con críticos como el camarada Goldenberg, y hasta qué punto comprenden realmente lo que dicen.

El camarada Goldenberg, que comprende todo perfectamente, reconoce no haber comprendido muy bien un punto de mi exposición, lo que no le impide bromear sobre su incomprensión. No comprende «por qué, en definitiva, el camarada Preobrazhensky afirma que la ley de la acumulación primitiva socialista es la forma

mediante la cual se manifiesta el proceso de transformación dialéctica de las leyes espontáneas de la economía desorganizada en una nueva forma de obtención del equilibrio». ¿Por qué dialéctico?

¿Qué pinta aquí la dialéctica? Antes de explicar al lector lo que pinta aquí la dialéctica, me gustaría hacer la observación de que el camarada Goldenberg, quien me acusa de «plantear el problema de un modo vulgarmente mecanicista», se considera experto en el arte de afrontar dialécticamente el análisis de nuestra economía. La palabra «dialéctica» ha conocido entre nosotros una popularidad increíble. Personas que jamás han leído a Hegel (no hablo incluso de cuantos lo han leído sin comprenderle) declinan esta palabra en todos sus casos. Repitiéndola sin parar, aterran a los lectores, les hacen avergonzarse de su ignorancia y tomar a los voceros de la «dialéctica» por personas que conocen el método de Hegel y de Marx a la perfección.

El camarada Goldenberg debería saber que empleando los métodos polémicos que usa conmigo se puede «demoler» el análisis más perfecto, más clásico, incluso aquel que reproduce científicamente el proceso dialéctico del desarrollo social, pero alejándose de *El capital* de Marx. Dialéctico quiere decir, en primer lugar, unitario. La descripción de un aspecto particular de un proceso unitario puede oponerse siempre «con éxito» al todo, si se abandona el plano de la lógica dialéctica para evolucionar por la esfera de lo que Hegel denomina «las definiciones elementales y distintas».

Esto es tanto más simple cuanto que el movimiento dialéctico es un movimiento que se desarrolla sobre la base de una contradicción interna. Tenemos justamente a nuestro alcance un ejemplo de este tipo de crítica. Sabiendo, debido a mi exposición, que la ley de la acumulación primitiva socialista (en lo que se refiere a la distribución de los recursos materiales del país) es la ley de la transferencia de valores de la producción presocialista a la economía del Estado del proletariado, mi crítico afirma: «De esta concepción de la ley fundamental de la acumulación socialista deriva lógicamente la afirmación de que la ley del valor limita la acumulación». Mi oponente no juzga oportuno comprender que el problema no se limita a este aspecto particular de la ley. La ley de acumulación

primitiva socialista rivaliza con la ley del valor, no solamente en la esfera de la distribución del sobreproducto del país, sino en todo lo que se refiere a la regulación de la vida económica, sobre todo al reparto de la fuerza de trabajo. Trato sobre este problema a lo largo de mi obra *La nueva economía*, e igualmente en el capítulo criticado por Goldenberg, «La ley del valor en la economía soviética». La frase citada anteriormente (en la cual la expresión «transformación dialéctica» permanece incomprensible para el camarada Goldenberg) se refiere a la lucha de la ley de la acumulación primitiva socialista contra la ley del valor en la esfera global de las relaciones económicas, y también, por lo tanto, en la esfera de la lucha por una regulación unitaria del sistema económico. Mi crítico muestra que pertenece, en este caso, al grupo de los voceros de la palabra «dialéctico» que anteriormente señalábamos.

Explicaré ahora brevemente y de un modo más elemental al camarada Goldenberg, por si ocurre que no ha comprendido ciertamente mi tesis, y sobre todo a los lectores, lo que he querido decir exactamente en la frase incriminada por el camarada Goldenberg.

Si actualmente, en nuestro país, las relaciones económicas se formaran basándose en la libre acción de la ley del valor de la economía mundial, se produciría lo siguiente: dados los precios actuales del mercado mundial y la superindustrialización de Europa, los dos tercios de nuestra gran industria quedaría eliminados a causa de su situación deficitaria y de su carácter no necesario, desde el punto de vista capitalista, desde el punto de vista de la división mundial del trabajo sobre la base capitalista. Nuestra agricultura, por el contrario, se resentiría profundamente, a largo plazo, por la transformación del país en una semicolonía agrícola del capitalismo mundial; sin embargo, durante los primeros años, obtendría beneficios a causa del nivel sensiblemente inferior de los precios industriales y de un intercambio más favorable en el mercado mundial. Puesto que no existe ley del valor alemán, americano, o ruso, sino únicamente una ley del valor de la economía mundial manifestándose mediante ciertas oscilaciones y variaciones sobre el territorio de un país determinado o de un grupo de países, una expansión constante de la acción de esta ley sobre nuestro territo-

rio bajo la influencia exterior del mercado mundial y gracias al desarrollo interior de las relaciones mercantiles, una expansión constante de esta ley podría alterar todo nuestro sistema, y en este caso el reparto de las fuerzas productivas se mostraría conforme a las exigencias de la reproducción de las relaciones capitalistas en la economía mundial en su conjunto (y no en beneficio del desarrollo capitalista-industrial en nuestro país, como pretenden los mencheviques, quienes, en este campo, demuestran, entre otras cosas, una total ignorancia de la economía y un desconocimiento de las tendencias generales de la economía mundial contemporánea (por ejemplo, en la lucha contra los mencheviques, apenas se utiliza el argumento de la destrucción del poder soviético; si se verificara la consigna menchevique «de nuevo el capitalismo» significaría prácticamente el paro de los dos tercios de nuestra clase obrera y, además, de su parte más cualificada). La única regulación de nuestra economía vendría dada entonces por la ley del valor.

¿Qué oponemos nosotros a la ley del valor, cuya expansión significaría el aumento de las tendencias disgregadoras de todo nuestro sistema?

Cada lector podrá observar, personalmente, lo que, en nuestro país, se opone a la ley del valor: el monopolio del comercio exterior, el proteccionismo socialista, un plan riguroso de importaciones elaborado en favor de la industrialización del país, el intercambio no equivalente con la economía privada que garantiza a la economía de Estado la acumulación de las condiciones extremadamente desfavorables, de bajo nivel técnico, a las que se ha llegado. Pero todos estos elementos (si se les considera globalmente y se les inserta en el cuadro unitario de la economía de Estado del proletariado), estos elementos no son más que los instrumentos visibles, la manifestación exterior de la ley de la acumulación primitiva socialista. A través de la lucha entre esta ley y la ley del valor, podemos asegurar cada año (con más o menos éxito) un reparto del sobreproducto del país y una distribución de las fuerzas productivas globales capaces de garantizar una cierta cobertura para las necesidades sociales, por una parte, y de asentar las bases de la reproducción socialista ampliada para el próximo año (y, en parte, para

los próximos años), por otra parte. El equilibrio de todo el sistema económico se obtiene basándose en el desarrollo antagónico de la acción de estas dos leyes, mientras que las proporciones del desarrollo de la industria de Estado y, por consiguiente, el volumen de las tasas sobre el sobreproducto agrícola que es preciso obtener en beneficio de un cierto desarrollo (bien sea bajo forma de impuestos o a través de la política de precios), no son impuestos por una fuerza coercitiva externa.

La eliminación de la acción de la ley del valor (en cuanto reguladora de la economía) se produce mediante su sustitución por la función reguladora de la ley de acumulación socialista. De este modo, se modifican, no solamente el método de regulación (planificación en lugar de espontaneidad), sino también el contenido material del proceso, en el sentido de que la distribución de las fuerzas productivas del país es cada año diferente de como lo hubiera sido con la libre acción de la ley del valor. Nuestra distribución planificada de las fuerzas productivas está condicionada por otro fin objetivo, que es consolidar y desarrollar el sector de la economía socialista; debe, por una parte y en cierta medida, cubrir con sus propios productos una parte de las exigencias sociales del país; por otra parte, garantizar el desarrollo, es decir asegurar un cierto nivel de acumulación. Mediante tal sistema, las dimensiones del consumo social del país terminan estando cada vez más condicionadas por la acción de esta ley. Es evidente, de este modo, que la subordinación progresiva del sistema de intercambio en relación con la regulación planificada (que proviene de la economía de Estado) supone una transformación progresiva (a través de la lucha) de esta ley, en una forma de regulación históricamente más avanzada: de este modo, no solamente esta ley quedará eliminada, sino que se transformará también en una ley de acumulación socialista primitiva.

Todo esto se produce mediante una transformación del mercado, puesto que la ley de acumulación socialista ataca el contenido de las relaciones mercantiles, sin modificar todavía su forma; este proceso se extiende mucho más rápidamente en el seno del sector socialista, y mucho más lenta y laboriosamente en los puntos de

articulación entre la economía de Estado y la economía privada. Sin embargo, a medida que se extiende la ley de la acumulación primitiva socialista, se comienza a poder resolver el problema de la proporcionalidad en el reparto de las fuerzas productivas (reparto inherente a toda producción social), y a resolver al mismo tiempo el problema de la producción ampliada bajo formas originales que sustituyen entonces a las formas capitalistas. No sabemos todavía, en el momento actual, cuáles son las leyes que regirán la economía de Estado cuando se haya alcanzado o superado el capitalismo, es decir cuando la auténtica acumulación socialista comience a existir. Dependerá de la situación que se haya creado en los demás países que luchan por el socialismo y en su construcción del propio socialismo. No podemos incluso prever si, debido a las relaciones existentes con el mundo capitalista, el proceso de construcción del socialismo se acelerará o, por el contrario, será detenido o retrasado. En la época actual, cuando avanzamos en condiciones técnicas más retrasadas que las del capitalismo y cuando nos encontramos en una situación de aislamiento en el seno de la economía mundial, la ley de acumulación primitiva socialista es la ley que dirige nuestro desarrollo y condiciona nuestra supervivencia. A esta ley deberá obligatoriamente llegar todo estudio marxista serio sobre nuestra economía; la formulará de una manera u otra, pero tratará sobre todo del problema del equilibrio económico en nuestro sistema en relación con el mercado mundial contemporáneo.

Tras esta exposición, el lector podrá darse cuenta de hasta qué punto las acusaciones dirigidas contra el autor de este estudio carecen de fundamento. Se le ha reprochado minar el bloque obrero-campesino, transformar la economía campesina en colonia de la industria socialista, etc. Yo pido a mis críticos, que se consideran marxistas y leninistas, que respondan a las siguientes preguntas:

1. ¿Es cierto o no que la producción capitalista ampliada necesita de una relación proporcional determinada entre las dimensiones de la acumulación y las del consumo social?
2. ¿Es cierto o no que, en el capitalismo, la industrialización de los países económicamente atrasados se encuentra faci-

litada y acelerada por la importación de capital proveniente de los países industrialmente avanzados?

3. ¿Es cierto o no que el progreso técnico y el aumento de la composición orgánica del capital (que supone un crecimiento del capital constante en los sectores que producen medios de producción y en los que producen bienes de consumo) necesitan un desarrollo más rápido de la producción de bienes de equipo y, por consiguiente, un aumento más rápido del capital social empleado en este sector, es decir, necesitan ante todo una acumulación más rápida en la esfera de la industria pesada en detrimento de la economía global del país?
4. ¿Es cierto o no que, utilizamos ya la totalidad de nuestro capital fijo y que nos enfrentamos simultáneamente con dos problemas: la satisfacción más rápida de las necesidades sociales y la creación de un nuevo capital fijo, cuya puesta en circulación no incrementaría la oferta de mercancías durante varios años?
5. ¿Es cierto o no que, en un país atrasado económicamente de régimen socialista, que no ha conocido hasta ahora importaciones de capital y se ve obligado a luchar contra el conjunto del mundo burgués, el ritmo de acumulación debe ser necesariamente mucho más rápido que el de un país capitalista que posee un cierto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas?
6. ¿Es cierto o no que, en un país de este tipo, el nivel creciente de comercialización de la economía campesina exige, con el fin de mantener el equilibrio económico, un desarrollo adicional de la industria, por consiguiente, una acumulación industrial adicional?
7. ¿Es cierto o no que la industrialización de un país, con mayor razón de un país de régimen socialista, exige el aumento del nivel cultural y de cualificación de la clase obrera, es decir un alza sistemática de los salarios?
8. ¿Es cierto o no que, además de la acumulación de la economía de Estado a partir de su propia base, la parte de

acumulación restante que sirve a los gastos de la pequeña producción no puede ser inferior a un cierto mínimo, desde el momento en que le ha sido impuesta al Estado soviético por una necesidad económica implacable?

9. ¿Es cierto o no, finalmente, que una acumulación insuficiente en la industria de Estado determina una falta de mercancías, un incremento de los precios al por menor, una acumulación de capital privado y una acentuación de las diferencias entre el campo y la ciudad?

Ningún marxista puede decir que todo esto es falso. Y si no lo es, entonces es necesario saber utilizar el análisis científico de dimensiones aritméticas correctas en el campo de la política económica para elaborar el plan económico del país.

Se presenta al mismo tiempo como evidente que, si existe en el país una escasez sistemática de productos (la demanda permanece sistemáticamente insatisfecha), si en el campo se acumula dinero que no puede ser empleado en la adquisición de productos, si los excedentes de cereales se amontonan (convirtiéndose de este modo en pasto de ratas y ratones, y permaneciendo almacenados durante ocho o nueve meses), finalmente si el precio de los cereales se eleva anormalmente en el momento de la cosecha, nos encontramos ante la prueba experimental de un error cometido en la esfera de la distribución del sobreproducto del país. En el momento actual, no es tanto la sobreacumulación, sino más bien la subacumulación, lo que podría provocar la ruptura del bloque obrero-campesino. Si semejante situación se prolonga, los campesinos inevitablemente buscarán aliarse, no con nuestra industria, sino con la industria capitalista extranjera.

El problema del bloque obrero-campesino cambia de contenido según el período histórico. La repetición pura y simple de la consigna del bloque no aporta nada al partido, no nos preserva de los peligros posibles, y los propios campesinos denuncian su inconsistencia. El leninismo consiste en dar a esta consigna un nuevo contenido para cada etapa, que procede de la situación económica y política, interior e internacional. En la fase que atravesamos, la

expresión concreta de la consigna del bloque y de la alianza se encuentra en la línea de la industrialización del país y de una acumulación socialista cada vez más rápida. Teniendo en cuenta la situación deficitaria que todos conocemos, y dado que vivimos bajo la espada de Damocles, constituida por la presión creciente del mercado mundial, la infraproducción industrial y el retraso técnico son los mayores peligros que corremos para el mantenimiento del bloque obrero-campesino.

En tal situación, todo intento de analizar honestamente las condiciones que garantizan la supervivencia y el desarrollo de nuestra economía de Estado, ¿cómo puede suscitar absurdas acusaciones del tipo de aquellas en las que se habla de «colonias»? ¿No tendremos, quizás, motivos para temer que este método polémico lleve consigo en ciertas condiciones una movilización pequeñoburguesa del país contra el socialismo? Si el camarada Goldenberg o algún otro de nuestros jóvenes «sabios», que no han entrado en nuestro partido a través de la gran escuela de la lucha sin piedad contra el populismo y los mencheviques, pueden sufrir la presión moral de cien millones de pequeños burgueses y, a causa de su inexperiencia política, dejarse seducir por la «anomalía magnética» de Kuban, de Penza y de Kansk, ¿qué opinar entonces de camaradas más antiguos, de viejos bolcheviques que defienden igualmente estas posiciones y llegan a ignorar las posibles consecuencias políticas de sus argumentos? No se puede admitir que la pasión polémica de las discusiones dentro del partido haga olvidar los profundos lazos históricos y sociales que nos unen.

Quisiera decir, en resumen, dos palabras sobre la verificación práctica de las tesis teóricas generales que han inspirado al autor de estas páginas desde 1923, y que le han valido tantas críticas despiadadas.

Cuando escribía, en 1924, mi ensayo sobre la ley de la acumulación socialista, mis oponentes lo que más temían era la sobreacumulación y la sobreproducción en la industria. Aplicaban mecánicamente a 1924, y a los años sucesivos, las lecciones deducidas de la crisis de ventas de finales de 1923, experiencia que no comprendieron verdaderamente y que exageraban a su gusto. Su consigna era

mostrarse más prudente en el desarrollo de la industria y en la acumulación, reducir los precios al máximo y no preocuparse del problema de la acumulación. Llegaron a presentar como línea directriz para el futuro la línea económica totalmente errónea de «reducción de precios primero, acumulación después», en lugar de la única línea posible: «acumulación primero, y después, sobre la base de la disminución de costos, reducción de los precios». Esta consigna referente a la acumulación socialista fue puesta en duda e incluso considerada como peligrosa para el bloque obrero-campesino. Cuando llegaron los años 1925 y 1926 con su pronunciada escasez de mercancías, con la alteración del equilibrio entre la ciudad y el campo (consecuencia manifiesta de la subacumulación), se mostró como evidente que el problema de la acumulación socialista que había planteado constituía el diagnóstico científico de la escasez de mercancías y, al mismo tiempo, una advertencia, atrayendo la atención del partido sobre el grave peligro que representaba la subacumulación, y en el momento preciso en que mis críticas tendían a conducir el partido en la dirección opuesta. En el momento presente, de ningún modo podemos dejar en silencio o disimular estos hechos. Las premisas teóricas de mis oponentes, unidas a su incapacidad para aplicar el método leninista a la nueva situación, han conducido a errores prácticos en el campo de la política económica, mientras que la teoría de la acumulación socialista, que se juzgaba antileninista, proporcionaba, no se sabe por qué milagro, un diagnóstico exacto sobre las dificultades que tomaban cuerpo y que parecieron evidentes a todo el mundo año y medio o dos años más tarde.

Se puede determinar la exactitud del diagnóstico de los partidarios de la industria sobre otros puntos de nuestras divergencias. El informe de Trotsky al XII Congreso del Partido fue considerado por algunos como superindustrial; sin embargo, la línea general de política económica que se propuso a continuación se ha mostrado perfectamente justa al cabo de algunos años.

En el XIII Congreso del partido, el camarada Piatakov defendió la tesis del beneficio máximo para los consorcios, a condición de mantener el nivel de los precios al por mayor y el nivel de los sala-

rios; de este modo propuso un régimen de economía máxima en beneficio de la acumulación, mientras que los camaradas que criticaban su postura preconizaban el beneficio mínimo. Se lanzó imprudentemente el eslogan del beneficio máximo, manteniendo constantes las demás condiciones, como una defensa de los precios máximos, y se obtuvo de este modo una victoria fácil, pero precaria. Actualmente, resulta difícil a cualquier persona defender, seriamente, el principio denominado del «beneficio mínimo». Por el contrario, todos los esfuerzos llevados a cabo para racionalizar la industria (esfuerzos que se orientan a menudo de un modo erróneo, a veces incluso de un modo perjudicial) no representan nada más que un ensayo de asegurar a la industria de Estado un mayor beneficio con precios constantes, incluso menores; dicho de otro modo, la aplicación de la consigna tan denigrada en 1923.

¿Por qué el camarada Piatakov tuvo razón y sus oponentes estaban equivocados? Porque él, como todos los partidarios de la industria, defendía la tesis justa de una acumulación industrial más rápida; tesis que, además de constituir el diagnóstico de la carencia de mercancías y de las dificultades económicas aparecidas en el paso de la utilización del viejo capital fijo a la formación de un nuevo capital, presuponía, al mismo tiempo, una concepción global de nuestra economía y de sus vías de desarrollo más exactas que las de sus oponentes. Esta justa concepción teórica general condujo al camarada Piatakov a sacar a la luz el problema de la dirección de la economía de Estado concebida como un todo unitario y comprendiendo todas sus consecuencias en materia organizativa. Todo esto constituye, actualmente, una verdad elemental, mientras que en el XIII Congreso del partido los defensores de la *realpolitik* se habían burlado del camarada Piatakov, tratándole de utopista incorregible.

Más tarde, el camarada Trotsky publicó su artículo «¿Hacia el capitalismo o hacia el socialismo?», en el cual presentó bajo la forma más útil el problema de los coeficientes dinámicos comparados de nuestra economía y de la economía capitalista mundial. Esta manera de plantear el problema (cuya importancia no ha sido todavía suficientemente reconocida por nuestro Partido) era la única en la

que la concepción teórica de nuestra economía fue científicamente correcta.

Un justo análisis teórico de nuestro sistema económico es extremadamente importante para nuestra política y para nuestra acción práctica en general. Quisiera subrayar en este momento la diferencia existente entre la economía burguesa y la economía socialista. En la sociedad capitalista, la ciencia económica ejerce una función de las más importantes para quienes llevan a cabo la producción capitalista. El mantenimiento del equilibrio económico se encuentra, por así decirlo, fundado en la ley del valor. Esta ley (que es la auténtica ley de la ciencia burguesa, de los profesores burgueses y de los gobernantes burgueses) mantiene espontáneamente el equilibrio del sistema en su conjunto. Por costoso que se muestre este método de regulación para la sociedad (puesto que sólo a posteriori manifiesta los errores cometidos en la distribución de las fuerzas productivas), no es en modo alguno susceptible de ser cambiada en una sociedad burguesa. Si el capitalismo monopolista puede alcanzar un nivel bastante elevado de organización en sectores determinados de la economía del país, no se encuentra en condiciones, en cualquier caso, de eliminar la desorganización de la economía nacional en su totalidad, y menos aún a nivel del mercado mundial. Por el contrario, el Estado soviético, que se funda en la nacionalización de la gran industria, de los transportes, del crédito y del comercio exterior, se ve obligado, por el propio hecho de la nacionalización, a defenderse y a atacar por medio de una forma planificada, abriendo de este modo una página nueva en el campo de la ciencia a los fines de la producción. Cuanto más avanzamos, más nos vemos obligados a organizar la economía planificada a través de la extensión de la acción de la ley de la acumulación socialista. Pero, para planificar, es preciso también prever. Y para prever es necesario analizar continuamente con instrumentos científicos, a una escala cada vez más amplia y con una exactitud cada vez mayor, todo el campo visible de las causas y las consecuencias de los fenómenos económicos. Nuestra economía se ha convertido en cada vez más compleja, su regulación es cada vez más difícil y comprometida; se extiende a un campo cada vez más amplio de

relaciones económicas y comprende una masa cada vez mayor de hombres y de valores de uso. Por la centralización de todos los mecanismos de dirección los errores posibles son cada vez más peligrosos. La función de los organismos del plan se convierte cada vez en más importante. Ser un buen político, en el sentido general del término, parece más insuficiente que nunca para llevar a cabo una buena política económica y dirigir la economía de nuestro tipo, que es una economía intrínsecamente socialista. La improvisación y el desconocimiento, se muestran, a medida que pasan los años, cada vez más perjudiciales. Un régimen económico, si no se reduce a simples detalles, exige una disminución mayor del margen de errores en la dirección. Este último principio no puede ser aplicado con un despilfarro mínimo de fuerza más que en base a una teoría económica adecuada, es decir, con métodos más democráticos y más accesibles a quien quiere efectivamente aprender y progresar.

¿Qué cambios observamos en este campo? Tras la muerte de Lenin no se ha realizado ninguna elaboración teórica de gran envergadura, capaz de verificarse a partir de los elementos nuevos de la realidad y de constituir las premisas de una teoría científica de nuestra economía. Todo lo que ha sido hecho en este sentido por los partidarios de la industria ha provocado una infinidad de objeciones, de acusaciones de «antileninismo», de «trotskismo», de «desviaciones pequeñoburguesas», etc.

Actualmente, nadie cree ya en esta última acusación, y pronto nadie creerá tampoco en las anteriores. Pero esto no mejora la situación en el sentido de una participación positiva de nuestros oponentes en la elaboración de una teoría de la economía soviética. Mis oponentes son muy fuertes en materia polémica y para encontrar todo tipo de motivos de acusación; pero es preciso, en todo caso, preguntarse: ¿qué argumentos positivos han opuesto a mi tesis? Los años pasan, se acumulan nuevos hechos, se renueva nuestra experiencia; pero, ¿qué se ha aportado concretamente al Partido, en el sentido de la generalización teórica de esta experiencia? Nosotros, los bolcheviques, somos una raza de hombres muy exigentes en materia de teoría; tuvimos en el pasado las obras monumentales de Marx y de Engels; actualmente, tenemos las de Le-

nin. Con esta herencia sobre nuestras espaldas no podemos aceptar el navegar en las engañosas aguas de una economía soviética vulgar.

Mis oponentes no han aportado apenas nada en el campo de la teoría. Y se puede prever que, si mantienen sus actuales posiciones de pusilanimidad teórica y de eclecticismo, no darán nunca a la teoría de la economía soviética lo que podrían darle debido a su radical autosatisfacción. Son perfectamente capaces de escribir artículos, ensayos, incluso de redactar libros. Pero no es únicamente esto lo que necesita nuestro Partido y nuestra economía en el campo de la teoría. Con su negación de la ley de la acumulación socialista, es decir, rechazando el proyecto de elaborar una concepción proletaria, marxista-leninista, de nuestra economía considerada de modo dinámico, se han condenado a la esterilidad teórica. No es añadiendo un poco de saliva nueva al rumiar de los principios generales, inatacables y universalmente conocidos, como se podrá elaborar una teoría de la economía soviética.

DE LA ECONOMÍA SOVIÉTICA⁴⁹

El valor, el beneficio y el precio de producción en la URSS

LAPIDUS Y OSTROVITIANOV

El valor en la URSS

Conocemos, en su conjunto, las leyes que rigen las relaciones de producción en la sociedad capitalista mercantil. Es natural que nos preguntemos si todas estas leyes actúan en la economía de la URSS. Comencemos por la ley del valor.

¿Actúa esta ley en la URSS? Debemos, para responder a esta cuestión, recordar al menos brevemente el papel de la ley del valor en la economía capitalista mercantil. Una sociedad no puede existir, cualquiera que sea la forma de sus relaciones de producción, salvo que se produzca un cierto equilibrio entre las necesidades de los hombres y los medios de satisfacer estas necesidades, o dicho en otras palabras entre la producción y el consumo. Como las necesidades de los hombres son satisfechas mediante el trabajo, todo equilibrio entre la producción y el consumo supone una distribución del trabajo correspondiente a las necesidades de la sociedad entre las diferentes ramas de la producción. ¿Cómo se obtiene esta distribución proporcional del trabajo entre las diferentes ramas de la producción en la sociedad capitalista mercantil? Se instituye espontáneamente mediante la ley del valor, reguladora de las relaciones de producción de la sociedad capitalista mercantil. Este papel de reguladora, lo cumple la ley del valor con ayuda de las «oscilaciones barométricas de los precios», según la expresión de Marx.

Consideremos ahora la sociedad comunista. Esta sociedad tendrá, como cualquier otra, determinadas necesidades cuya satisfacción exigirá igualmente la observación de ciertas proporciones en la distribución del trabajo entre las diferentes ramas de la producción. El trabajo deberá ser repartido proporcionalmente a las nece-

⁴⁹ Capítulo 8 del Manual de economía política, Moscú, 1927.

sidades. Será preciso que las distintas partes de la economía puedan recibir, a cambio del producto de su trabajo que pondrán a disposición de toda la sociedad, una cantidad del producto del trabajo de otras ramas suficiente para asegurar la existencia de toda la sociedad en cada una de sus partes. Será necesario, por consiguiente, contar con los «gastos de trabajo» originados por la producción de un producto cualquiera que fuere. Pero la regulación de esta «balanza de trabajo» no se realizará bajo la forma del valor, no tendrá lugar espontáneamente a través de las cosas intercambiadas en el mercado por productores de mercancías independientes, sino que será el resultado de la voluntad consciente de toda la sociedad. Los «gastos» de trabajo, rechazando su vieja envoltura fetichista, aparecerán bajo una forma directa y pura.

¿Cómo se realiza el equilibrio, podría preguntarse, en la economía soviética? ¿Espontáneamente a través de la ley del valor, o mediante la dirección concertada de los procesos económicos? Sabemos ya que la economía soviética se caracteriza por su carácter transitorio, sabemos que, considerada en su conjunto, no es ya una economía capitalista, aunque no es todavía una economía completamente socialista. Si se nos preguntara lo que es (¿socialista o capitalista?) diríamos que no se la puede calificar ni de capitalista, ni de socialista, porque su originalidad proviene precisamente de su carácter transitorio entre el capitalismo y el socialismo. Lo mismo deberíamos responder a quien nos preguntara si la ley del valor continúa ejerciendo sus efectos en la U.R.S.S., o si ha quedado totalmente eliminada por la regulación consciente. ¿Una u otra? Es imposible decir «una u otra» porque no sería justo decir que se trata de una cosa o de la otra. Lo cierto es que llevamos a cabo un proceso de transición de una a otra. La ley del valor no ha caído todavía en desuso, continúa actuando en la U.R.S.S., pero actúa bajo una forma distinta que, en un régimen capitalista, porque sufre un proceso de deterioro que debe transformarla en una ley del gasto de trabajo de la sociedad socialista⁵⁰.

⁵⁰ Hegel, y con él el fundador del marxismo ruso, Plejánov, han recurrido a una comparación que puede contribuir a iluminar la

Pero no es suficiente con decir: la ley del valor se deteriora, la ley del valor se transforma en una ley del gasto de trabajo. Es necesario mostrar cómo se deteriora, mostrar lo que tiene de particular su actuación en las condiciones de la U.R.S.S.

Para dar una respuesta concreta a esta cuestión recordemos las diversas formas de la economía soviética que determinan finalmente su carácter. Estas formas, ya lo sabemos, no existen una junto a otra como campos independientes: cada una de estas formas influye sobre todas las demás, y todas se combinan en el sistema económico del período de transición.

Por ello deberemos examinar más detalladamente los caracteres fundamentales de estas formas, los procedimientos de regulación propios de cada una de ellas considerada en su estado puro, la influencia que una forma (o un sector de nuestra economía) puede ejercer sobre las demás, para pasar posteriormente al regulador que determina el equilibrio de la economía soviética en su conjunto.

En primer lugar, prestemos nuestra atención a la economía estatalizada de la U.R.S.S. Ya no representa en absoluto un conjunto de empresas privadas, cada una de las cuales se encontraría ligada a las demás por el mercado y no buscaría en su actividad otra cosa que el beneficio más elevado, como ocurre en el régimen capitalista. Todas las empresas estatalizadas de la U.R.S.S. y sus uniones, trusts y sindicatos tienen en el Consejo superior de la economía su centro único. El Estado dirige y administra, a través del órgano de este centro, toda la industria estatalizada. Se encuentra, por otra parte, en posesión de los ferrocarriles, de los bancos, de una parte, importante de las empresas comerciales del país, etc. Todas estas ramas de la economía soviética tienen también su centro dirigente en los comisariados económicos, tales como el comisariado de caminos y comunicaciones, el comisariado de comercio, etc. La liga-

cuestión: ¿puede decirse, cuando unos pocos pelos aparecen en la barbilla de un adolescente, que el joven tiene barba o no? Ni una ni otra respuesta sería válida, pues precisamente le está saliendo la barba. He aquí la respuesta.

zón entre estas diversas ramas de la economía soviética está asegurada por los órganos encargados de concertar en un plan de conjunto la actividad de la U.R.S.S., Consejo del Trabajo y de la Defensa. Comisión de Planificación del Estado (Gosplan), constituida dependiendo de este Consejo. Es evidente que si no hubiera en la U.R.S.S. más que la economía estatalizada, la cuestión de su regulación por el valor no se plantearía. Pero junto a esta economía estatalizada existen empresas económicas de tipos diferentes: empresas capitalistas de los *nepmen*, y de los concesionarios; empresas de los artesanos y de distintos oficios; y, finalmente, veintidós millones de explotaciones rurales que, en su inmensa mayoría, hay que relacionar con la economía natural y con la simple producción de mercancías.

En cuanto a las economías naturales, se comprende que constituyen, en cuanto no se han convertido en mercantiles, unidades cerradas que no necesitan una regulación de sus relaciones entre ellas mismas o con las otras formas económicas. Abandonadas a ellas mismas, las economías privadas de tipo mercantil simple y las economías capitalistas, no conocerían naturalmente otra regulación que la que se opera mediante el valor y el precio de producción tales como las hemos descrito al tratar de la economía fundada en la producción simple de mercancías y al tratar de la economía capitalista.

Tal sería la regulación de las diversas formas de nuestra economía si existieran en estado puro, aisladas cada una de las restantes.

Pero sabemos que no ocurre así; en realidad, la economía mercantil, la economía capitalista y las empresas estatalizadas de tipo «socialista consecuente» están ligadas entre sí por infinidad de lazos. ¿Cuál es el carácter de esta ligazón, qué es lo que la regula y qué aporta de nuevo en el carácter de las diversas formas económicas?

La economía privada y la economía estatalizada comunican entre sí a través del mercado.

Pero es necesario que se tenga en cuenta que, a pesar de la independencia relativa de las empresas privadas y estatalizadas comunicando a través del mercado, no es posible compararlas a dos ca-

pitalistas en régimen capitalista, como vendedores iguales de mercancías análogas. Sería inexacto considerar la economía estatalizada como un gran comerciante haciendo la competencia a otros comerciantes menos importantes. La diferencia no es solamente cuantitativa, es también cualitativa. La economía estatalizada, que es la de la clase obrera en su conjunto, se opone en este punto a las demás empresas como un elemento «socialista consecuente» a elementos de la economía mercantil simple y de la economía capitalista. Perteneciendo la economía estatalizada al proletariado, clase dirigente, y comprendiendo las «posiciones dominantes» de la industria, es imposible decir que la influencia de la economía privada sobre el Estado sea igual a la influencia de la economía estatalizada sobre la economía privada. Nuestra economía, considerada en su conjunto, se caracteriza esencialmente por el papel «dirigente» de la industria estatalizada, por su hegemonía económica, que corresponde a la hegemonía política del proletariado. Esta hegemonía de la industria estatalizada determina la tendencia de la evolución de nuestra economía socialista en su conjunto.

Consideremos, a fin de darnos cuenta del modo como el Estado dirige el conjunto de la vida económica, la influencia que la economía estatalizada puede ejercer sobre el sector más importante de la economía no estatalizada; es decir, sobre la economía campesina. Por una parte, el Estado proporciona a la agricultura productos de la industria: herramientas de trabajo, maquinaria agrícola, carretas, hoces, artículos de consumo, azúcar, petróleo, tejidos, etc.; y, por otra parte, compra al campesino materias primas (algodón, lino, remolacha, etc.), destinadas a la industria, y víveres: pan, mantequilla, huevos, etc. El Estado, interviniendo en el mercado como el mayor suministrador de mercancías industriales y, en gran número de casos, como detentador de un monopolio, puede influenciar el desarrollo de la economía privada en general, y más concretamente de la economía campesina, con el fin de orientarlas hacia la construcción socialista. Depende del Estado el decidir qué mercancías deben ser producidas por la agricultura y qué mercancías deben ser compradas para la agricultura en el extranjero. Si el Estado suministra a propia la agricultura el material agrícola —

sembradoras, camiones, tractores, abonos, etc.—, contribuirá al desarrollo de la técnica, a la industrialización de la economía rural y, como veremos posteriormente, a su socialización. Si, por el contrario, el Estado se limita a proporcionar al campo artículos de consumo, la marcha del desarrollo de la agricultura (y, por tanto, el proceso de su socialización) se frenará sensiblemente. La cuestión de la distribución de la producción industrial no es de menor importancia. En lo referente a este punto, debe ser considerada en primer lugar la política de precios. Si el Estado se aprovecha del régimen de monopolio que posee y aplica una política de precios elevados a los productos de la industria, se apropiará, bajo la forma de beneficio de monopolio, de una parte, importante de la renta de trabajo del campesino, que no podrá por ello acumular los medios para ampliar su economía. Como consecuencia de ello se dificultará la industrialización de la agricultura, no se desarrollará el mercado que necesita la industria estatalizada, disminuirá la capacidad de compra del campesino y sufrirá por ello la construcción del socialismo.

La política de bajada de precios conduce al resultado inverso. ¿Qué medios campesinos recibirán la maquinaria agrícola? Esta cuestión no tiene una importancia menor. Si, por ejemplo, los campesinos ricos reciben los tractores, esta maquinaria contribuirá al desarrollo de las relaciones capitalistas en el campo, porque el *kulak* intentará utilizar el tractor para la explotación y el sostenimiento de los campesinos pobres. Si, por el contrario, el tractor cae en manos de campesinos medios, y sobre todo de campesinos pobres, servirá para el agrupamiento fraternal de estos elementos y contribuirá a la socialización de la agricultura. El Estado puede de este modo contribuir, favoreciendo la entrega de tractores a los agricultores pobres, a la transformación socialista del campo⁵¹. La política seguida por el Estado en el almacenamiento de materias primas y de productos agrícolas destinados a la administración no posee una importancia menor. El Estado interviene en el mercado como el mayor productor y suministrador de artículos industriales, pero

⁵¹ Examinaremos en el último capítulo de este libro los caminos de la edificación socialista en el campo.

eso no es todo. Puede, gracias a diversas medidas, mantener los precios de los productos agrícolas a un nivel que asegure el crecimiento proporcional de la industria y de la agricultura. El Estado puede igualmente, aplicando cierta política de precios, apoyar el desarrollo de las ramas de la agricultura necesarias a la construcción socialista, tales como el cultivo del algodón, del lino, etc. Concentrando en sus manos la masa de la producción agrícola, el Estado puede, maniobrando hábilmente con sus reservas, influir sobre los precios que se establecen espontáneamente en el mercado. De este modo, cuando los comerciantes elevan los precios del trigo, el Estado puede, lanzando al mercado parte de sus reservas, provocar una bajada de los precios. El Estado puede, finalmente, regular directamente mediante una política apropiada el comercio privado. Suministrando a los negociantes los productos de la industria puede obligarles a vender estos productos a precios determinados; puede, en caso de necesidad, privar completamente al comercio privado de mercancías y no suministrar más que al comercio estatalizado y al perteneciente al régimen cooperativo. En el campo del almacenamiento, el Estado puede, igualmente mediante el establecimiento en favor del comercio estatalizado y del comercio en régimen cooperativo de tarifas reducidas para el transporte de ciertas mercancías, y tarifas superiores para el comercio privado, dirigir el capital comercial privado hacia las ramas del comercio que, por ejemplo, no padecen penuria de mercancías y concentrar, por el contrario, en sus propios establecimientos y en aquellos de régimen cooperativo, el comercio de aquellas mercancías que existen en cantidades insuficientes. Mediante la misma política de tarifas, el Estado puede favorecer la exportación de mercancías; disminuir las tarifas de ferrocarril en las líneas que conducen a los puertos y a los lugares en que se efectúa el comercio con el extranjero. El Estado puede finalmente influir en el mercado no solamente a través de un sistema determinado de medidas económicas, sino también con la ayuda de medidas administrativas. Puede fijar los precios de las mercancías y reprimir administrativa o judicialmente las infracciones a sus disposiciones.

Todo ello no hace más que confirmar lo que decíamos anterior-

mente. El Estado soviético, dueño de la industria, de los transportes y de una parte importante del comercio, dispone de medios tan poderosos respecto al mercado que puede, en medida considerable, someterlo a su dirección, concertada conforme un plan único. En todos los casos que hemos examinado, los precios de las mercancías abandonados a la espontaneidad del mercado se formarían sin duda alguna de otro modo e imprimirían otro impulso al desarrollo de la agricultura, de la industria y de la economía soviética en general.

Tal es la influencia decisiva que el Estado ejerce, cumpliendo sus funciones dirigentes, sobre el sector privado de la economía y, por consiguiente, sobre toda la economía soviética. Esta hegemonía del Estado determina el desarrollo de nuestra economía hacia el socialismo integral.

Pero no se debe representar con excesiva simplicidad la lucha que el Estado soviético sostiene contra las fuerzas espontáneas de la economía. La dirección consciente, de acuerdo con un plan, no es, en nuestra economía, un principio que limite y elimine mecánicamente en la esfera de su acción las leyes de la regulación espontánea. La espontaneidad no desaparece por la aplicación del plan, y viceversa. Las relaciones entre la economía concertada a través de un plan y el juego espontáneo de las fuerzas económicas son mucho más complejas. El Estado soviético ejerce su influencia concertada sobre el juego espontáneo de las relaciones económicas del mercado aprovechándose de las propias leyes del mercado y obligándolas a actuar conforme a sus intenciones.

Mostremos un ejemplo. Supongamos que la industria soviética estatalizada necesita ampliar la producción de una materia prima; lino, por ejemplo. Es evidente que este resultado sería alcanzado fácilmente en las condiciones del socialismo integral: el centro dirigente no tendría más que prescribir la ampliación de la producción de lino. ¿Es posible, en las condiciones actuales de la U.R.S.S., obtener la ampliación del cultivo del lino a través de medidas administrativas directas, mediante circulares imperativas o con llamamientos dirigidos a los campesinos? Es imposible, evidentemente. La ampliación del cultivo del lino no puede obtenerse más

que a través del incremento del precio del lino, cuya producción se convierte entonces en más provechosa. La distribución del trabajo social se encuentra de este modo alcanzada por la distribución de las cosas, en este caso por el incremento de los precios. El Estado puede elevar conscientemente el precio del lino con el fin de provocar la ampliación de los cultivos, pero es evidente que este modo de actuar no equivaldrá a la anulación de la ley del valor y no significará más que una utilización racional de esta ley del valor por el Estado.

De este modo, la regulación consciente, y concertada mediante un plan, del Estado soviético se reduce a esto: teniendo en cuenta la ley del valor, y utilizándola, el Estado dirige la acción de ésta de modo que se afirmen y se desarrollen los elementos socialistas de la economía.

Observemos llegados a este punto que, a pesar de jugar la economía estatalizada un papel decisivo en nuestra economía, en su conjunto, nuestras «posiciones dominantes» no pueden, sin embargo, sustraerse a la influencia de las relaciones del mercado, e igualmente, en cierta medida, de la ley del valor.

Todos sabemos que ciertas empresas estatalizadas se encuentran a menudo obligadas, en sus relaciones mutuas, a recurrir a las leyes del mercado. Consideremos, por ejemplo, el intercambio en el seno de la economía estatalizada entre empresas independientes del mercado privado, tanto bajo el aspecto de la venta de las mercancías producidas como bajo el aspecto de su obtención de las materias primas. Supongamos que la fábrica estatalizada de construcción de máquinas venda una locomotora al comisariado de caminos y comunicaciones. Sabemos que esta fábrica, debiendo en principio ser autosuficiente económicamente, exigirá al comisariado un cierto precio; nos encontraremos en presencia de una operación de venta y de compra dependiendo del mercado.

Pero, ¿estas formas exteriores (la venta y la compra) disimulan las mismas relaciones de producción que el valor? Ciertamente, no. Las factorías estatalizadas de construcción de maquinaria y el comisariado de caminos y comunicaciones son, en definitiva, empresas diferentes de un mismo Estado, y no propietarios independien-

tes uno de otro; la ligazón a través del mercado no es para ellos la única, ni siquiera la principal, forma de ligazón, y no se puede realmente hablar en este caso de valor. Pero la originalidad de este ejemplo consiste precisamente en que la forma exterior del valor, su «envoltura», tiene una cierta importancia real en la venta de la locomotora, a pesar de la inexistencia del contenido valor en esta forma. Esta «envoltura» importa en primer lugar en la determinación cuantitativa del precio de la locomotora. La magnitud de este precio puede ser, y lo es en la realidad, regulado por los organismos del plan del Estado. Pero, ¿pueden estos organismos fijar arbitrariamente el precio de una locomotora? No. Es evidente que la influencia de las fuerzas espontáneas del mercado se manifestará en este caso, aunque de un modo indirecto. La locomotora está, quizás, construida con metales provenientes de las minas del Estado y de las factorías metalúrgicas estatalizadas; es vendida por una organización estatalizada, pero la producción y el funcionamiento de las locomotoras no se encuentra separado del sector privado de la economía mediante un muro estanco.

Realmente, el precio de la locomotora depende en gran medida del salario de los obreros, y la magnitud de este salario (incluso cuando está regulado conscientemente) depende de los precios de los artículos de primera necesidad, y sobre tales precios ejercen una gran influencia las fuerzas espontáneas del mercado. Al determinar el precio de la locomotora se debe también tener en cuenta la influencia que este precio tendrá en los costes de transporte de las mercancías vendidas a los campesinos y, por consiguiente, en el precio de estas mercancías, etc.

Repitémoslo en todo caso: la influencia del valor será más aparente que real y no modificará la propia naturaleza de las relaciones entre las distintas partes de la economía estatalizada.

Tales son los aspectos particulares que reviste el valor en nuestra economía. La regulación concertada a través de un plan, efectuándose en gran medida por intermedio de las cosas, es todavía muy pronto para hablar de la degeneración completa del valor. Pero desde el momento que comenzamos a beneficiarnos de la ley del valor en la regulación consciente de la economía, ha sido alcan-

zada la propia naturaleza de esta ley: la ley del valor tal como era en la economía mercantil comienza a transformarse en una ley del gasto de trabajo de la economía socialista, al igual que la larva comienza en el capullo a transformarse en mariposa. Cuanto más rápido sea el desarrollo de la economía estatizada, más fuerte será su influencia sobre el sector privado de la economía y más rápidamente se cumplirá este proceso de transformación, a través del crecimiento, de la ley del valor en ley del gasto de trabajo; y más rápidamente las relaciones entre los hombres perderán para siempre su carácter materializado por las cosas.

La naturaleza del beneficio en la economía soviética. La tasa media de beneficio en la URSS

Examinemos ahora la cuestión del beneficio en la economía de la U.R.S.S. La ley del beneficio, ¿actúa entre nosotros junto con todas las leyes que se ligan a ella (tasa media de beneficio, precio de producción, etc.)?

Categorías tales como «capital» o «plusvalía» no hacen más que expresar, por una parte, el monopolio capitalista de los medios de producción en la sociedad capitalista y, por otra, la venta por parte de los obreros de su fuerza de trabajo. Si ambos hechos dejaran de existir no existiría, sin duda, beneficio en el sentido en que lo entendemos; es decir, en el sentido de la plusvalía creada por los obreros y que se apropia el capitalista.

Igualmente, la ley de la tasa media de beneficio sólo puede actuar en una sociedad en la que exista la competencia, la lucha entre capitalistas individuales, y en donde se produzca una transferencia más o menos libre de capitales.

Es suficiente, en este momento, con recordar lo que hemos dicho, en capítulos precedentes, acerca de las relaciones de producción que caracterizan la economía capitalista para sacar algunas deducciones generales referentes al beneficio y a las leyes del beneficio en la U.R.S.S.

Desde el momento en que no puede hablarse de plusvalía en las

empresas estatalizadas de tipo «socialista consecuente», no puede hablarse ya de beneficio.

Tenemos, ciertamente, algo que, a primera vista, recuerda mucho el beneficio de las empresas capitalistas: el trust que vende sus mercancías recibe un cierto excedente sobre sus precios de venta, bajo la forma de una suma de dinero que no es devuelta al obrero en forma de salario. Por ejemplo, el trust al que el par de zapatos para la lluvia cuesta dos rublos y medio cada par y los vende a tres rublos y treinta kopecks parece que obtiene un beneficio de ochenta kopecks. Pero eso no es más que una apariencia creada por la existencia del dinero y del mercado. Si buscamos qué relaciones sociales esconden esos ochenta kopecks de «beneficio», veremos que no se les puede aplicar el término de beneficio en su sentido capitalista porque se dirigen a la caja del Estado, es decir, de la clase obrera, que los utiliza conforme a sus intereses.

Por ello, al hablar de beneficio de nuestras empresas estatalizadas, debemos tener siempre presente que empleamos esta palabra en un sentido puramente convencional y que nuestro «beneficio» soviético no tiene nada que ver en lo que respecta a su contenido con el beneficio capitalista. Pero si pasamos de las empresas estatalizadas a las empresas capitalistas existentes en la U.R.S.S., aunque en escaso número, deberemos hablar de beneficio no ya en el sentido convencional, sino en el sentido capitalista habitual de la palabra: la parte de la plusvalía de estas empresas que se transforma en beneficio no queda a disposición de la clase obrera y vuelve a la burguesía que la emplea a su antojo. En cuanto a la ley de la tasa media de beneficio y del paso de la plusvalía de las ramas de la industria cuyo capital tiene una composición orgánica inferior a aquellas otras de elevada composición orgánica de capital, se comprende que no puede aplicarse en nuestro país al igual que en la economía capitalista.

Hemos descrito suficientemente el papel dirigente de la industria estatalizada en la U.R.S.S. para que sea comprensible que, incluso en las empresas capitalistas del país, es imposible la libre transfusión de los capitales a las ramas de la industria en las que la tasa de beneficios es más elevada. La igualdad del beneficio de las

empresas capitalistas privadas sólo es posible en circunstancias excepcionales. La transfusión de capital de la industria privada a la industria estatalizada es, evidentemente, totalmente imposible. Del mismo modo no puede hablarse de igualación del beneficio entre las diversas ramas de la industria estatalizada, las cuales, por su propia naturaleza, no pueden basarse en la búsqueda del beneficio más elevado.

Tomemos dos empresas estatalizadas; una de ellas de elevada composición orgánica del capital; tal como una factoría de construcción de locomotoras; la otra, con una composición orgánica del capital menos elevada, tal como una cervecería. Nadie ignora que las cervecerías proporcionan en este momento al Estado soviético saneados beneficios, mientras que las factorías de construcción de locomotoras, como en general toda la metalurgia pesada, no sólo no proporcionan beneficios, sino que a veces son deficitarias.

Un informe de Dzerzhinski (*Las tareas fundamentales de la política industrial*, Moscú, 1925) muestra que en 1923 el déficit de la metalurgia fue de cinco millones y medio de rublos, solamente en la construcción de maquinaria.

¿Qué conclusiones deduciría de ello el capitalista? La fábrica de construcción de locomotoras sería cerrada a la primera ocasión; los capitales serían invertidos en cervecerías que produjeran beneficios más elevados. Algo totalmente distinto tiene lugar en el Estado soviético: vemos al Estado sostener con todas sus fuerzas a la industria de construcción de maquinaria, subvencionarla, dando lugar de este modo a la transfusión de los beneficios obtenidos en las empresas lucrativas a la metalurgia deficitaria, la cual se trata de reconstruir y de ampliar.

El Estado soviético se comporta de este modo porque, en lugar de perseguir la obtención de beneficios, se inspira en los intereses generales de la economía soviética, para la cual son absolutamente necesarias las locomotoras y la maquinaria⁵².

⁵² Pero, quizá se pregunte: ¿no podría el Estado soviético comportarse de otro modo? ¿No sería mejor abrir más fábricas de cerveza, sacar mayores beneficios y comprar Juego locomotoras en el extranjero? El déficit desa-

Importancia del beneficio para la economía soviética. El cálculo de los gastos de producción y su importancia para la economía soviética

De que las empresas estatizadas soviéticas no persigan el beneficio en cuanto tal, no se deduce que el Estado soviético sea indiferente a que sus empresas presenten un beneficio o un déficit.

El beneficio, en el sentido convencional de la palabra, claro está, tiene para él una gran importancia. Sin beneficio, el Estado soviético no podrá ampliar sus empresas ni acrecentar los elementos socialistas de una economía en la que la existencia del mercado deja a las fuerzas espontáneas un cierto campo de acción⁵³. Deficitaria, la industria socialista se arruinaría; existiendo a su lado empresas capitalistas, no dejaría de sucumbir.

Si el Estado sostiene a veces empresas deficitarias, basándose en el interés de la economía en su conjunto y de la lucha por el comunismo, puede hacerlo únicamente porque otras empresas obtienen un beneficio del que puede emplearse una parte de este modo.

Muy interesado en la acumulación de beneficios, el Estado soviético toma por consiguiente las medidas adecuadas. Uno de estos procedimientos esenciales que tienden a incitar a los dirigentes de la industria a la acumulación de beneficios en el régimen de la nueva política económica (NEP), es la obligación de las empresas de ser económicamente autosuficientes. Cada empresa parece trabajar con sus riesgos y peligros, y no contar más que con sus propias fuerzas. Los medios de mantenimiento, de reconstitución y de ampliación de la producción son obtenidos fundamentalmente en la

parecería y, por otra parte, las locomotoras saldrían más baratas. Esta idea puede parecer provechosa; si se aplicara no dejarla de situar al Estado soviético, desprovisto de fábricas de construcción de locomotoras y de metalurgia pesada, en dependencia de los capitales extranjeros. En caso de guerra o de bloqueo, la U.R.S.S. no podría reparar sus locomotoras y su maquinaria. La política del Estado soviético muestra en este puesto que no mira únicamente sus intereses financieros, sino que se inspira esencialmente en los intereses de la clase obrera en lucha por el comunismo.

⁵³ Esta importante e interesante cuestión de la acumulación socialista será estudiada posteriormente.

propia empresa⁵⁴, y, por consiguiente, los administradores son los primeros interesados en disminuir los gastos y aumentar los ingresos.

El Estado conserva, sin embargo, la dirección general de todas las empresas estatalizadas y vela para que ciertos administradores no descuiden en absoluto, bajo el imperio de los intereses particulares de las empresas que están a su cargo, los intereses generales de la economía.

Con el fin de asegurar esta dirección del conjunto, el Estado subordina las empresas y sus agrupaciones al Consejo superior de la economía y los demás órganos económicos centrales.

El Estado soviético se queda además con la mayor parte del beneficio de los trusts. «El beneficio obtenido por el trust es entregado a Hacienda, salvo una deducción del 20 por 100 como mínimo que queda como reserva para el trust, y las sumas dedicadas a los tantos correspondientes a los miembros de la administración y a las primas a entregar a los obreros y empleados» (Decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo y del Consejo del Trabajo y de la Defensa de fecha 10 de abril de 1923, art. 45).

El Estado soviético se esfuerza en interesar, mediante este sistema, a las unidades económicas y a sus órganos dirigentes en la obtención de beneficios en las empresas en general y en el aumento de estos beneficios.

¿Cómo se obtiene este aumento? En primer lugar, mediante la disminución de los gastos de producción. Y, reduciéndose esta disminución, desde el punto de vista de la sociedad en su conjunto, a la disminución de los gastos de mano de obra, el aumento es obtenido fundamentalmente gracias al crecimiento del rendimiento del trabajo. A su vez, éste se alcanza a través de la política de salarios, de la que ya hemos hablado, mediante la mejora de la maquinaria técnica, mediante la concentración y la ampliación de las empresas (tema que ya hemos tratado y sobre el que volveremos posteriormente). La lucha contra los gastos generales juega, en la

⁵⁴ Una empresa o un trust sólo puede contar con dotaciones del Estado en circunstancias excepcionales.

disminución del precio de las mercancías, un papel que no es en absoluto despreciable. Estos gastos están ligados a menudo a una organización irracional y a deformaciones burocráticas en la industria y el comercio.

Es evidente que la disminución de los gastos de producción no interesa únicamente en cuanto al aumento del beneficio. El hecho de que se pueda, al tiempo que se aumenta el beneficio de la empresa, disminuir los precios de venta de las mercancías⁵⁵, lo que las convierte en más accesibles a las masas de trabajadores, y permite satisfacer más completamente las necesidades de la clase obrera y del trabajador campesino, su aliado, no es de menor importancia. Recordemos una vez más que el Estado soviético, al tiempo que busca que sus empresas sean lucrativas, no puede aspirar al incremento del beneficio cueste lo que cueste. Si hace algunos años el Estado soviético, poniendo a sus empresas ante la obligación de ser autosuficientes, se esforzaba por hacerlas lucrativas, la limitación del beneficio y la lucha contra ciertos administradores que, a la búsqueda del beneficio, elevaban los precios de las mercancías, suscitando de este modo ciertas dificultades económicas principalmente en las relaciones entre la ciudad y el campo, no ha perdido su importancia posteriormente.

El crecimiento posterior de la masa de beneficio de las empresas estatalizadas es posible gracias a la disminución del precio de costo y del precio de las mercancías; es decir, gracias a la mejora de la técnica y a la racionalización de la producción.

Pero para llegar a ello, para tener la posibilidad de reducir los gastos de producción y de dirigir, a través de la regulación de los precios, la economía del país conforme al interés de los trabajadores es naturalmente necesario llevar una cuenta rigurosa de los

⁵⁵ No es en absoluto extraño que el beneficio de una empresa aumente a través de la disminución del precio de costo y de la disminución (en cierta medida) del precio de venta de las mercancías. Hemos visto que puede ocurrir igualmente en régimen capitalista más racional, afirmar los elementos socialistas y someter cada vez más las fuerzas espontáneas del mercado.

gastos y de los ingresos de las empresas soviéticas: por ello, el cálculo de los costos de producción adquiere en el régimen soviético una importancia colosal.

Este cálculo proporciona al capitalista la posibilidad de luchar con éxito contra la competencia; proporciona al Estado soviético la posibilidad de dirigir su economía del modo más racional, afirmar los elementos socialistas y someter, cada vez más, las fuerzas espontáneas del mercado.

El precio de producción en la economía soviética

¿Juega un papel la ley del precio de producción en la economía soviética? No nos es difícil responder a esta pregunta. Recordemos únicamente que el precio de producción está constituido por los gastos de producción más el beneficio medio.

Aunque los gastos de producción tengan una gran importancia en la determinación de los precios de las mercancías, estando la economía soviética en su conjunto interesada en obtener beneficios, es decir, en vender las mercancías a precios superiores al precio de costo, la cuestión del beneficio medio se plantea en ella de un modo totalmente distinto a como se da en un régimen capitalista. Diversas tendencias se oponen en un régimen capitalista a la igualación del beneficio; las tendencias de este tipo son mucho más fuertes en la U.R.S.S: como regla, no existe igualación del beneficio en la industria estatalizada; tampoco es posible una igualación del beneficio entre la industria estatalizada y la industria privada, debido al papel dirigente de la industria estatalizada. Incluso entre empresas privadas, esta igualación sólo puede existir, ya lo hemos visto, de un modo excepcional.

Se ve que los efectos de la ley del precio de producción quedan anulados en la U.R.S.S.

NOTA

Agradecemos profundamente cualquier comentario u opinión acerca de la edición que ofrecemos, así como cualquier otra sugerencia.

Nuestro contacto:
info@doscuadrados.es

Si las leyes económicas fueran leyes naturales, entonces la «ley del valor» para el Capitalismo sería equivalente a la «ley de la gravitación universal» para cualquier cuerpo con masa. ¿Opera la «ley del valor» en el Socialismo? ¿Es posible dominarla o es ella quien domina toda relación social de la que es mediadora? Estas y otras preguntas son las que suscitaron «el debate soviético sobre la ley del valor». Puesto que el problema de la transición al comunismo aún no ha sido resuelto, este debate trae sobre la mesa preguntas y respuestas que consideramos importantes y necesarias.

El libro recoge textos, cuyas traducciones han sido revisadas, de L. Trotsky, N. Bujarin, Y. Preobrazhenski, L. Kámenev, I. Lapidus y K. V. Ostrovitianov. Todos ellos representantes de primera línea en este debate, abierto, fundamentalmente, a partir de la «Nueva Política Económica» y que, aún hoy, consideramos de extraordinaria vigencia. Sirva esta recopilación para reabrir, estudiar y profundizar en todos aquellos aspectos económicos del reto histórico más importante para nuestras generaciones; la tarea del período de transición hacia el comunismo.



EDICIONES
DOSCUADROS